POLITICOS-ECONOMICOS-FILOSOFICOS-CULTURALES

estudios

ORGANO DEL COMITE EJECUTIVO DEL PARTIDO COMUNISTA

DIRECTOR: RODNEY ARISMENDI

27

LA MUERTE DEL PRESIDENTE KENNEDY

En Dallas —"ciudad del petróleo, el ganado y la muerte violenta", al decir de un diario inglés— fue asesinado el Presidente John F. Kennedy. Dallas es la capital del Estado de Texas, cuyo territorio es una importante parcela de los miles de kilómetros que Estados Unidos quitó a Méjico por medio de las armas. Texas ha sido tradicionalmente un feudo político y electoral de los trusts del petróleo. No sólo Rockefeller, sino también Morgan —jefes de los dos más colosales imperios de la oligarquía financiera norteamericana— poseen allí poderosos yacimientos e intereses. Las filiales de la Standard Oil (Texaco) y la Neches Butane Products of Texas y la Sulfur Co. of Texas —cuyas ramificaciones se extienden a tres continentes— prácticamente designan en Texas desde los gobernadores, magistrados, diputados y senadores hasta los agentes de la policía. En Texas alterna la violencia política, el crimen y la persecución con el racismo frenético, el juego y la prostitución organizados como una gran empresa.

Allí, en Dallas, a plena luz del día —en medio de cientos de policías movilizados para su protección— fue asesinado el Presidente Kennedy.

Pasado el primer alboroto de la gran prensa y el cable internacional norteamericano, para todos fue evidente que el crimen había sido cometido por los agrupamientos derechistas furiosamente antisoviéticos y anticubanos, expresión del fascismo y del belicismo desbocado.

¿Qué causas condujeron a tales fuerzas a preparar y a llevar a cabo el asesinato de Kennedy?

¿Acaso el Presidente de los EE.UU. representaba una tendencia democrática y avanzada, no imperialista, amiga de América Latina y de la paz mundial? Tal es la imagen que nos ofrece alborotadamente la gran prensa, que a la vez procura oscurecer los móviles verdaderos del asesinato. Empero, la historia dirá otra cosa. Dirá que John Kennedy era un millonario de los EE. UU., producto típico de sus clases dominantes, adversario sin tregua del comunismo y del movimiento de liberación nacional. El autorizó la invasión a Cuba, detenida enérgicamente a raíz de la crisis de octubre por la firmeza cubana, la admirable actitud soviética y del campo socialista y la solidaridad internacional. A su nombre se une también la ya en ruinas "Alianza para el Progreso", el más moderno instrumento de la dominación de América Latina por el imperialismo norteamericano. ¿Era siquiera enemigo del "bigbussiness", anticapitalista, como lo descubren ciertas crónicas? No; el mismo J. F. K. en discurso reciente se enorgulleció de que

—bajo su gobierno— se hubieran elevado en un 43% los sobre-beneficios de las grandes empresas monopolistas.

No obstante, y pese a todo ello, el Presidente J. F. Kennedy aparecía como un obstáculo ante los llamados "rabiosos" de los EE.UU., cuyos hombres se integran tanto en el Partido Demócrata como en el Partido Republicano.

Estos sectores de rabiosos partidarios de la guerra preventiva, de la intervención militar en América Latina, de la ferocidad fascista, consideraban a Kennedy un obstáculo para sus planes delirantes. Los pasos dados por éste respecto a la coexistencia pacífica y al alivio de la tensión internacional se les aparecían como una traición. En verdad, era una toma de conciencia por parte del Presidente, de la actual correlación de las fuerzas mundiales y de las proyecciones de una guerra nuclear para los Estados Unidos. Por dos veces bajo su gobierno, Kennedy debió decidir entre la guerra nuclear y la paz. Nos referimos a los días de Playa Girón y a la crisis del Caribe. Y Kennedy —con mayor sensatez y sagacidad que los "rabiosos" dispuestos a llevarse a su tumba a dos tercios de la humanidad— optó por la negociación y se salvaron así la paz mundial y Cuba.

El compromiso respecto a Cuba ("Cuba en estado de seguridad" —escribe Fidel) era el resultado de una situación mundial donde el sistema socialista influye decisivamente. "Tocar a Cuba es la guerra". Los cohetes colocados en Cuba en el segundo semestre de 1962 y retirados luego habían hecho sentir a EE.UU. el tufo de la guerra atómica. Ahora ya no se trataba de hacer la guerra hasta el "último francés o inglés", u océano por medio, y luego multiplicar millones de dólares. Ahora la guerra —la calcinadora y tremenda guerra nuclear— ponía en tela de juicio la existencia misma de los EE.UU.

Y John F. Kennedy debió entenderlo así cuando tomó el "compromiso" de la no invasión a Cuba. Y cuando debió acceder a dar pasos hacia la coexistencia pacífica y la paz y hacia la distensión...

Desde este ángulo, para los "rabiosos" J. F. K. resultaba un obstáculo o un traidor... El "bigbussines" ya había considerado en su tiempo, a Roosevelt, como "un responsable del avance de la revolución" socialista en el mundo.

En cuanto a América Latina, los partidarios de invadir Cuba, Venezuela y otros países (entre ellos se alista nada menos que Nelson Rockefeller) veían por todas partes el avance de la liberación. Y mientras J. F. K. procuraba manejarse por el soborno de la Alianza para el Progreso, temeroso, además, de que la brutalidad y el desenfreno gorilas precipitaran, en vez de detener la revolución continental, los "rabiosos" —que poseen sus sostenedores no sólo en las organizaciones fascistas como la "John Birch", el K.K.K. y otras— sino que controlan buena parte de la C.I.A., del Pentágono y de la burocracia del Departamento de Estado y un gran sector del Senado y la Cámara de Representantes, consideraban que el intervencionismo desnudo y la homologación política del Continente a los Somoza, o a los traidorzuelos uniformados de Ecuador, Guatemala, etc., era la "gran tarea" inmediata al Sur del Río Bravo. A la vez, el ingreso a la acción política del movimiento redentor de los negros (¡casi 20 millones!) introdujo un factor convulsivo —de carácter social y nacional— cuyas proyecciones no tienen parangón en la historia de los EE.UU. quizás desde las grandes marchas de millones de desocupados durante la crisis económica de 1929-33. El odio y la discriminación racial —cultivados por largos años por las clases dominantes de los EE.UU.— muy particularmente en los Estados sureños— ha explotado en los más horrendos crímenes en los últimos años. Otorgan su medida todos esos hechos que van desde quemar vivos a niños negros en las iglesias, hasta el linchamiento, el asesinato por bombas, tiros o palos de negros y blancos que levantan su voz contra la discriminación. Como muestra de sus propósitos políticos, esas organizaciones —en Dallas, precisamente — habían abofeteado a Stevenson, quemado en efigie a J. F. Kennedy, y acusado "de vendidos a los comunistas" y merecedores de la hoguera a varios de los colaboradores del extinto Presidente.

El asesinato de J. F. Kennedy —fría y cuidadosamente planeado— conjuga todos estos elementos. Es un asesinato inspirado y organizado por los partidarios de la llamada "guerra nuclear preventiva" —preparada por las provocaciones internacionales y la estrategia de la "oscilación sobre el abismo" que

practicara el extinto John Foster Dulles— abogado de los trusts del petróleo y apoderado —en EE.UU.— de los intereses hitleristas durante la segunda guerra mundial.

Es un asesinato planeado y organizado por los partidarios de la agresión directa a Cuba —aunque ello apareje la tercera guerra mundial—, de la intervención directa a Venezuela y otros países de América Latina y del gorilismo como principal institución política "panamericana".

Es un crimen de los racistas, de los negreros sanguinarios del "sólido sur" —¡y no sólo del sur!

El fascismo asomó su hocico

Las finalidades políticas del asesinato, de esta imbécil confabulación de los más regresivos y aventureros elementos de la oligarquía financiera, del imperialismo (no olvidar la definición del fascismo dada por Dimitrov)(1) *se exteriorizó apenas producido el asesinato: la policía de Dallas ya tenía escogido su culpable; a varios kilómetros del lugar del hecho detienen a un joven ex-infante de marina que estuviera algún tiempo en la U.R.S.S. (y que al parecer estuvo casado con una muchacha rusa). Le atribuyen ser Presidente de un Comité "Juego limpio para Cuba" —que luego se prueba no existe, ni existió nunca en Dallas. Pero la prensa, la radio y la T.V. presurosos deberían anunciar al mundo: el asesino del Presidente Kennedy era "un castrista", "un prosoviético", —casado con una rusa por más datos—, etc. ¡Estábamos ante una confabulación castri-comunista! La U.R.S.S. y Cuba aparecían mezcladas a la muerte de J. F. K. Luego: el detenido no confiesa. Se sabe que fue traído de la U.R.S.S. por el gobierno de los EE.UU., y que el viaje fue facilitado por el senador Tower —racista y rabioso— electo por Texas precisamente. Se filtra más tarde que este hombre tenía contacto con los "gusanos", organizadores de sabotajes y atentados contra Cuba. Y la prensa mundial —en particular, los periodistas de diarios y radios de los países capitalistas, muchos de ellos presentes en Dallas— comienzan a señalar lo "raro" del episodio. ¿Quién tenía interés en matar a J. F. K.? —preguntan. ¿Cómo fue posible que se disparara con tanta tranquilidad pese a ejércitos de custodias policiales de Texas, de hombres del F.B.I., etc. que ocupaban Dallas? ¿Cómo fueron posibles los disparos, si técnicamente el mejor tirador con tal arma no los hubiera podido realizar?*

Ante todo el mundo la mentira fue quedando en evidencia. Entonces mataron al acusado. ¿Dónde? En la cárcel de policía de Dallas, en medio de la doble fila policial que encuadra al prisionero. El disparo lo hace un confidente policial —explotador de la prostitución y el "streep-tease"— que apoya su arma en el vientre del preso para asegurarlo. Lee Harvey Oswald no hablaría ya jamás. No podría acusar a sus socios o patrones o no facilitaría con sus negativas, desenredar la madeja que podría conducir a los centros del poder económico y político del imperialismo yanqui y a los grupos fascistas que allí se mueven.

Procuran las agencias telegráficas de EE.UU. presentar al gangster y proxeneta "Ruby" como un sentimental, sacudido por la emoción de la viuda Jacqueline y dispuesto a erigirse en caballeresco vengador medieval. Ni en las peores producciones de Hollywood se podría concebir un producto tan difícil de tragar. El mundo entero tuvo más clara e indignada conciencia de lo que había pasado. Pero también tuvo conciencia de que el crimen no era obra de un desequilibrado, sino una fría confabulación contra la paz mundial, contra Cuba y la U.R.S.S., contra los pueblos. Así lo han señalado Moscú y La Habana. Fidel Castro fue bien explícito:

> "...un acontecimiento como el de ayer sólo podía beneficiar a esos sectores ultrarreaccionarios y ultraderechistas, entre los cuales no se podía contar al Presidente Kennedy."

Expresó que

> "aun dentro de la política indefendible de los Estados Unidos,

(1) "El fascismo es la dictadura terrorista de los círculos más reaccionarios y más chovinistas del capital financiero".

Kennedy era atacado por los círculos más reaccionarios, más belicosos, más guerreristas.

Señalamos en una ocasión que uno de los errores de Kennedy fue hacer el juego a estos círculos, como por ejemplo, el haber autorizado la invasión (a Cuba), que puso en manos de los republicanos un arma política que utilizaron contra él."

Citó también que el compromiso con la Unión Soviética de no atacar a Cuba, contraído por el extinto Presidente

"fue uno de los puntos de la política de Kennedy más atacados por los sectores ultrarreaccionarios."

Respecto al acuerdo de Moscú agrega Fidel Castro que

"fue muy debatido en los Estados Unidos y tuvo la oposición decidida y feroz de los elementos más reaccionarios."

Explicó el Primer Ministro que Cuba saludó ese acuerdo aunque no lo ha suscrito debido a que la distensión internacional fue contrarrestada en América por el recrudecimiento de la política agresiva contra Cuba en los sectores ultraderechistas norteamericanos.(2)

V. Zorin, comentarista de Radio Moscú, destacó:

"...Se trata de un crimen evidentemente planeado... Desde ahora puede decirse que este crimen favorece a los enemigos de la paz... a aquellos que el pueblo norteamericano llama los rabiosos."

Y en estas circunstancias hasta el "New York Time" reconoció la vinculación del asesinato con las organizaciones ultraderechistas de los EE.UU. y con el llamado "Directorio Estudiantil" de los contrarrevolucionarios cubanos.

Y así —poco a poco— la provocación se fue desinflando. Y el rostro del fascismo norteamericano asomó su hocico siniestro.

Pero también la opinión pública mundial va advirtiendo los riesgos tremendos que han pendido y penden sobre su cabeza.

¿Qué habría pasado si la provocación antisoviética y anticubana hubiera prosperado?

¿El asesinato no habría sido el anuncio de la tercera guerra mundial, precedida o acompañada de la invasión a Cuba y la ocupación de regiones de América Latina?

Una advertencia al continente y a la humanidad

La primera guerra mundial —largamente preparada por las diversas potencias imperialistas— comenzó con el disparo de Sarajevo, y la muerte de un príncipe servio. Sin provocación, sin histeria anticomunista, antisoviética y anticubana, sin la psicosis bélica y la extrema tensión internacional, el imperialismo encontrará siempre grandes obstáculos para iniciar la guerra mundial. La distensión internacional, la política del desarme y la negociación, la lucha por la coexistencia pacífica constituyen un anticlimax para la guerra y la agresión. Cuando J. F. Kennedy se compromete en la crisis de octubre a no invadir Cuba, el peligro de guerra sufre un retroceso. Y cuando acepta firmar el Pacto de Moscú, los pueblos ganan otra batalla en el mismo sentido.

Al matar a Kennedy los "rabiosos" juegan dos cartas: a) liquidar un Presidente a quien culpan de "enredarse" en la política de coexistencia pacífica entre regímenes sociales diferentes propugnada por la U.R.S.S. y los países socialistas, y a quien acusan de haber retrocedido en los planes de invadir Cuba y b) colocar al mundo al borde de la guerra nuclear, soplando la llama de la histeria bélica y precipitando todas las tensiones internacionales. Subsidiariamente, esperan que el vicepresidente Johnson —hombre de Texas, es decir del petróleo y el sur racista— se deslice a ser un más maleable instrumento del belicismo y la agresión. En este sentido, está presente la sustitución de Roosevelt por el oscuro politicastro de Kansas, Harry Truman, en las decisiones finales

(2) Según telegrama de Prensa Latina fechado el 23 de noviembre, publicado en "El Popular" del día 25.

de la segunda guerra mundial. Y en la orden de arrojar la bomba atómica sobre Hiroshima.

La provocación —montada con los habituales métodos anticomunistas— se ha desinflado. Por mucho que maniobren las famosas "Pes" o la gran prensa, nadie puede tragar ya la provocación antisoviética o anticubana. La gente recuerda los casos similares: el incendio del Reichstag o el asesinato del ministro francés Barthou, por Gorgulov, con el fin de precipitar la guerra entre Francia y la Unión Soviética. Personas a cien leguas ideológicas del comunismo pueden repetir esta frase del "Hoy" de La Habana:

> "...Los fascistas norteamericanos y sus aliados contrarrevolucionarios de América Latina habían coincidido en la unánime condenación de la política del Presidente Kennedy calificada por ellos como débil... A ellos solamente les convenía la muerte del Presidente Kennedy... estaban rabiosos contra los tratados de prohibición parcial de pruebas nucleares, contra los pasos dados en pro de los derechos civiles de los negros y contra que no siguiera una política aún más agresiva contra Cuba."(3)

Empero, este desinflamiento apestador del globo antisoviético y anticubano no puede rebajar la movilización y el alerta de los pueblos. Las fuerzas que mataron a Kennedy están de pie, y actuando impunemente en el centro del capitalismo imperialista mundial, los EE. UU. Es de prever que la política de Johnson estará a la derecha de la política exterior e interior de Kennedy. Y en esta hora histórica, cuando el sistema socialista se fortalece día a día con la Unión Soviética al frente, cuando la revolución anticolonialista avanza, cuando América Latina sacude sus cadenas y el ejemplo de Cuba está en los corazones, no se puede creer en cualquier desarrollo idílico de la situación internacional. Sólo la firme y sistemática lucha por la paz, la coexistencia pacífica y el desarme, puede alejar día por día el peligro de la guerra, latente en la entraña del capital imperialista, y salvar al mundo de la catástrofe nuclear. La guerra ha dejado de ser inevitable, se ha dicho tantas veces. Pero la paz debe ser ganada, hora por hora, minuto por minuto, mes a mes y año a año.

La lucha por la paz se integra hoy en una correlación mundial de fuerzas en perenne movimiento. Cada día que pasa el sistema socialista se fortalece y el capitalismo se debilita, cada hora que golpea el cuadrante marcando nuestro tiempo, la revolución socialista avanza y las revoluciones nacional-liberadoras se desarrollan y triunfan. América Latina —en heroica lucha armada o por otras vías— está edificando su presente y su futuro de liberación nacional y social. Esta lucha se lleva a cabo por la paz mundial, por la revolución libertadora y la felicidad del pueblo.

El asesinato de Kennedy —que de por sí es un testimonio de la naturaleza del imperialismo y de su descomposición social, ideológica y moral— es una advertencia al continente y a la humanidad. Todas las perspectivas iluminan el presente y permiten apresar el huidizo futuro; pero el peligro —de guerra, de agresión y de fascismo— está ahí, amenazador e implacable. Con la unidad de los pueblos, con la firmeza del sistema socialista —acompañando la firme y leninista política de la Unión Soviética—, con la acción de los pueblos que se liberan del colonialismo y de la clase obrera y los sectores progresistas de EE. UU. y Europa— poseemos todo lo necesario para vencer.

El enemigo es feroz, cruel y pérfido; pero está históricamente condenado. Y nuestro tiempo marcha de prisa.

---

(3) Telegrama de A.F.P. del 26 de noviembre, publicado en "El Popular" el día 27.

NOTAS POLITICAS

Victorio Casartelli

A TRAVES DE LAS LUCHAS DE MASAS, IMPULSAR UN CAMBIO PROGRESIVO

La presencia de las masas organizadas en el combate diario cubre el panorama de las últimos años en nuestro país.

El ascenso de las luchas sociales se ha promovido en amplitud, en continuidad, en organización, en profundidad y en contenido político.

Ello no se produce espontáneamente ni al conjuro de extrañas influencias sino que es la consecuencia de la agudización de la crisis estructural del Uruguay en todos sus aspectos, golpeando duramente a cada vez más amplios sectores de la sociedad.

Las luchas entonces, ya no tienen el carácter de conflictos aislados oponiendo a un personal contra los patrones o un gremio contra la patronal, sino que de inmediato se ubican en el plano de las contradicciones fundamentales de nuestro país.

En forma cada vez más amplia el combate se libra contra el conjunto del aparato de poder de la oligarquía y el imperialismo, que también consciente de los cambios se juega con todas sus fuerzas en cada instancia conflictual.

La amplitud de las luchas sociales abarca a extensos sectores. En forma creciente se ha ido operando la integración de nuevas capas y grupos ajenos otrora al combate social.

Ya no es sólo la clase obrera, siempre combativa y esclarecida vanguardia, librando aislada la pelea por las reivindicaciones y los cambios, sino que en forma progresiva se han ido incorporando a la misma los asalariados del campo (arroceros, cañeros, esquiladores, peones de tambo y hoy incluso, los peones rurales), los funcionarios de los Entes Autónomos, los estudiantes e intelectuales, los maestros y profesores de todas las ramas de la enseñanza, los jubilados y pensionistas, los municipales, los funcionarios del Estado, los bancarios, etc.

Son en conjunto cientos de miles de hombres y mujeres de nuestro pueblo haciendo la experiencia de la lucha, conmoviendo día a día las calles de Montevideo y abriendo nuevos caminos a lo largo y a lo ancho de nuestro país.

Los motivos inmediatos son diversos, pero responden en última instancia a las causas más profundas: la crisis golpea por igual a todos los sectores populares y sólo favorece a un pequeño grupo de terratenientes y oligarcas aliados al imperialismo norteamericano.

Es entonces la defensa del salario y las fuentes de trabajo. El pedido de mejores condiciones de labor y la vigencia de las leyes sociales. Es la lucha contra

la reglamentación sindical y por el fortalecimiento de las libertades democráticas. Es la batalla en defensa de la Universidad y la Enseñanza Pública y por el desarrollo de la educación y la cultura nacionales. Es la solidaridad con Cuba revolucionaria y con los movimientos de liberación en otros países. Es la denuncia de los planes del F.M.I. y de los empréstitos leoninos del imperialismo. Es el combate contra la represión y las bandas fascistas. Es el reclamo de jubilados y pensionistas por aumento en sus asignaciones depauperadas por el alza vertiginosa del costo de la vida y en defensa de los organismos de Previsión Social. Es el nacer de la organización en el campo y los reclamos de asalariados y pequeños productores. Es, en definitiva, la movilización de todo el pueblo en defensa de su nivel de vida, de su trabajo, de sus libertades, de sus derechos y por salidas nacionales a la crisis, por la independencia de nuestro país.

Continuidad, extensión y ascenso de las luchas

A esta amplitud del movimiento corresponde también una gran riqueza en la variedad de las acciones. Estas van desde la declaración de estado de preconflicto hasta los grandes paros generales, pasando por el paro parcial y la huelga de días o meses. Van desde la ocupación de fábricas o locales de estudio hasta el acampamiento frente al Palacio Legislativo. Desde las sacrificadas marchas a pie sobre Montevideo hasta la huelga de hambre. Desde los actos frente a las puertas de las fábricas y en los barrios hasta las grandes manifestaciones y concentraciones de decenas de miles. Desde los cientos de delegaciones golpeando a las puertas del Parlamento, la Junta, los Ministerios y la Casa de Gobierno hasta las rondas de los jubilados semana a semana, con buen o mal tiempo. Desde la caravana de camiones conmoviendo la ciudad hasta la ocupación de las barras y salones del Parlamento conjugándose con la actuación de los representantes del F. I. de L. en un tipo de acción parlamentaria que no paga tributo al "cretinismo parlamentario".

Y siempre es también la solidaridad en todas sus formas y manifestaciones desde la contribución a la "olla sindical" a los paros generales solidarios.

Y así en todo este período de años y en forma siempre creciente y progresiva. Enfrentando la represión y la violencia policial. Enfrentando los gases, los sables, el apaleamiento y la cárcel, ordenados por los distintos Ministros, ayer colorados y hoy blancos, pero siempre instrumentos de las clases opresoras.

Y pagando su tributo de sangre y de vidas con la muerte de sacrificados hijos de la clase obrera caídos bajo la saña criminal de las fuerzas represivas.

Esta amplitud y variedad de acciones se han ido encauzando buscando constituir un cauce único y poderoso. A las precarias coincidencias en la acción van sucediendo formas organizativas que apuntan a la constitución del Frente Unico de Masas.

En el aspecto organizativo debemos destacar en primer término, el avance formidable en la unidad de la clase obrera, hasta llegar a constituir hoy una poderosa Central, que es sin duda, el más grande nucleamiento de fuerzas sindicales que registra la historia del país, y que además en su proceso de avance ha logrado la unidad de acción con otras fuerzas que por ahora no pertenecen aún a la C.T.U.

Este proceso ascendente tiene como lógica contrapartida la liquidación de la C.S.U., instrumento del imperialismo para la división en la clase obrera. La creación de la Central de Trabajadores del Uruguay es un jalón en la marcha hacia la liberación de nuestro pueblo y la culminación de un período histórico en la organización de la clase obrera.

Las Mesas Zonales tienen un gran porvenir

La unidad de acción del proletariado con otras capas de la población ha requerido y requiere formas organizativas adecuadas. La agudización de los conflictos y las luchas y la extensión de los mismos, también obliga a buscar formas organizativas superiores, capaces de administrar mejor las fuerzas, de dirigir y

planificar las acciones para golpear concentradamente al enemigo y que signifiquen factores de aglutinación de las fuerzas más dispersas, más débiles y más atrasadas.

Diversas experiencias ha transitado el movimiento de masas en la búsqueda de esos caminos. Circunstanciales algunas, de carácter más permanentes unas y recientes otras, todas han cumplido en su momento, siendo factores importantes en la conformación del vivo panorama que analizamos.

Las Mesas Zonales, por ejemplo, con representantes sindicales y del movimiento popular en los barrios, deben constituirse cada vez más en poderosas palancas para operar desde la base formas organizativas superiores.

Todos recordamos, sin remontarnos más en el tiempo, el "Movimiento Popular Reivindicativo" nacido en 1956 al calor de la conjunción de las luchas obreras y estudiantiles junto a los jubilados y sectores de empleados públicos, desempeñando importante papel en las luchas de todo un período.

La etapa subsiguiente nos mostró en diversas alternativas, como elemento común, el mantenimiento y fortalecimiento de los vínculos entre esos sectores hasta integrarse el "Plenario de la Cultura y el Pueblo Trabajador" en el fragor de las grandes acciones obreras y estudiantiles de setiembre y octubre de 1958 que arrancaron decenas de leyes al Parlamento en las postrimerías del gobierno batllista.

La existencia del plenario y la conjunción creciente de las luchas permitió enfrentar rápida y victoriosamente la ofensiva antipopular del gobierno blanco surgido en las elecciones del 58. Posibilitó esclarecer a grandes masas el alcance de las medidas del nuevo gobierno, el carácter de clase de su composición, golpear y destruir la llorosa campaña de "unidad nacional" que pretendía aplacar las luchas populares con el pretexto de las inundaciones de abril del 59 y abrir el camino a la prosecución del enfrentamiento del pueblo con sus enemigos.

La batalla contra la política de "austeridad" y de congelación de salarios se libró victoriosa facilitada por esa experiencia organizativa. Y así en adelante, la dura lucha contra el gobierno de "Chicotazo" y contra el Fondo Monetario Internacional fue mostrando en continuidad y amplitud la creciente consolidación de las acciones de frente único de masas en este largo período, que culmina ahora con las grandes movilizaciones de este año y el nacimiento del "Plenario Popular", como veremos más adelante.

Como rasgo saliente de estos nucleamientos orgánicos tenemos su carácter de mecanismos nacidos, no por acuerdos especiales, sino en la conjunción y al calor de la lucha y por otra parte, el hecho de que la clase obrera ha sido el nervio y motor de los mismos. El proletariado ha sabido ligarse a vastas capas populares y ha contribuido al desarrollo de la organización y conciencia de las mismas.

Esto es un gran paso en la tarea de nuclear las fuerzas sociales de la Revolución Liberadora.

Los viejos partidos han caducado al igual que las clases que ellos representan

Todo esto y mucho más es lo que hay de nuevo en nuestro país. Ese continuo proceso acumulativo de luchas sociales se enfrenta necesariamente a las viejas estructuras tradicionales caducas. El pueblo es ahora el protagonista.

Pero un protagonista cada vez más consciente de su papel histórico. Todo este proceso de luchas y experiencias unitarias, va acompañado de una creciente toma de conciencia y ha promovido una elevación importante en el nivel político e ideológico de grandes masas.

Sin bajar la guardia en la lucha puramente reivindicativa, sino buscando llevarla a nuevos sectores y desarrollarla en profundidad, durante este período las acciones han tomado otros planos, en los que se apunta a la realización de las primeras tareas de la lucha de liberación nacional. Los grandes temas de nuestra economía y sus soluciones están en la plataforma de la CTU y de los plenarios y son ya patrimonio de grandes masas: la reforma agraria radical, la lucha contra los monopolios yanquis, la liberación del comercio exterior y el intercambio con todos los países, la lucha contra el F.M.I., las medidas contra bancos y financieras, etc.

Hoy, las masas, encabezadas por la clase obrera, van sabiendo distinguir mejor cuáles son sus amigos y cuáles sus enemigos, han acrecido su conocimiento acerca de las relaciones de clase en nuestro país, conocen el origen y causas de la crisis, ubican más correctamente las contradicciones fundamentales de nuestra estructura económico-social y saben que la unidad multiplica las posibilidades y es arma de victorias.

La Revolución Cubana ha jugado su papel en el proceso.

Las vigorosas acciones solidarias de nuestro pueblo y los paros de la clase obrera en defensa de Cuba han movilizado cientos de miles de hombres y mujeres.

El ejemplo de la Revolución Cubana contribuye a la toma de conciencia, tonifica el conjunto del movimiento al demostrar las posibilidades de liberación de los pueblos dependientes de América Latina y coloca las cuestiones de la ideología en primer plano.

¡Cuán lejos estamos, al examinar la creciente riqueza del movimiento de masas en el Uruguay, de las "teorías" de los que hablan de estancamiento y reflujo!

La realidad está allí y nada tiene que ver con esos "ideólogos" de la excepcionalidad de nuestro país en la incorporación de las masas al proceso de liberación que florece en América Latina.

Los que se llenan la boca con la más pequeña acción popular en otros países (en las que ellos desde luego no tienen ninguna participación) e ignoran olímpicamente, desde su mesa de café o sus capillas, las movilizaciones y el combate de cientos de miles que se procesan delante de sus narices. Son los que lloran su ineptitud o peor, quieren ocultar así sus motivaciones de clase...

Pero lo visto no es todo.

Avanza la unidad también en el plano político

Esas luchas constantes y acrecidas tienen también su expresión política. Es el Frente Izquierda de Liberación. Las experiencias de la unidad en la acción, la creciente politización y conciencia del movimiento, la justa política del Partido Comunista —derivada de la correcta valoración de la actual etapa histórica— rinden sus frutos al crearse este núcleo de la unidad política de las fuerzas del pueblo. La creación del F. I. de L. tiene importancia básica en el proceso histórico de la liberación de nuestro pueblo. El F.I. de L. pues, no nació como una simple hechura para el acto electoral del 62.

Transcribimos de "Estudios" N.os 23/24, p. 6 y 7:

> **"Para nuestro Partido, la política unitaria no es una cuestión accesoria o accidental, sino que se vincula a dos motivos esenciales: uno estratégico, que requiere la unidad para forjar el Frente Democrático de Liberación Nacional, vasta coalición de fuerzas populares capaces de llevar hasta el fin la revolución agraria y antiimperialista. Esas clases y capas soicales son el proletariado, fuerza dirigente, los campesinos, el aliado fundamental, las capas medias urbanas, intelectuales y estudiantes, empleados y funcionarios, jubilados y pensionistas, artesanos y pequeños comerciantes. La amplitud y fuerza de esta alianza puede determinar que en ella incluso tome parte la burguesía nacional. El otro es un motivo táctico, que exige la unidad de los partidos y grupos democráticos y antiimperialistas, particularmente de los Partidos Socialista y Comunista, como núcleo avanzado dentro del más amplio movimiento nacional-liberador para impulsar el cambio en la correlación de las fuerzas políticas. A la constitución del Frente se llegará por un camino que estará sin duda jalonado por los acuerdos tácticos de los sectores políticos de izquierda".**
>
> **"La tarea más importante del próximo período será transformar la idea de la unidad que avanza en una realidad viviente en la República. Conjuntamente con la consolidación y ampliación de la unidad de la clase obrera en torno a su Central, del desarrollo del frente único, de la continuidad y profundización de la solidaridad con Cuba, y especialmente del esfuerzo por incorporar el campo al gran movimiento democrático y antiimperialista en marcha, el agrupamiento de todas las fuerzas políticas progresivas y la unidad de socialistas y comunistas seguirá siendo en el próximo período el principal eslabón para acelerar el cambio de la correlación de las fuerzas políticas en el país".**

Y de la misma, número 26, página 64:

> **"Los mismos factores que hicieron posible la creación del F. I. de L. continúan hoy actuando. Las mismas imperiosas necesidades de acción política unificada e independiente de la clase obrera y el pueblo, que determinaron el surgimiento del F. I. de L., están presentes en la realidad nacional.**

Con algunas diferencias aún más favorables. En el año transcurrido, la unidad del proletariado en el plano sindical avanzó a pasos de gigante. Su demostración más categórica está en el Primer Congreso de la Central, que ya mencionáramas.

La creciente comprensión acerca de la urgente necesidad de cambios, imposibles dentro de las estructuras de los partidos tradicionales, ya no es patrimonio exclusivo de una vanguardia: es un sentimiento que se hace conciencia en amplias masas. La inevitable comparación de dos procesos antagónicos en América Latina: Cuba en ascenso, en avance incesante, de una parte, y el resto del continente, nuestro país incluido, en continuado y vertiginoso retroceso, amplían las posibilidades de esa toma de conciencia.

Por otra parte, frente a la exitosa experiencia de una política de unidad de las izquierdas sin exclusiones, el propio Partido Socialista acaba de abandonar la U. P. y su Congreso —que finalizó sus sesiones el 30 de junio— ha tomado resoluciones que amplían las perspectivas unitarias.

Toda la experiencia común con los compañeros socialistas —en la acción sindical, en la solidaridad con Cuba, en la lucha antiimperialista y antilatifundista, en el enfrentamiento a los planes del gobierno y la oligarquía, en la réplica vigorosa a las bandas fascistas, en las soluciones programáticas fundamentales— nos está diciendo que la unidad total de las izquierdas es no sólo una necesidad impostergable, sino también una posibilidad real, efectiva, que deberemos concretar en los plazos más breves".

El F. I. de L., una verdadera alternativa

La necesidad de acelerar un cambio en la correlación de las fuerzas políticas en nuestro país exige el fortalecimiento y ampliación del F. I. de L., su más estrecha ligazón con el conjunto de las acciones de masa, para transformarlo en la corriente política donde desemboque naturalmente el sentimiento unitario de nuestro pueblo.

En la confrontación, —a que la lucha obliga— de los verdaderos intereses de clase que hoy representan los grupos de poder dirigentes de los núcleos políticos tradicionales, el trabajador, el hombre del pueblo, saca sus conclusiones. Pero es necesario que el F. I. de L., presente en el enfrentamiento, con su línea política, su programa y su organización, ayude a ese proceso.

Ayude a que la unidad en la acción trascienda al plano de la unidad política. El entrelazamiento de la actuación de sus representantes en el Senado, en la Cámara, en la Junta, con las acciones de las masas, muestra al F. I. de L. consustanciado con las mismas, librando las mismas batallas, como auténticos representantes de la clase obrera y el pueblo.

Las viejas estructuras políticas corresponden a una estructura económico-social del país que es necesario cambiar radicalmente en el proceso liberador. Esas viejas y caducas estructuras políticas sólo pueden tratar de apuntalar el injusto régimen actual que las ha originado.

Los cambios que el país necesita y por los que el pueblo lucha, sólo pueden impulsarlo aquellas fuerzas políticas que representen los intereses de clase de las fuerzas sociales que buscan liberarse. Es decir, fuera de los núcleos tradicionales.

Por tanto, las soluciones a la terrible situación actual, no pueden consistir en un retorno a lo de antes del 58, régimen que en definitiva inició el camino de entrega al imperialismo por el que transitan descaradamente los gobiernos posteriores serviles agentes del imperialismo y el latifundio.

¿Quién puede pensar que ahora el batllismo resuelva los cambios en la actual estructura del país, que agobia al pueblo, si esas estructuras precisamente se constituyeron y consolidaron en 93 años de gobiernos colorados?

Quienes pontifican sobre "el fracaso de la experiencia de la izquierda" no tienen noción de los procesos históricos, son ciegos a la realidad o hacen simplemente el juego a los beneficiarios de la actual situación, encaramados en los partidos políticos tradicionales.

¿Es que alguien puede pensar que una revolución —y tal es, un cambio radical en las actuales estructuras económico-sociales— pueda surgir de la plácida coexistencia de blancos y colorados en el poder?

Desde luego, que nadie entre quienes han participado en las luchas sociales en estos últimos años, y eso deben comprenderlo muy bien quienes ven sus intereses reflejados en la lucha de masas, pero que aún han votado por blancos y colorados.

Las etapas no pueden saltarse, pero sí acelerarse

La amplitud del movimiento, al abarcar nuevas capas, hace afluir a éste sedimentos de la ideología de las clases dominantes, en diversas formas y manifestaciones. En los períodos de agudización de las luchas, como el actual, el radicalismo extremista es una de ellas.

La rápida radicalización de sectores de la pequeña burguesía —no acostumbrados a la lucha, sin experiencia, sin la paciencia y la capacidad de sacrificio del verdadero revolucionario, sin el conocimiento de las leyes del desarrollo social— genera concepciones que pueden llevar al aventurerismo de izquierda. Así aparecen "los impacientes", "los ultrarrevolucionarios", quienes, en el fondo, traen elementos de tipo golpista a las filas de la izquierda.

Y aparecen "los desengañados", los que "están de vuelta de la izquierda", aquéllos que creen que participando en un acto ya han resuelto los problemas de la revolución y se extrañan luego de que no sea así. Aportes vacilantes de la peqeuña burguesía que desea pelear contra el imperialismo pero que no se atreve demasiado...

El proceso de creación de las fuerzas sociales de la revolución obviamente es previo a ésta: sin fuerzas revolucionarias no hay revolución. Y aquéllas no se crean por decreto ni aparecen por milagros. Son el fruto de la paciente —que no quiere decir indiferente— acumulación de esfuerzos, de luchas, de acciones diversas, de experiencias, de educación, de organización, de cohesión ideológica, aplicados a las masas.

Pero sin ellas no hay revolución pues ésta no es un golpe de suerte, ni fruto de la acción de un grupo privilegiado "de vanguardia". Se requiere sí, una vanguardia con una ideología revolucionaria, pero ligada a las masas, capaz de dirigirlas y educarlas y transformarlas en fuerza social revolucionaria.

Todo el proceso de luchas de masas, sin concesiones al enemigo, librada con flexibilidad, sopesando las fuerzas, sin vacilaciones pero sin urgencias aventureras, ayuda a ese proceso. Estamos en un período de acumulación de fuerzas, en el cual podemos cambiar la correlación de las fuerzas políticas y facilitar el camino de liberación. Debemos en este período, sustraer a grandes masas, en particular a sectores de la clase obrera, de la influencia de la ideología burguesa. Cuando decimos que esta tarea abarca un período histórico no fijamos un plazo dilatado, no diferimos la revolución para las calendas griegas, como pretenden algunos charlatanes ultrarrevolucionarios.

Como revolucionarios conscientes sabemos que las etapas históricas no pueden saltearse impunemente, pero sabemos también que pueden acelerarse en circunstancias favorables.

Sólo la prosecución y elevación de las luchas conducirá a soluciones

Hoy la coyuntura internacional es favorable. La correlación de fuerzas en escala mundial ya no favorece al imperialismo. Con el peso creciente del campo socialista, el proceso de liberación de los pueblos se acelera. Cuba lo demuestra a nuestros pueblos. Y la lucha en América Latina se agudiza. Crece la lucha obrera y popular. Pero al mismo tiempo, el imperialismo acorralado aparece más agresivo y tenemos nuevos golpes militares promovidos por el Pentágono, y la amenaza "gorilista" en varios países.

América Latina es un volcán para el imperialismo. La acción despiadada de los monopolios yanquis obliga a las vacilantes burguesías nacionales a tomar medidas y los intereses petroleros yanquis se ven enfrentados en Argentina, Perú y Brasil. La "Alianza para el Progreso" —pieza maestra de la política económica yanqui para todo este período— se deteriora cada vez más, antes aún de comenzar a ser aplicada. El CIES no funciona como pensaron los yanquis en Punta del Este y las afirmaciones lapidarias del Che Guevara en aquella oportunidad comienzan a ser repetidas en voz cada vez más alta en toda América.

No nos ilusionamos, sabemos que el imperialismo es capaz de cualquier crimen contra los pueblos y en particular, los círculos más reaccionarios fascistas y pro-guerreristas de EE.UU., al ejecutar el asesinato de Kennedy nos muestran cuán dura ha de ser la lucha.

Todas las circunstancias presentes colocan al rojo vivo la enorme responsabilidad que la conducción de las tareas revolucionarias significa.

Este proceso contradictorio trae consigo la posibilidad de dos tendencias que en nuestro país se evidencian también: la salida a la derecha propiciada por los sectores más reaccionarios con algún "ruido de sables" además o la acumulación de fuerzas en la izquierda.

La agudización de la lucha de clases pone en pugna las dos tendencias.

La salida no es la "tregua" sino la prosecución a nivel más alto cada vez de las luchas de las masas. Se han obtenido grandes victorias, el fervor y la energía en la batalla nos aseguran otras que en definitiva harán posibles las salidas a la izquierda. Estos últimos meses hemos visto crecer y acelerar el proceso de acciones del Frente único y la incorporación combativa de nuevas fuerzas.

La huelga de UTE, el gran paro de junio, el Congreso de la C.T.U., el gran acto del 26 de Julio conmemorando el aniversario del asalto al Cuartel Moncada, las acciones de los maestros y profesores con paros de 48 horas, el paro de funcionarios públicos agrupados en el C.I.F.E., la Conferencia Nacional de asalariados agrícolas.

El combate de los municipales agrupados en ADEOM, culminando victoriosamente con la obtención de las mejoras presupuestales.

El funcionariado de Ancap, obteniendo las 6 horas.

El trámite de la Rendición de Cuentas en lo nacional, junto con las sanciones a maestros, profesores y funcionarios, que participaron en los paros ha agudizado las luchas, que culminan con un formidable paro general del 28 de noviembre, organizado por el Plenario Popular que integran la Coordinadora de la Enseñanza, el Comité Intergremial de Funcionarios del Estado, la C.T.U., el Plenario Obrero-Estudiantil, la Coordinadora de los Entes, el Plenario de Gremiales del Ministerio de Hacienda y el Movimiento de Defensa y Apoyo a la Escuela Pública.

La jornada tuvo proyecciones nacionales y sin duda constituyó un hecho sin precedentes en la vida del país. En efecto, hasta el momento no se había registrado un paro en el que se concertara la acción de todos los sectores: maestros, profesores, obreros de todas las industrias, funcionarios del Estado, trabajadores de los Entes, empleados del comercio y la industria, padres de alumnos, etc.

Se trata de una respuesta contundente a toda la política gubernamental, a su orientación anti-popular. El paro traduce el estado de ánimo de nuestro pueblo, agobiado por la carestía y los bajos sueldos, indignado ante la entrega de nuestra economía a los dictados del F.M.I.

La Plataforma del paro es conocida. En síntesis, expresa: defensa del derecho de organización y huelga, por el levantamiento de las sanciones contra el intento de dar estado militar a los funcionarios civiles pertenecientes al Ministerio de Defensa Nacional, en defensa de la Enseñanza Pública, por el aumento de $ 500.00 para los funcionarios del Poder Central y Servicios Descentralizados, por la sanción del salario mínimo nacional, por aumento de las jubilaciones para que los recursos para la financiación de los aumentos se extraigan de las fuentes de concentración de la riqueza y contra cualquier gravamen al consumo popular.

* * *

El pueblo ha elegido su camino: el de la movilización y lucha; el camino de la unidad en el combate.

Así se acrece la perspectiva de las salidas a la izquierda, éste es el camino de las soluciones populares.

Si toda la izquierda se bate con fervor y energía en el cauce de la lucha de masas, sabemos que han de producirse modificaciones en la actual correlación de las fuerzas políticas.

Y estas son concretamente las grandes tareas a cumplir en este período de acumulación de fuerzas.

Rita Ibarburu

QUE HAY DETRAS DE LA AGRESION MARROQUI A ARGELIA

Recientemente se produjo un ataque armado de Marruecos sobre suelo argelino, en la zona del Sahara. Tal como lo denunció el gobierno Ben Bella el agresor se aparta así de los compromisos contraídos en Bandung y en fecha más próxima en Addis Abeba, cuando los países africanos acordaron sellar su unidad, proclaman una política de lucha por la paz y el desarme, por la emancipación total y resolver por vía de negociaciones cualquier cuestión litigiosa que surgiera entre ellos.

Dos conferencias tuvieron lugar a propósito de este conflicto: la primera realizada en Bamako, con asistencia de las partes y actuando en calidad de mediadores el emperador de Etiopía Hailo Selassie y Modibo Keita, presidente de Mali, acordó el cese del fuego. La segunda, que concluye sus trabajos en momentos de cerrar este comentario, se desarrolló en Addis Abeba con la participación de los ministros africanos de relaciones exteriores. En esta ocasión se convino en someter la disputa a una comisión de arbitraje, siempre dentro de los marcos de la Organización de la Unidad Africana.

Es sabido que el colonialismo dejó en herencia a los países independizados una serie de problemas de límites sin resolver. Pero sería falso radicar en esto las causas del conflicto argelino-marroquí. Ellas derivan, sin lugar a dudas, de la situación de ambos países, de la trayectoria diversa recorrida en lo interior y de la política exterior que sostienen actualmente.

Por lo que respecta a Marruecos está lejos de avanzar en la consolidación de su independencia económica y política. En lo interior no ha tenido lugar ninguna reforma sustancial de estructura. En el aspecto de la dirección política ha retrocedido, ya que los sectores más interesados en imprimir una orientación de progreso han sido desplazados del gobierno y se hallan en la más franca oposición (desde el proletariado hasta la burguesía); el sultán Hassan II se ha rodeado de una camarilla de antiguos colaboradores del colonialismo. En política exterior, si bien desde el punto de vista formal, Marruecos continúa ligado a la Organización de la Unidad Africana, ha ido virando paulatinamente hacia la órbita del imperialismo, desandando el camino iniciado por el anterior sultán Mohamed V que practicaba la neutralidad positiva.

En territorio marroquí se hallan emplazadas numerosas bases aéreas y navales norteamericanas, dirigidas contra el movimiento de liberación. Estas bases debían ser evacuadas próximamente, en virtud del reclamo popular; la circunstancia de un conflicto armado con

Argelia resulta un buen pretexto para mantenerlas. Por su parte Francia también tiene que ver en este conflicto. "L'Humanité" ha denunciado que el territorio argelino sobre el cual avanzó el ejército marroquí es rico en petróleo y minerales de hierro, cobre, manganeso, etc., que los imperialistas desean exportar a Francia y cuya explotación por Argelia serviría a los fines de la consolidación de la independencia económica del país. Además, esta zona está próxima a los campos experimentales nucleares de Francia.

Marruecos ha sido en estas circunstancias una pieza en el juego del imperialismo internacional, movida contra Argelia precisamente cuando aquí la revolución liberadora se ha afirmado y avanza con paso seguro para ejemplo de todos los africanos. A los latinoamericanos esto no nos resulta novedoso. Las agresiones directas o por mandato del imperialismo yanqui contra Cuba ostentan el mismo sello: ya no se trata tanto de paralizar el proceso cubano cuya irreversibilidad está comprobada; el gendarme internacional no puede permitir que el ejemplo cunda.

Partiendo de esta base, para explicarse el hecho circunstancial de la agresión marroquí hay que tener presente la evolución de Argelia.

"Arrasar todo lo que no se arrastre a nuestros pies como los perros"

Con esta consigna arengaba a sus soldados un mariscal francés que culminaba la esclavización de Argelia.

Este lema presidió la conducta de los colonizadores en los 130 años de dominación. Fueron 130 años durante los cuales la metrópoli se nutrió de las riquezas robadas a sus legítimos dueños, condenados al hambre más atroz, al analfabetismo, al atraso en todos los órdenes.

Hasta la liberación los franceses poseían las mejores tierras, obtenidas mediante el despojo violento de los nativos que, en un 90%, fueron desalojados de las zonas más fértiles hacia las montañas primero y luego hacia el Sahara. Con el transcurso del tiempo muchos de esos campesinos volvieron a las tierras que antes eran suyas a trabajar como aparceros de los latifundistas que les brindaban un trato típicamente feudal; otros optaron por la esclavitud asalariada.

Así se fue conformando la estructura agraria de Argelia. Para el momento de la liberación de los 10.392.000 hectáreas laborables, 2.720.000 eran de propiedad de europeos, pero con la particularidad de que esas tierras daban hasta 47 veces más rendimiento que las que poseían los nativos. El 90% de las tierras propiedad de europeos pertenecían a sólo 7 latifundistas. Un millón de campesinos carecían en absoluto de tierra.

El 90% de la economía del país se hallaba bajo control francés; en manos de los franceses estaba prácticamente toda la industria, todo el comercio, toda la administración. Los colonizadores vivían en la opulencia. De cómo vivían los nativos habla esta anécdota. "Sufro de colonialismo" —respondió el actual Ministro de Agricultura de la República Argelina a un médico norteamericano que al examinarlo le preguntó extrañado cómo un ministro podía padecer de desnutrición.

Un alto porcentaje de niños argelinos debían ser operados del estómago para extraerles la tierra que comían a fin de calmar el hambre.

El analfabetismo afectaba al 85% de los niños argelinos. En éste como en todos los aspectos de la vida social el colonizador imponía un trato discriminatorio. De cada 6 niños argelinos sólo uno podía cursar enseñanza primaria; 1.800.000 no tenían acceso a ella. Uno de cada 175 niños seguía estudios secundarios y sólo uno de cada 15.342 accedía a la enseñanza superior.

La herencia del colonialismo

El sentimiento nacional era muy fuerte en Argelia. Cuarenta años tardó Francia en colonizarla y cuando en 1954 estalló la guerra todo el pueblo participó en el movimiento liberador. Más de 7 años se prolongó la lucha armada; los argelinos enfrentaron y obligaron a pactar al ejército francés de 600.000 hombres, pertrechado de la técnica más moderna y auxiliado por las otras potencias imperialistas.

El 19 de marzo del año pasado en Evian-les-Bain se acordó el cese del fuego. Francia reconoció: a) la independencia de Argelia y la integridad de su territorio (durante mucho tiempo quiso privarla del Sahara) y, por consiguiente b) la creación de un Estado soberano y c) de un gobierno provisional de la República Argelina. El Acuerdo se llamó de "independencia en la cooperación" pero el gobierno provisional argelino tuvo que hacer muchas concesiones que representaban trabas al desenvolvimiento del nuevo Estado y protección a los intereses del capital

francés. Esas concesiones no empañan, sin embargo, la enorme trascendencia de la victoria alcanzada.

No bien firmado el acuerdo los bandoleros de la OAS se lanzaron al ataque en Argel y Orán. Salán y sus ultras, agentes de los círculos monopolistas, contando con la benevolencia de De Gaulle y el apoyo de todos los grupos fascistas internacionales sembraron durante muchos meses el terror.

Cuando el Gobierno Provisional asume la dirección del país la situación es en extremo difícil. La población europea que durante la guerra había comenzado el éxodo hacia la metrópoli, luego de la liberación huye literalmente. En el término de dos meses 600 mil personas (más de la mitad de la población europea) abandona Argelia. Los capitalistas franceses clausuraron sus empresas después de inutilizar las instalaciones; con ellos se marchaban la mayor parte de los técnicos o especialistas, el 70% de los maestros de primaria, el 90% de los profesores de enseñanza media y el 99% de los de enseñanza superior. Todos los servicios estaban paralizados. Había dos millones de desocupados (el 70% de la población activa), un millón y medio de viudas y huérfanos, 800.000 refugiados en las fronteras. La crisis de vivienda era aguda: poblaciones enteras estaban formadas por tiendas de campaña. Las tierras estaban gastadas y minadas.

La huída de los europeos dejó abandonadas grandes extensiones de tierra. Aquí empezaron a actuar, aún antes de la liberación los comités de campesinos; se incautaban de esas tierras, llamadas "vacantes" y las entregaban a los campesinos sin tierra. Luego los obreros agrícolas tomaron la dirección de las fincas abandonadas. Esta iniciativa de las masas comenzó a poner en marcha algunos aspectos de la vida nacional.

Se comprende cuán complejos problemas tenían ante sí las fuerzas revolucionarias. Debían reconstruir todo el país. Francia se negó a prestar ayuda —violando las obligaciones contraídas en Evian— o condicionaba esa ayuda a que no se nacionalizara la propiedad francesa. En torno a la nueva República merodeaba el neocolonialismo dispuesto a aprovecharse de las circunstancias.

Una revolución "a la plebeya"

Antes nos referimos a la profundidad y amplitud del movimiento de liberación que abarcaba a todas las clases y capas sociales. Los métodos de la dominación colonial fueron tan crueles que el sentimiento nacional resultó ser una fuerza avasalladora. En el Frente de Liberación Nacional se fundieron todos los partidos y organizaciones existentes. El único Partido que mantuvo su independencia, por razones que luego explicaremos, el Partido Comunista, apoyó sin retaceos al Frente; sus militantes ingresaron a él y combatieron como los mejores; los grupos armados que actuaban bajo el control del Partido pasaron a formar parte del Ejército de Liberación.

Hasta la liberación todas las fuerzas sociales: burguesía pequeña y media, campesinos, obreros, etc., actuaron en la misma dirección; los antagonismos de clase en lo interno se atenuaban para ofrecer al enemigo exterior un frente sin fisuras. Y ésta es una de las causas de la victoria sobre el implacable leit motiv: "Argelia será siempre francesa".

El primer pronunciamiento programático después de la liberación está contenido en el programa de Trípoli[1]. Dicho programa definía la próxima etapa a recorrer como una revolución popular y el contenido de esta etapa como

> **"la edificación consciente del país en el marco de los principios socialistas y de un poder en manos del pueblo".**

Bajo el lema de "la tierra para quien la trabaja" postulaba una reforma agraria en los siguientes términos: a) limitación de la propiedad de la tierra; b) expropiación de los excedentes; c) entrega de estos excedentes a los campesinos sin tierra o con poca tierra; d) creación de cooperativas de producción y granjas del Estado; e) participación de los obreros en la dirección de éstas y en los beneficios que se obtengan.

Ya en esta ocasión se produce una crisis dentro del Gobierno Provisional (algunos ministros renuncian) y del Frente mismo, crisis derivada de las distintas concepciones en torno al carácter del poder que debía regir hasta las elecciones generales y en torno al futuro inmediato de la revolución. De esta crisis salió fortalecida la tendencia de izquierda, representada por Ben Bella que acusaba al Gobierno de haber ido "demasiado lejos en la colaboración con los neocolonialistas"[2] y

---

(1) En mayo-junio de 1962 se reúne en esta ciudad el Consejo Nacional de la Revolución Argelina.

procuraba imprimir un contenido más radical al movimiento.

La tendencia representada por Ben Bella obtiene una nueva victoria —esta vez más importante porque implica un plebiscito popular— en las elecciones a la Asamblea Nacional Constituyente realizada en setiembre del año pasado, donde logra el 81% de los votos. Un mes después el gobierno adopta una decisión de gran trascendencia: legaliza las medidas ya tomadas por propia iniciativa de las masas, estableciendo por decreto que en cada propiedad con más de 10 obreros se constituirían comités de gestión elegidos por la asamblea de trabajadores, fijándose una retribución proporcional al trabajo realizado.

El 18 de marzo último Ben Bella firma un decreto más radical y definitorio del curso que va tomando la revolución argelina hacia el desarrollo no capitalista. Por él se nacionalizan (es decir, pasan a ser propiedad estatal) todas las empresas (alrededor de 600 de volumen medio, algunas grandes y decenas de miles de pequeños negocios) y las tierras abandonadas por los franceses. Según declaraciones del Ministro de Agricultura ésta puede ser considerada la primera etapa de la reforma agraria. La segunda etapa expropiará 1.500.000 há. que están actualmente en poder de europeos. Se prevé que para fines de 1963 tres millones de há. quedarán bajo control de los comités campesinos. La tercera etapa limitará la propiedad de los argelinos, dejando en poder de éstos sólo la cantidad de hectáreas que puedan laborar por sí mismos. Los pequeños campesinos no serán expropiados; por el contrario, se les ayudará a producir más y mejor, a la vez que se procurará persuadirlos de las ventajas que ofrece el trabajo en común.

Interesa consignar que el propósito declarado del gobierno argelino no es sólo el de redistribuir la tierra, sino el de levantar una agricultura planificada, sobre bases cooperativas. Este propósito se ve facilitado por la tradición de trabajo en común que tiene el campesino. De tal modo, en el campo se pasaría del período pre capitalista a la colectivización saltando la etapa capitalista.

El Ministro de Agricultura, en reportaje concedido a "Tiempos Nuevos" de Moscú, afirma la decisión de destruir toda base de la burguesía en el campo, de atajar el desarrollo de la burguesía rural, de terminar con los latifundistas y frenar el desarrollo de la burguesía urbana.

En otro plano también se adoptan medidas dignas de aplauso. Según noticia publicada el 26 de setiembre último, el Buró Político del F.L.N. nacionalizó tres grandes diarios (grandes por sus medios económicos); ellos son: "Dépêche d'Algerie", L'Echo d'Oran" y "Dépêche de Constantine" que antes apoyaban el asesinato del pueblo y ahora se dedicaban a una labor contrarrevolucionaria de zapa.

Otro elemento a tener en cuenta es el contenido de la constitución aprobada por la Asamblea Nacional. La Carta fundamental consagra las conquistas revolucionarias y promueve el avance de la revolución. Proclama que

> **"la República Argelina, democrática y popular orienta sus actividades en el camino de la edificación del país conforme a los principios del socialismo y del ejercicio efectivo del poder por el pueblo, a cuya vanguardia están los fellahs, las masas laboriosas y los intelectuales";**

señala los objetivos inmediatos de la actual etapa democrática: reforma de las estructuras fundamentales como la reforma agraria y la gestión de la economía por los trabajadores; medidas de carácter político y social en beneficio de las masas, emancipación de la mujer, liquidación del analfabetismo, etc.; política exterior de paz y antiimperialismo; reafirma el patrimonio árabe-islámico, al propio tiempo que proclama la libertad de opiniones y de creencias y el libre ejercicio de los cultos.

Un elevado debate entre revolucionarios

Un tema que se discute apasionadamente, sin que se haya llegado a acuerdo, es el de la organización política de las fuerzas revolucionarias. Hay una tendencia, encabezada por Ben Bella, favorable a la creación del Partido único como condición para el éxito de la edificación de la nueva Argelia. La ideología y la organización del Partido único no han sido definidas. Ben Bella considera que debe ser un Partido de vanguardia, integrado por revolucionarios honestos; no admite como justa la existencia independiente del Partido Comunista; estima que sus militantes deben ingresar al Partido único.

Esta discusión no es de ahora; se había iniciado ya durante la guerra. El

(2) "El Moujahid" (órgano del F.L.N.) dice al respecto: "Vemos aumentar el peligro de una infiltración burguesa que el neocolonialismo francés intenta consagrar por el canal de la economía capitalista y de sus agentes".

Partido Comunista no estuvo de acuerdo con disolverse; ha sostenido la unión de todas las fuerzas revolucionarias en el Frente, manteniendo cada una su propia fisonomía. Y esto es comprensible ya que el Frente no tiene una ideología definida, por el mismo hecho de que está integrada por diferentes clases sociales con una tradicional predominancia de la pequeña burguesía. No está dispuesto a disolverse ahora, porque considera que aún no han madurado las condiciones para ello. En una carta que el Partido Comunista dirige al F.L.N. se lee:

> "...La posición de principios del P.C.A. respecto al Partido Unico figura en el programa de nuestro Partido... Por nuestra parte, estamos dispuestos a seguir el ejemplo de nuestros camaradas cubanos. Esperamos que nuestros hermanos del F.L.N. estén dispuestos, por su lado a hacer como el Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro.
>
> La posición del P.C.A. tiene razones fundamentales: por su naturaleza, nuestro Partido lleva la lucha por una sociedad sin antagonismos de clase, libre de la explotación del hombre por el hombre. Es por este hecho, partidario resuelto del partido único fundado en la ideología de la clase obrera. Nuestra posición tiene en cuenta al mismo tiempo las realidades argelinas y la historia política de nuestro movimiento de liberación. Hemos tenido y tendremos siempre en cuenta esta realidad, no para frenar la evolución hacia un partido único por la edificación del socialismo, sino para hacer que maduren mejor las condiciones para ello... Por nuestra parte estimamos que las divergencias entre el P.C.A. y el Buró Político no son insuperables. Estas divergencias conciernen a cuestiones doctrinarias, el papel respectivo de la clase obrera y del campesinado pobre en al etapa de la construcción del socialismo, el problema de la democracia, etc. Por su parte el P.C.A. considera que la etapa de la construcción del socialismo será llevada a buen fin en la medida en que la alianza indispensable de la clase obrera y del campesinado pobre sea sólida y guiada por la ideología de la clase obrera. Esta última es, en efecto, la clase social más consecuente en la marcha hacia el socialismo porque, a diferencia de las otras clases, es naturalmente más apta para adoptar la propiedad colectiva de los medios de producción." (3)

El debate en torno al Partido único se realiza en un tono elevado, buscando que él contribuya efectivamente a unir a las fuerzas revolucionarias, a aproximar más sus posiciones ideológicas.

El progreso de la revolución argelina suscita dos fenómenos paralelos; por un lado recibe el apoyo más resuelto de las masas populares; por otro se van pronunciando los desprendimientos dentro del F.L.N. e incluso de sus fuerzas armadas. Ferhat Abbas, líder de la burguesía, ex-Jefe del Gobierno Provisional dimitió de su cargo de Presidente de la Asamblea Nacional por discrepar con la Constitución aprobada y con la orientación que toma el país; huyen de Argelia Mohammed Khider (Primer Ministro hasta la reunión de Trípoli) y Belkacem Krim, también personaje prominente. Dentro del ejército aparece una corriente encabezada por Mohand ou el Hadk (ex-coronel de la región de Kabilia) que adopta posiciones pretendidamente "ultrarrevolucionarias" y luego pasa a la subversión abierta, lo que determina su destitución.

Con razón decía Ben Bella que para arrancar a Argelia del subdesarrollo, para tomar resueltamente la vía socialista debía mantenerse en todos los frentes una lucha tan encarnizada como la lucha de liberación.

Solidaridad internacional para defender a Argelia

La República Argelina democrática y popular cuenta con poderosos aliados internacionales; su prestigio dentro de la Unidad Africana ha crecido grandemente; los pueblos de esos países quieren seguir el ejemplo de Argelia; es conocida la firme amistad existente entre Cuba y Argelia. La Unión Soviética durante la guerra de liberación suministró ayuda material a los combatientes y apoyo moral en los organismos internacionales; después de la independencia ella y otros países socialistas envían sus técnicos para poner en marcha las fábricas abandonadas, aportan víveres, medicamentos, etc. La URSS ha otorgado un préstamo a largo plazo, por 50 millones de antiguos francos para contribuir a levantar una economía independiente. Apoyan a Argelia la clase obrera internacional —en primer lugar la clase obrera francesa y su Partido Comunista— y todos los pueblos del mundo.

En resumen la revolución argelina se consolida en lo interno y cuenta con poderosos aliados en el exterior. Pero los enemigos la acechan: los imperialistas franceses no se resignan a perder definitivamente sus posesiones; el imperialismo internacional procura impedir que también los países africanos opten por el camino socialista; las clases desplazadas, a medida que la revolución avanza, han intentado sucesivos golpes aunque sin éxito. De ahí que la agresión marroquí —paralizada por el momento, pero aún latente— deba interpretarse como el propósito combinado de todas estas fuerzas para asestar un golpe a la Argelia nueva.

(3) "France Nouvelle", Nº 907, 1963.

José Luis Massera

CON EL DOGAL DE LA CRISIS CADA VEZ MAS APRETADO

No hay salvación si no es por el camino de la izquierda

Hace un par de meses, en el número anterior de ESTUDIOS, E. Viera analizaba los síntomas principales de la hondísima crisis económico - financiera que se abate sobre nuestro país, descarnaba sus causas y su contenido de clase, criticaba las pretendidas soluciones de la CIDE, y reiteraba las únicas y verdaderas soluciones, las que promueven las fuerzas de izquierda.

En particular, Viera señalaba que el actual gobierno sigue en esencia la misma línea del anterior, a pesar de algunos pequeños ajustes que buscan una más "justa" distribución de las regalías y prebendas entre los diversos sectores de las clases dominantes, condición para su más sólido acuerdo (que la UBD proclamara con el rótulo de "tregua política"), dirigido a descargar sobre el pueblo todas las consecuencias de la crisis y a reprimir las luchas populares. El gobierno "ha desencadenado una nueva ola de carestía, comparable a la que desató la reforma cambiaria y monetaria, y ha otorgado nuevas prebendas a los latifundios", al mismo tiempo que trata de retacear los aumentos reclamados por los trabajadores.

En los dos meses transcurridos, ¿ha habido algún cambio digno de mencionarse, alguna medida gubernativa cuya importancia merezca una apreciación positiva? Más genéricamente, ¿hay elementos nuevos en la situación económica y política latinoamericana que exijan un replanteo de los problemas?

Para contestar estos interrogantes, pasaremos revista brevemente a los principales acontecimientos nacionales y continentales de estos dos meses. De ellos se desprende una moraleja inequívoca: los hechos confirman la posición de los sectores de izquierda. Si el país persiste en el camino de la acentuación de nuestra supeditación al imperialismo yanqui, la crisis seguirá ahondándose insoportablemente. Para resolver los gravísimos problemas nacionales, hace falta un viraje político radical, que conduzca a la República por el otro camino, el camino de las soluciones que sustentan los trabajadores y las fuerzas de izquierda que constituyen su vanguardia política.

La misión de Podestá Milans

Al regreso de los EE.UU., el Presidente del Banco de la República fue acogido con fanfarrias triunfales por el gobierno y los órganos de prensa adictos. Pero lo que se sabe acerca de la famosa misión obligaría, en realidad, a poner cara compungida. Y lo que no se

sabe —que es mucho— seguramente es aún peor que lo que se sabe.

Tanto Podestá Milans como el Ministro de Hacienda y otros jerarcas han sido muy poco explícitos acerca de lo que se conversó en Nueva York y en Washington. Lo que no es como para tranquilizar a nadie. De lo manifestado en una Conferencia de Prensa y en alguna otra ocasión se deduce que:

1º De los 53 millones de dólares que constituyen la deuda a corto plazo con los banqueros yanquis, 14 hay que pagarlos en un plazo de 6 meses, es decir, en mayo de 1964.

2º Los 39 millones restantes se pagarán en 5 cuotas anuales, aumentándose al interés del 5.25 % (que ya era alto para este tipo de operaciones) al 6 %; es decir que, por lo pronto, en noviembre de 1964 habrá que pagar 11 millones más.

3º Sin embargo, ese arreglo marchará solamente si entre tanto nos "portamos bien", a juicio de nuestros acreedores. Concretamente, si cumplimos tres condiciones: "mantener una balanza comercial equilibrada, una balanza de pagos razonablemente favorable y reservas de moneda extranjera no inferiores a las actuales".

4º Se aceptaría tácitamente que el camino para lograr cumplir esas condiciones es el que ha aplicado el gobierno hasta ahora, a saber, "en primer lugar, el establecimiento de recargos a las importaciones en general, y recargos muy pesados a las importaciones de artículos prescindibles; en segundo lugar, la fijación de un tipo de cambio realista... que permita la salida al exterior de muchos renglones de exportación...".

5º Se habría "logrado prácticamente el apoyo de las autoridades competentes para expandir moderadamente y en forma muy selectiva el crédito destinado a todos aquellos sectores que puedan favorecer la balanza comercial". Por si alguien pudiera dudarlo, el Sr. Podestá Milans precisó de qué "autoridades competentes" se habla: "Se trata del Fondo Monetario Internacional".

Los Shylock yanquis tienen bien sujeta a su presa. De hecho, han intervenido nuestra economía, nuestras finanzas y nuestro comercio exterior. Son ellos, y no nosotros, quienes deciden lo que debemos hacer y lo que no debemos. Se nos arranca un buen trozo de nuestra soberanía, "una libra de carne, del lado del corazón...".

Pero, además, es el propio imperialismo quien se encarga de dificultarnos o impedirnos el cumplimiento de las famosas tres condiciones que nos impone. ¿Cómo equilibrar la balanza comercial, si nuestras exportaciones chocan con trabas discriminatorias en los llamados "mercados tradicionales", si nos pagan cada vez menos por nuestros productos (según la CIDE, la deterioración de los términos del intercambio —las "tijeras" de los precios— nos han hecho perder, en 10 años, 6.780 millones de pesos!), y si nos prohiben comerciar con el mundo socialista? ¿Cómo tener una balanza de pagos favorable y mantener las reservas de divisas si, además de lo anterior, nos obligan a pagar 25 millones de dólares de deudas en el primer año del "generoso" arreglo?

Los remedios "autorizados" —recargos de importación, desvalorización monetaria, créditos muy selectivos— son peores que la enfermedad. Es innegable que los recargos determinarán una cierta restricción de las importaciones, y la desvalorización, un cierto estímulo a las exportaciones. Pero, en primer lugar, esos efectos tienden a desaparecer rápidamente. La experiencia dice que, si hay grupos que disponen de dinero en abundancia —y, como enseguida veremos, las "soluciones" preconizadas arrojarán nuevas millonadas en los bolsillos de los privilegiados—, por elevados que sean los recargos, no son capaces de detener ni siquiera la importación de artículos suntuarios. Y en cuanto a la desvalorización, ella permite y alienta a los exportadores a abatir el precio en dólares de nuestras carnes, lanas y cueros en el mercado exterior, entrando en una puja ruinosa con los otros países exportadores (Argentina, etc.), para mayor gloria de los compradores imperialistas; al poco tiempo, las ventajas momentáneas de la desvalorización se esfumarán y reclamarán nuevas desvalorizaciones, en un proceso indetenible que ocasiona cada vez mayor perjuicio a la economía nacional.

Sin embargo, esto no es lo peor. En realidad, los efectos supuestamente beneficiosos para la balanza comercial que tendrían las medidas que se propician no son más que el papel de colores vistosos con que se envuelve una mercadería repulsiva por su real contenido social. El sentido de clase de esas medidas es, crudamente, hacer a los ricos más ricos y a los pobres más pobres. Recargos de importación y desvalorización monetaria significan, en efecto, impulsos gigantescos a la carestía; es difícil hacer un cálculo exacto, pero puede afirmarse que los recargos impuestos y las desvalorizaciones producidas en lo que va del año representan no menos de 4.000 mi-

llones de pesos de encarecimientos suplementarios que deben pagar los trabajadores. La contrapartida es que grandes ganaderos, barraqueros, grandes comerciantes e intermediarios están recibiendo miles de millones de ganancias extra, pese a la baja del precio en dólares de los productos de exportación. A ello se agrega la ventaja de poder disponer de los créditos "muy selectivos" del Banco de la República; a pretexto de "favorecer la balanza comercial" esos créditos irán exclusivamente a manos de aquellos sectores privilegiados, y no habrá nada para los pequeños y medianos productores agropecuarios e industriales. Por el contrario, éstos se descapitalizarán aceleradamente y serán empujados a la ruina: sus capitales pequeños y medianos no son suficientes para mantener el ritmo de la producción teniendo que adquirir materias primas, equipos, etc. brutalmente encarecidos.

¿En qué se diferencian estas orientaciones de las que aplicaba el anterior gobierno y su ahora tan vituperado ministro Azzini? En nada, si uno no se deja confundir por algunos pequeños matices formales que no cambian un ápice del fondo de la cuestión. Esa política —impulsada por el FMI, que ahora da la bendición a su variante ubedista— regala millones a los privilegiados, fomenta la especulación y la usura y desarrolla los rasgos parasitarios de la economía. Y no impulsa la producción ni estimula, en última instancia, la exportación. ¿Para qué producir más, para qué esforzarse a exportar más si igual, quienes están en el secreto del asunto, sin mover las lanas de la barraca, obtienen centenares de millones de beneficios con un simple decreto que rebaja las detracciones o con un "bajón" del peso frente al dólar? Hoy mismo, los barraqueros están comprando la lana a un precio mayor que el internacional: ¿qué explicación tendría esto si ellos no tuvieran la seguridad de que habrá una nueva desvalorización que les resarcirá con creces lo que ahora están "perdiendo"?

E insistimos, esto es lo que se sabe, por haberse dicho explícitamente. Lo que no se ha dicho, lo que se oculta y hasta lo que se desmiente más o menos enfáticamente a pesar de ser cierto, es sin duda mucho peor. (Que en esto de mentir y desmentir, Azzini no tiene por cierto la exclusividad, a pesar de la tan jaleada "hora de la verdad"...). Por ejemplo, la Tercera Carta de Intención al FMI. Ybarra de San Martín ha dicho en estos días que "la creación de ese organismo (el FMI) hoy en día ata las relaciones con las bancas privadas". ¿Quién puede ser tan ingenuo, entonces, como para creer que el Sr. Podestá Milans trató con las bancas privadas sin aceptar compromisos con el FMI que, naturalmente, tarde o temprano se expresarán en la Carta de Intención? ¿Quién puede creer que no se habló del intercambio con Cuba y con los demás países socialistas, que tantas iras y presiones levantó por parte de los grupos imperialistas que son uña y carne con los bancos yanquis que, a su vez, controlan el FMI?

El CIES en San Pablo

La Conferencia de San Pablo, se ha dicho sin ambages, estaba destinada no sólo a hacer el balance de casi dos años de la Alianza para el Progreso sino a "recauchutarla" dado que, a pesar de ser tan joven, ya se mostraba bastante deteriorada. No conocemos aún toda la documentación de la Conferencia, ni los textos íntegros de algunos discursos pronunciados, pero lo que se sabe alcanza para formular un juicio muy claro. Nos referiremos particularmente al informe de Kubitschek y al discurso de Goulart.

El primero constituye el reconocimiento palmario del fracaso de la Alianza, a pesar de su tono obsecuente hacia los EE.UU. y, especialmente hacia Kennedy. En él se incluyen frases de este tenor: "...la Alianza para el Progreso, en los dos primeros años de funcionamiento, dista mucho de corresponder a los ideales reiteradamente proclamados por el ilustre Presidente Kennedy... No se tradujo en actos ninguna renovación de espíritu ni se notó diferencia sensible alguna en la práctica... Entre las palabras e intenciones del Presidente Kennedy y el curso tímido y obstinado de la "Alianza" hay una discrepancia... Lo que me fue dable observar en lo que respecta a la ejecución de la "Alianza para el Progreso" es que sus ejecutores siguen envueltos en las mismas dificultades tradicionales que hasta ahora han entorpecido una amplia y profunda colaboración capaz de perseverar con los pueblos de la América Latina por la senda de la prosperidad".

Los eufemismos que gastan estos grandes burgueses que actúan como intermediarios entre los EE.UU. y América Latina son verdaderamente exquisitos. Las "dificultades tradicionales que hasta ahora han entorpecido una amplia y profunda colaboración" son ni más ni menos que el hecho morrocotudo de la expoliación y opresión que sufren nuestros

pueblos por parte de los monopolios imperialistas yanquis. Pero no pretendemos que estos oligarcas hablen un lenguaje antiimperialista tajante: sería como pedir peras al olmo. Lo cierto es que las frases melancólicas de un personaje tan insospechable como el Sr. Kubitschek, inventor de la llamada "Operación Panamericana" y que por ello es algo así como un padre putativo de la Alianza para el Progreso, confirman que ésta es un monstruo que nació condenado a muerte.

Si las frases llevan a esta conclusión, las cifras que cita Kubistchek son crudamente condenatorias de la tremenda superchería que es la Alianza. En efecto, entre el 1º de julio de 1961 y el 28 de febrero de 1963, se autorizaron 1.818:600.000 dólares para la "Alianza". Kubistchek hace los siguientes cálculos, nada alegres: correspondería "un promedio teórico de cerca de 90 millones por mes, para ser distribuido entre no menos de 19 beneficiarios". Para advertir la total exigüidad de esa cifra, baste decir que si de ella tocaran 2 ó 3 millones al Uruguay (lo que no sería una proporción baja, dada la pequeñez de nuestro territorio, población y economía, frente a competidores tan grandes como Argentina, Brasil y México), serían 24-36 millones al año, mientras que sólo el déficit de la balanza comercial acusa en los últimos años un promedio de 85 millones anuales.

Y eso es lo teórico, lo adjudicado teóricamente; lo realmente invertido es muchísimo menos. Kubistchek prosigue: "Adviértase que se desconoce el porcentaje de desembolso efectivo... por falta de datos estadísticos comprobatorios". Aquí se colma nuestra capacidad de asombro: la Conferencia de San Pablo se reunió más de 8 meses después de la fecha, 28 de febrero, en que se cierra el período considerado, ¡y todavía no se sabe cuánto se gastó efectivamente en ese período!! A falta de algo mejor, el informe hace una estimación grosera, según la cual "el desembolso efectivo no deberá rebasar la parte del 35 % a 40 % de las disponibilidades". En buen romance, los 1.818 millones quedan en 650, los 90 millones por mes para repartir entre 19 países se reducen a 35 y los 2-3 millones que hemos supuesto que le tocarían al Uruguay se evaporan y quedan solamente 700.000 a 1 millón por mes. Es sencillamente ridículo.

En cuanto al discurso de Goulart, trasunta el rencor de ciertos sectores de la burguesía latinoamericana contra los EE.UU. Decimos rencor y no antiimperialismo militante; pero es un síntoma político que no se debe subestimar. No obstante eso, el discurso —que, como se sabe, sólo incluyó una referencia de 2 minutos a la Alianza para el Progreso, el tema de la Conferencia que inauguraba!— marca la agudeza de las contradicciones con la política oficial de los EE.UU. "Hoy y cada vez más América Latina debe ofrecer al mundo un frente unificado, un frente sólido y coherente en defensa colectiva de intereses comunes", dijo el Presidente del Brasil, y prosiguió: "Sin embargo, ni siquiera la integración latinoamericana podrá ser considerada como solución definitiva..."; "...no es tolerable que el comercio exterior... continúe representando una sangría constante para nuestras economías..."; "...en los mercados de los países altamente industrializados (léase: en los países imperialistas), encontramos barreras infranqueables para reprimir la demanda de esos (nuestros) productos e impedir la plena expansión de su comercio y de su consumo..."; "nuestro objetivo debe ser la obtención de precios justos y remuneradores para nuestras exportaciones de materias primas y la eliminación de los obstáculos y las prácticas discriminatorias...".

Como se ve, no se trata ni por asomo de romper el yugo imperialista, sino de reclamar un trato "justo", el derecho a cortar un pedazo más grande de la torta. ¡Como si no estuviera en la esencia de las relaciones del imperialismo con los países que de él dependen que el trato es necesariamente injusto y expoliador! Sea como fuere, el discurso bastó para desatar las iras de los yanquis. El "Los Angeles Times" dijo que Goulart señaló que "el yanqui debería irse a su casa y llevarse con él su ayuda extranjera"; el "Miami Herald" que "el Presidente del Brasil no considera a la Alianza para el Progreso un factor en el futuro del hemisferio"; y el "New York Times" habló de "la actitud glacial adoptada por el Presidente Goulart... que refleja un movimiento de rebeldía en América Latina contra la Alianza".

La Conferencia ha terminado, y el magro fruto de sus desvelos parece reducirse a la creación del CIAP, es decir, de un engendro burocrático más. La rabia y decepción de los yanquis los lleva a superar sus records anteriores de insolente grosería. Según la ANI-DPA, "Harriman echó en cara a los gobiernos de Latinoamérica su falta de cooperación" aunque esto "no produjo el efecto apetecido". En la prensa yanqui aparecen frases y palabras tales como "preocu-

pación", "resentimiento", "disensión", "otro golpe", "uno de los puntos más críticos", "tiempos problemáticos", "las cosas pueden tornarse peores", etc. El "New York Times" llegó a decir que se sobrepasaban "los límites usuales de la demagogia para el consumo nacional" y que los yanquis tenían que "aprender a vivir con la desorientación de la mente latinoamericana".

La anulación de los contratos petroleros en la Argentina

La anulación de los decretos firmados por Frondizi en 1958 entregando a diversas compañías imperialistas, yanquis en su mayoría, concesiones y regalías indignantes, es una gran victoria antiimperialista del pueblo argentino, que por su significación adquiere trascendencia continental. Los decretos de Illia son particularmente severos con las compañías, a las que prácticamente se expropia sin compensación, pues de la que teóricamente podrían recibir se descontará todos los perjuicios causados a la economía argentina; sólo por impuestos no pagos, las empresas habrían defraudado 80 millones de dólares.

El episodio sirvió para desnudar una vez más la brutalidad de los métodos de presión e ingerencia que utilizan los yanquis en sus tratos con nuestros países. Primero fue la intervención grosera del embajador McClintock. Luego fue el envío de Averell Harriman que, según reconoció paladinamente, representaba tanto al gobierno norteamericano como directamente a los intereses petroleros. Más tarde fue el propio Kennedy que, en conferencia de prensa, exigió "medidas de compensación equitativa para aquéllos a quienes se les ha arrebatado sus bienes". Por último, el Senado de los EE.UU., al aprobar la ley de ayuda exterior, incluyó una disposición que, de acuerdo a la información de la AP, "Prohibe la ayuda a países que expropian propiedades de compañías norteamericanas o cancelan contratos anuales vigentes con ellas, sin una compensación adecuada y pronta". Todo esto en medio del coro furibundo de la prensa y los energúmenos senaturiales de los EE.UU.

Y, a pesar de todo, los contratos fueron anulados. Y, en Perú, Belaúnde sigue decidido a liquidar las enormes concesiones a la "International Petroleum Company". Y las insolentes notas yanquis sobre la extensión del mar territorial y las zonas de pesca reservadas a nuestros países son enérgicamente rechazadas por Chile, Perú y Uruguay. Y en Guatemala y Venezuela los guerrilleros asestan golpe tras golpe a los imperialistas y sus lacayos. Los únicos "éxitos" que los yanquis pueden contabilizar en este período son el derribamiento, por los gorilas, de Arosemena, Bosch y Villeda Morales, que cometieron el delito de permitirse actuar con cierta independencia frente a los dictados del Imperio...

Hay que tomar el camino de la izquierda

Los acontecimientos nacionales y latinoamericanos que hemos reseñado confirman una vez más con crudeza tres cosas: 1º que el camino yanqui es incapaz de resolver ninguno de los problemas de América Latina y que, por el contrario, los agrava; 2º que ese camino, aun en sus manifestaciones más pretendidamente filantrópicas, como la Alianza para el Progreso, significa la ingerencia brutal, la pérdida de la soberanía nacional y desemboca en la dictadura gorila; 3º que, no obstante, y como consecuencia de la lucha de los pueblos y de los cambios que se operan en el mundo, ese camino está sembrado de fracasos para el imperialismo y que el antiimperialismo conoce un nuevo y poderoso auge.

Todo ello replantea con fuerza el dilema de los dos caminos posibles de desarrollo que se abren ante nuestro país: uno, el camino de la derecha, el de la claudicación frente a la prepotencia imperialista, el de un sometimiento cada vez mayor a los dictados de los monopolios yanquis, que es el camino de la agravación acelerada de la crisis económica, social y política, grávido incluso de la amenaza de un golpe de Estado reaccionario; el otro, el camino de la izquierda, expresado en una política exterior independiente, en la defensa de la economía nacional frente a los monopolios y banqueros yanquis, que permitiría salir del pozo de la crisis, satisfacer las reivindicaciones de las masas trabajadoras y defender y ampliar las libertades democráticas.

El gobierno sigue empeñado en precipitar al país por el primero de los dos caminos. La misión de Podestá Milans, la lamentable actuación del Dr. Felipe Gil en San Pablo, la persistencia en la aplicación esencial de los dictados del FMI, la tozuda resistencia a satisfacer las demandas populares, lo certifican sin lugar a dudas. Algunos hechos positivos

—la concertación y defensa del convenio comercial con Cuba, el rechazo de la nota yanqui sobre el mar territorial, los avances en las tratativas de una importante exportación de carnes a Checoslovaquia—, hechos impuestos, en gran medida, por una crisis económica y financiera que no deja escapatorias, en el marco de luchas populares de amplitud y combatividad sin precedentes, no alcanzan a alterar el contenido profundamente reaccionario, pro-imperialista y antipopular de la política gubernamental.

Hace falta algo radicalmente distinto, un viraje de 180 grados, que se expresa en la plataforma sostenida por nuestro Partido, por el Frente Izquierda de Liberación y otras organizaciones de masas y políticas de izquierda:

—Política exterior independiente;

—Ruptura con el FMI; moratoria de la deuda externa; prohibición de la remesa al exterior de capitales y beneficios;

—Medidas de reforma agraria;

—Amplio comercio con los países socialistas; nacionalización del comercio exterior;

—Nacionalización de la industria de la carne y de otras que constituyen trusts o pertenecen a capitales yanquis; Estanco del Tabaco;

—Severo y efectivo control del sistema bancario y paso a su nacionalización;

—Fuertes impuestos progresivos al latifundio, a las grandes fortunas y rentas;

—Satisfacción de los reclamos de obreros y empleados, asalariados rurales, funcionarios, educadores, jubilados y pensionistas, estudiantes, campesinos y otros sectores de las capas medias; anulación de los privilegios (grandes sueldos y jubilaciones, artículo 383, autos baratos, etc.);

—Defensa y ampliación de las libertades democráticas.

Los centenares de miles de trabajadores que se agrupan en el Plenario de organizaciones obreras y populares y que han realizado gigantescas manifestaciones y paros en los últimos tiempos, constituyen la fuerza capaz de imponer este viraje. Para ello es esencial una mucho más amplia unidad de las fuerzas políticas de izquierda, unidad que ha avanzado en su maduración, pero que reclama ser plasmada sin demora.

Los vientos que corren en el mundo y en América Latina son los vientos de izquierda. También el Uruguay marchará en su rumbo gracias al combate de su pueblo, a cuyo frente marcha la clase trabajadora. A todos nos toca la responsabilidad de abrir ese camino logrando, en el más breve plazo, la unidad más amplia de todas las fuerzas antiimperialistas de la izquierda uruguaya.

ESTADO RUINOSO DE LOS ORGANISMOS DE PREVISION SOCIAL

La situación desastrosa a que se ha llevado a los organismos de Previsión Social en los últimos años de gobiernos colorados y blancos es conocida. El Partido Comunista y luego el Frente Izquierda de Liberación han promovido sucesivas interpelaciones en el Parlamento a propósito del fraude que se estaba cometiendo con los afiliados a estos organismos. La Confederación Reivindicadora de las Clases Pasivas mantiene una lucha sin tregua por mejorar las asignaciones de los jubilados y pensionistas, víctimas directas de una administración que es pródiga con las grandes empresas y los privilegiados. Las cifras que siguen ofrecen al lector elementos de juicio al respecto.

CAJA CIVIL

Evolución de la deuda del Estado

(Administración Central, Entes Autónomos y Concejos Departamentales) en el período comprendido entre mayo y octubre del corriente año.

Mayo	$	577.000.000.—
Octubre	"	1.142.000.000.—

Es decir, en el término de seis meses, la deuda del Estado aumentó en $ 565.000.000.—, o sea en casi el doble.

La evolución de la deuda de algunas de las dependencias del Estado arroja las siguientes cifras parciales:

	Debía en mayo	Debía en setiembre
Administración Central	$ 276.000.000.—	$ 477.000.000.—
Concejo Deptal. de Montevideo	" 95.000.000.—	" 130.000.000.—
Frigorífico Nacional	" 16.000.000.—	" 32.000.000.—
AMDET	" 50.000.000.—	" 64.000.000.—
UTE	" 43.000.000.—	" 79.000.000.—

En realidad el monto total de la deuda del Estado es mucho mayor, si se tiene en cuenta los préstamos que ha tomado de la Caja Civil, por vía directa y mediante la entrega de títulos de Deuda Pública. Todo ello arroja las siguientes cifras:

Préstamo directo	$	190.000.000.—
Préstamo a cambio de títulos	"	520.000.000.—
Deuda a octubre	"	1.142.000.000.—
Total deuda	$	1.852.000.000.—

Vale la pena consignar que estos $ 1.852.000.000.— representan una suma igual al presupuesto de esta Caja por el término de treinta meses.

Recaudación

La Caja Civil debería percibir mensualmente por concepto de aportes de los organismos del Estado la suma de $ 153.000.000.—; en realidad percibe solamente $ 20.000.000.—

CAJA DE INDUSTRIA Y COMERCIO

	mayo de 1963	setiembre de 1963
Deuda del Ministerio de Hacienda	$ 212.000.000.—	$ 235.000.000.—
Estimación de la deuda de las empresas privadas		" 10.000.000.—

Recaudación

En mayo de 1963 (según el Ministerio de Instrucción) $ 94.525.000.—
En setiembre (según el diario "El País") ..... " 84.000.000.—
En virtud de que el Presupuesto de esta Caja asciende a $ 110.000.000.—, arroja un déficit mensual de $ 26.000.000.—

El Estado ha impuesto a la Caja de Industrias títulos de deuda pública por un monto de $ 760.000.000.—
Por su parte la Caja ha saqueado al fondo de Seguro de Paro en la suma de $ 117.000.000.—

CAJA RURAL

	mayo de 1963	setiembre de 1963
Deuda del Estado	$ 56.000.000.—	$ 62.000.000.—
Títulos de Deuda Pública		" 78.000.000.—

Recaudación

El Ministerio de Instrucción Pública admitió, en mayo que de las 81 mil empresas agropecuarias existentes sólo hay afiliadas a la Caja 42.000, es decir poco más del 50 %. Pero de ese 50 % de empresas afiliadas sólo aportan a la Caja el 15 %; esto significa que sólo el 7½ % de los establecimientos cumplen sus obligaciones con la Caja Rural.

La Deuda total del Estado con los organismos de previsión (títulos, deuda directa y préstamos no devueltos) asciende a $ 3.067.000.000.—

REPERCUSIONES DEL FRAUDE

La situación de las Cajas tiene las más dolorosas repercusiones sobre los jubilados y pensionistas. En la Caja de Industria y Comercio había en octubre 80.000 expedientes atrasados, en la Rural 30.000 y 8.000 en la Civil. Como consecuencia de la inaudita prolongación de los trámites el 20 % de los afiliados que aspiran a jubilarse muere antes de haberlo logrado. Además hay que agregar el tiempo que media entre el momento en que se aprueba una jubilación y el momento en que se paga al interesado; por ejemplo en la Caja Rural se paga con 8 y más meses de atraso. En la Caja Civil (octubre) había 4.000 expedientes radicados en la 1ª Mesa de Liquidaciones, aprobados por el Poder Ejecutivo y otros 4.000 en Mesa de Liquidaciones que no se pagaban por falta de fondos.

La Caja de Industria y Comercio ha dispuesto reducir de 90 a 30 el número de pasividades nuevas por día; suspender el pago de la totalidad del beneficio de retiro y el 80 % de los atrasos acumulados para los nuevos jubilados.

La Caja Rural no paga el aguinaldo a los pensionistas a la vejez y miles de ellos han sido despojados de su mísera asignación.

Jubilaciones y pensiones de hambre

Mientras los privilegiados siguen beneficiándose aún del famoso artículo 383, la gran masa de jubilados y pensionistas percibe asignaciones de hambre:

86.000 jubilados de Industria y Comercio perciben entre $ 300.— y $ 700.—; de ellos 40.000 perciben entre 400.— y $ 500.—; lo que significa que el 85 % de los jubilados no alcanzan a percibir $ 700.— nominales.

Las asignaciones de los pensionistas se comentan por sí solas; el 90 % de ellos percibe apenas entre los $ 250.— y $ 500.— mensuales.

Héctor P. Agosti

PROBLEMATICA DE AMERICA LATINA

El presente trabajo de Héctor P. Agosti, director de "Cuadernos de Cultura" de Argentina fue publicado en una edición especial de "Recherches Internationales", Nº 22, 1962, dedicada a América Latina. Esa entrega de "Recherches" contiene además colaboraciones de Rodney Arismendi, V. Ermolaev, Johann Lorenz Schmidt, Crisologo Gatica, Osvaldo Dorticós, Charles Bettelheim, Noël Salomon y Rui Facó.

I. Los antecedentes inmediatos

¿América Latina un país? ¿América Latina un continente? La Revolución Cubana ha atraído de pronto el interés del mundo sobre las lejanas tierras de Cándido. Surgen las preguntas, las curiosidades. Son interrogaciones que también suelen formularse los latinoamericanos, cuestiones que han estado azuzándolos durante las últimas décadas, hasta el punto de promover una vasta literatura, muchas veces metafísica, sobre el ser nacional concebido como entelequia más o menos abstractizante. Se interroga al pasado para comprender el presente y para adivinar el porvenir, y la Historia se convierte, de esta manera, en un territorio explosivo de la lucha política, como puede verse especialmente en el Río de la Plata y sobre todo en la Argentina. Despojado de cualquier ilusión intelectual, ese fenómeno es ciertamente positivo a pesar de sus brumas metafísicas. Lo es en la medida exacta en que América Latina asciende a la conciencia nacional y delimita así los términos imperiosos de su transformación revolucionaria, concebida como una doble acción simultánea contra el imperialismo, que agobia de hecho la independencia nacional, y contra la oligarquía terrateniente, que mantiene todavía incrustaciones precapitalistas en la economía de todos nuestros países.

Escribiendo para lectores europeos, no siempre suficientemente informados sobre las cosas latinoamericanas, parece oportuno destacar que esta explosión liberadora, que ahora alcanza su cenit, no es algo súbitamente aparecido en el cielo americano. La conciencia de esta necesidad tiene antigua data. Arranca de

la revolución mejicana de 1910, vive en las guerrillas nicaragüenses de Sandino, se expresa en la acción de los intelectuales de vanguardia que en 1918 procuraron abolir con la reforma universitaria el viejo status colonial de las casas de estudio y que en 1925 articularon con la Unión Latino-Americana su primer movimiento organizado en favor de la independencia real y la democracia efectiva de nuestros países. Por algún tiempo, también, en estos movimientos de origen universitario, inicialmente aparecidos en la Argentina, apuntó la idea de un partido político de la pequeña burguesía como dirigente del proceso revolucionario de América Latina. Su expresión más definida, aunque no única, fue el APRA peruana, pero sus variados matices impregnaron, aun con vacilaciones, a diferentes corrientes de los partidos de la burguesía nacional ascendidos al gobierno en algunos países americanos, tales como el radicalismo en la Argentina y Chile o el batllismo en el Uruguay; desde la oposición, otras corrientes procuraban expresar, de manera relativamente confusa, esos avances de la conciencia nacional, como pudo ser el caso del "tenentismo"(1) en el Brasil de 1930, el Nuevo Ideario Paraguayo y el Centro Ariel de Uruguay en esos mismos años o los movimientos ecuatorianos posteriores a 1922.

Testimonio de la inquietud de las capas medias trituradas por el imperialismo y el atraso semifeudal de nuestros países, tales movimientos deben ser medidos igualmente en relación con el grado de desarrollo teórico y político alcanzado por los partidos comunistas. Si bien es cierto que ya en 1925, por la acción de esos partidos, se constituyeron las Ligas Antiimperialistas, no es menos cierto que los primeros análisis científicos sobre el carácter de la revolución latinoamericana, concebida como etapa democrático-burguesa de contenido agrario y antiimperialista, sólo aparecen por los alrededores del 30, fecha que puede tomarse aproximadamente como el punto de partida de la honda crisis estructural del continente, agravada por las crisis cíclicas del capitalismo. El Partido Comunista de la Argentina, por ejemplo, realizó ese análisis preciso en su octavo congreso (1928) y el tema fue objeto de debate en la primera conferencia comunista latinoamericana (Buenos Aires, 1929). Bien puede decirse, por consiguiente, que la noción de imperialismo como categoría histórica del desarrollo capitalista y como elemento de la batalla revolucionaria fue introducida en América Latina por los partidos comunistas hace más de tres décadas, a pesar de la pretensión de algunos teóricos pequeñoburgueses que presumen de originalidad por haberlo descubierto tardíamente. Hasta entonces al imperialismo sólo se lo veía en sus exterioridades brutales, en la prepotencia de los *marines* yanquis desembarcados en Centro América, no en la sutileza de los diplomáticos y banqueros ingleses que deformaban la economía de nuestros países y tornaban ilusoria su idependencia política.

Conviene subrayar esta circunstancia histórica porque el surgimiento impetuoso del movimiento de liberación nacional en casi todos los países de América Latina puede llevar a que se exageren unilateralmente algunos costados positivos del nacionalismo burgués, ocultando las características del imperialismo como expresión última del desenvolvimiento capitalista y subvirtiendo, por consiguiente, el contenido de la contradicción esencial de nuestra época. Aun con los errores y limitaciones de enfoque que los partidos comunistas hayan podido cometer en aquellos tiempos —y que, dicho sea de paso, fueron los primeros en descubrir, reconocer y corregir— nadie podría discutir que valoraron acertadamente, desde el primer momento, la victoria de la Revolución Rusa y la consolidación del primer Estado socialista del mundo como elementos básicos en la lucha mundial de los pueblos contra el imperialismo. Rechazando esta apreciación, y tratando al mismo tiempo de mostrar a los partidos comunistas como apéndices de la política exterior de la URSS, la llamada "izquierda nacional" (o "marxismo nacional") afirma que la contradicción fundamental de nuestra época "está constituída por la oposición imperialismo-periferia colonial"(2). El dirigente socialista uruguayo V. Trías, entre otros, ha teorizado esta alternativa, consistente en otorgar valor definitorio a una noción tan fluída como es la de "país subdesarrollado"(3). Parece

---

(1) Nombre que recibió la corriente política pequeñoburguesa encabezada por los "tenientes", de activa participación en el movimiento militar de 1930.

(2) Vivián Trías. El Plan Kennedy y la revolución latinoamericana. Ed. El Sol, Montevideo, 1961, p. 170.

(3) Sobre esta base explica Trías los posibles desacuerdos entre la Unión Soviética y la República Popular China dentro del campo socialista; serían los desacuerdos entre un país que ha completado su desarrollo y otro que lo busca afanosamente. Escribe: "Washington conversa y pacta con Moscú, recibe a Kruschev y los fabricantes norteamericanos le ganan licitaciones a los

innecesario probar que el subdesarrollo, como tal, no define básicamente la condición histórico-social de ningún país; ni siquiera compromete definiciones muy precisas en la lucha contra el imperialismo, como lo demuestra el ejemplo argentino[4]. Por lo demás, implicaría establecer un signo de igualdad que disimula desigualdades esenciales en la condición de los diferentes países y que, en cierta manera, oculta su situación semicolonial y dependiente, características que corresponden a todos los de América Latina según la definición de Lenin.

Esta circunstancia, unificadora en gran medida de la resistencia común de todos los pueblos latinoamericanos contra el imperialismo (particularmente el yanqui), hace que en la prosa de la "izquierda nacional" reaparezca frecuentemente la concepción de América Latina como un país único de necesaria reconstitución, país único que habría sido balcanizado por la acción del imperialismo en el siglo XIX. Tales planteos, cuya recurrencia histórica no nos compete examinar en esta oportunidad, aluden sin duda al hecho singular de la relativa unidad idiomática[5] de nuestros países, que favorece el mecanismo de los entendimientos populares. Pero tales planteos ideales de una federación de los países "balcanizados" implica una forma de utopía social que, si bien puede tener raíces vueltas hacia el pasado, prescinde de una desigualdad actual en su desarrollo interno que crea condiciones objetivas de diferenciación nacional.

2. Analogías y diferencias

Para una mejor comprensión de los problemas actuales de la América Latina conviene tener en cuenta su diversidad interna y, al mismo tiempo, los datos formales que la distinguen no sólo de los países de África, sino inclusive de los asiáticos.

Con una historia reciente y con elementos de tradición cultural que en manera alguna pueden compararse con la honda riqueza milenaria de las culturas asiáticas, los países latinoamericanos ofrecen el rasgo común de haber obtenido su independencia política hace un siglo y medio, tras cruentas luchas armadas; de haber conseguido un desarrollo económico diversificado, en algunos casos con sólidas implantaciones capitalistas; de haber creado partidos políticos nacionales y organizaciones sindicales ya a fines del siglo pasado; de haber fortalecido en muchos casos tradiciones democráticas; de presentar en su conjunto clases sociales más definidas y estructuradas. Pero lo distintivo de la vida latinoamericana, aun en los países más significativos desde el punto de vista del desenvolvimiento industrial, es la persistencia del latifundio con sus remanentes semifeudales en el régimen de propiedad y explotación de la tierra, el dominio de los resortes fundamentales de la economía por los grandes monopolios imperialistas y el desarrollo relativamente intenso de la industria liviana sin el correspondiente impulso de las inversiones pesadas básicas, obligándose a depender, por lo tanto, de los trusts extranjeros que desangran las economías nacionales con la constante exportación de beneficios y el perpetuo deterioro en los términos del intercambio internacional.

Ello indica, pues, el contenido esencial de lo que en América Latina se llama "la segunda independencia": si hace siglo y medio se conquistó (en muchos casos muy formalmente) la independencia política, ahora se trata de conseguir la independencia económica, es decir, la auténtica y completa liberación nacional. Su sentido es inequívocamente antiimperialista, y por lo tanto nacional. Se comprende entonces que, arrancando de esta premisa, los dispositivos estratégicos de la revolución latinoamericana imaginen un vasto sistema de alianzas que se basa en la coincidencia obrero-campesina y engloba no sólo a la pequeña burguesía, sino también a sectores considerables de la propia burguesía nacional, desarrollada en las últimas décadas y colocada objetivamente en colisión con el imperia-

---

ingleses para construir una planta industrial en el territorio soviético. Pero en cambio trata a Mao, a Lumumba o a Fidel Castro, como bandoleros, gente fuera de la ley, hampa de la historia". (Vivián Trías. Las montoneras y el Imperio Británico. Ed. Uruguay, Montevideo, 1961, p. 13).

(4) Toda la propaganda del frondizismo se basó en la idea de vencer el subdesarrollo... con ayuda del Fondo Monetario Internacional.

(5) Unidad idiomática relativa no sólo por el hecho de que un gran país, como Brasil, y otros más pequeños, como Haití o las Guayanas, disientan del español, sino porque en algunos —véase Perú, Paraguay, Bolivia, México, entre otros— extensas masas de población, especialmente campesina, ignoran el español y se expresan en los antiguos idiomas indígenas.

lismo a causa de la política monopolista del capital extranjero. Si bien este planteo estratégico coincide, en términos generales, con el equivalente en la lucha de liberación nacional de todos los países recién advenidos a la independencia política, surgen algunas diversidades latinoamericanas que es útil apuntar suscintamente[6].

En primer lugar, lo típico de los principales países latinoamericanos es el incremento de la población urbana con relación a la rural, lo cual hace que cada vez más dejen de ser países característicamente campesinos; en el caso argentino, por ejemplo, la población urbana representaba en 1960 el 64,5 por ciento del total, y análogas proporciones pueden encontrarse en Chile y Uruguay[7]. En segundo lugar, si bien es cierto que la economía agraria se proyecta fundamentalmente sobre la base del latifundio y del mantenimiento de incrustaciones precapitalistas, también lo es que en varios países se registra un desarrollo considerable del capitalismo en el campo y un proceso bastante avanzado de diferenciación de clases: al lado de la oligarquía latifundista, muchas veces combinada con las sociedades anónimas de capital monopolista extranjero, coexiste una burguesía agraria, una pequeña burguesía, un semiproletariado y un vasto proletariado. En tercer lugar, se anota en muchos países un crecimiento de las actividades industriales y comerciales con relación a las agrícola-ganaderas, confirmando así una fundamental tesis marxista sobre el desarrollo del capitalismo, si bien no son pocos los países donde aún prevalecen las ocupaciones rurales en el conjunto de la población económicamente activa[8]. En cuarto lugar, se destaca en una serie de países el peso fundamental del proletariado en el total de la población ocupada: en Chile alcanza al 76,5 por ciento, ascendiendo al 90,5 por ciento si se añaden los empleados, mientras ambas categorías suman en la Argentina el 75 por ciento. En quinto lugar, y paralelamente con el acrecentamiento de la parte de la industria en el producto nacional, se comprueba el fenómeno de concentración capitalista en la industria: en la Argentina, por ejemplo, el 0,5 por ciento de las empresas ocupa el 33 por ciento de los obreros, registrándose un proceso análogo en Brasil, particularmente en la zona de San Pablo.

El cuadro requeriría otros ahondamientos para superar los inconvenientes de simplificación de todo esquema, pero enuncia, sin embargo, los temas indispensables para comprender que la mera noción de "subdesarrollo" no alcanza a aprehender la diversidad de elementos de desigualdad entre los países latinoamericanos y, además, para mostrar que nuestros países se encuentran, con relación al dispositivo de fuerzas enderezadas a la revolución nacional-liberadora, en situación no siempre comparable con la de los recientemente emancipados de Asia y Africa.

La descripción anterior indica la existencia de clases más claramente diferenciadas, lo que suscita un mayor desarrollo de sus contradicciones; el movimiento de liberación nacional es, por ello, inseparable de una relativa agudización de las luchas contra la propia burguesía nacional. En relación con la estrategia revolucionaria, la actitud frente a la burguesía nacional es un problema capital en la política de los partidos comunistas. Si en los países africanos, donde se han constituido diferentes estados de democracia nacional, la burguesía (y aun ciertas capas feudales) pudo desempeñar un papel hegemónico y dirigente, esta situación está definitivamente descartada en América Latina, no por presunción teórica sino por reiterada comprobación de la práctica social. El turno histórico de la burguesía latinoamericana se extinguió en el siglo XIX, cuando fue incapaz de resolver con criterio coherentemente burgués las tareas del movimiento de liberación nacional; se extinguió en el siglo XX, cuando habiendo alcanzado el gobierno en diferentes países (el radicalismo en Argentina y Chile, el batllismo en Uruguay, el varguismo en Brasil, etc.) no se atrevió, a pesar de atisbos parciales, a realizar ninguno de los indispensables objetivos de la revolución burguesa frente al latifundio y el dominio extranjero. La *Segunda Declaración de La Habana* (febrero de 1962) es, a este respecto, categórica: "En las actuales

---

(6) El lector podrá apreciar comparativamente estas diferencias recurriendo al cuaderno Afrique Noire 1961, in Recherches Internationales à la lumière du marxisme. 22, noviembre-diciembre de 1960.

(7) Brasil es un caso especial por la profunda desigualdad de desarrollo entre el norte hambriento y el sur industrializado. "Como retrato de cuerpo entero, basta saber que aunque los trabajadores agrícolas representan el 70 % de la población activa del país, sólo reciben un 30 % de la renta nacional". (Rui Facó. Brasil siglo XX. Ed. Platina, Buenos Aires, 1961, p. 36).

(8) Tómense, para sólo citar unos pocos casos, el ejemplo de Bolivia con el 57 por ciento; el de México, con el 57,8; el de Colombia, con el 54,3; el de El Salvador, con el 63.

condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antiimperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aun cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a éste, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas".

Por inscribirse dialécticamente en la órbita de las revoluciones socialistas, la revolución democrática antiimperialista de América Latina no podrá realizarse consecuentemente sin la dirección de la clase obrera unida a los campesinos. Incide aquí la dinámica propia de la relación de las clases en América Latina, pero gravita igualmente el origen histórico de esas mismas clases. Si bien se mira, y en sentido riguroso, en la mayor parte de los países de América Latina la clase obrera es más antigua que la burguesía nacional. Esa mayor antigüedad deriva de la propia deformación antinacional de nuestros países, del hecho mismo de que el imperialismo, al introducir industrias y actividades indispensables para la captación de las materias primas (ferrocarriles, frigoríficos, minas, usinas, puentes, etc.), fue haciendo surgir un proletariado que se consolidó como clase independiente mucho antes de que la burguesía nacional pudiera cumplir análogo proceso de diferenciación. De ello resulta que en varios países latinoamericanos los primeros sindicatos obreros se hayan creado hacia 1880, que poco antes de fines del siglo XIX existieran partidos socialistas en el Río de la Plata, y que entre 1918 y 1920 se constituyeran partidos comunistas en muchos lugares del continente (hoy existen en absolutamente todos los países). De ello resulta, también, que la clase obrera es legítimamente, por su colocación objetiva en la sociedad, el caudillo de la nación. Muchos de los problemas actuales de la política latinoamericana, pues, no se entenderían si se dejara de percibir, por un lado, el esfuerzo desesperado del imperialismo, la oligarquía y el gran capital para mantener el actual *status* colonial y, por otro, los intentos de las corrientes nacionalistas burguesas para disputar al proletariado su función hegemónica, tantas veces en nombre... del proletariado y aun execrando las posibles alianzas con sectores de la burguesía.

La circunstancia de que los partidos comunistas funden su política histórica en la negativa de las condiciones dirigentes de la burguesía nacional en el movimiento liberador no significa en modo alguno que se desaliente la posibilidad de integrar a sus capas más responsables en ese mismo movimiento. La ya recordada *Declaración de La Habana* sintetiza de esta manera la estrategia revolucionaria latinoamericana: "En la lucha antiimperialista y antifeudal es posible vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional". Con ello ni se ignora el carácter dual de la burguesía, ni se disimulan tampoco las contradicciones que la oponen al proletariado. Pero las condiciones objetivas de la América Latina de 1962 —donde la política del Fondo Monetario Internacional, unida a los planes bélicos del Pentágono, tritura la economía de cada uno de nuestros países, le roba sus beneficios con el deterioro del comercio internacional e implanta sus propias industrias sustituyendo la producción nacional y aliándose a un minúsculo sector de grandes capitalistas— colocan a capas considerables de la burguesía nacional en contradicción con los intereses del imperialismo, que les arrebata un derecho que quisieran irrestricto sobre la plusvalía de los trabajadores locales; ello se manifiesta de manera evidente en los episodios brasileños. Es indudable que el carácter ambivalente de esa burguesía nacional, especialmente en aquellos países latinoamericanos donde el proceso de diferenciación de clases ha ido más a fondo, la hace proclive a la conciliación con el imperialismo, a la búsqueda del mal menor; pero sería irredimible torpeza política cederla graciosamente al enemigo principal en lugar de tratar de emplearla contra ese enemigo principal. Por lo demás, no deja de ser curioso que quienes más denostan estas posibles alianzas son quienes, en nombre de un "marxismo nacional" o "independiente", terminan exaltando a caudillos de la burguesía y erigiéndolos en representantes del proletariado nacional.

3. El nacionalismo y la clase obrera

Esta complejidad diversificada del desarrollo latinoamericano hace que el problema de la liberación nacional se sitúe en el centro de sus determinaciones

políticas. El nacionalismo asume así, por consiguiente, una jerarquía típica en las prácticas de la vida social. Pero también se incurriría en un error de apreciación si al nacionalismo latinoamericano en su conjunto, y al rioplatense en particular, se lo estimara como un bloque sin fracturas de signo progresista, tal como puede ser, por ejemplo, el de los países africanos.

El nacionalismo latinoamericano corresponde a la característica de nuestros países, dependientes con relación al imperialismo; en este sentido, pues, traduce en sus ramas primordiales el sentimiento de rebelión nacional de vastos sectores de la población, especialmente de las capas medias. Pero al lado de esta faz progresista existe un ala reaccionaria, que en el Río de la Plata es frecuentemente oligárquica, ofreciendo el contrasentido, en pleno año 1962, de seguir inspirándose en el falangismo español y aun en Maurras. La vocación más ardida de esas corrientes es la reconstrucción de las antiguas *élites*, y su discriminación anticomunista se emparenta con el fascismo más típico: de acuerdo con la mentalidad del *Mein Kampf*, para este nacionalismo de inspiraciones fascistas un liberal es sinónimo de comunista (o poco menos). Para el lector europeo, que a veces se tropieza con los movimientos del nacionalismo argentino, sobre todo en el ejército, bueno será retener este reparo, aunque no sea estático y se encuentre sujeto a modificaciones más o menos presurosas[9].

Sin embargo, sería erróneo considerar este costado negativo como definición del nacionalismo latinoamericano. Por el contrario, en sus rasgos fundamentales expresa los variados matices que confluyen en el vasto proceso de la segunda independencia. Ese nacionalismo tiene raíces históricas no sólo en la labor teórica de los intelectuales, sino también en la acción revolucionaria concreta, cuya manifestación más eminente fueron las guerrillas nicaragüenses de Augusto César Sandino en 1926-1929. Sin embargo, entre aquellas expresiones del nacionalismo antiimperialista y las actuales, han mediado modificaciones primordiales que conviene tener en cuenta. La más importante de todas es el nuevo contenido social de las poblaciones latinoamericanas en el sentido, ya señalado anteriormente, del incremento progresivo de los trabajadores, pero también en cuanto concierne a una modificación en la composición orgánica de las propias clases explotadoras, donde es posible registrar un aumento de los sectores industriales con relación a la vieja oligarquía terrateniente. Conviene retener, además, que el auge del nacionalismo antiimperialista se encuentra favorecido por la crisis general del mundo capitalista y por el desmoronamiento del aparato colonial; pero es indudable que el fortalecimiento del mundo socialista, y en primer término de la Unión Soviética, representa también, aunque no se lo admita también expresamente en todos los casos, un motivo particular de estímulo para los movimientos de liberación y aun para las vacilantes resistencias de importantes sectores de la burguesía nacional[10].

La lucha por la hegemonía en este movimiento de liberación nacional asume, dentro del cuadro mencionado, una gran agudeza en el orden de las elaboraciones teóricas y de las realizaciones prácticas; ello determina una de las tareas más complicadas de los partidos comunistas. Dicha tarea no podría com-

---

(9) Es el caso de Chile, donde algunos antiguos simpatizantes del hitlerismo han evolucionado ideológicamente hasta llegar a incorporarse a las filas del FRAP, frente de acción popular integrado por diversos partidos de izquierda. Algunos casos de esa misma naturaleza se han registrado en la Argentina, aunque en forma menos notoria y extensa. No se trata de justificar las falsas posiciones del pasado, de descender sobre ellas las aguas de un Jordán político; pero es evidente que algunos nacionalistas, con cálculo profundamente erróneo desde luego, miraban hacia el imperialismo alemán como única alternativa posible frente al dominio británico o yanqui en nuestros países. Aunque expresiones de ese mismo fenómeno se registraron en los países del Cercano Oriente, sin duda contaban allí otros factores, especialmente la acción de los agentes provocadores del Eje, prevalidos de la debilidad de las fuerzas internas. No era —ni es— ésa la situación de América Latina, y ello torna más grave el hecho pues implica desconocer la dinámica interna de las fuerzas actuantes. Si bien no se trata aquí de establecer la crítica de tales posiciones del pasado, justo es señalar asimismo que suelen reaparecer retrospectivamente en los voceros de la "izquierda nacional" en forma de crítica a las actitudes "extranacionales" de los partidos comunistas, subordinados según se dice a la política exterior soviética. De acuerdo con semejantes críticas, en el período de la segunda guerra mundial los partidos comunistas de América Latina habían declinado sus postulados antiimperialistas para supeditar su labor a las reglas del juego antifascista dictadas por la política exterior de la Unión Soviética. La derrota del fascismo no sería, en ese sentido, una "tarea nacional" o, por lo menos, no lo sería en grado suficiente como para convertirse en hecho político fundamental; sería una pugna interimperialista indiferente para el destino de los países subdesarrollados.

(10) Son muchos los grupos económicos latinoamericanos que ven en los intercambios activos con el mundo socialista la única posibilidad de quebrar el cerco impuesto por los monopolios imperialistas del comercio internacional. Recientemente el semanario uruguayo "Marcha" —acaso el órgano más típico e influyente del nacionalismo "tercerista"— proclamaba la necesidad de admitir la ayuda de la URSS o del diablo en la lucha por nuestra supervivencia...

prenderse prescindiendo de los rasgos de diversidad que, dentro de un proceso común, distingue la lucha liberadora de América Latina con relación a los genéricamente llamados "países subdesarrollados". Si ha sido posible, por ejemplo, la formulación de un "socialismo africano"(11), fundado en la circunstancia de no existir en varios países de dicho continente clases notoriamente diferenciadas, en América Latina las corrientes más audaces del nacionalismo burgués hablan del "socialismo nacional" en virtud del carácter específicamente original que tendría la clase obrera latinoamericana, de sus peculiaridades nacionales de subdesarrollo. Es curioso, como señalamos anteriormente, que una parte del nacionalismo suponga encontrarse en posiciones más "avanzadas" que los propios partidos comunistas, acusados con tanta frecuencia de sectarismo. El sectarismo consistiría en la afirmación de una política independiente de la clase obrera y en la comprensión de que esa actitud independiente, fundada en el internacionalismo proletario, exige la incorporación de los comunistas en el movimiento nacional. Ha sido típica esa conducta en el Uruguay, por ejemplo, donde la exigencia comunista de la unidad antiimperialista fue calificada como sectaria por el Partido Socialista y otras tendencias de la llamada "izquierda nacional"; sería sectaria porque la presencia de los comunistas impide la concurrencia de ciertos caudillos burgueses o porque aleja a las masas impresionadas por la histeria anticomunista...(12)

Para la política de los partidos comunistas de América Latina asume gran importancia precisar sus relaciones con el movimiento nacionalista en virtud de las características especiales que hemos procurado reseñarle y que surgen de condicionamientos objetivos en la correlación de clases en nuestro continente. Las vacilaciones del movimiento nacionalista y sus tendencias a la conciliación con el imperialismo trasuntan notoriamente la dualidad de las clases sociales que lo componen así como su esencial ineficacia dirigente. La derrota de la revolución guatemalteca en 1954 ha sido, en este sentido, claro ejemplo de los extremos a que pueden conducir las tendencias conciliadoras de la burguesía nacional(13). Algo análogo cabe decir del Movimiento Nacionalista Revolucionario, partido gobernante de Bolivia. Puede leerse en la *Tesis Política* aprobada por el primer congreso del Partido Comunista de Bolivia: "El Movimiento Nacionalista Revolucionario (M.N.R.), partido heterogéneo, comprende desde sectores reaccionarios y proimperialistas hasta sectores nacionales y progresistas, los más variados matices de la burguesía boliviana hasta una fuerte militancia obrera, campesina y pequeñoburguesa con dos aparentes polos de dirección, el uno abiertamente proimperialista y reaccionario y el otro nacionalista. Esto ha determinado que el MNR, sin poder representar jamás los intereses del pueblo en su conjunto sino los de la burguesía en sus diversos sectores, haya sido víctima de sus propias contradicciones arrastrando con él a importantes fuerzas populares; así, orienta una sinuosa política, vacilante al comienzo, conciliadora luego y entreguista al final(14). La propia actitud del gobierno brasileño, que incorpora un matiz de relativa independencia en la política internacional latinoamericana, no está exenta de esta misma dualidad vacilante. "Los acontecimientos recientes —se lee en una declaración de los comunistas brasileños— demuestran, por un lado, que la lucha entre los dos sectores de las clases dominantes no excluye la tendencia a la conciliación, y que, por otro lado, la conciliación no elimina los motivos que empujan a la lucha. No implicando un rompimiento decidido con los factores de atraso y dependencia del país, la política de conciliación se realiza en detrimento de los intereses del pueblo"(15). Basta subrayar estas circunstancias para advertir la calidad de los problemas que deben resolver los partidos comunistas en su política de unidad de todas las fuerzas —aun las vacilantes y temporarias— susceptibles de aplicarse a la lucha contra el enemigo fundamental.

---

(11) Ver: I. Potiekhine. Observaciones sur le "socialisme africain", in Recherches Internationales, 22, pp. 57-79.

(12) Véanse estas palabras del senador socialista uruguayo Cardoso: "además, hay que tener en cuenta una razón de táctica: el PC levanta indiscutibles resistencias y no sólo en la clase media o alta, sino aun en sectores proletarios y hasta en organizaciones sindicales, de límpida trayectoria clasista, de manera que la unidad implicaría la congelación de las izquierdas". (Marcha. Montevideo, 20 de marzo de 1962).

(13) Ver: C. del Campo. "La revolución guatemalteca: experiencia y lecciones", in El movimiento contemporáneo de liberación y la burguesía nacional. Ed. Paz y Socialismo. Praga, 1961, pp. 186-200.

(14) Primer Congreso Nacional del P. C. B. Documentos. La Paz, 1955, pp. 71-72.

(15) "Os comunistas brasileiros definem sua posição ante a grave situação do país", in Novos Rumos. Río de Janeiro, semana del 31 de agosto al 6 de setiembre de 1962.

Es indudable que los avances del socialismo y la victoria de la Revolución Cubana, como primera revolución auténticamente transformadora del continente, determinan radicales modificaciones en la actitud mental y política de las masas populares, obligando a ciertos caudillos nacionalistas a encarar la amplificación social de sus antiguos programas, como es el caso del peronismo, cuyo "giro a la izquierda" inspira, a su turno, desplazamientos fundamentales en toda la estrategia política argentina. Lo singular del movimiento peronista, con poderosas raigambres en la clase obrera, es que proveniendo ideológicamente del nacionalismo burgués, y por lo tanto, de la conciliación de clases, va evolucionando en sus sectores más esclarecidos hacia las posiciones de la lucha de clases y aun hacia la admisión del socialismo, lo cual permite al partido comunista formular la perspectiva práctica de la creación del gran partido obrero de masas, fundado en los principios del marxismo-leninismo(16). Una evolución parecida de otras corrientes del nacionalismo —especialmente en países donde tiene apoyo de las masas obreras, como en Bolivia— no está, evidentemente, excluida.

Sin embargo, estos aspectos positivos, testimonio de las posibilidades antiimperialistas de vastos sectores de las capas no proletarias, resultan paradójicamente exaltados por la llamada "izquierda independiente" para oponerlos, como *producto nacional*, a las ideologías "importadas"; se sobrentiende: al marxismo-leninismo. Los sectores titulados de "izquierda nacional" pretenden que la incorporación de las ideas marxistas en la vida latinoamericana, así como la comprensión y reivindicación consiguiente de los mecanismos de la lucha de clases, representan injertos extraños al ser nacional, incompatibles y aun nocivos para las necesidades de los países subdesarrollados. En algún momento, también, llega a exaltarse la función de vanguardia de las masas rurales con relación a la poltronería de los trabajadores urbanos, idealizando las viejas "tradiciones nacionales", como ha ocurrido en Uruguay y se insinúa en Brasil(17); a veces, también, esa adversión a lo foráneo se inscribe en la propaganda de los partidos socialistas(18). Conviene retener este hecho, porque el socialismo nacional que se pretende en América Latina no parte de la inexistencia de las clases sociales diferenciadas, como pudo ser en el ya citado ejemplo africano, sino del hecho real de la presencia de una clase obrera numerosa y en crecimiento. Pero esa "izquierda nacional", al mismo tiempo que censura la política de los partidos comunistas tendiente a conquistar para el frente liberador inclusive a sectores vacilantes de la burguesía, reniega de la lucha de clases, proclama una "tercera posición" entre el bloque imperialista y el mundo socialista —cuando no habla abiertamente de "los dos imperialismos"— y de hecho coloca a la clase obrera a la zaga del nacionalismo burgués.

Es éste un episodio característico en la vivacidad de la polémica ideológica actual. En ese hervidero de luchas, en esa víspera de grandes transformaciones que es la América Latina de nuestros días, lo que aquí se debate es la hegemonía real de la clase obrera y de su partido marxista-leninista en la revolución antiimperialista.

4. El porvenir inmediato

Cuando en América Latina se dice ahora que "el socialismo habla en español", en manera alguna quiere aludirse a un camino original, a una excepcionalidad capaz de desvirtuar las leyes clásicas del paso al socialismo. Se muestra,

---

(16) Ver: Victorio Codovilla. El significado del "giro a la izquierda" del peronismo. Ed. Anteo, Buenos Aires, 1962. La perspectiva del partido único tiene en cuenta no sólo la evolución de las masas obreras peronistas, sino también la del ala izquierda del Partido Socialista, que ha reorganizado su programa sobre fundamentos marxistas-leninistas y ha repudiado expresamente toda "tercera posición" en la lucha entre el imperialismo y el socialismo.

(17) Teóricos de esa "izquierda nacional" uruguaya saludaron hace varios años la victoria electoral del caudillo ruralista Benito Nardone, aliado a los peores intereses de la reacción local, como una afirmación renovadora de las masas campesinas, continuadoras de las viejas tradiciones de las montoneras gauchas. En muchos pasajes del líder campesino brasileño Francisco Julião se traslucen esas invocaciones al papel de vanguardia de los campesinos, cuando no también algunos sutiles reproches hacia la "comodidad" de los obreros urbanos.

(18) Algunos publicistas del Partido Socialista Argentino de Vanguardia —que se ha definido como marxista-leninista y adopta, en lo esencial, posiciones coincidentes con las de los comunistas— también imaginan que ha sido ineficaz, y movida por resortes pertenecientes a sus países de origen, la acción de los obreros emigrados que crearon los primeros núcleos socialistas marxistas; se habrían manejado en una abstracción teórica extranacional. Razonamientos parecidos sostienen los socialistas uruguayos en recientes polémicas con el Partido Comunista.

eso sí, el impacto de una revolución como la cubana que, por producirse en tierras americanas, por manifestarse con los giros de nuestro idioma y nuestra psicología y por atacar visiblemente las prerrogativas del imperialismo yanqui, actúa más directamente sobre la conciencia y la sensibilidad de las vastas masas de pobres del continente.

Sobre esas necesidades históricas se construyen los caminos de la revolución latinoamericana. Los partidos comunistas, con las imprescindibles variaciones impuestas por las modalidades de cada país, han definido coincidentemente el núcleo de su política: el frente democrático de liberación nacional, concebido como una amplia alianza de todos los sectores del pueblo opuestos al imperialismo, bajo la dirección de la clase obrera aliada a los campesinos.

Sería ilusorio dibujar ahora los caminos concretos de su realización, ponerse a disputar de manera escolástica sobre el carácter pacífico o violento de las vías a elegir. Una cosa es clara: el problema de un nuevo poder se plantea ya, en la mayoría de los países latinoamericanos, no como afirmación propagandística, sino como imperativo surgido de las propias necesidades objetivas. Son varios los países latinoamericanos que se incluyen directamente o se acercan a los datos de la "situación revolucionaria" descriptos y definidos por Lenin.

Lejos de toda tentación de vaticinio, podemos decir que otra cosa también es clara para los partidos comunistas: sólo el movimiento de masas impondrá la unidad antiimperialista y recorrerá triunfalmente cualquiera de los caminos que se vea forzado a transitar en esta América Latina, a la que el Pentágono, con servicial auxilio de las clases gobernantes indígenas, pretende convertir en *hinterland* seguro para la guerra de agresión contra el socialismo. No lo conseguirá, porque hace ya rato que América ha dejado de ser el continente de Cándido.

Buenos Aires, octubre de 1962.

Post scriptum. — Fechado en octubre de 1962, el presente ensayo fue escrito especialmente para *Recherches Internationales* teniendo en cuenta, como se aclara, el público particular a que iba destinado: el lector europeo no siempre familiarizado con los temas latinoamericanos y para el cual pueden representar novedades muchas nociones que significan cosas archisabidas para el lector argentino o uruguayo.

Aparte de esa dificultad, la circunstancia de publicarse en español a más de un año de su escritura original puede presentar como envejecidos a algunos de sus datos. Me he resistido a la tentación de actualizarlos, o al menos a la de modificar el tiempo de algunos verbos, pensando que, en lo esencial, los problemas enunciados siguen manteniendo su validez y que el tiempo transcurrido no ha hecho más que corroborar algunas afirmaciones. Apelo, por ello, a la buena voluntad de los lectores.

Buenos Aires, setiembre de 1963.

Carlos Arizaga

ESTADOS UNIDOS Y LOS GOLPES MILITARES EN EL CONTINENTE

"...en el aspecto político es (el imperialismo) en general, una tendencia a la violencia y a la reacción". V. I. Lenin, "El imperialismo, fase superior del capitalismo".

Lo que ya es historia

Ubiquémonos primero en el momento actual y veamos todo lo que ha pasado y se ha consolidado en el mundo:

—El socialismo gestor del avance humano determina en todos los campos el progreso, construye y ejemplifica.

—El arribo del mismo a América dando por el suelo con todas las "teorías" del determinismo geográfico y del fatalismo de que el socialismo deviene con las guerras.

—Una toma de conciencia, a causa del aumento de la crisis interna de cada país — a la que ninguno escapa en Latinoamérica, salvo Cuba— y de las fuerzas de los pueblos alentadas por el ejemplo de los hechos anteriormente citados.

—Una situación objetiva de América Latina que el imperialismo palpa en todos y cada uno de los países aquende el Río Bravo.

A la Cuba socialista y afianzada luego de octubre de 1962 en especial, cuando se tensaron las fuerzas de uno y otro campo y el imperialismo tuvo que negociar y retroceder, se agrega un Chile donde el FRAP tiene una cierta y próxima alternativa de poder; una Venezuela que no puede ser aguantada por el niño mimado del imperialismo, por la marioneta máxima del continente, Rómulo Betancourt. Guerrillas en donde las condiciones lo admiten y luchas de masas que avanzan y se profundizan políticamente en todos lados.

Una Guayana —británica todavía— que puja por liberarse y va ganando terreno a dos imperialismos: el inglés que le quita la soberanía y el yanqui que la explota.

Brasil y Méjico que no son fáciles de comprar y que suelen hablar fuerte, y sobre todo el primero, se afianza en el campo de la paz.

La OEA cada vez más desprestigiada y ya casi indecorosa, de cuyo consejo se aparta hasta la tibia Bolivia, en vista

de su ineficacia para solucionar el problema con Chile por el río Lauca.

Y además... el propio territorio metropolitano convulsionado como nunca en este siglo por las luchas de la gente de color y sometido a una profundización de su crisis.

El imperialismo intenta enfrentar esta nueva situación continental y pone en juego las cartas que le quedan.

Al principio era la Alianza

La política actual de los EE.UU. respecto de América Latina no ha cambiado en esencia y tampoco los métodos han variado mucho; revela una adaptación a las nuevas circunstancias.

Para ubicar correctamente esa política estadounidense en el continente comencemos con la "Alianza para el Progreso", conocida por lo propagandeada, y de la que algunos círculos norteamericanos esperaban "iba a estabilizar a la América Latina, convirtiéndola en una zona anticomunista en una década" (del "Wall Street Journal").

En la "Alianza para el Progreso" centró el imperialismo su plan de explotación del continente a partir de 1961, y si ningún hombre avanzado de América creyó nunca en las posibilidades progresistas de la APP, ha ido decreciendo incluso el entusiasmo de los sectores que la apoyaban y la impulsaban, ante la notoriedad del fracaso. El ruido de la propaganda y los arrumacos de la demagogia no han logrado frenar la inquietud de las masas latinoamericanas, ni disfrazar el contenido verdadero de la "Alianza".

En agosto de 1961, decía el camarada Rodney Arismendi:

> "En consecuencia, la única y científica explicación consiste en saber, ante la Conferencia del CIES y las flores de papel de la «Alianza para el Progreso», que estamos, simplemente, **ante un nuevo episodio de la política total del imperialismo de los EE.UU.** Esta sitúa a Iberoamérica como un núcleo interior subyugado, **el cual quiere hoy consolidar por el soborno y la publicidad demagógica**". De "El Plan Kennedy y el desarrollo de América Latina".

Y tanto es parte de la política total del imperialismo que el pedido de convocatoria del CIES se hace precisamente el mismo día en que se decide el ataque a Cuba en abril de 1961.

Y después de su fracaso

A esta altura nadie se atreve ya a negar que la Alianza fue solamente un nuevo intento de cambiar baratijas por oro, práctica conocida en esta América a partir de 1492. Eso sí, esta vez las baratijas son armas para la represión, prebendas a las camarillas militares y a las oligarquías y propaganda para los pueblos. La resolución E) de la conferencia de Punta del Este decía, en su numeral 4):

> "Señalar a los gobiernos y a los educadores, la necesidad de que los centros de enseñanza contribuyan a **divulgar el proceso de desarrollo económico social que va a inspirarse en la Alianza para el Progreso y dotar a esos centros de los medios indispensables**".

Estas recomendaciones recuerdan las palabras que Asturias, en su novela "El Papa Verde", ponía en boca de un magnate norteamericano:

> "Sin embargo, nada se ha perdido... —siguió el presidente de la Compañía—, salvo lo de la anexión; en la anexión ni pensar... Pero debemos proceder sobre la marcha si no queremos que, como la anexión, se nos esfume el negocio. Hay que ir allá y lograr de las autoridades declaraciones enfáticas del beneficio económico que para ese país significa nuestra presencia, por ser la empresa que paga salarios más altos y emplea más braceros... Hay que comprar jefes de Estados, diputados, magistrados, alcaldes... Todo ser con mando, influencia, poder, debe loar nuestra gestión agrícola, comercial, económica, social a tambor batiente...
>
> Y para ello mucho dinero a los periódicos, a los periodistas, a los corresponsales, obsequios a las casas de pobres, asilos de ancianos, casas de beneficencia, y a los templos... ¿Qué religión tienen allí?...
>
> —Católicos...
>
> —Bueno, aunque da asco ayudar a los cochinos católicos hay que llenarles sus alcancías. Y en la prensa, poco texto —eh?, poco texto y muchas fotografías: **nues-**

tros cultivos, nuestros hospitales, nuestro transporte, nuestras escuelas...

—No hay...

—Pues debemos fundarlas inmediatamente. Sobre la marcha. Tres, cuatro, cinco, diez escuelas. Las que sean necesarias. Lo indispensable es que se vean maestros y alumnos en fotografía... Y agencias de noticias mundiales..."

Esto aproximadamente es la Alianza. Pero con un agregado más: dentro del plan global de los EE.UU. está el propósito de aumentar la venta de armamentos a los países latinoamericanos. ¡Quién puede creer ya en la manida defensa del Hemisferio! Relataba Arismendi en el trabajo citado:

> "Al regreso de su andanza latinoamericana, Adlai Stevenson musitó una confidencia al oído de un periodista de la A.P.: se había reconciliado con la idea de que en los países del Sur hubiese una hipertrofia de gastos bélicos y efectivos militares desproporcionados a la capacidad económica de cada Estado. Esas fuerzas armadas debían ser —según él— para el consumo doméstico; instrumentos políticos represivos contra los pueblos. En cuanto a la «acción externa, o para la defensa hemisférica —agrega— creo que son innecesarios»".

Vivimos la época del pasaje al socialismo en escala mundial, tránsito ya comenzado en América; asistimos a una nueva agudización de la crisis general del capitalismo, y eso los EE.UU. lo tienen en cuenta, y saben que para perpetuarse no alcanza con los dólares afectados a la propaganda; se vale entonces de los métodos más negros para impedir la continuidad del desarrollo democrático, oprimir y reprimir a las masas populares, aumentar su ingerencia, contar con títeres más seguros que garanticen la represión interna y el voto en la OEA y en la ONU.

Ya la APP ha decaído mucho, la reunión de San Pablo ha pasado para las agencias noticiosas sin la bambolla de otros tiempos, ciertos líderes (por ej. Kubischek) otrora sus auspiciadores se han enfriado y el presidente Goulart abrió el evento con no muy veladas críticas a los EE.UU.

Luego vinieron los golpes

A la lista de golpes habidos en Perú, Argentina y Ecuador (los dos primeros países han vuelto a una vida constitucional, más o menos normal, a una legalidad todavía muy comprometida, pero permeable a las presiones populares como lo demuestra la anulación de contratos petroleros en ambos países) se agregaron este año los golpes de Guatemala, Santo Domingo y Honduras en que se cambiaron los gobernantes civiles —en su casi totalidad títeres confesos— por gorilas militares.

En todos esos golpes es posible advertir algunos elementos comunes: tanto el golpe de Perú antes, como los más recientes de Guatemala y Honduras, aparecen vinculados a una convocatoria a elecciones que, por supuesto, es anulada de inmediato. La extrema derecha aliada del imperialismo no quiere arriesgarse a participar en elecciones que aunque fraudulentas en la mayoría de los casos, son motivo de agitación popular que puede poner en peligro el status reinante.

El caso de Argentina fue aún más claro, allí el golpe se dio luego de un resultado electoral favorable al pueblo. Y el descreimiento que la burla a su pronunciamiento produce en las masas influidas del espíritu de legalidad burguesa se contrapone a los resultados parcialmente exitosos del imperialismo yanqui.

Salvo el caso de Ecuador (Arosemena hacía una política inconsistente, pero no se le puede tildar de obsecuencia a los EE.UU.) en los demás lugares en donde se dieron golpes militares, los gobernantes depuestos eran extremadamente proclives a los EE.UU.: Prado, Frondizi, Idígoras, Bosch o Villeda. Este último, hacía genuflexiones de este tenor:

> "De todas maneras considero que nuestros países deben seguir, en política internacional, lo que diga Estados Unidos. Tenemos que comprender que es Estados Unidos el único país americano capaz de trazar una política internacional conveniente para nuestras naciones y nuestra obligación es seguir esa política".

Ocurre también que en todos esos países el clima de luchas internas y de avance del pueblo se acentuaba y que ese clima de intranquilidad no es el que más conviene a los EE.UU. Corresponde entonces sustituir a los viejos títeres incapaces de frenar a los pueblos, por otros

más duros, dispuestos a incrementar la represión interna y la provocación contra Cuba.

Así tenemos que en Guatemala el gobierno declara estado de sitio el 25 de marzo para frenar la lucha guerrillera y el 30 del mismo mes cae bajo un golpe militar. (También había aumentado mucho la acción de las masas en Perú y Argentina al momento de los golpes).

Santo Domingo había vuelto a una situación de legalidad después de "la era de Trujillo"; la política del presidente Bosch era por cierto favorable a los intereses norteamericanos, pero aun así no pudo resistir la presión de las viejas castas militares trujillistas influidas por los monopolios yanquis y el Pentágono; Bosch había establecido un precio tope para el azúcar, había negado a la Esso Standard Oil permiso para instalar una refinería y ¡oh casualidad! el incremento de las reuniones militares que prepararon el golpe coincidió con la presencia del general O'Meara del ejército de los EE.UU.

Observamos también que esos golpes (nos referimos a los de este año) se dan en una misma área geográfica —la del Caribe— que se caracteriza desde el punto de vista militar, por un alto valor estratégico, en virtud de su proximidad a Estados Unidos; desde el punto de vista económico por estar radicadas allí las mayores inversiones y desde el punto de vista político por la presencia rutilante de Cuba y el ardor de las luchas venezolanas.

El aparato imperialista

La modernización de los ejércitos latinoamericanos y la realización de maniobras conjuntas con destacamentos norteamericanos en las operaciones "Unitas" y "América" y la existencia del Fuerte Albrook Field en la Zona del Canal de Panamá, donde reciben instrucción antiguerrillera oficiales latinoamericanos son dos hechos que demuestran la pretensión del Pentágono de controlar más y más a los ejércitos de estos países.

La "Operación América", la más grande de las realizadas hasta ahora, consiste, según un telegrama de A. P., en que:

> "Grupos simulados de «insurgentes» tratarán de tomarse el poder en Colombia a fines de noviembre y por primera vez varias naciones americanas pondrán a prueba su solidaridad militar para hacer frente a la intervención armada extranjera".

Y aunque el Jefe de Estado Mayor de Colombia declaró que no se le asignaba carácter político alguno a la operación, cualquiera entiende el por qué de estas maniobras. Algunos oficiales estadounidenses han dicho: "Si el Fuerte de Albrook Field en Panamá es el Centro de instrucción antiguerrillera continental, Colombia es el campo de experimentación". (Citado por Gilberto Vieira en Revista Internacional Nº 41, 1963).

Ambos hechos muestran bien claro el plan del imperialismo norteamericano para llevar a cabo acciones contrarrevolucionarias en América. Postula golpes donde las circunstancias lo permiten, a fin de contar con las mayores garantías para sus intereses. Al respecto, merecen citarse algunas afirmaciones del Secretario de Estado adjunto para Asuntos Interamericanos, Edwin Martin: "los militares latinoamericanos han actuado con buen criterio últimamente". Eso fue dicho a comienzos de octubre coincidiendo con los golpes en República Dominicana y Honduras. Y aunque luego condena los golpes, insiste en los méritos y el buen comportamiento de los militares: "hay cabezas juiciosas entre los militares" (se refiere a los gorilas argentinos) las que "con el respaldo diplomático y los programas de ayuda de Estados Unidos, han marchado por buen camino".

El gorilismo panamericano

Los yanquis se valen pues de los ejércitos nacionales, de gorilas militares y civiles para frenar el movimiento popular y de liberación. A ese fin se ha deformado totalmente la misión de esos ejércitos: en lugar de eventuales defensores de la soberanía y el territorio nacional están encaminados al macartismo y a la represión policial interna y, en algunos casos, a la represión en países vecinos, o a la pretendida acción multilateral.

Dice Rodolfo Ghioldi, respecto al ejército argentino, el mayor de América Latina y el más gorilizado de ellos:

> "Los militares argentinos prestan gran atención a la preparación ideológica del ejército orientándola en la dirección que ellos necesitan: entre la oficialidad se cultivan intensamente diferentes teo-

rías geopolíticas. Como se sabe, la geopolítica, después de haber fracasado como «ideología» de la Alemania hitleriana, se convirtió en uno de los elementos de la ideología de la dominación mundial de los imperialistas norteamericanos. Hablando de la geografía global, es decir, no reconociendo fronteras, los geopolíticos contemporáneos se declaran en favor de la renuncia al principio de la soberanía nacional [...] La reacción argentina, en su propósito de privar al ejército de su carácter nacional, difunde no sin éxito estas teorías entre las fuerzas armadas; prepara al ejército para hacer guerras no justas y para aplastar al movimiento revolucionario no sólo en su país, sino también en otros. Por ejemplo, el general Rattenbach considera... que las autoridades militares pueden verse obligadas «por razones geopolíticas estratégicas» a una guerra preventiva o a invadir territorio ajeno".

Es fácil establecer una relación entre las denuncias contenidas en el artículo de Ghioldi (escrito en los primeros meses de este año) y lo sucedido el 21 de setiembre último cuando los gorilas argentinos hacen una provocación y un atentado contra la soberanía chilena ocupando territorio en el Valle Hondo de Alto Palena.

Y también con que

"El gorila Nº 1, Juan Carlos Onganía, a quien el Pentágono, en su última visita a los Estados Unidos, entregó el liderato militar en América Latina para una eventual lucha armada —a través de la Comisión Interamericana de Defensa— contra el «comunismo» y el «castrismo» y en la «vigilancia» de países como Brasil, Uruguay y Chile, ante la posibilidad de que, en futuros acontecimientos «cayesen en manos del marxismo»". (De la revista "Vistazo", Santiago de Chile, 15/X/63).

Los EE.UU. intentan nuevas formas para acentuar el carácter antinacional de los ejércitos apelando no sólo a la ayuda militar y a los tratados militares, sino inclusive a la creación de una Academia Militar Interamericana que los ligaría más aún al Pentágono. (Propuesta aprobada por la OEA con la oposición de Brasil y Méjico).

El plan de los Estados Unidos se orienta en definitiva a buscar siempre la salida más reaccionaria, más violenta, más contraria al progreso y la democracia. Sin embargo, las cosas no suceden siempre como el imperialismo se lo traza: en Venezuela el títere Betancourt se tambalea y aunque se intenten maniobras y operaciones conjuntas en Colombia y haya "marines" estacionados en la Florida, en 1963 es más difícil hacer desembarcar "marines" en América Latina que en 1954, cuando Guatemala. Y mientras los yanquis usan a Colombia como campo de maniobras, su izquierda crece impetuosamente, se buscan nuevas formas de lucha, se hacen nuevas experiencias campesinas.

En Chile donde el desarrollo popular y democrático hace más infructuosa una acción de tipo golpista, los monopolios del cobre, en complicidad con los alessandristas, tendrían un plan secreto según el cual dichas empresas presionarían al Partido Radical para que acompañe únicamente la candidatura de Alessandri a fin de enfrentar con esta maniobra el avance del FRAP.

En este panorama general debe inscribirse también el asesinato de Kennedy, expresión cabal de que las cosas no marchan nada bien en la capital del imperialismo, y de que los círculos más rabiosamente guerreristas y racistas buscan por cualquier medio monopolizar las posiciones dominantes y con ello imprimir a la política norteamericana un giro aún más reaccionario.

Es la hora de los pueblos

Si bien todos estos hechos demuestran de lo que es capaz el imperialismo, no cabe duda de que su hora pasó. La aceleración de los golpes es un síntoma de que los EE.UU. están dispuestos a cualquier expediente para que no se repita "una nueva Cuba"; pero hasta ahora son los pueblos los que siguen ganando terreno y cada palmo que ganan al enemigo disminuye sus posibilidades de maniobra. Además, las dictaduras no son un instrumento duradero de opresión y en cualquier lugar de América con golpe o sin golpe son los pueblos los que avanzan y el imperialismo el que retrocede. América conoce el "big stick" del Corolario Roosevelt (praxis de la Doctrina Monroe); ya no es el mismo, Cuba lo ha demostrado, y aunque todavía sea sanguinario, ya no es mortal para los pueblos que se liberan, ni éstos se encuentran ya solos.

Carlos Rafael Rodríguez

CUATRO AÑOS DE REFORMA AGRARIA

La Reforma Agraria cubana entra en su quinto año. Es demasiado pronto, desde luego, para emprender un balance de sus resultados. Pero ha transcurrido el tiempo suficiente para que sea posible ya discernir las líneas generales de su desarrollo.

No podrá hacerse, sin embargo, este análisis, a menos que se tenga como punto de partida la situación que existía en nuestro país en el instante en que la Revolución, encabezada por Fidel Castro, tomó el poder tras la heroica y prolongada lucha en que la tiranía de Batista quedara derrotada.

Siguiendo las líneas generales del último Censo disponible antes de la Reforma Agraria, existían en el país 159.000 fincas, con 676.390 caballerías, es decir, 9.077.086 hectáreas.

La distribución de esas fincas era como se indica en el cuadro siguiente:

TAMAÑO DE LA FINCA				AREA TOTAL			AREA TOTAL ACUMULADA*		
Caballerías		Hectáreas		Número de Fincas	% del Total	Caballerías	Hectáreas	% del Total	Caballerías	Hectáreas
De	.007	De	1							
a	.036	a	4.9	32,195	20.3	6,410	86,033.2	0.95		
De	.037	De	5							
a	.073	a	9.9	30,305	18.94	15.700	210,705.7	2.32	22,110	296,738
De	.74	De	10							
a	1.85	a	24.9	48,778	30.49	54,030	725,070.9	7.99	76,140	1,021,809
De	1.86	De	25							
a	3.71	a	49.9	23,901	14.95	58,850	789,714	8.70	134,990	1,811,524
De	3.72	De	59							
a	7.44	a	99.9	12,010	7.51	60,980	818,319	8.70	195,970	2,629,853
De	7.45	De	100							
a	37.25	a	499.9	10,433	6.52	164,460	2,193,599	24.17	359,430	4,823,453.4
De	37.26	De	500							
a	74.71	a	999.9	1,442	0.90	73,960	992,530.7	10.93	433,490	5,815,984.1
De	74.72	De	1.000.							
a	372.58	a	4,999,9	780	0.49	107,560	1,443,500	15.19	540,950	7,259,484
De	372.59	De	5.000							
en adelante		en adelante		114	0.07	135,440	1,817,602	20.02	676,390	9,077,086

* En este rubro se comprende la cantidad en tierra incluida en el total de las fincas. Así, las primeras 62.500 fincas de las primeras 2 categorías —menos de 0.036 y menos de 0.037 caballerías hasta 0.073— abarcaban en total 22.110. Y así sucesivamente.

De este análisis se puede ver que en 147.189 fincas de una dimensión inferior a 7.45 caballerías, o sea menores de 100 hectáreas (que constituían el 92.02 % del número total de fincas), había sólo 195.970 caballerías (2.629.853 hectáreas), o sea sólo el 28.98 % del área total de las fincas.

Se puede advertir también que las fincas de dimensión media estaban comprendidas en el sector entre 7.45 y 37.25 caballerías, es decir de 100 a 500 hectáreas, que tenían en total 163.460 caballerías, o sea 2.193.599 hectáreas, constituyendo el 24.27 % del área total, y siendo el tipo de finca que dentro de su tamaño acumulaban mayores áreas.

La otra característica es que las fincas de más de 74.51 caballerías, o sea de más de 500 hectáreas, a pesar de ser sólo 1.336 en número, o sea el 1.46 % del número total de fincas, tenían 316.960 caballerías (4.253.632 hectáreas), lo que representa el 46 % de la superficie total.

Analizando la composición de las 159.000 fincas, encontramos que estaban divididas en la siguiente forma: 47.792 fincas dirigidas por propietarios, 9.342 dirigidas por administradores, 46.048 en manos de arrendatarios, 6.987 en las de subarrendatarios, 33.064 en las de partidarios o aparceros, 13.718 ocupadas por precaristas (sin título), y 2.007 por otros ocupantes.

Las fincas dirigidas por sus propietarios tenían un área total de 220.470 caballerías (2 millones 958.700 hectáreas), con el 32.4 % del área total, y un área media por finca de 4.52 caballerías (60.6 hectáreas).

Las fincas dirigidas por administradores al servicio de los propietarios tenían 172.910 caballerías (2.320.400 hectáreas), con un área del 25.6 % del total y un tamaño medio de 18.51 caballerías (248.4 hectáreas).

Las fincas en manos de arrendatarios ocupaban en conjunto 202.230 caballerías (2 millones 713.900 hectáreas); constituían el 30 % del total y tenían un área media por finca de 4.39 caballerías (58.9 hectáreas).

Los subarrendatarios ocupaban 16.040 caballerías (215 mil 200 hectáreas), o sea el 2.4% del área total, con un área media de 2.29 caballerías (30.8 hectáreas).

Los partidarios o aparceros ocupaban 41.140 caballerías (552.100 hectáreas), lo que representa el 6.1% del área total, con un área media por finca de 1.24 caballerías (16.7 hectáreas).

Y los precaristas ocupaban un área total de 18.230 caballerías (244.600 hectáreas), que representa el 2.7% del área total, con un área media de 1.33 caballerías (17.8 hectáreas).

Es interesante destacar la distribución de los agricultores con menos de 2 caballerías de tierra, (o sea menos de 26.8 hectáreas). Este tipo de ocupante comprendía 34.364 arrendatarios, 5.761 subarrendatarios, 30.377 aparceros, 12 mil 760 precaristas y 1.744 no clasificados, además de los propietarios de menos de 2 caballerías, que pueden ser estimados entre 20 y 25 mil.

Esto quiere decir que de un total de 101.824 campesinos trabajadores no propietarios de tierras, 84.976 (o sea, el 83.45%), trabajaba en extensiones inferiores a las 2 caballerías. Todos ellos han recibido las áreas que ocupaban en propiedad definitiva, de acuerdo con la Ley de Reforma Agraria.

El latifundio imperialista

A todos los rasgos que caracterizaban la propiedad agraria cubana antes de 1959, hay que añadir uno muy significativo: la presencia del latifundio azucarero norteamericano. Según la confesión del Presidente del Banco Nacional de Cuba durante el período batistiano, "El 25% de las mejores tierras de la Isla estaban en manos norteamericanas". En efecto, entre las 114 fincas de más de 373 caballerías (5.000 hectáreas) que figuran en el cuadro primero, estaba incluida casi la totalidad de las tierras propiedad de las empresas azucareras imperialistas. Nueve de estas compañías tenían en uso más de 100 mil caballerías de tierra. Véase la lista ilustrativa que va en la página siguiente.

Esta situación era propia —aunque no característica— de un país semicolonial. Ninguna de las reformas agrarias efectuadas en Europa tuvo, en este punto, contacto posible con la de Cuba. Pero tampoco existió esa circunstancia en la revolución agraria de China, donde las potencias extranjeras no tenían una cantidad de tierras tan fuerte como la que ocupaban en nuestro país.

	Hectáreas
Cuban Atlantic Sugar Co.	284,404
Cuban American Sugar Co.	143,862
American Sugar Ref. Co.	136,750
United Fruit Company	109,480
West Indies Sugar Co.	109,146
Vertientes-Camagüey Sugar Co.	106,595
Manatí Sugar Co.	78,252
Francisco Sugar Co.	71,703
The Cuba Company	68,388
Punta Alegre Sugar Co.	46,594
Cuban Trading Co.(1)	29,148
Guantánamo Sugar Co.	12,695
Central Soledad	11,998
Total: 13 principales latifundios azucareros norteamericanos	1,173,015

Esta presencia del latifundio azucarero determinaba que en la revolución agraria cubana hubiera ya, forzosamente, un elemento antiimperialista. No era posible realizar en Cuba una Reforma Agraria verdadera sin afectar los intereses de las compañías imperialistas. Ni era tampoco posible llevar a fondo el combate contra el dominio imperialista en Cuba sin afectar las enormes extensiones de tierra incluidas en los latifundios yanquis. Por eso en la primera fase de la Revolución Cubana el contenido agrario y el contenido antiimperialista venían indisolublemente vinculados.

Fidel Castro desenvolvió el proceso de la revolución agraria cubana con un magistral sentido táctico. El 10 de octubre de 1958 fue dictada en la Sierra Maestra la primera "Ley de Reforma Agraria". Pero todavía —por indicaciones muy precisas de Fidel— esa Reforma se limita a disponer que todos los que trabajaban la tierra sin ser propietarios de ella (arrendatarios, aparceros, subarrendatarios, precaristas), en una extensión inferior a 5 caballerías, recibirían la propiedad de la misma. De este modo la Revolución atraía a su órbita a casi 100 mil campesinos trabajadores que, según hemos visto, estaban comprendidos en los beneficios de la Ley serrana. Al mismo tiempo aquella Ley no iba demasiado lejos en sus pronunciamientos contra el latifundio, sin dejar por ello de anticipar sus propósitos revolucionarios. En efecto, en la Ley se consignaba como objetivo de la Revolución Cubana, en un momento posterior, el de liquidar el latifundio. No hay que decir que los magnates imperialistas y —tras ellos— los grandes latifundistas criollos no se asustaron demasiado por ese anuncio. Pensaron que Fidel Castro sería, a su tiempo, uno de los tantos caudillos que traicionaban sus promesas. La historia de la América Latina y la de Cuba estaban llenas de personajes que habían prometido "reformas" de ese tipo sin llegar a realizarlas nunca. En mayo de 1959 iban a descubrir —demasiado tarde— ese error de juicio.

La Ley del 17 de mayo de 1959 acometía una transformación, a fondo, del agro cubano. Su punto de partida era la liquidación del latifundio tanto el nativo como el de los imperialistas norteamericanos. Su objetivo social era noble: de una parte, asegurar para la economía estatal todas aquellas tierras que no estaban cultivadas directamente por agricultores y —dando cumplimiento a la Ley inicial de la Sierra— asegurarle la propiedad a todos aquellos agricultores pequeños y medios que trabajaban la tierra sin ser propietarios de la misma. La Reforma tenía, asimismo, un propósito económico: crear el "mercado interior" que necesitaba la industria, mediante la elevación del nivel de vida en el campo. Este objetivo era una consecuencia de los anteriores, puesto que los campesinos que no pagaban ya renta y que recibían otros beneficios de la Ley (precios equitativos, crédito barato, asistencia técnica, etc.) iban a incrementar enseguida su nivel de vida; mientras que el laboreo de los latifundios por el Estado iba a permitir al proletariado agrícola un aumento sustancial de sus ingresos, con la desaparición del desempleo tanto en su forma abierta como en su forma "disfrazada",

(1) La Cuban Trading Co. controla también la Francisco Sugar Co. y la Manatí Sugar Co.

que se presentaba, por ejemplo, cuando en una familia campesina cinco o seis hijos trabajaban en una mínima extensión que sólo requería dos hombres en el trabajo.

Todos esos objetivos habían sido ya señalados en la Ley de la Sierra, y quien sea un observador atento encontrará que los "Por Cuanto" de la Sierra se mantienen, sin cambios, como la explicación de los objetivos de la Ley aprobada en mayo del 59.

Al llevar a la práctica esos principios, la Revolución Cubana tuvo, sin embargo, que elegir entre las diversas formas posibles. Lo habitual en las leyes de reforma agraria anteriores a la cubana había sido el reparto de la tierra de los latifundios entre los campesinos sin tierra o con poca tierra y entre los obreros agrícolas que lo solicitaren. Este rasgo lo encontramos tanto en la Revolución Soviética de 1917 como en las leyes agrarias de las "democracias populares" o en la legislación revolucionaria de China. Lenin había discutido desde 1905 la conveniencia de elegir entre la nacionalización de la tierra —que convertiría la misma en propiedad estatal— y su reparto entre los campesinos a título individual. Como se sabe, el gran guía revolucionario subrayaba que la nacionalización era la medida que más acercaba al socialismo, porque convertía de inmediato la producción agrícola en producción estatal. Pero al decidir sobre el problema, Lenin tuvo en cuenta dos aspectos muy importantes de la situación del campo en la Rusia zarista: el primero, el "hambre de tierra" de los campesinos, el hecho de que cientos de miles de campesinos carecían de tierras en el territorio imperial; el segundo, la circunstancia no menos importante de que al entregarle la tierra al campesino, ya en propiedad total, ya en usufructo permanente, el campesinado se convertía en baluarte firme del proceso revolucionario y la alianza entre el proletariado y los campesinos pobres y medios quedaba asegurada por esa vía.

Por ello, pese a que la fragmentación de la tierra en pequeñas parcelas representaba un retraso en la socialización de la agricultura —para salvar al cual Lenin, apoyándose en las anticipaciones de Engels, utilizaría después la palanca de la cooperación de la que surgieron los koljoses—, la Revolución de Octubre aceptó el reparto de tierra que ya habían iniciado por su cuenta los mismos campesinos pobres al ocupar desordenadamente las tierras de los grandes terratenientes.

La Revolución Cubana tenía ante sí el mismo dilema teórico. Antes de 1959 las fuerzas genuinamente revolucionarias, las que abogaban por una verdadera revolución agraria, habían estudiado el problema y se habían decidido también por la clásica solución del reparto de tierra, utilizada en las democracias populares de Europa y en China después de la Revolución Soviética. Fue una de las contribuciones más importantes de Fidel Castro al proceso revolucionario contemporáneo, el de entender a tiempo que en Cuba esa solución no era inevitable y que existían en nuestro país circunstancias específicas que nos permitían dar un salto audaz hacia formas de estatalización de la propiedad agraria que nos acercaran mucho más al socialismo.

En efecto, la explotación latifundiaria en Cuba, principalmente la azucarera, había establecido aquí una forma de desenvolvimiento agrario basada en la utilización de técnicas agrícolas acompañadas del uso masivo de obreros agrícolas con bajos salarios. Era la continuación del sistema de cultivo implantado por los esclavistas norteamericanos en el Sur de EE.UU. Por eso ha recibido el nombre de "economía de plantación". Ese tipo de agricultura conducía al completo desarraigo de la tierra de los trabajadores que en ella laboraban. Es típico que en la costa norte de Oriente y Camagüey, donde estaban los colosos azucareros más importantes, no podía encontrarse, durante cientos de kilómetros, una sola casa de campesino. La mano de obra para la zafra —y lo mismo ocurrió más tarde con la producción arrocera— venía de centros urbanos y semiurbanos. En Camagüey, por ejemplo, una gran cantidad de los cortadores de caña provenía de Las Villas y se traslada allá por sólo unos meses de zafra*. Es obvio que ese tipo de trabajador agrícola fue perdiendo su vinculación a la tierra y su amor a ella. La mayor parte de ellos se dedicaban durante más de la mitad del año a trabajos ocasionales en la ciudades y pueblos, adquiriendo concepciones más próximas a las del proletariado urbano. No puede olvidarse además que en Cuba la organización y las luchas sindicales del proletariado agrícola —principalmente

* Eso explica la gran carencia de brazos que ahora padece esa provincia, al haberse creado fuentes de empleo local que hacen innecesario ya ese éxodo estacional.

el de la caña de azúcar— adquirieron un nivel y una fuerza que no tuvo igual en la mayor parte de los países semicoloniales. Todo lo cual había conducido al hecho de que la enorme mayoría de los obreros agrícolas no se caracterizaba por su "hambre de tierra". En vez de tener como ideal la ocupación de una pequeña parcela (donde habían visto pasar hambrunas terribles al campesinado pobre de Cuba) los obreros agrícolas aspiraban sobre todo a un nivel de salarios —o sea de ingresos— cada vez mayor.

De todas esas circunstancias, analizadas con admirable sentido político por Fidel Castro, partió el máximo dirigente de nuestra Revolución para postular, en el caso cubano específicamente, una solución que consistía en:

1) Entregar la tierra a todos los campesinos trabajadores que no eran propietarios de las mismas.

2) Utilizar el latifundio improductivo para la organización de granjas estatales. Principalmente se usarían en ese fin tierras rescatadas a la ganadería, mediante el mejor uso de los potreros y la implantación del pastoreo intensivo, semiintensivo y la estabulación del ganado lechero.

3) Establecer una forma avanzada, aunque intermedia, de propiedad agrícola. Se trataba de la "cooperativa cañera". Esta cooperativa no era propiamente una cooperativa de cultivadores —como el koljós—, sino que estaba integrada por obreros agrícolas. Era una "propiedad de grupo" en la que no existían ni parcelas privadas ni residuos de la conciencia campesino-individualista que retrasa el koljós. La cooperativa fue concebida por Fidel Castro como una etapa de tránsito hacia la granja estatal. Para facilitar ese tránsito cada cooperativa tendría un administrador designado por el Instituto de Reforma Agraria. Administrador que constituía un enlace entre la "propiedad de grupo", cooperativista, y el Estado.

La historia reciente de nuestro país ha demostrado que la concepción de Fidel Castro era enteramente válida para la situación cubana y que los problemas derivados de no distribuir la tierra a los obreros agrícolas en parcelas individuales no se han presentado en nuestro país, lo que ha permitido que la Revolución Socialista encontrara ya condiciones para que el 40 % de la tierra pasara a formas socialistas de producción*.

Los límites de la Reforma Agraria

Al mismo tiempo que la Revolución enfocaba la solución del dilema: nacionalización y estatalización o reparto de tierras, tenía que resolver otro aspecto importante de la Reforma: los límites en que la propiedad quedaba fijada. La Ley estableció un límite máximo de 30 caballerías (400 hectáreas).

Algunos estudiosos extranjeros de nuestra Revolución se preguntan por qué esa amplitud. Comparan esos límites con las normas mucho menores trazadas en las más recientes reformas: Checoslovaquia, Bulgaria y otros países de democracia popular, China, etc. Dos razones explican la cantidad. De una parte, el hecho bien conocido de que la agricultura cubana era, en su conjunto, una agricultura extensiva, es decir que sólo en contados cultivos —el tabaco el principal de todos— la tierra estaba total e intensamente cultivada. Y de la otra, la circunstancia de que en mayo de 1959 la Revolución no tenía un contenido socialista. En esa fecha aún la burguesía nacional, aunque ya vacilaba, no había emprendido el camino de la traición y de la resistencia que inició precisamente cuando los imperialistas norteamericanos comenzaron su ofensiva contra Cuba, como represalia frente a la Reforma Agraria que golpeaba los intereses del latifundismo yanqui.

---

* Es bien sabido que las concepciones de Fidel Castro sobre las Cooperativas Cañeras no fueron aplicadas en la práctica, no adquiriendo esas unidades de producción el carácter de verdaderas cooperativas y transformándose en la práctica en granjas estatales, lo que ocasionó el descontento de los cooperativistas. Tales hechos impidieron que esta experiencia iniciada en Cuba pudiera ser aquilatada y sirviera de ejemplo a otras situaciones similares en otros países en el período de transición. Sin embargo, como también se sabe, la fuerza de la Revolución Cubana, su influencia en las masas trabajadoras, impidió que la frustración de las Cooperativas Cañeras se convirtiera en un problema para el proceso revolucionario. La fe de los trabajadores agrícolas de la caña en la Revolución hizo posible que lo que podría haber originado una crisis, se resolviera —mediante decisión democrática en que participaron todos los cooperativistas— con la transformación de las Cooperativas en Granjas Cañeras, precipitándose así, con buen resultado, un proceso que estaba programado para varios años.

Los resultados estructurales de la Reforma Agraria cubana

La Ley de Reforma Agraria significó un completo cambio de estructura en la tenencia de la tierra en Cuba. Eliminó virtualmente el latifundio extranjero y cubano. Hizo propietarios a casi cien mil campesinos trabajadores. Y estatalizó alrededor del 40 % de la propiedad rural.

Pero para examinar la agricultura cubana en la etapa ulterior a la Revolución, es necesario tomar en cuenta que todavía la propiedad privada tiene una preponderancia decisiva tanto en la extensión como en la capacidad productiva.

Según datos que son todavía aproximativos, sobre una superficie de 554.877 caballerías censadas en el Censo Ganadero de 1961 (7.446.560 hectáreas) —que, como se ve, no corresponden a la totalidad de la superficie que anteriormente estaba en fincas— el sector privado tiene 331.665 caballerías (4.451.010 hectáreas), o sea el 59.8 % de la tierra. Estos datos corresponden a agosto de 1961, y sin duda han sufrido modificaciones desde esa fecha hasta el momento en que escribimos, incrementándose durante ese período la superficie correspondiente al sector estatal, principalmente por los abandonos de fincas de terratenientes que marcharon del país.

Al estudiar la distribución del área correspondiente al sector privado, según esos datos, encontramos que el número de ocupantes de las 331.665 caballerías (4.451.010 hectáreas), era de 165.918.

El área total estaba distribuida por unidades de superficie en la siguiente forma:

	Número de Fincas	SUPERFICIE Caballerías	Hectáreas
Hasta 5 caballerías (67 H.)	154,703	174,971,35	2,348,150.51
De 5 a 10 caballerías (67-134 H.)	6,062	45,270	607,532.45
" 10 " 20 " (134-268 H.)	3,105	45,477.76	610,320.63
" 20 " 30 " (268-402 H.)	1,456	37,819.95	507,551.29

Había además en esa fecha 592 fincas de más de 30 caballerías, que subsistieron por las razones ya explicadas, y que tenían una superficie total de 28.125.97 caballerías (377.456.14 hectáreas).

El cuadro precedente nos ayuda a comprender el contenido de clase que ha quedado en el campo cubano después de mayo de 1959. Una enorme mayoría de campesinos tienen menos de 5 caballerías de tierra y de entre éstos no menos de 120 mil tienen menos de 2 caballerías (26.4 hectáreas). Podría añadirse, si tomamos el ejemplo de los cultivadores de caña, que hay una enorme masa de campesinos —unos 60 mil— con extensiones menores de una caballería y entre ellos más de 25 mil que no pasan de media caballería.

En las condiciones de la técnica agrícola empleada por los campesinos cubanos, esta categoría de propietarios de menos de 2 caballerías puede incluirse —salvo en los casos de cultivadores de tabaco— dentro de los campesinos pequeños, con no muchos campesinos medios. La otra parte, los que tienen más de 2 y menos de cinco caballerías (entre 26.4 y 67 hectáreas) forman en la categoría de campesinos pobres y ricos, variando su posición de acuerdo con el tipo de cultivos, pues los que en este grupo cultivan tabaco, café, arroz son invariablemente campesinos ricos.

Las experiencias de la Revolución Cubana coinciden casi totalmente con las universales. Los campesinos pobres están, de un modo aplastante, con la Revolución. De una manera militante, es decir incorporados en "batallones serranos" y "milicias campesinas", coadyuvando a la persecución de los agentes de la CIA y muriendo en Playa Girón con la clase obrera. Los campesinos más ricos no se concilian con la existencia de un proceso revolucionario socialista. Muchos de ellos han tomado el camino de Miami. Otros han colaborado con las bandas que mueve la CIA. Pero podría decirse que, debido a la fuerza de masas de la Revolución en el campo en su conjunto, su carácter contrarrevolucionario y su resistencia están expresados más en términos económicos que conspirativos. Lo más significativo de su actitud es el abandono de los cultivos, la falta de interés por mantener sus fincas en plena capacidad de producción.

Entre los propietarios de más de 5 caballerías hay también una capa importante que está constituida no por verdaderos campesinos, sino más bien por los demás burgueses agrarios que no participan en el proceso de la producción, viven en las ciudades y explotan a sus obreros a través de administradores. Entre estos grupos encontramos a los elementos más conscientes y obstinadamente contrarrevolucionarios. Son ellos los que han nutrido —más que los campesinos ricos en sí mismos— el exilio voluntario.

En cuanto a los campesinos medios, su actitud es también la típica. En condiciones normales y cuando la Revolución ha trabajado bien en el campo, la enorme mayoría del campesinado medio ha venido al lado revolucionario. Pero cuando la Revolución ha cometido errores en el trato con el campesinado, esos campesinos medios han oscilado momentáneamente, haciéndose menos cálida su adhesión y pasando, algunos de ellos, a una colaboración más activa con las bandas contrarrevolucionarias.

La política de la Revolución hacia el campesinado

La Revolución tiene una política bien definida hacia el campesinado. Considera que los campesinos pobres son los aliados naturales de la clase obrera y que con ésta constituyen el nervio de la alianza obrero-campesina. Trata de ganarse cada día más a la masa de campesinos medios, porque los marxistas-leninistas cubanos sabemos que esta capa del campesinado puede ser incorporada —y lo será— al proceso revolucionario. Conquistar su adhesión definitiva es un objetivo de los revolucionarios de nuestro país.

En cuanto a los campesinos ricos, sabemos demasiado bien que no pueden —salvo excepciones personales que son siempre posibles— simpatizar con la Revolución. Tampoco la Revolución puede propender a su fortalecimiento, pues a la larga hay una contradicción insalvable entre ambos. Por ello nos limitamos a mantener la legalidad revolucionaria establecida por la Ley de 1959, respetando los derechos de esos grupos mientras estén dentro de los términos de nuestras leyes.

La política revolucionaria en favor de los campesinos pequeños y medios se materializa a través de la concesión de créditos con bajo interés, el establecimiento de precios adecuados para sus productos, la ayuda que les presta en la roturación y demás labores mecánicas de sus tierras la "Empresa de Servicio de Maquinarias a los Agricultores Pequeños", el suministro de insecticidas y fertilizantes, etc. La ANAP (Asociación Nacional de Agricultores Pequeños) ha sido el instrumento para la realización de esa política*.

Pero no siempre esa política ha sido correctamente aplicada. Podemos decir que en la segunda parte de 1961 y los dos primeros meses del 62 se cometieron serios errores en las relaciones con el campesinado pobre y medio, errores que influyeron en la actitud de esas capas del campesinado hacia la Revolución, aunque sólo fuera momentáneamente, y que tuvieron por resultado una baja sensible en las siembras y la comercialización de productos, que se sintieron a lo largo de todo 1962 pero principalmente en los meses de marzo y noviembre, agravándose con ello la situación creada por los años de sequía, las ya mencionadas quiebras en el manejo de las cooperativas cañeras y la falta de organización en las Granjas del Pueblo.

Esos errores fueron de dos órdenes.

En primer lugar, en el trato *económico*. Ocurrió que con el aumento del poder adquisitivo del pueblo cubano durante 1960-1961 (que como se sabe fue de más de $ 500 millones anuales), la demanda de productos agrícolas creció extremadamente*. Al mismo tiempo la debilidad organizativa de la agricultura

---

* En el desarrollo de esa actividad, la ANAP fue tomando funciones administrativas (de crédito y suministros) que han estorbado sus funciones principales como organismo de masas. En la reestructuración del INRA esas funciones serán absorbidas por nuestro organismo central. El Congreso de la ANAP, que se realizará en este mes de mayo, discutirá a fondo esos errores de "administrativismo", lo que, con las modificaciones de sus cuadros dirigentes, contribuirá a mejorar sensiblemente el trabajo entre el campesino pequeño y medio.

* Para poner dos elementos que han estado a la vista de nuestro pueblo: la malanga que se consumía en la Habana hasta finales del año 1961 no era nunca mayor de los 1,000 quintales diarios, o sea, 7 mil quintales a la semana. Actualmente estamos suministrando a la Gran Habana entre 2,600 y 2,700 quintales diarios de malanga. El café nunca había tenido en nuestro país más de 800 mil quintales anuales de consumo. Actualmente hemos establecido algunas limitaciones para poder mantener el nivel de consumo dentro del millón de quintales anuales.

estatal no permitía incrementar la producción hasta llenar ese salto de la demanda. Por ello la posición de los agricultores privados en el mercado se hizo muy fuerte al crearse lo que se llama "un mercado de vendedores". Es explicable que ante esa situación la gran masa de campesinos —aun los campesinos pobres— mostrara la tendencia clasista hacia el lucro. Empezó a producirse una resistencia ostensible a comercializar los productos con el aparato del INRA y a desviarlos hacia la venta especulativa (en ocasiones la libra de malanga llegó a tener un precio "normal" de casi 30 cts., mientras que una libra de pollo criollo podía venderse por más de 2 pesos). Esa situación produjo una exasperación no sólo de los compañeros dedicados a la comercialización, sino de algunos dirigentes políticos locales y aun de compañeros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias en algunas zonas. Todo ello determinó una actitud incorrecta hacia los campesinos. En vez de dirigir el golpe contra los intermediarios, se trató de forzar a los campesinos a vender sus productos al INRA, llegándose al decomiso de mercancía por métodos reñidos con la legalidad revolucionaria. Esto ocasionó una resistencia de los campesinos, expresada en la forma que antes hemos mencionado.

Pero hubo otros hechos que se añadieron a lo anterior, haciendo aún más compleja la situación. Después de Girón la CIA y sus agentes trataron de fortalecer las bandas contrarrevolucionarias que ya habían recibido un golpe decisivo cuando la batida del Escambray. Esa actividad contrarrevolucionaria encontró eco en no pocos campesinos ricos de la Zona Sur de Matanzas y del Suroeste de Las Villas (Rodas, Aguada, etc.). La Revolución decidió dar otro golpe, esta vez económico, a los colaboradores de los bandidos agentes de la CIA. Para ello dispuso que se expropiara a todos los que prestaban ayuda directa a la contrarrevolución y a aquellos terratenientes de 15 a 30 caballerías que les prestaran una ayuda indirecta o de algún modo promovieran actitudes contrarrevolucionarias. Pero Fidel, al normar esa política de la Dirección Nacional, precisó muy bien que todas esas medidas debían tomarse con la participación y consulta de los campesinos pobres y medios, en reuniones de la ANAP y sin lastimar a esa gran parte del campesinado.

Sin embargo, es notorio que se cometieron serios errores, principalmente en la provincia de Matanzas. No se respetó la legalidad revolucionaria. Se golpeó indiscriminadamente a pobres y ricos, sin tomar en cuenta todas las circunstancias de cada caso. En vez de discutir con los campesinos mismos para determinar las medidas que debían tomarse, en muchos lugares se convocó principalmente a los obreros agrícolas los que, llevados solamente por su sentimiento de clase, impulsaron en todo momento hacia la expropiación.

Esos errores hubieran costado muy caro al proceso revolucionario si el prestigio de la Revolución y la fe de los campesinos en el compañero Fidel Castro no hubieran evitado una crisis. Hay que decir que en marzo de 1962, en la reunión nacional de las ORI a la que asistieron dirigentes de todas las provincias, Fidel analizó esos errores. Las medidas discutidas en esa reunión fueron puestas en práctica por la nueva dirección del INRA, con la ayuda eficaz de las direcciones provinciales de las ORI.

Gracias a esa rectificación, que restauraba la política hacia el campesinado en toda su vigencia, ha sido posible consolidar la influencia revolucionaria en el campesinado, asegurar el cultivo de la tierra por los campesinos individuales e impedir que la CIA continuara reclutando agentes en el campo. Al mismo tiempo el INRA devolvió un número de fincas ilegítimamente expropiadas, lo que dio confianza a los campesinos medios —y a ciertos agricultores ricos— en nuestro respeto hacia las leyes revolucionarias. Eso ha facilitado la participación de esas zonas del campesinado rico en la producción de arroz y, en cierta medida, también en la caña.

Aunque la situación política del campesinado cubano constituye en su conjunto un elemento favorable para el desarrollo del proceso revolucionario, no hay dudas de que la existencia de un tan fuerte sector privado dentro de la economía produce inconvenientes en el desarrollo agrario.

Esos inconvenientes han sido menos perceptibles en el curso de los dos últimos años, por las ineficiencias en el desarrollo agrícola del sector estatal. Las debilidades de las Granjas del Pueblo y las Granjas Cañeras han hecho que

el contraste entre lo que podría ser y será una agricultura estatal progresiva y una agricultura individual, no se manifieste todavía entre nosotros*.

Sin embargo, es obvio que la gran dispersión del campesinado en 174,703 productores trae aparejados numerosos poblemas. Es virtualmente imposible una planificación metódica de las siembras del sector privado. Los objetivos del plan agropecuario en este sector sólo pueden ser cumplidos mediante el incentivo de los precios (estimulantes para un tipo de producción y desestimulantes para otro), así como a través de la concesión de créditos, suministro de fertilizantes, semillas,etc.

El plan de producción del sector privado no existe en la práctica, siendo lo más importante el plan de entregas mediante los contratos suscritos por los agricultores con los organismos de la ANAP que sirven de intermediarios. Aún así, puesto que salvo en la caña de azúcar, en el tabaco y en el arroz existe la plena libertad del campesino para disponer de sus productos, a menos que reciba crédito o abastecimientos técnico-materiales del Estado —caso éste en el que debe vender al Estado el 75% de su producción—, puede darse el caso de que salgan al mercado cantidades de productos no previstas en el plan.

Una dificultad no menor es la de planificar los abastecimientos técnico-materiales de los productores individuales. Este es el caso, por ejemplo, de las hoces para el corte de arroz, de las carretas, piedras de amolar, soga, guantes, frontiles, limas, etc., para la producción cañera. Si se quiere tener una idea de la complejidad que esto representa, véase el cuadro siguiente, en el que recogemos la distribución de los cultivadores de caña o "colonos" de nuestro país.

RELACION DE LAS AREAS TOTALES Y CAÑERAS DEL SECTOR PRIVADO

	Número de colonias de caña	Area total en caballerías	Area sembrada de caña en caballerías	Arrobas de caña a moler - 1962
Colonias hasta 2 caballerías ..	49,515	42,728.244	20,469.348	819.245.795
De 2.001 cab. hasta 5.000 cab.	10,972	34,841.228	13,185.527	522.725,772
De 5.001 cab. hasta 10.000 cab.	3,433	24,461.506	8,368.215	337.642,177
De 10.001 cab. hasta 20.000 cab.	1,658	23,507.046	7,740.258	325.148,479
De 20.001 cab. hasta 30.000 cab.	652	16,838.970	5,583.405	235.263,851
Más de 30.000 caballerías	116	4,761.823	1,093.399	59.350,187
	66,346	147,138.817	56,440.152	2,299.376,261

Se ve en ese cuadro que existen 66,346 productores privados, los cuales suministraron en la zafra de 1962: 1.910 millones 491.000 arrobas de caña, lo que representó el 59.84% de toda la caña cortada.

Pero ese cuadro no revela toda la situación. Dentro de esos 66,346 colonos existen 38,104 que entregan menos de 20,000 arrobas de cañas, teniendo en realidad un promedio de entrega de 9,000 arrobas por cada agricultor, lo que representa una producción correspondiente a ¼ de caballería de tierra per cápita.

Para lograr 353.000.000 de arrobas de caña, el Estado debe entenderse con 38,104 productores individuales. Esos 353.000.000 de arrobas podría producirlos el Estado en menos de 6,000 caballerías de tierra, o sea en unas 60 ó 70 Granjas Cañeras de las de tamaño medio. El ahorro en esfuerzo, planificación, organización y medios materiales que eso significaría sería extraordinario.

Las perspectivas de la cooperación agrícola

La solución de este problema en lo que respecta a los campesinos pequeños y medios vendrá con la incorporación voluntaria de los mismos a formas colectivas, cooperativas, de producción. Estas se han iniciado ya de dos maneras distintas.

* Este artículo se alargaría excesivamente si nos detuviéramos a hacer un análisis de los avances y las deficiencias en la agricultura estatal antes y después de la proclamación del Socialismo en nuestro país. En próximo artículo, en que abordaremos la situación actual de la agricultura cubana, será posible detenernos en estos aspectos del problema, completando ese análisis con una exposición del plan de organización tanto del INRA como de las empresas productivas agropecuarias.

La forma menos avanzada es la llamada Cooperativa de Crédito y Servicios, en la cual los agricultores se asocian solamente a los fines de recibir centralizadamente los créditos y los abastecimientos materiales. Estas formas han surgido principalmente en torno de la producción de tabaco. Existen en la actualidad 527 cooperativas de este tipo, integradas por 46,133 miembros, y las cuales ocupan un área total de 32,274 caballerías.

El resultado de estas Cooperativas de Crédito y Servicios ha sido extraordinario y podría haber servido como punto de partida para un desarrollo de la cooperación de más alto nivel si, como lo señala en este mismo número el compañero Milián, la ANAP le hubiera prestado un mayor impulso a ese desenvolvimiento.

La segunda forma, más avanzada, de cooperación de agricultores individuales es lo que, por iniciativa del compañero Fidel, ha venido a ser la Sociedad Agropecuaria. En estas Sociedades los campesinos ponen en común la tierra y sus instrumentos de trabajo.

El ensayo de Sociedades Agropecuarias realizado hasta ahora se ha hecho sobre la base de un pequeño número de asociados y en extensiones de tierra no superiores a las 10 caballerías (134 hectáreas). Hay, sin embargo, ensayos de cooperación en mayor escala, de los cuales el primero y más importante es el de la Cooperativa "Itabo", en la zona de Yaguajay, que ha ofrecido un excelente ejemplo de productividad y de rentabilidad.

Sin embargo, en nuestro criterio personal, no existen todavía en Cuba las condiciones necesarias para un desarrollo impetuoso de la cooperación entre los campesinos pequeños y medios.

Las razones son bien explicables. En primer término, las deficiencias en la agricultura estatal, que sólo en los últimos meses han empezado a superarse pero que todavía son tales que no estimulan la inclinación de los agricultores privados hacia formas socialistas de producción. En segundo lugar, la diferencia entre la estructura de la pequeña propiedad en Cuba y en la mayor parte de los países donde se produjeron reformas agrarias en medio de una Revolución Socialista.

Por ejemplo, en Hungría la propiedad de 561,209 campesinos, después de la Reforma Agraria, era menor de 5 arpends, o sea menos de 1/5 de caballería, y existían además 386,000 campesinos con tierras entre 5 y 10 arpends, es decir, menos de 0.4 de caballería; 203,000 entre 10 y 20 arpends (de 0.4 a 0.8 caballerías).

La Reforma Agraria distribuyó tierra a 642,000 personas, cada una de las cuales recibió como promedio 5.1 arpends (1/5 de caballería).

En Bulgaria el pequeño tamaño de las tierras de los campesinos había dado lugar ya a un movimiento cooperativo desde 1939, como lo recuerda el artículo del compañero Mijail Minkov que se publica en este número de *Cuba Socialista*.

En Checoslovaquia la Reforma Agraria realizada por la Revolución Socialista había limitado la entrega de las tierras hasta 8 hectáreas, si se trataba de tierras arables, y 12 hectáreas de tierras de toda especie, salvo en los casos de las familias muy numerosas, en que se llegaba hasta 10 hectáreas arables y 13 de tierras de toda naturaleza. Si recordamos que ya antes de la Revolución existían algunos cientos de miles de campesinos con poco más de 1 hectárea como promedio, encontraremos que también aquí la propiedad de muy pequeña extensión predominaba.

Es cierto que esas pequeñas propiedades de los países mencionados tenían un tipo de agricultura mucho más desarrollado que el que actualmente prevalece entre nuestros campesinos, pero la diferente extensión media del llamado pequeño campesino cubano después de la Reforma y la que existía en los países europeos y en China, es considerable.

En aquellos países de Europa y China la pequeña extensión impulsa prácticamente al campesino a formas de cooperación, porque sin ellas resultaría muy difícil la aplicación de la técnica moderna, en particular de la maquinaria, cosecheras, fumigadoras, etc. En Cuba, en cambio, las ventajas logradas por los campesinos individuales después de la Reforma, es decir, los créditos baratos, precios adecuados, ayuda de la maquinaria estatal, semillas, fertilizantes, etc., unido a la extensión mayor de las tierras, ha hecho posible que en un "mercado de vendedores", como el que hemos descrito, los campesinos pequeños y medios no hayan sentido ninguna necesidad imperiosa de agruparse, porque sus ingresos resultan comparativamente elevados. En la práctica, la situación actual favorece más bien las tendencias individuales seculares del campesino.

Para crear las condiciones que conduzcan a un movimiento espontáneo hacia la cooperación, serán precisas algunas circunstancias:

1) El desarrollo de la agricultura estatal de manera que los campesinos individuales puedan advertir las ventajas de una agricultura socializada. Mientras los rendimientos por área del sector estatal sean inferiores a los del sector privado, no se producirá esa actitud del campesinado. Por eso son tan importantes los resultados obtenidos en algunos cultivos como en el arroz, la papa y el tomate, en que la agricultura estatal socialista empieza a igualar y a superar la mejor agricultura privada de nuestro país.

2) Como consecuencia de lo expresado en el apartado 1), s incrementará considerablemente la disponibilidad de productos con destino a la población, lo que hará cesar la escasez absoluta y relativa que se produjo durante 1962, según apuntáramos. Desaparecerá asi el "mercado de vendedores" y la disposición de los campesinos variará, porque variará también su fortaleza relativa en la economía cubana.

3) Será necesario —y ella es la condición más importante, de la cual las otras dos son complemento— que la ANAP realice un trabajo político de elevación de la conciencia socialista de los campesinos pequeños, fomentando entre ellos la idea de la cooperación y convirtiendo a esos campesinos en núcleo de atracción para los campesinos medios.

Este proceso no tendrá que esperar largo tiempo para realizarlo. La nueva organización de nuestro trabajo, el mejoramiento de la técnica en el sector estatal y el fortalecimiento político y organizativo de la ANAP, una vez libre de sus actividades puramente administrativas, nos permitirá en plazo breve crear las condiciones para que el movimiento cooperativo iniciado por las Sociedades Agropecuarias y las Cooperativas de Crédito y Servicios se desarrolle con gran impulso.

Algunos resultados de la Reforma

Durante el año 1962 y aprovechándose de la escasez, absoluta en unos casos y relativa en otros, de algunos productos agropecuarios, la prensa imperialista y sus secuaces contrarrevolucionarios hablaron de una supuesta crisis de la agricultura cubana como consecuencia de la Reforma Agraria.

Hemos explicado ya las circunstancias que determinaron que en 1962 se produjera esa escasez. En el caso de las viandas (malanga, boniato, yuca, ñame, etc.) se combinó la imprevisión de la economía estatal con el disgusto de los campesinos individuales a que hemos hecho referencia anteriormente. En el caso del arroz, la mala utilización de la técnica, particularmente en el período de fumigación, y la falta de utilización ordenada de la fuerza de trabajo, ocasionaron una merma en comparación con años anteriores del período revolucionario. En cuanto a la carne de res, la escasez no fue absoluta sino relativa en comparación con los años prerrevolucionarios, pues la matanza de reses aun en 1962 fue superior a la de cualquiera de los años anteriores a la Revolución. Sin embargo, esa cantidad no es todavía suficiente para satisfacer la demanda de una población que, como en el caso de los campesinos y obreros agrícolas, en un 96% no comían habitualmente carne, según una encuesta publicada en 1956 por la Agrupación Católica Universitaria (véase folleto "Por qué Reforma Agraria", de la Agrupación Católica Universitaria). Esas mismas familias campesinas sólo comían pescado en menos del 1%, mientras que las familias de los trabajadores agrícolas sólo consumían huevos en un 2.12% y sólo tomaban leche en un 11.22%.

Pero cuando se analizan las cifras de la producción cubana se comprueba que, como dijera Fidel Castro, ésta es la única revolución agraria en la cual la producción no disminuyó con la Reforma. Esto es lo cierto hasta finales de 1961, y lo es para el conjunto de la producción agropecuaria, salvo la caña, hasta 1962.

Si se examinan las cifras de la producción bruta y neta de la agricultura cubana entre los años 1956 a 1962, se encuentran crecimientos en la agricultura no cañera, en la ganadería, en la silvicultura y en la pesca, aunque, según ha podido verse, esos crecimientos no son iguales. Por ejemplo, hay oscilación en las cosechas de arroz, habiéndose logrado la cosecha más alta de esos años en

1959-60, con 6.707,208.42 quintales, una buena cosecha en 1961, y teniendo sin embargo una caída en la cosecha correspondiente al consumo de 1962 (siembras de primavera de 1961 y frío de 1962).

También, como apuntamos, hay un descenso en la producción de viandas en 1962. Sin embargo, en ese mismo año se produjo una cosecha de frijoles que es tal vez la más alta de todas las épocas, y producciones de tomate y papa de alto nivel.

Para apreciar los resultados de la Reforma hay que mirar al conjunto de la economía cubana, a las fomas de utilización de la tierra, a los nuevos cultivos, al incremento de rendimientos por área en cultivos tradicionales, a todo lo que caracteriza en definitiva lo que hay de nuevo en la producción agropecuaria de Cuba a partir de la Revolución.

Quienes piensen que el estancamiento azucarero de 1962 y 1963 va a continuar, deben tomar en cuenta que los errores de enfoque cometidos a partir de 1961 fueron rectificados ya a comienzos de 1962. En la zafra de 1964 se sentirán los efectos de esa rectificación a fondo en la política cañera. Las siembras de cañas realizadas durante 1962 representan un incremento de área de 5.548 caballerías, descontada la reposición, que fue de 7.437 caballerías. Las siembras de 1963 representarán otro incremento de 5.869 caballerías por encima de la reposición necesaria, y las siembras programadas para 1964 arrojarán, por último, un incremento de 6,000 caballerías.

En el conjunto, esos tres años de trabajo devolverán al cultivo de la caña una extensión de 17.417 caballerías, que resultará suficiente, junto al empleo adecuado de los abonos, del regadío y de las variedades acertadas, para una zafra, a partir de 1965, de 7.000.000 de toneladas, si las condiciones atmosféricas son normales, y de no menos de 6.500.000, si continuamos experimentando en algunas zonas del país, como en la costa norte de Camagüey y Oriente, las dificultades del régimen pluvial que aún subsisten después de dos años de completa sequía.

La diversificación de los cultivos

La Revolución se propuso desde el primer momento eliminar la dependencia de un solo cultivo y propender a la diversificación de cultivos que permitiría, de una parte, disminuir a un mínimo las importaciones de alimentos que resultaban escandalosas para tierra tan fértil como la nuestra, y de la otra, suministrar una base de materias primas para la industria nacional, con el resultado en ambos casos de un incremento en los excedentes de exportación agrícolas e industriales.

Los datos demuestran los resultados de esa política de la Revolución. Antes de la Revolución, el uso de la tierra en la producción agropecuaria de Cuba se realizaba de acuerdo con la siguiente distribución:

	CENSO AGRICOLA - 1946			ESTIMADO - 1957		
USOS	Hectáreas	Miles de Caballerías	% del total	Hectáreas	Miles de Caballerías	% del total
Potreros	3,897	290	42.90	4,006	298	44.08
Cultivos	1,970	147	21.75	2,044	152	22.49
Montes	1,266	94	13.90	1,107	83	12.28
Otros*	1,944	145	21.45	1,920	143	21.15
Totales:	9,077	676	100.00	9,077	676	100.00

Al observar los cuadros anteriores, llama la atención la enorme cantidad de caballerías de tierra dedicadas a la ganadería. De acuerdo con los estimados más confiables, en el año 1957 había en Cuba aproximadamente una cantidad de ga-

* Marabú y "otros usos" (caminos, edificios, "tierras improductivas").

nado vacuno que correspondía a un promedio de no más de 13 reses por caballería, o sea 1 res por hectárea.

Comparativamente, la cantidad de tierra dedicada al cultivo resultaba extremadamente escasa, sobre todo si se tiene en cuenta que de las 152.000 caballerías (2.039.870.40 hectáreas) que se estiman cultivadas en 1957, no menos de 100 mil caballerías (1.342.020 hectáreas) estaban dedicadas a la caña, lo que dejaría sólo 52.000 caballerías (o sea, 697.850.40 hectáreas) para los cultivos generales.

Ese índice de la distribución de la tierra en cultivos explica por sí solo los resultados nocivos que para el desarrollo de la agricultura cubana tuvo el dominio imperialista y la deformación estructural aumentada por el mismo, que vino a agravar la que ya existía como consecuencia de la dominación española y de la herencia semifeudal que aquélla dejara al desaparecer en Cuba y ser sustituida por la penetración norteamericana.

Para comprender cómo influía la estructura de propiedad de la tierra en el destino que se le daba a la misma, examinemos el cuadro siguiente:

	AREA TOTAL		POR CIENTO		
TIPO DE TENENCIA	MILES DE Caballerías	Hectáreas	Cultivo	Pastos	Otros usos
Propietarios	220.47	2,958.7	16.2	50.1	11.3
Administradores	172.91	2,320.4	14.9	43.7	41.4
Arrendatarios	202.23	2,713.9	28.3	39.1	32.6
Subarrendatarios	16.04	215.2	36.8	42.9	20.3
Partidarios	41.14	552.1	40.7	31.2	28.1
Precaristas	18.23	244.6	21.1	24.4	54.5
Otros	5.37	72.1	29.0	21.9	49.1
Totales:	676.39	9,077.0	21.7	42.9	35.4

Del examen de ese cuadro se deduce que los grandes propietarios (que disfrutaban la porción mayor del área total de tierras en manos de propietarios o administradores) dedicaban la mayor parte de sus tierras a pastos y que, por el contrario, las áreas dedicadas al cultivo aumentan proporcionalmente entre los subarrendatarios y partidarios.

Para la extensión de los cultivos, la Revolución ha tomado en cuenta la existencia de un área considerable de tierra ocupada, como se ve en el cuadro de la página 52, por marabú, y que se estimaba en 1957 en más de 45.000 caballerías (603 mil 909 hectáreas).

Durante los años de la Revolución, entre desmontes y áreas liberadas del marabú se han puesto a disposición de la agricultura más de 30.500 caballerías (409.328 hectáreas). En esto, sin embargo, se ha producido una de las varias desproporciones que han hecho inefectivo parte de nuestro trabajo de la agricultura y que reflejan al mismo tiempo la falta de organización que ha venido prevaleciendo. Ocurre que la capacidad de desmonte no iba acompañada de una igual capacidad de roturación de tierra, a causa sobre todo de la falta de gradas pesadas con que debe hacerse esa roturación en tierras recién desmontadas. Por consiguiente, al no roturarse todas las tierras desmontadas parte de ella ha tenido que permanecer todavía ociosa, y en algunas áreas el marabú ha comenzado su invasión.

Este problema se está resolviendo en la actualidad mediante la fabricación de subsoladores que sustituyan a las gradas pesadas. Asimismo se organizan actualmente los desmontes tomando en cuenta la capacidad de roturación, con el propósito de no realizar un trabajo inútil y de aprovechar al máximo el rendimiento de la maquinaria.

La Revolución también ha puesto al servicio de la agricultura áreas que anteriormente estaban invadidas por el agua. La iniciativa personal del compañero Fidel Castro ha cristalizado en los trabajos de drenaje de la Ciénaga de Zapata y los que se están realizando al sur de la provincia de La Habana. El área drenada en esas zonas, en total, es de 470 caballerías (6.307.5 hectáreas). Ade-

más se han efectuado también en otros lugares drenajes por un total de 300 caballerías (4.026.1 hectáreas).

Además de las áreas nuevas obtenidas mediante desmonte y drenaje, la Revolución se propuso utilizar adecuadamente para cultivos diversificados áreas que estaban anteriormente dedicadas al latifundio ganadero y otras ocupadas innecesariamente por la caña de azúcar.

Como se sabe, las Granjas del Pueblo vinieron a ocupar principalmente las tierras de los antiguos latifundios ganaderos. Estas tierras no eran precisamente las mejores para el cultivo, puesto que la agricultura cañera había monopolizado a través del latifundio imperialista y nacional buena parte de la mejor tierra del país, y además de ello la burguesía agraria (productores de arroz, maíz, etc.) y los campesinos individuales, se habían ido asentando en la otra parte de las mejores tierras agrícolas. Quedaban, sin embargo, zonas de pastos naturales y aun semibaldías que podían y pueden ser utilizadas provechosamente para los cultivos diversificados.

El incremento de áreas de cultivo realizado por la Revolución se puede comprender mejor en el cuadro que sigue.

Como puede observarse de ese cuadro, la agricultura estatal tiene en cultivo 1.447.000 hectáreas, o sea 107.822.5 caballerías.

Si tomamos en cuenta que 548.000 de esas hectáreas (40.833.9 caballerías) están dedicadas a la caña, y 440.000 hectáreas (32.786.4 caballerías) a pastos artificiales, encontramos que cerca de 500 mil hectáreas (37.257.3 caballerías) están dedicadas en el área estatal a los cultivos, lo que quiere decir que los cultivos en la agricultura estatal ocupan hoy tanta área como el área total de cultivos en el conjunto de la economía agrícola anterior a la Revolución, a pesar de que las tierras estatales, como hemos visto, son apenas el 40% del área total.

EMPRESAS

	Granjas del Pueblo			Granjas Cañeras			Fincas Estatales*			Totales	
	Miles Caballerías	Miles Hectáreas	%	Miles Caballerías	Miles Hectáreas	%	Miles Caballerías	Miles Hectáreas	%	Miles Caballerías	Miles Hectáreas
Cultiv. temporales	19.1	256.7	9.6	8.6	115.8	13.1	0.6	7.4	4.3	28.3	379.9
Cult. permanentes	37.5	502.9	17.4	37.0	497.2	56.0	5.0	67.1	39.1	79.5	1,067.2
De los cuales:											
Caña	3.9	52.0		33.8	453.8		3.2	43.4			
Pastos cultiv.	28.8	386.2		2.4	32.5		1.6	22.0			
Frutales	3.2	42.5		0.6	8.2		0.1	0.9			
Café	0.5	6.7		0	0		0.1	0.8			
Henequén	0.9	12.7		0	0		0	0			
Otros	0.2	2.8		0.2	2.7		0	0.1			
Pastos naturales	64.7	868.4	30.7	9.6	128.1	14.4	5.4	72.6	42.2		
Area roturable	33.6	451.1	15.9	5.3	71.5	8.1	1.3	17.0	9.9		
Area forestal	32.0	429.3	15.2	1.2	15.9	1.8	0.1	1.7	1.0		
Bateyes e instal.	1.7	22.9	0.8	1.9	25.6	2.9	0.1	2.0	1.2		
Areas no cultivab.	23.3	312.8	11.0	2.5	33.2	3.7	0.3	4.0	2.3		
Area total de las unidades	211.9	2,844.1		66.1	887.3		12.8	171.9			

* Las fincas estatales están compuestas por unidades productivas que, por abandono de sus propietarios por actividades contrarrevolucionarias de los mismos, van pasando al sector estatal, unas en forma de tránsito hasta ser asignadas a las granjas correspondientes, y otras, de manera definitiva, por su lejanía de granjas del pueblo y granjas cañeras.

Hay algunos índices que nos muestran el desarrollo de la diversificación a partir de la Reforma Agraria.

Por ejemplo, la producción de papa en el año 1958-1959 fue de 1.381.000 quintales, y saltó en el año 1959-1960 a 2.118.000 quintales, llegando a 1.921.000

quintales en 1960-1961, a 2.008.030 en 1961-1962, y este año se espera la más alta cosecha de toda la agricultura cubana, que no será inferior a 2.200.000 quintales, dato que suministramos después de haber sido recogido el 70% de la cosecha.

En lo que concierne a la producción de tomate, antes de la Revolución nunca había llegado a 1.000.000 de quintales; en 1959 fue de 820.276 quintales; en 1960 de 1.925.630 quintales; en 1961 de 2.416.000; y en 1962, como consecuencia de la sequía y de algunos errores organizativos, descendió a 2 millones 110.000 quintales. La cosecha planificada para 1963 es de más de 2 millones.

Nuevos cultivos

La Revolución ha desarrollado nuevos cultivos, particularmente cultivos industriales. Tal es el caso del algodón, del cual sólo se habían hecho pruebas en muy pequeña escala antes del triunfo revolucionario.

La Revolución ha ido incrementando la producción en la siguiente forma: año 1960/61, 304.098 quintales de rama; año 1961/62, 282.449.67 quintales; año 1962/63, 316.000 quintales. Los planes de desarrollo de la producción algodonera comprenden el autoabastecimiento completo de la industria textilera, no sólo la que actualmente existe ya instalada, sino la que se instalará de acuerdo con los planes de extensión de la industria textil en los próximos años, que exigen no menos de 30.000 toneladas anuales.

El cultivo del kenaf ha empezado igualmente a desarrollarse, con siembras de 25 caballerías en 1961, 54.50 en 1962, y 206 caballerías que están en proceso de siembra en 1963.

La producción de semillas oleaginosas se ha desarrollado también a partir del proceso revolucionario.

La producción animal

La producción ganadera del país al comienzo de la Revolución sufrió una gran merma, como consecuencia de las matanzas indiscriminadas en los años 1960 y 1961. Al incrementarse el poder adquisitivo de la población y no regularse de ningún modo la matanza de reses, el sacrificio se elevó en ambos años a cifras que se estiman en casi 2.000.000 de reses en el bienio.

Es obvio que la población ganadera de Cuba no estaba preparada para un salto de 300 mil animales por año con relación a la matanza anterior. Para satisfacer el consumo hubo necesidad de sacrificar reses jóvenes, vacas en aptitud de reproducir, etc.

La Revolución, para salvar la masa ganadera y facilitar el crecimiento del ganado de carne de manera que en el futuro fuera posible incrementar sustancialmente el consumo per cápita de la población, tuvo que tomar dos medidas sucesivas. La primera, la prohibición del sacrificio de vacas aptas para la reproducción; y la segunda, el racionamiento de la matanza, fijándose un límite a la misma de acuerdo con la capacidad real de sacrificio dada por la masa ganadera.

En el desarrollo de la ganadería cubana se observa el siguiente ritmo. Según el Censo de 1945 y 1946, el número de cabezas de ganado que había en el país era de 3.891.089 y 4.115.733, respectivamente. En 1952 la cantidad era de 4 millones 42.125. En el conteo ganadero de 1961, según las cifras revisadas por JUCEPLAN, llegó a 5.776.358. En 1962 ascendió a 6.138.176, y en 1963, al finalizar el año, tendremos 6.381.253 cabezas.

El proceso de desarrollo de la ganadería vacuna situado sobre estas bases asegura un crecimiento tal que en el año de 1965 será posible un consumo per cápita no inferior a 26 kilos (56.6 libras) al año.

Por la iniciativa del compañero Fidel Castro, la Revolución ha prestado una especial atención a la producción porcina.

Antes, la producción porcina nacional dependía prácticamente del cerdo criollo, la crianza del cual se realizaba en forma casi espontánea, sin cuidados higiénicos ni plan alguno. La Revolución importó durante los años 1960 y 1961

una cantidad de 30.000 puercas madres de distintas razas ("Landrace", "Yorkshire" y "Polland Chine", etc.), para garantizar un crecimiento impetuoso de la ganadería porcina.

Hay que reconocer que el estado de desorganización que prevalecía entonces en nuestra agricultura y la falta de experiencia en la planificación del movimiento de ganado, determinaron, de una parte, la pérdida —en el parto y después de él— de una considerable cantidad de crías, y de la otra parte, la falta de instalaciones porcinas suficientes para acoger y desarrollar las crías que iban salvándose.

Por ello, durante el año 1962, y aun en los primeros meses de 1963, el crecimiento de los puercos raciales no siguió el ritmo que había sido previsto en los planes impulsados por el Primer Ministro. Con la mejoría relativa de la organización, el establecimiento de medidas sanitarias adecuadas (vacunación contra la "Brucelosis" y otras enfermedades), y asimismo con la introducción de la planificación en este aspecto del desarrollo económico (lo que ha propiciado el establecimiento de instalaciones para los diversos procesos), puede decirse que ha comenzado el período de crecimiento de la masa porcina en forma que permitirá garantizar este año en la producción estatal casi 200 mil cabezas y saltará dicho sacrificio en 1964 a la cantidad de 1.000.000 de puercos, para pasar en 1965 a 1.500.000. A esto debe añadirse el sacrificio de los puercos de los campesinos, tanto para autoconsumo como para ventas realizadas fuera de los canales del Consolidado de la Carne.

En la producción avícola se han producido asimismo alternativas debidas a la inexperiencia, a la negligencia y a la desorganización. Las medidas adoptadas por el compañero Fidel Castro durante el año 1960 y 1961, si hubieran sido acompañadas por los métodos adecuados y la correspondiente planificación de las instalaciones de parte de los encargados de desarrollarlas, hubieran permitido ya en el año 1962 llegar a una cantidad de sacrificio mensual de pollos de más de 4.000.000 mensuales, con un peso promedio de 1.2 kilos (2.61 libras).

Sin embargo, al producirse los factores negativos que hemos enumerado, la producción de pollos no tuvo el desarrollo posible y sólo a partir de junio de este año podrá lograrse una distribución de 4.000.000 de pollos mensuales. Durante el primer trimestre de 1963 las entregas a la población han ido creciendo en forma considerable, llegándose en febrero a las 2.322.000 unidades, lo que incluye 115.000 a Camagüey y 471.000 a Oriente; y en marzo a 2.577.000 unidades, con cifras similares para Camagüey y Oriente y 124.000 a Las Villas. Estas entregas no incluyen los pollos consumidos por los becados, por los trabajadores en los Comedores Populares, ni los que se quedan en las granjas avícolas para el autoconsumo de sus trabajadores y familiares.

En la producción de huevos han influido también los mismos elementos señalados con respecto al pollo. Ahora puede decirse que el suministro de huevo a la población por el sector estatal irá en incremento constante, habiendo sido las entregas nacionales de 1963 de un orden de: 13.539.000 en enero; 13.801.000 en febero; y 17.418.000 en marzo. El plan de desarrollo llegará a una producción de 27.000.000 de huevos en el sector estatal en diciembre de 1963.

El desarrollo de la producción ganadera en todos sus aspectos determina una cuantiosa necesidad de piensos. La falta de costumbre de henificación y ensilaje en nuestro país, la escasa utilización de viandas para la alimentación porcina en Granjas del Estado, el uso insuficiente de los desechos, es decir, la mala utilización de recursos que en otros países son usados al máximo en la producción ganadera, ha determinado que la producción de piensos mezclados de 1963 tenga que ascender a la cifra de 891.009 toneladas (17 millones 840.180 quintales), con un valor de importación de 23 millones 395.000 de moneda convenio y 5.489.000 dólares.

Es obvio que Cuba no puede ni debe mantener esas elevadas importaciones. Por consiguiente, es necesario de inmediato ir no sólo a la utilización de toda aquella gama de alimentos que hemos mencionado anteriormente, sino a un esfuerzo decisivo por incrementar la producción en nuestro país de los granos (maíz, millo), tortas oleaginosas, harina de carne y de pescado, etc., que constituyen la parte más considerable de las importaciones que ahora pesan gravemente sobre la economía nacional en materia de piensos.

Asimismo, es necesario aumentar las áreas de pastos y forrajes para propiciar tanto el pastoreo intensivo y semi-intensivo como la henificación y el en-

silaje. En este sentido, toca un papel importante a la experimentación por encontrar los tipos de yerba más adecuados al clima y suelo de nuestro país y al ganado de carne y leche que mejor se comporta en nuestras condiciones.

La Estación Experimental de Pastos y Forrajes que funciona ya junto al Central "España Republicana" y los experimentos realizados en la Estación Experimental de Santiago de Las Vegas y en áreas de Granjas Cañeras, son el inicio de un trabajo en gran escala para lograr la selección de las mejores plantas de pastos y forrajes para la alimentación ganadera en nuestro país.

Perspectiva

Tales son, en líneas generales, los rasgos y los principales resultados de la Reforma Agraria cubana, pero sus perspectivas son todavía mucho más prometedoras.

La Revolución ha emprendido un camino de rectificación de errores, de ajustes organizativos, de cambios estructurales, que como hemos dicho requerirán otro artículo. De la aplicación de todas esas medidas saldrá todavía más fortalecida la obra de la Reforma Agraria cubana y mayor será la posibilidad de incrementar la producción agropecuaria nacional para satisfacer, tal y como se lo ha propuesto la Revolución y consta en los Por Cuanto de la Ley, las necesidades crecientes del consumo de nuestra población, la incrementación de nuestros excedentes exportables que el proceso económico del desarrollo de nuestro país exige imperativamente, y el suministro a industrias de consumo interno con base agrícola, que también ha de ser cada día mayor, como mayor será la posibilidad de consumo de una sociedad basada en la ley fundamental del Socialismo.

Los enemigos de la Revolución Cubana, al cercarla económicamente, al privarla de combustible, de piezas de repuesto, de maquinaria agrícola y de transporte, creyeron ahogar a la Revolución. Pero, como ha destacado tantas veces el compañero Fidel, la ayuda de los países socialistas, con la URSS en la primera fila, la energía indomable y la audacia de nuestro pueblo, hicieron posible la resistencia.

En lo adelante, esa resistencia se transformará en victoria, porque el progreso de la economía cubana está asegurado al mejorar nuestra responsabilidad de dirección, nuestra experiencia planificadora, nuestros métodos de trabajo organizativo. De este modo, América Latina tendrá en la Reforma Agraria cubana, como en todas las demás conquistas de la Revolución Socialista, un ejemplo no tanto por sus características singulares, como porque demostrará que un pueblo puede eliminar todos los vestigios del semifeudalismo, el semicolonialismo y el retraso, y triunfar frente a enemigos al parecer todopoderosos.

De "Cuba Socialista", Nº 21, Año III, mayo 1963.

Ricardo Saxlund

PROCESO DE LA TRANSFORMACION AGRARIA EN CUBA

"La revolución no debe vacilar nunca cuando se trata de afectar un interés antisocial. Nunca debe vacilar y la revolución en eso nunca vacilará".

FIDEL CASTRO.
29-5-60

El hecho de la sanción por el gobierno de Cuba de la "segunda y final" Ley de Reforma Agraria el pasado octubre, tiene importancia trascendental por cuanto muestra una vez más la rapidez del pasaje a la economía socialista.

En el proceso de construcción del socialismo en Cuba, la política económica lleva por etapas a la supresión de los elementos capitalistas de la economía, condición necesaria de aquella construcción.

Significa por tanto, en cada una de esas etapas, grados más o menos agudos de lucha de clases, de lucha entre los restos de las clases privilegiadas del capitalismo y sus intereses supervivientes, con la creciente unidad de la clase obrera y el campesinado que tiene el poder político en sus manos.

Por lo mismo, la política económica que se desarrolla, expresa la situación económica real y cómo juegan en la balanza, las fuerzas de cada clase, cuál es la correlación entre esas fuerzas.

En Cuba actúan, como factores muy importantes en su proceso, el cerco imperialista, el bloqueo económico dictado y practicado por los Estados Unidos, o sea precisamente por aquellos que dominaban todos los aspectos esenciales de la economía y la vida cubana y, fundamentalmente, la actual correlación mundial de fuerzas entre el capitalismo y el socialismo. Este último aspecto esencial para la comprensión de los hechos, significa que Cuba puede usufructuar de una larga experiencia en la construcción del socialismo, compartir los beneficios del gran desarrollo técnico y científico de los países del campo socialista, de la Unión Soviética y adecuar esas etapas a las actuales condiciones mundiales, a las condiciones particulares de Cuba.

Todo ello, por supuesto, visto y aplicado a las realidades concretas del estadio en que se encontraba la economía cubana, al producirse el comienzo del proceso de cambio estructural.

No hay que ver ese proceso agrario, separado del conjunto de los hechos revolucionarios, por ejemplo, del propósito y avances en la industrialización, de la transformación cultural del pueblo cubano, de las medidas de nacionalización, del monopolio estatal del comercio exterior.

Como es necesario hablar de las cosas en concreto y no limitarse a los aspectos teóricos solamente, no vale la pena hablar de "reforma agraria", de "nacionalización" de la propiedad de la tierra, etc., si al mismo tiempo se prescinde de la referencia precisa al carácter de las fuerzas que imponen las medidas económicas. Es evidente que no basta la "nacionalización" de la tierra o su división y reparto entre campesinos, para determinar por sí un proceso de construcción socialista en el campo.

Por ello es imprescindible caracterizar a la fuerza política, a la clase que tiene el poder y adopta las decisiones para saber la calidad y la cantidad, el destino de la medida adoptada, el significado de cada etapa.

En Cuba el poder pertenece al proletariado y a su aliado natural, el campesinado.

Etapas necesarias del tránsito al socialismo y al comunismo

Y en Cuba, se expresan esas etapas. En particular se advierten en el proceso de transformación radical de la tierra, en la producción, en la propiedad.

De Cuba, nadie puede hablar como de "una sociedad socialista", como de un país donde se ha construido el socialismo. Para decirlo con las palabras de Marx, de lo que tenemos que hablar es de "cómo acaba de nacer de la sociedad capitalista" el propósito socialista y comunista. O sea, de la sociedad dependiente del imperialismo, dominada por el latifundismo y caracterizada en lo económico, lo social, lo cultural, por todas las lacras de una sociedad de explotados y de explotadores el pasaje a la construcción del socialismo. Por ello la sucesión de medidas de transformación agraria van expresando etapas de la transformación radical de la estructura, van mostrando cómo se procesa el socialismo, la creación de la base material de la nueva sociedad.

Las burguesías nacionales, pueden promover (y aún realizar) transformaciones agrarias (aun desde el punto de vista de la propiedad de la tierra), pero sin afectar para nada la esencia estructural capitalista, la apropiación por los capitalistas de los bienes de producción. Solamente la alianza obrero-campesina es capaz de llevar hasta sus últimas consecuencias esa transformación revolucionaria de la tierra. Por ello la primera etapa (dejando de lado los antecedentes en época de la lucha en Sierra Maestra) de la Reforma Agraria en Cuba, se caracteriza como una medida inscripta en la revolución de liberación nacional, agraria y antiimperialista. "Acabó con el latifundio, y al combinar la propiedad nacional de la tierra, el régimen cooperativo y la pequeña y media propiedad individual, abrió las vías para una evolución hacia formas socialistas más avanzadas". Pero —como lo señala también Rodney Arismendi— ello fue acompañado por la nacionalización de las inversiones imperialistas y por la ayuda en todos los planos suministrada por la Unión Soviética y los demás países socialistas.

La Primera Ley de Reforma Agraria (1959), aun en su conjunto con las demás trascendentales medidas revolucionarias, industrialización, rebaja del costo de vida, eliminación del analfabetismo y nueva educación, desaparición de la discriminación racial, etc., no significa en verdad sino una etapa del cambio estructural. "Era, todavía, parte de su etapa democrático-burguesa". (Carlos Rafael Rodríguez, Cuba Socialista, Nº 27). Coexistieron desde entonces formas iniciales de socialismo, con propiedad privada capitalista sobre fundamentales medios de producción y con ello subsistían formas —más o menos diferenciadas de las anteriores— de explotación del hombre, del trabajador agrícola.

Esta pervivencia estructural significaba, además, los esfuerzos de todo tipo de la burguesía rural para recobrar el dominio sobre Cuba, para regresar a la entrega al imperialismo, para reforzar la existencia de una gran burguesía rural, crecientemente enriquecida explotando a obreros agrícolas y a campesinos pobres.

Es cierto que la Primera Ley, liberó a Cuba y a los campesinos en especial, de la más pesada carga, rompiendo el eje de la dominación imperialista y del atraso económico, social y cultural. También, que el INRA, las granjas del pueblo, la política crediticia, etc., contribuyeron decisivamente a crear conciencia en el pueblo para avanzar más rápidamente y destruir los esfuerzos contrarrevolucionarios de la burguesía rural y sus aliados, comerciantes, intermediarios, especuladores de diverso tipo.

Esa supervivencia capitalista, trababa la política económica, las posibilidades de transformación y de independencia de Cuba de los monopolios, al dificultar un total desarrollo y liberación de las fuerzas productivas, el manejo por el poder revolucionario, de los excedentes de utilidades y de los recursos financieros, las posibilidades de planificar la vida económica del país en dirección al bienestar de todo el pueblo.

Pudo existir en Cuba —era la esperanza de esa burguesía— el peligro del regreso estructural, en forma similar a lo acaecido con la Revolución Mejicana que no se liberó de la raíz capitalista en su realidad económica.

Claro está, las circunstancias históricas son diferentes y los revolucionarios también. Los de Cuba han probado —en todos los terrenos— serlo de verdad.

La Segunda Ley de Reforma Agraria, completa la jornada revolucionaria de la liberación nacional, del fin del imperialismo en Cuba, de la transformación agraria. Es un paso decisivo en la eliminación de la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación de gran parte de la producción, apropiación privada que por tener como fin la adquisición de ganancias traba, dificulta y eventualmente anula la planificación estatal y crea formas anárquicas de producción y de sociedad, injertadas en el proceso de transformación estructural, en un Estado revolucionario, socialista, representante de toda la sociedad.

Aunque ya la historia es muy vieja, (la patraña se sigue repitiendo) el socialismo no termina con todas las formas de apropiación, de propiedad. Termina sí, con la propiedad privada de los medios fundamentales de producción, con la propiedad privada de los medios para la explotación de los hombres, con la propiedad privada que es base del sistema capitalista.

Y no se limita a la "apropiación estatal" de la tierra para el privilegio de una minoría, sino que es la apropiación para OTRO ESTADO, para el Estado de los obreros y los campesinos, sus aliados trabajadores de todas las clases sociales, los hombres que se integran a la nueva realidad social, del Estado para toda la sociedad, del Estado sin explotación del hombre.

No vale pues la patraña capitalista, la monserga de que en el socialismo el obrero pierde sus "derechos" o sus "libertades", por la desaparición de la propiedad privada, porque no era Su derecho ni Su libertad, sino el derecho y la libertad de los capitalistas, de los latifundistas, de la apropiación del trabajo en condiciones de explotación, de la explotación del obrero, del campesino, del trabajador en general.

Cuba no da ni dará un paso atrás y esa nueva medida es una prueba de ello. ¡No en vano, junto a la bandera de cinco franjas, un rubí y una estrella, ondea por toda Cuba otra, roja muy roja con la hoz y el martillo!

La herencia agraria del capitalismo, de la "libertad" y la "demokracia"

El proceso histórico de Cuba, el tiempo que va desde la llegada de los conquistadores españoles a la ida de los explotadores yanquis, va acumulando y definiendo los caracteres de la economía semifeudal de Cuba y al mismo tiempo va armando la traba de la propiedad privada de la tierra y de las formas de explotación y dependencia.

A grandes trazos, cuantificando el fenómeno, cuando la Revolución pasa el umbral del año 59, se encuentra con estos rasgos de la realidad.

Una tierra que superaba en superficie a los 11 millones y medio de hectáreas, de las cuales la tercera parte pertenecía a las empresas azucareras yanquis.

Así, la "Atlántica del Golfo", la "United Fruit Company", la "Cuban Trading Co.", la "Cuban American Sugar" y otras "Sugar", poseían más de un millón de hectáreas, la mitad de ellas improductivas. En conjunto los latifundistas norteamericanos y las compañías azucareras yanquis poseían más de dos millones de hectáreas de Cuba. Las mejores tierras cubanas estaban en manos yanquis.

Poco más de dos mil propietarios (2.336, exactamente) poseían el 46% de la tierra. Eran apenas el 1,5% de los propietarios que se repartían más de cuatro millones de hectáreas, casi el 30 % de la superficie total de nuestro país! Menos del 2 % de la población de Cuba era dueña de más de la mitad de la tierra de Cuba.

Y —como la libertad era "libre"— más del 70% de los propietarios, 111.000, tenían "pleno derecho" a la miseria en fincas de menos de dos caballerías, de menos de 27 hectáreas que abarcaban en conjunto menos de la mitad de la propiedad yanqui. De ellos, todavía, 62.500 eran propietarios de menos de 10 hectáreas... 120.000 campesinsos eran precarios, ocupantes de tierras de dudosa propiedad, y amenazados permanentemente

con la expulsión de la tierra por el hombre fuerte, por el "derecho" del poderoso, por el desahucio sin apelación.

Los arrendatarios pagaban tributo feudal al SEÑOR, al propietario, en porcentajes que oscilaban entre el 30 y el 50% de la producción. Había más de 400.000 obreros agrícolas, trabajadores con 9 meses de tiempo muerto, mal pagados y hambreados y poco más de 50.000 trabajaban todo el año para percibir ingresos apenas superiores a los 500 pesos anuales, vivir explotados por el intermediario y los prestamistas. La politiquería y la guardia rural, eran la cara "demokrática" de esa "libertad" para morirse de hambre.

Eran esos algunos rasgos de la armazón agraria de la estructura, completada por el monocultivo, el monopolio yanqui del comercio exterior, la dependencia exclusiva del monopolio yanqui de los precios del azúcar, la propiedad extranjera de la banca, la especulación con la necesidad por el comercio, el atraso productivo, la miseria, la enfermedad, el analfabetismo, la desocupación, el hambre. Campesinos y obreros trabajaban penosamente para que los yanquis tuvieran azúcar y más azúcar, dólares y más dólares.

Una terrible realidad, una dramática realidad, realidad que era la consecuencia de la estructura económica, de la dependencia del imperialismo, de la apropiación privada de los fundamentales y de los pequeños medios de producción; de todo. Era la realidad de la lucha del hombre por la vida, contra la naturaleza y contra los otros hombres, de la inseguridad en todos los órdenes, del vicio social como norma de vida, de la burguesía y el turismo yanqui enseñoreados de La Habana, convertida —la figura es muy repetida— en el prostíbulo de las "damas" y los "caballeros" yanquis al estilo del muy gangster George Raft, por ejemplo.

Esa era la realidad que permitía a la burguesía cubana, aliada al enemigo mortal del pueblo y de la patria de Martí, disfrutar de una muy buena vida, convertirse al amparo de la politiquería tradicional, en dueña y señora, en amo todopoderoso de los destinos de un pueblo de más de seis millones de cubanos, gran masa de explotados que un día se elevó a la gloria cuando Fidel Castro y sus compañeros llegaron a La Habana, victoriosos, para comenzar a hacer la revolución. Los mismos que otro día dieron la vida por mantener libre el suelo conquistado para la verdadera libertad del cubano, cuando el yanqui quiso entrar como cochino vengativo, por la Bahía que parece recordarlos con su nombre.

El primer paso: la expropiación del latifundio

En la Sierra Maestra, Fidel Castro había orientado su política agraria en las tierras liberadas, mediante la entrega a campesinos (arrendatarios y aparceros) de las tierras que trabajaban. No era ése —sin embargo— el antecedente que requerían los burgueses para, después del 1º de enero del 59, entusiasmarse con la Reforma Agraria y propiciar "su" reforma. Una reforma para la cual los grandes latifundistas donaban ganado, para la cual el "Diario de la Marina" y otros expresaban las palabras más decididas y "emocionadas". Pretendían repartir las tierras improductivas entre los campesinos, cobrarlas como buenas, hacer así "justicia" al guajiro.

Los de "revolución, pero no tanta...", se encontraron con el hecho de que al proclamarse la Ley, apenas poco después de los cuatro meses del triunfo rebelde, ella expresaba la decisión revolucionaria, de terminar con la existencia del latifundio.

Ello definió claramente los bandos antagónicos, la alianza obrero-campesina forjándose y la unión manifiesta del latifundista con el imperialismo yanqui.

Desde Estados Unidos —como desde todos los sectores oligárquicos del continente— comenzaron a llover censuras a la Revolución y el imperialismo comenzó su política decididamente agresiva. Fidel Castro dice que "fue el motivo de la guerra que los monopolios yanquis desataron contra Cuba."

Era, sin embargo y con toda su trascendencia, uno de los primeros pasos de la revolución que nacía, cuando todavía Cuba no había reanudado relaciones con la URSS, cuando aún no había proclamado —no podía hacerlo— el carácter socialista que se imprimiría al futuro de la revolución de liberación nacional.

La Ley del 17 de mayo de 1959 se dirigió, en dos momentos, al latifundismo de los explotadores cubanos y al propio latifundismo yanqui en ocasión de la zafra azucarera de 1960.

La Ley eliminó toda posibilidad de propiedad privada de la tierra en predios mayores a las 402,6 hectáreas. Recibieron sus tierras los campesinos que trabajaban en ella, pero "no hay duda de ninguna clase de que un reparto por la libre de las tierras, habría sido el

caos; un reparto por la libre de las tierras, habría sido la ruina de nuestra agricultura" Fidel Castro).

Por ello la solución no fue la de repartir la tierra latifundiaria, solución que habría significado problemas productivos muy serios, por ejemplo no usar de las posibilidades técnicas actuales en la agricultura. Por ello el latifundio, cañero y ganadero, que significaba el estancamiento económico, que mantenía la explotación por el extranjero, que gestaba una economía agrícola deformada, dependiente de los mercados exteriores (exportación de azúcar, importación de 174 millones de dólares anuales en artículos alimenticios), que frenaba a la industria, que daba condiciones de vida miserable y desocupación campesina y obrera, muchos de ellos unidades productivas deficientes, etc., ese latifundio de las compañías yanquis y de los cubanos que no querían a Cuba, pasaron a convertirse en propiedad estatal. Unos se convirtieron en Granjas del Pueblo. Los otros en Cooperativas cañeras.

Podían así abordarse soluciones para la tecnificación y la planificación que hubieran sido difíciles o imposibles con la fragmentación individualista.

La tierra para el campesino que la trabajaba, según el mínimo vital para una familia campesina, establecido por la Ley en 27 hectáreas de tierra fértil fue entregda gratuitamente. Cada uno de los campesinos podía adquirir además otras 40 hectáreas en condiciones de pago muy favorables.

Casi el 60% de la tierra quedó así en manos privadas, más de 5:300.000 hectáreas. Las cooperativas cubrían poco más de un millón y el sector netamente estatal, las Granjas del Pueblo, alcanzaron a 2:600.000 hectáreas, más del 29% de la tierra, en el período inicial del proceso.

La agricultura cañera y ganadera, era operada por obreros que —en su mayoría— no estaban en la tierra que trabajaban; viajaban para cada zafra, a veces hasta millares de kilómetros. Eran obreros y campesinos. Con elevada conciencia de clase, de ellos había surgido Jesús Menéndez.

Los obreros agrícolas azucareros, eran la vanguardia del proletariado en el campo, incluso al frente de los obreros industriales de los ingenios, en las luchas reivindicativas, por salarios y mejores condiciones de vida y trabajo.

Masa agrícola con conciencia de clase, unida, no podía ser dividida después de la revolución triunfante, fraccionando las antiguas unidades cañeras en pequeñas parcelas hecho que hubiera abatido, sin duda, la producción.

Por eso surgieron las granjas del pueblo y las cooperativas cañeras. Aquellas allí donde la tierra no tenía campesinos, sino unos pocos peones trabajando para los grandes ganaderos y para las empresas yanquis, para las compañías capitalistas. El obrero explotado, se convirtió en verdadero obrero dentro de la nueva economía estatal, en empresas estatales de un Estado del cual ellos son dueños.

La vía de la colectivización del campo

Las cooperativas cañeras, en tierras expropiadas, estatales, entregadas en usufructo permanente a los cooperativistas, para los propietarios en cooperación, en conjunto, les abría el camino hacia la socialización. Así el 18 de agosto de 1962, 1.148 delegados de las 582 cooperativas cañeras, por amplia mayoría, decidieron pasar a constituirse en granjeros.

Las cooperativas habían sido parte importante del triunfo agrícola de la Revolución, parte decisiva en el triunfo contra los sueños de los latifundistas, de los que creían en el fracaso de la agricultura porque ése era el deseo de los yanquis.

Se había elevado en ellas la producción, pero no se habían alcanzado los márgenes previstos y la organización de las mismas era imperfecta. Algunas de esas deficiencias, algunas contradicciones y el éxito notorio de la mayoría de las granjas del pueblo, ambientaron la medida.

Y la Revolución supo hallar el nuevo camino progresivo, porque en la conciencia de los obreros estaba afirmada la idea de que el porvenir está en el ascenso a lo colectivo en escala aún superior.

Los cooperativistas lo decidieron así, los trabajadores agrícolas, liberados de la explotación, eligieron ese camino que afirmaba también al socialismo en el campo.

Granjas cañeras y granjas del pueblo, dos contenidos distintos para algo que es en su forma la misma cosa, para producir más, para emular en la producción con los agricultores pequeños, propietarios individuales y mostrarles con hechos su mejor camino futuro. Ya suman varios centenares las sociedades agrícolas de pequeños propietarios que han unido sus tierras para elevar su productividad, para aumentar su bienestar.

Es cierto que todo dista mucho de tener color rosa. Falta mano de obra,

como expresión de la desaparición de la desocupación en el campo, aunque todavía la haya en sectores del trabajo urbano (subsidiados, por otra parte) y con ello faltan los vagos y las jóvenes forzadas a la prostitución por la anterior estructura.

La ayuda socialista en máquinas ha permitido suplir ese déficit de mano de obra, pero aún Cuba necesita elevar mucho más su producción y ello sólo será posible por el trabajo de sus obreros y campesinos.

Es necesario luchar contra viejos vicios, expresados en el ausentismo o en el bajo rendimiento, así como contra diversos errores, promoviendo el autoabastecimiento alimenticio y una reorganización importante en la política de distribución de productos, así como en la de realizaciones para el bienestar de los trabajadores (viviendas, etc.).

Simultáneamente con el aumento buscado en la producción azucarera, se planifica la política justa para la diversificación de la producción.

Todo ello es parte del proceso muy complejo, tal vez de los más difíciles de la Revolución, que es la creación total de una nueva realidad agraria en las muy duras condiciones heredadas, ampliadas por la agresión económica yanqui. Un proceso que, sin embargo, apunta claramente hacia la eliminación de las fundamentales diferencias sociales entre el campo y la ciudad.

Pero, en medio de esa nueva realidad, junto a las granjas y a los 150.000 agricultores pequeños, propietarios de hasta un máximo de 67 hectáreas, que alcanzaban a poseer alrededor del 25% de la tierra, junto a todo ese conjunto unido de aliados, existía en el 30% de la tierra cubana un núcleo de medios y ricos propietarios.

Había sido generosa con ellos, la Revolución. Recibieron créditos, exhortaciones a producir más, advertencias para no combatir a la Revolución, indicaciones para ajustarse a las normas salariales, al contratar obreros agrícolas, etc.

"Desde luego, nosotros a los burgueses rurales no les damos ninguna garantía, la Revolución no les da ninguna garantía, entre otras cosas porque los burgueses no colaboran con la Revolución". (Fidel Castro ante los pequeños propietarios en el 2º Congreso de ANAP).

Los hechos demostraron que la mayoría redujo la producción, violó las leyes salariales, cobijó o realizó actos contrarrevolucionarios. Jugó contra el socialismo y la revolución, todas sus barajas. Y perdió.

La Ley no podía sino reflejar el fin del estadio semifeudal del campo cubano, la Ley de Reforma Agraria era un hecho trascendental para el desarrollo económico, para la industrialización, para la propia marcha política de la revolución, para sellar la alianza del campesinado y la clase obrera.

Por primera vez en América se había liberado al campesino de la explotación y se le había hecho libre en su tierra que antes era de otros, que él había trabajado para los otros y para "los gringos".

En el año 62, ya la tierra socializada alcanzaba al 40 %, unas 3:600.000 hectáreas, fragmentada y dispersa, de difícil explotación y administración.

Cuatrocientos mil obreros agrícolas tienen asegurado pan, techo, trabajo, salud pública, educación, etc. Lo que antes era imposible, ahora es una realidad permanente y mejorando cada vez más.

La producción aumentó, pero debe aumentar más. El error de una política anticaña, afectó la producción de azúcar, pero de ello ya se ha salido con valor y justo sentido autocrítico.

Lo que es cabal muestra de la diferencia es que hoy se come y se consume mucho más. Y se come, se consume, se puede comer y se puede consumir, por igual todos.

Las perspectivas abiertas por la Primera Ley eran amplísimas, pero había algo esencial a corregir, algo que dejaba abiertas las puertas para la supervivencia y fortalecimiento de los resabios feudales, del capitalismo, de la burguesía, para la acción contrarrevolucionaria. Era ello esa enorme superficie parcelada entre 5 y 30 caballerías, entre 67 y 402,6 hectáreas, que albergaba a la burguesía rural que le daba la base para dañar el proceso de la revolución, su economía, la propia seguridad del pueblo de Cuba.

Esa propiedad privada era, por sus dimensiones en las particulares condiciones de fertilidad y cultivo extensivo de la agricultura, un tipo de "propiedad media", pero después de la 1ª Reforma Agraria se convirtió en verdaderos latifundios.

Los "buenos burgueses", la mayoría de ellos, no se adaptaron a la nueva realidad y prefirieron seguir pensando en lo viejo, en lo transitorio de la revolución. Siguieron soñando que eran ellos, "naturalmente" los propietarios de los recursos naturales que son hoy de todos los cubanos y en nombre de ese derecho "natural" querían volver a explotar el trabajo ajeno en su provecho.

Por marchar contra la historia y contra el pueblo, una mañana se encontraron, al despertar, con una Ley que

no esperaban y que les ponía de lleno ante la realidad del proceso irreversible de construcción del socialismo.

Fue la mañana del 3 de octubre de este año...

Una Ley y la puesta en práctica eficaz de la misma

Al entrar en vigencia la Ley, la forma de su aplicación, inmediata y simultánea en toda la isla, mostró el perfeccionamiento organizativo y permitió eliminar toda posibilidad de destrucción de bienes materiales o de incidentes, promovidos por aquellos que se opusieran a la medida.

La Ley establece "la nacionalización y por consiguiente, la adjudicación al Estado cubano de todas las fincas rústicas con una extensión superior a sesenta y siete hectáreas y diez áreas (cinco caballerías) de tierra." (art. 1).

En los artículos 2 y 3 de la Ley se establecen dos tipos de excepciones a la expropiación. Se refiere el primero de ellos a aquellas fincas que con anterioridad a esta Ley, estuvieren siendo explotadas en común por varios hermanos y "siempre que la parte proporcional de la extensión de dichas fincas que corresponda a cada hermano" no exceda de las cinco caballerías. En el art. 3, se establece la potestad del Presidente del INRA, Carlos Rafael Rodríguez (ahora Ministro) para que, a propuesta del Delegado Provincial, exceptúe también de la aplicación de la Ley a "aquellas fincas que hayan sido mantenidas en excepcionales condiciones de productividad" y cuyos propietarios o poseedores "hayan demostrado una plena disposición a cooperar a la realización de los planes de producción y acopio agropecuario del Estado."

Además de no reconocer las transacciones efectuadas a partir de la sención de la Primera Ley de Reforma Agraria (no tuvieron suerte los que se enriquecían al amparo de la generosidad revolucionaria), la Ley establece las condiciones de indemnización a los propietarios afectados, mediante pagos mensuales, comprendidos entre 100 y 250 pesos cubanos y por un período de 10 años, fijándose esos importes proporcionalmente a la parte expropiada. Ese es el pago total por todos los bienes expropiados, incluyendo ganado, equipos, etc.

Las consideraciones que explicitan la finalidad de la Ley, incluidas en su texto, exponen, esquemáticamente los siguientes motivos.

—la posesión de tierras por propietarios o poseedores burgueses, en perjuicio de los intereses de los trabajadores, dificultando la producción de alimentos, especulando con los productos, utilizando con fines antisociales y contrarrevolucionarios los altos ingresos que obtienen de la explotación del trabajo;

—la existencia de tal clase social —burguesía rural— "es incompatible con los intereses y los fines de la Revolución Socialista";

—"es necesario establecer las bases definitivas sobre las cuales se desarrollará nuestra agricultura, con el esfuerzo coordinado de las empresas agropecuarias estatales y los pequeños agricultores que constituyen la gran mayoría de los campesinos liberados por la Revolución de la explotación que sobre ellos ejercían los terratenientes, prestamistas e intermediarios";

—mientras el Gobierno Revolucionario busca impulsar al máximo la agricultura para satisfacer plenamente las necesidades populares, "el imperialismo yanqui recrudece su actividad contra la Revolución y la Patria, apoyándose en las clases que son enemigas de los obreros y campesinos y muy fundamentalmente en los burgueses rurales, siendo, por tanto, imprescindible privar de influencia económica y social a los mismos".

La Ley fue sancionada y fue puesta en vigencia el pasado 3 de octubre.

Los administradores designados por el Gobierno Revolucionario, estaban ese mismo día en cada una de las fincas expropiadas. Muchos de ellos se formaron en la URSS, hijos de guajiros, nacidos en el campo, han de aportar ahora su trabajo jara hacer de ese campo una realidad nueva.

A partir de ese momento, comenzaron a encontrarse pruebas directas de la actividad contrarrevolucionaria, desde el más vulgar acopio de partidas de jabón "fino" hasta el de joyas y vajilla, desde el más simple acto contra la economía cubana hasta la "pesca" de contrarrevolucionarios recién desembarcados de las lanchas de la CIA.

La afirmación del socialismo en el campo, ha sido acompañada por la destrucción del poder económico de los burgueses rurales, punto de apoyo para las agresiones imperialistas contra Cuba. La Ley, además, permitió recuperar gran parte del ganado y de la caña (más de 1:000.000 de toneladas de caña de azúcar), gran parte de las mejores tierras (1:700.000 hás., más del 20 % de la tierra laborable), importantes instalaciones y equipos, maquinaria, transportes, etc.

También dada su forma de aplicación, la medida permitirá mantener y

elevar la producción de inmediato, evitando la destrucción de productos que realizaban los propietarios en detrimento de la economía cubana, siguiendo en muchos casos un cuidadoso plan de sabotajes.

En los dos extremos, se recuperan trabajadores agrícolas que estaban sometidos a formas más o menos disimuladas de explotación, al mismo tiempo que a prácticas burguesas de la aparcería y el arrendamiento. Asimismo se ganan para la revolución socialista, muchos propietarios que trabajaban conscientemente sus tierras y otros, entre ellos, que han decidido ya renunciar a las excepciones que posibilita la Ley, para incorporarse a la producción socialista.

La contrarrevolución recibió un golpe decisivo. La lucha de clases entró en una fase aguda —pues la medida afectó a más de 100.000 personas— y se elevó la alianza obrero-campesina, la unidad del pueblo.

Cuba dio un gran paso en la construcción de la base material del socialismo y ganó una inmensa posibilidad para la organización planificada de su vida económica y social.

La Ley correspondió a la idea revolucionaria, expresada por Fidel Castro, por ejemplo con estas palabras: "¡Qué importa que no le podamos garantizar a nadie el derecho de hacerse millonario! ¡Qué importa que no le podamos garantizar a nadie el derecho a explotar a los demás! ¡Qué importa que no le podamos garantizar a nadie el derecho a vivir de parásito, si le podemos garantizar a cada cubano el derecho a ganarse la vida honradamente!"

Como lo vimos nosotros en esos mismos días

Resulta difícil separar en nuestra visión de los acontecimientos de esos días, lo que es emocional, emoción admirativa por la solidaridad humana, por la solidaridad, la ayuda, el propósito de luchar y trabajar por reconstruir lo destrozado por el ciclón "Flora", de todo lo que se relaciona con la Ley y el enorme apoyo popular, la alegría popular por su esperada sanción.

Pero en todo ello, hubo algo que alcanza especial importancia. La elevación de la conciencia política del pueblo cubano se manifiesta por todas partes, en todos los hechos.

Y la forma que la administración revolucionaria decidió para adoptar todas las medidas necesarias a su puesta en práctica, evidenció esa elevación y el perfeccionamiento del aparato funcional revolucionario.

Prueba de la discreción revolucionaria manifiesta, fue el hecho de que en la misma mañana del jueves 3, en la dirección de "Noticias de HOY", conversábamos con el camarada Blas Roca de la Dirección Nacional del PURS, sobre ese mismo tema de la burguesía rural.

En sus palabras, estaba presente el cuadro completo del panorama rural, de los problemas que creaba la burguesía rural. Más allá de lo que él dice en su libro ("Los fundamentos del socialismo en Cuba", ed. 1961), más allá de lo mucho dicho por todos los dirigentes de la Revolución, por Fidel en reiteradas advertencias a los burgueses por sus actos y sus deseos, nada, ni una palabra fue dicha por Blas que hiciera pensar en la inmediatez de la medida, en una decisión ya tomada. Claro que la amplia y contagiosa sonrisa de Blas, pudo ser entendida, horas después, como algo más que el optimismo normal en el querido dirigente revolucionario.

En los días siguientes vimos asambleas de distintos sectores de obreros, de trabajadores. En todas, junto a los problemas específicos del sector respectivo, junto a las ideas y resoluciones de ayuda y lucha ante el desastre provocado por el ciclón "Flora", surgían las entusiastas resoluciones de apoyo a la medida adoptada por el Gobierno Revolucionario, surgía un apoyo que no era simple adhesión sino la expresión de que la medida era esperada, era necesaria, era sentida por la masa trabajadora como un paso imprescindible que tenía que dar cuanto antes la Revolución.

Por centenares se dieron en esos días las declaraciones de todos los organismos de masa, de todas las organizaciones de obreros y de campesinos, de mujeres, de jóvenes, los CDR, etc.

Toda Cuba vibró con la medida revolucionaria que significaba un nuevo triunfo y un trascendental paso hacia el socialismo, para la creación de la base material necesaria para la construcción del socialismo, proceso acelerado por las particulares condiciones en las que se da la Revolución Cubana ahora que en el mundo existe el poderío del campo socialista, salvaguardia de la paz y principal baluarte para las conquistas de liberación nacional de los pueblos, para el pasaje más rápido cada vez al socialismo, cuando la Unión Soviética anuncia y avanza en la construcción del comunismo, cuando el internacionalismo proletario muestra al mundo entero la razón impar del marxismo-leninismo como ciencia y como guía para la acción.

La REVOLUCION AGRARIA cubana en el conjunto de sus etapas, afectó definitivamente al privilegio, al latifundismo, a los monopolios, a los burgueses contrarrevolucionarios. Son jornadas de afirmación de la alianza obrero- campesina y estando dirigidas al beneficio común de Cuba y de todo el pueblo, benefician directamente a los campesinos a los que entregó tierras o los integró en las granjas del pueblo.

Esas etapas de la REVOLUCION AGRARIA, son parte de un proceso de transformación total de la vida campesina, en la educación, en la salud pública, en las garantías para el trabajo, en la seguridad social, en la vivienda.

Aumentóse la producción, pero más se aumentó el consumo en el campo, más se elevó el nivel de vida. Se diversificó la producción. Se producen hoy gran parte de los alimentos que antes Cuba importaba, se queda en Cuba lo que los cubanos necesitan y el comercio exterior es ahora cubano.

La leche y la carne —racionadas racionalmente ahora— llegan por igual a todos los cubanos, ya no más están racionadas "naturalmente" en función de tener o no dinero para adquirirlos.

De los campesinos surgen hoy los técnicos que el campo necesita, que la producción necesita. Estudiando en Cuba, estudiando en la Unión Soviética, estudiando en otros países socialistas, los que antes no "tenían el derecho de aprender ni siquiera a leer y escribir.

Pero además Cuba se industrializa y en gran parte ello se debe, ello es posible, porque en Cuba ha desaparecido la vieja estructura agraria, porque ahora la tierra, la fuerza de trabajo, los útiles de trabajo, los productos de la tierra y el trabajo son cubanos.

Y son cubanos porque están nacionalizados en una estructura socialista, en un país que construye la sociedad socialista.

Eso que "costó cien años conquistar, cien años estaremos defendiéndolo — decía Fidel Castro en mayo del 62— si fuera necesario. Cien años luchando y muriendo si fuera necesario. Cien años más haciendo sacrificios para que ya nunca más puedan arrebatarnos la soberanía que hemos conquistado, la libertad y la independencia que hemos logrado, el derecho a llevar por el mundo la frente en alto y que el mundo nos respete."

La nueva estructura agraria, parte de la base real de la sociedad en Cuba es parte esencial de las posibilidades cubanas de cumplir ese propósito.

Con posterioridad a la sanción de la Ley se reestructuró el INRA. Se designó Ministro a su Presidente, Carlos Rafael Rodríguez. Para la atención estatal directa a los pequeños propietarios se creó el Vice Ministerio de la Producción Privada y Cooperativas. Su fin es proponer los créditos agrícolas, fijación de precios, planificación y suministro de semillas, fertilizantes, maquinaria agrícola, etc.

La ANAP, que cumplía parte de esas funciones, tendrá ahora mejores posibilidades para la atención política del campesinado.

Y eso lo vimos nosotros, porque en esos días que convivimos con los cubanos, pudimos observar antes que nada que la nueva conciencia político-social forjada en el pueblo, le hará defender a la Revolución hasta la Muerte, porque esta Revolución ha conquistado la Patria para los cubanos, porque esta Revolución es una Revolución que no retrocede y que avanza en la construcción del socialismo, dando los pasos necesarios para hacerlo realidad lo antes posible, para hacerlo realidad pese a los embates permanentes del imperialismo. Anhelando construirlo en paz, en paz en el mundo y también en paz en Cuba, pero no cediendo nada a los enemigos de la paz en el mundo y de la paz en Cuba.

Por ello, en esta época del pasaje de la sociedad capitalista a la sociedad socialista, cuando en América Latina el ejemplo augural de Cuba crece esplendente, surgen nítidas las razones que a los comunistas nos llevan a luchar por la paz como cuestión esencial, como premisa necesaria para la liberación de los pueblos en las mejores condiciones materiales. Desarrollando permanentemente la lucha de clases, ganando para la clase obrera las causas fundamentales que la llevarán en todos los países, en todo el mundo, a conquistar el poder para realizar, cada día en mejores condiciones, el proceso de construcción acelerada del socialismo y del comunismo, ideal de los hombres que quieren que todos los hombres sean hermanos, sean iguales, que todos los pueblos vean convertido en realidad la construcción de la sociedad sin explotados ni explotadores!

En esos días vimos la verdad de la frase de Fidel, "HAY QUE PENSAR EN LO QUE MORAL Y SOCIALMENTE SIGNIFICA LA CONDICION DE PROLETARIO. HONOR Y TITULO QUE ESTAN POR ENCIMA DE NINGUN OTRO EN NUESTRA SOCIEDAD. HOY EL HONOR MAS ALTO, EL AMO DE LA PATRIA NO ES EL YANQUI, NO ES EL TERRATENIENTE EXPLOTADOR, ES EL PROLETARIO"!

Alberto Suárez

UNA TERGIVERSACION DEL MARXISMO-LENINISMO

Los 25 puntos del P. C. Ch.

El marxismo-leninismo, la más poderosa corriente ideológica de nuestros tiempos, es la única doctrina que da respuesta cabal a los interrogantes que se formulan los pueblos sobre los problemas de hoy y del futuro de la humanidad. Ello explica que el movimiento comunista, portador y abanderado del marxismo-leninismo, se haya extendido a los cinco continentes y agrupe en sus filas a más de 40 millones de combatientes. Es natural también, que por actuar en tan diversas condiciones, los distintos partidos marxistas-leninistas, grandes o pequeños, en el poder o en el llano, hagan incesantes aportes al tesoro común de la teoría revolucionaria del proletariado, que sintetiza la experiencia acumulada del propio movimiento obrero. Es claro que en cada nueva etapa del desarrollo social, los partidos elaboran sus propias respuestas a los nuevos problemas. Las conferencias internacionales de los partidos marxistas-leninistas son el instrumento natural que, en vista de la inexistencia de un centro único, la experiencia ofrece para un fecundo intercambio de opiniones. Esas conferencias se convierten así, en elevados y fértiles centros para el enriquecimiento del marxismo-leninismo. Así sucedió con la reunión de 1960 que elaboró la Declaración suscrita por los 81 partidos, auténtico programa del movimiento comunista internacional.

Las diversas opiniones —fruto de la experiencia particular de los partidos marxistas-leninistas— son una fuente de enriquecimiento constante de la experiencia común. Pero ello a condición de que se actúe sobre una misma base de principios: el marxismo-leninismo. No ocurre así con el conocido documento de los 25 puntos publicado por el PCCh, que lejos de aportar al tesoro común de la teoría revolucionaria se enfrenta a ella al enfrentar los acuerdos de los partidos, éstos sí basados en el marxismo-leninismo. Y si el contenido de este documento constituye una tergiversación de la doctrina, los métodos utilizados, es decir, la pretensión de imponer a todos los partidos una línea elaborada por uno solo y opuesta a la que el conjunto del movimiento se diera, están reñidos con todas las normas habituales entre Partidos Comunistas.

Los dirigentes chinos han dejado a un lado el método correcto para conducir un debate ideológico, intentando distorsionar la realidad a su voluntad, del mismo modo que han dejado a un lado el trato que corresponde entre camaradas, trato indispensable en una polémica entre iguales, para apelar al agravio y la diatriba. No se llegará a la verdad por ese camino. Cada vez surge con más claridad lo falso de sus posiciones; pero sigue siendo necesario defender los principios contra la tergiversación dogmática y sectaria que de ellos se hace; sigue siendo necesario defender el marxismo-leninismo, su letra y espíritu contra su deformación, especialmente contra el desconocimiento del método dialéctico, el alma del marxismo-leninismo.

Los 25 puntos revelan un modo de pensar metafísico; una incapacidad para advertir, en su riqueza y complejidad, los caminos del desarrollo dialéctico; ese modo de pensar conduce a una visión subjetiva, unilateral. No es casual por ello, que los 25 puntos puedan tener eco entre quienes no han calado en la médula del marxismo que es la dialéctica y toman de él sus fórmulas más exteriores, de las que se valen como de rótulos modernos para contrabandear viejas concepciones nacionalistas burguesas. Con ello queda dicho que no hay por que esperar el juicio de la historia para dictaminar quien tiene razón, si el movimiento comunista o el PCCh; el mecanicismo de los 25 puntos, su anti-dialéctico "todo o nada", proclama a gritos que la razón asiste a quienes toman al marxismo-leninismo en su plenitud, en su formulación ceñidamente científica y en su médula palpitante, la dialéctica.

Otra vez sobre la contradicción principal

Como primer ejemplo de esta aseveración puede darse la confusión que trasuntan los 25 puntos en torno a la pugna esencial del presente momento histórico, el panorama unilateral que se ofrece del mundo actual. Según ellos, la oposición que hoy se sitúa en primer plano es la existente entre el imperialismo y el mundo colonial y dependiente. Porque aunque se mencionan todas las contradicciones del mundo contemporáneo, tanto las conclusiones del documento aludido como *la práctica política diaria* de los dirigentes del PCCh prueban que ven una parte del proceso, que no razonan como comunistas sino sólo como antimperialistas; dejan por el camino —¡nada menos!— que al proletariado internacional y su principal obra, la Unión Soviética y el sistema socialista.

Una de las consecuencias de esta discusión impuesta al movimiento comunista por los dirigentes chinos, es la tentativa hecha desde diversos ángulos, de calafatear con los 25 puntos el tercerismo en bancarrota. Hemos tenido muchos ejemplos de ello en los últimos meses y aún hoy órganos de prensa que responden a la izquierda no cesan en esa difícil tarea, orientada a disminuir el papel de la URSS y de la Revolución Socialista de Octubre en el desarrollo contemporáneo.

No vamos a referirnos a los artículos publicados en "Epoca", a su regreso de China, por el contador Bernhard, pues se limitan a hacer la glosa o la simple apología de las posiciones chinas, sin aportar nuevos elementos al debate.

Tampoco sirve al efecto, el artículo de Galeano ("Marcha" del 8 de octubre de 1963); conocida la posición tercerista de dicha publicación y también del autor de la nota en cuestión, era de esperar que se utilizaran las tesis chinas al servicio de la difícil tarea de recauchutar el tercerismo. Lo que relata Galeano serviría si acaso, para demostrar que la dirección china ha conducido a divulgar en su país, una mezcla del dogmatismo más absurdo e infecundo con un antisovietismo primitivo, y que ello sólo puede ocasionar al PCCh nuevas dificultades.

Los artículos de Bernhard y Galeano muestran sólo que la confusión tercerista abarca todos los juicios sobre el proceso revolucionario actual, y en especial, que los autores, alejados del marxismo-leninismo y del uso del método dialéctico no han comprendido lo esencial: el significado de la Revolución Socialista de Octubre y el papel de la URSS en el mundo de hoy.

Algo semejante se desprende de una serie de artículos publicados sobre el tema por Vivián Trías en "El Sol". En ellos Trías no procede, como en artículos anteriores, a una toma de posición de simple apoyo a las tesis de los dirigentes chinos. En este caso, se vale de los 25 puntos para insistir en la vieja opinión de que la revolución latinoamericana tiene una estrategia propia y ajena (¿o enfrentada?) a la de la URSS (¿o a la de la revolución socialista mundial?) y a la de las tesis chinas.

Es legítimo preguntarse si hay una estrategia revolucionaria soviética, otra de los dirigentes chinos, otra latinoamericana o si hay una estrategia del proletariado universal para esta época de paso del capitalismo al socialismo, en la que confluyen hacia un torrente único la revolución socialista y el movimiento de liberación nacional.

El mundo antes y después de Octubre de 1917

Quien pretenda separar o enfrentar ambos procesos, se aparta de la concepción marxista-leninista y caerá irremisiblemente en la confusión. Quien así proceda desconoce el hecho más esencial: que la Revolución de Octubre abrió un nuevo período en la historia de la humanidad y, a partir de entonces, todo el desarrollo social gira en torno a la acción y gravitación de la URSS.

La trascendencia universal de la Revolución de Octubre radica ante todo en que ella realiza por primera vez los sueños milenarios de la humanidad al instaurar una sociedad libre de la explotación del hombre por el hombre. En todas las sociedades anteriores, luego de la comunidad primitiva, ha existido como rasgo común la explotación del hombre por el hombre. En Octubre, y bajo la dirección del Partido de Lenin, se crea la primera sociedad sin clases antagónicas, libre de terratenientes y capitalistas. Desde entonces el modo capitalista de producción no reina en forma absoluta, existe una formación económico-social nueva, el socialismo. *Si hasta Octubre, el proletariado universal luchaba contra el capitalismo desde el llano, a partir de Octubre esa lucha se entabla también desde el poder;* quien no tome en cuenta estas premisas no podrá arribar a conclusiones correctas. Es lo que le ocurrió al Dr. Quijano que, en editoriales de fecha reciente, publicados junto a otros de 25 años atrás, sienta la tesis de que las "grandes potencias" no se guían por principios en materia de política exterior, sino sólo por interés nacional. El Dr. Quijano no reconoce el hecho de que el poder existente en la URSS es un poder del proletariado. Tal vez, no tengamos derecho a esperar de él ese reconocimiento que sí debemos exigir a los autores de los 25 puntos. La existencia en el mundo de hoy de las dos formaciones económico-sociales, determina que el antagonismo socialismo-capitalismo sea la contradicción principal del tiempo presente. Todo malabarismo en torno a contradicciones principales o secundarias que conduzca a disminuir o a negar esa contradicción principal (y a no medir las restantes contradicciones en función de esa principal) supone dejar de lado el método dialéctico, ponerse de espaldas a la experiencia histórica y a la realidad presente. Cuando Churchill quería "ahogar al socialismo en su cuna" no hacía otra cosa que expresar la dirección principal del golpe del capitalismo: suprimir a su fundamental antagonista. En relación a esto preguntémonos si se puede negar que el movimiento liberador del mundo colonial y dependiente pudo adquirir las dimensiones actuales porque se lanzó tras la senda abierta por la Revolución de Octubre.

Antes de Octubre, es cierto, hubo luchas e insurrecciones, pero la victoria de la revolución colonial sólo llega después de la victoria de Octubre.

"El Sol" afirma que el signo definitorio de nuestra época es "el triunfo del socialismo a escala mundial". No hay duda —agrega— "que ésta es la contradicción medular de nuestro tiempo, la puja entre el nuevo modo de producción socialista y las anquilosadas pautas superestructurales del capitalismo".

A esa afirmación se agrega luego que la contradicción más "honda e inconciliable es aquella que opone a las clases allí donde el grado de explotación

es más intenso y donde el ascenso revolucionario de las masas ha creado ya una situación revolucionaria". Aquí se habla de la contradicción "*más honda e inconciliable*", aunque lo que está en un primer plano en el debate ideológico, son en realidad distintas posiciones en torno a cuál es la contradicción fundamental.

La contradicción entre el carácter social de la producción y la forma privada de apropiación, es la fundamental en el modo capitalista de producción; ella opone a la clase obrera y a la clase burguesa y, por supuesto, existía antes de Octubre y sigue existiendo después de Octubre en todos los países capitalistas. Pero a escala mundial, la aparición de la URSS (y después del sistema socialista) esa contradicción trasciende los marcos de cada país para transformarse en antagonismo entre dos sistemas, porque para luchar contra el imperialismo y destruirlo, la clase obrera dispone ahora del poder en una tercera parte del mundo. Si no se advierte esto es porque no se aplica un criterio de clase y entonces se ven los gobiernos de los países socialistas como gobiernos de tal o cual nación, y no como gobiernos de la clase obrera, cuya presencia y acción ahondan las contradicciones del capitalismo.

Lenin subrayó siempre lo nuevo que para el desarrollo del movimiento revolucionario mundial, supone la existencia de la URSS. Hablando en general, y refiriéndose al levantamiento de Cronstadt, Lenin decía:

> **"Si en el extranjero se exageran los alcances del levantamiento de Cronstadt y si se lo respalda, es porque el mundo se ha dividido en dos campos: el mundo capitalista y la Rusia Comunista" (1).**

Lenin no tenía dudas acerca de cuál era el antagonismo fundamental. Asimismo, refiriéndose al enlace entre la revolución socialista y el movimiento de liberación nacional decía en su informe ante el II Congreso de la Internacional Comunista:

> **"La segunda idea que orienta nuestras tesis es que, en la actual situación del mundo, después de la guerra imperialista, las relaciones entre los pueblos, así como todo el sistema mundial de los Estados, vienen determinados por la lucha de un pequeño grupo de naciones imperialistas contra el movimiento soviético y contra los Estados Soviéticos, a cuya cabeza figura la Rusia Soviética. Si no tenemos en cuenta este hecho, no podremos plantear correctamente ningún problema nacional o colonial, aunque se trate del rincón más apartado del mundo. Sólo partiendo de este punto de vista es como los Partidos Comunistas de los países civilizados, lo mismo que de los países atrasados, podrán plantear y resolver acertadamente los problemas políticos" (2).**

Para Lenin, el problema colonial o nacional no se podía plantear y resolver acertadamente sin abordarlo desde el ángulo de la contradicción entre el sistema capitalista y el socialista.

Para Vivián Trías "la contradicción más profunda no puede ser, pues, la que enfrenta a la URSS con los Estados Unidos, ya que la URSS no es explotada por aquél, ya que la URSS ha superado el subdesarrollo y se ha convertido en una gran potencia industrial". Aquí el autor vuelve a su vieja fórmula de dividir el mundo en países desarrollados y subdesarrollados. Pero la oposición entre el sistema socialista y el capitalista (y no sólo entre EE.UU. y la URSS) es la principal porque enfrenta dos sistemas opuestos, antagónicos, que caracterizan dos épocas del desarrollo del mundo. No se trata del desarrollo alcanzado por la URSS o por los demás países socialistas, sino de que en ellos la clase obrera está en el poder y es por ello que el capitalismo, en el afán de sobrevivir, desearía barrerlos de la faz de la tierra. Se trata de dos mundos antagónicos, de dos clases opuestas en el poder cuya oposición es irreductible.

Trías tampoco considera esencial la contradicción entre burguesía y proletariado en los países capitalistas porque, según él, habría entre ambas clases un compromiso "objetivo". Dice que entre la burguesía y el proletariado de los

---

(1) V. I. Lenin. Obras Completas. Ed. Cartago. Buenos Aires, 1957, t. XXX, p. 551.
(2) "La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo", pág. 447. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Móscú.

países capitalistas "existe un determinado grado de explotación pero atenuado por el compromiso "objetivo" que la burguesía ha logrado con la clase obrera, en función de que la explotación imperialista de otros pueblos le permite conciliar con sus altos beneficios un nivel bastante elevado para aquella". Aquí se comete el error de colocar a toda la clase obrera en la situación que Lenin atribuye sólo a la aristocracia obrera. Resulta imposible aceptar ese punto de vista. La amplitud del movimiento huelguístico que llevan a cabo los trabajadores de Francia, Inglaterra, Italia o los mineros de Asturias, la lucha del proletariado europeo contra el degolismo o el franquismo, el profundo sentido político que mueve la acción de las masas negras en EE.UU. ¿hablan acaso de un compromiso "objetivo" o hablan más bien de la agudización de la lucha de clases y de que es éste un rasgo típico de la situación en los países capitalistas más desarrollados?

Trías llega entonces a la conclusión de que "la contradicción más profunda y tajante es la que enfrenta al imperialismo con las colonias y semicolonias" y dice que los pueblos dependientes no pueden superar el subdesarrollo sin liberarse del imperialismo, lo que implica la destrucción del capitalismo. Lo que no dice es que tal cosa es posible precisamente ahora, en virtud de la existencia de un sistema socialista, que impide al imperialismo exportar la contrarrevolución y ayuda por todos los medios a los países que se liberan.

Trías agrega que "el capitalismo no puede sobrevivir sin el imperialismo, sin mantener a los pueblos sometidos en condiciones de subdesarrollo". "Aquí —dice— no hay conciliación posible". ¿Sólo *aquí* no hay conciliación posible? ¿No ocurre lo mismo en cualquier país capitalista? ¿Podrían éstos sobrevivir sin explotar a sus millones de esclavos asalariados?

Siguiendo su argumentación, Trías señala que aquí no hay "coexistencia ya que esto supone el statu-quo". El articulista utiliza traviesamente la palabra coexistencia que —él lo sabe— se utiliza en la jerga política en un sentido absolutamente distinto. Cuando Lenin postulaba la coexistencia pacífica se refería a las relaciones entre los estados con diferentes regímenes sociales, aludía a que la lucha de clases al nivel de los estados no tiene que ser dirimida mediante la guerra. La política de coexistencia pacífica está destinada a impedir que el imperialismo utilice la guerra para ahogar a sangre y fuego la lucha de clases. Ahora bien, ¿quién y dónde dijo, en qué programa del movimiento comunista se encuentra la afirmación de que puede haber coexistencia entre el imperialismo y el mundo colonial o dependiente? Esa coexistencia es imposible no sólo por la ferocidad de la explotación imperialista, sino además porque a partir de 1917 el movimiento de liberación nacional cuenta con un aliado seguro que le permite alcanzar la victoria, porque —valgan los ejemplos de las crisis de Suez o del Caribe— tiene un escudo que lo preserva y porque como lo dijo la Declaración de 1960, los partidos comunistas lucharán para impedir la exportación imperialista de la contrarrevolución.

Pero, en fin, ¿por qué la disgregación del sistema colonial del imperialismo expresaría la contradicción principal? El grado de explotación y el nivel de una situación revolucionaria, son elementos para calibrar el carácter de una contradicción. Por lo pronto hay que recordar que ciertas contradicciones abarcan el conjunto de los fenómenos mundiales, mientras que otras (como la disgregación del sistema colonial del imperialismo) son propias de un solo sistema, el capitalista. Ese solo hecho (que integre uno de los sistemas antagónicos) ya promueve la duda de si puede ser la contradicción principal. Pero además, a juicio nuestro, la contradicción principal es aquélla que en determinado período histórico contiene en germen todas las restantes contradicciones, es aquélla cuyo desarrollo influye, decide, conduce a un nuevo desenvolvimiento de las contradicciones secundarias. Y es evidente que la contradicción dominante en la época presente es la contradicción capitalismo-socialismo, o, dicho en términos de clase, la contradicción proletariado-burguesía. La definición de la contradicción principal es una tarea compleja que exige el puntual cotejo con la realidad, para ser justamente resuelta. Es sabido que, al elaborar su teoría sobre la contradicción fundamental del capitalismo (entre la producción social y la apropiación capitalista)

Marx ubicó la que contenía en embrión las restantes contradicciones del capitalismo (entre el proletariado y la burguesía, etc.). Al estudiar el imperialismo, Lenin puso de relieve la contradicción entre el imperialismo y el sistema colonial. Ahora también, a nuestro juicio, la contradicción fundamental es aquella que lleva en germen las restantes contradicciones. En realidad, toda otra concepción conduce a omitir la gravitación universal del sistema socialista mundial y de la URSS y a minimizar la contradicción esencial de nuestra época, entre el sistema capitalista y el socialista.

En síntesis, resulta insostenible cualquier argumentación que omita tener en cuenta la gravitación universal decisiva del sistema socialista y de la URSS, el hecho de que la contradicción esencial de nuestra época es la que opone el socialismo al capitalismo.

¿Dos procesos que se oponen o que confluyen?

Lenin subrayó categóricamente, una y otra vez, la alianza, la confluencia de la revolución socialista mundial y el movimiento de liberación nacional.

No son procesos distintos, sino un único proceso. Por ello, no hay, no puede haber una estrategia de la revolución latinoamericana, al margen o enfrentada a la revolución socialista mundial y que prescinda del papel rector del sistema socialista en general y de la URSS en particular. V. Trías alude a Cuba en defensa de su posición. Pero cuando el comunicado conjunto soviético-cubano, luego de mencionar las diversas corrientes que se oponen hoy al imperialismo afirma

> **"Todo esto se funde actualmente en el unido torrente revolucionario mundial que quebranta y destruye al capitalismo" (3).**

afirma la coincidencia de esos procesos, no los enfrenta ni contrapone como fenómenos ajenos o independientes. Cuando Fidel y Jruschov se abrazan en el Estadio Lenin, esto es para cualquier revolucionario latinoamericano más que un encuentro fraternal de dos jefes revolucionarios, un símbolo de la coincidencia de nuestra revolución continental con la revolución socialista mundial.

La invalorable ayuda prestada por la URSS a Cuba ya no se discute. ¿Pero se la estima como la solidaridad de la clase obrera en el poder con la revolución del mundo colonial o se la equipara a la "ayuda" norteamericana de la "Alianza para el Progreso"?

Si tanto nos preocupa esclarecer el contenido de la contradicción principal de la época es porque los 25 puntos del PCCh niegan el marxismo-leninismo y el programa que en él se basa, la Declaración de los 81 Partidos, al situar en un plano más destacado otras contradicciones, entre ellas, la que enfrenta al imperialismo y el movimiento de liberación nacional. De tal modo se escamotea el papel de la URSS y el sistema socialista, el papel del proletariado como protagonista de la época contemporánea, se abandona el criterio clasista para caer en concepciones nacionalistas. Las diversas tentativas del PCCh de crear movimientos exclusivos de las naciones de los tres continentes (Asia, Africa y América Latina) contradicen el carácter internacionalista del movimiento obrero mundial. La pretensión de sustituir la organización sindical mundial del proletariado (representada hoy por la F.S.M.) por un movimiento limitado a Asia, Africa y América Latina, no tiende a agrupar a los obreros con un criterio de clase sino de nación o de continente. Cuando se postula crear un movimiento propio, independiente de defensores de la paz o una organización propia e independiente de periodistas, etc., etc., se incurre en la misma desviación. El hecho de que los 25 puntos enfrenten el movimiento de liberación nacional al sistema socialista y al proletariado de las naciones capitalistas más desarrolladas y lo sitúen como eje del proceso revolucionario mundial, muestra hasta qué punto los dirigentes chinos abandonan las concepciones clasistas y adoptan las concepciones nacionalistas.

---

(3) "El viaje de Fidel Castro a la Unión Soviética". Ediciones Pueblos Unidos. 1963, p. 51.

Borran con el puño...

Los dirigentes del PCCh siguen editando documentos y declaraciones plagados de agravios al PCUS por haber postulado el tratado tripartito de prohibición parcial de las pruebas atómicas y termonucleares. En esas montañas de papel la opinión pública mundial sorprendida por tal actitud que contradice anteriores decisiones del PCCh, no encuentra explicación. ¿Cumple así el PCCh las resoluciones de su Congreso? Podemos afirmar que las viola porque en el discurso de Chen Yi ante el VIII° Congreso se decía que las masas populares de todo el mundo

> **"...sostienen el punto de vista de los países socialistas en lo que concierne a la reducción general de armamentos, la interdicción completa de las armas atómicas y nucleares, el cese inmediato de las experiencias de dichas armas y de las explosiones experimentales" (4).**

Como se ve, el texto aludido obliga a la lucha por el cese de las explosiones experimentales de las armas atómicas y termonucleares. ¿Por qué no se cumple? Estaría justificado actuar en forma distinta a lo resuelto por el Congreso (la más alta autoridad partidaria) si se hubiera producido un cambio substancial en la situación, cambio que no se ha producido y que por lo tanto no aparece mencionado en ningún documento del PCCh. El "argumento" que se esgrime es el de que el tratado impide a China poseer armamento atómico y termonuclear. Ello revela que el PCCh no examina el problema desde el ángulo del sistema socialista, sino desde un ángulo nacional estrecho. ¿Posee o no el sistema socialista las armas necesarias para su defensa? Las posee; entonces, ¿qué objetivos particulares distintos a los del sistema socialista, a los de su aliada la Unión Soviética, justifican la necesidad de poseer armamento atómico propio? Las declaraciones en serie editadas en Pekín no dan respuesta a esta pregunta formulada en voz alta por el movimiento comunista internacional. El silencio del PCCh es significativo. Indica a qué extremos se llega cuando se abandonan los principios y da razón a Lenin cuando afirmaba que

> **"...La lucha contra este mal, contra los prejuicios nacionales pequeño-burgueses más arraigados, adquiere tanta mayor importancia cuanto mayor es la palpitante actualidad de la tarea de transformar la dictadura del proletariado, convirtiéndola de nacional (es decir, existente en un sólo país e incapaz de determinar la política mundial) en internacional (es decir, en dictadura del proletariado existente, cuando menos, en varios países avanzados y capaz de tener una influencia decisiva sobre toda la política mundial)" (5).**

Al negar hoy (también en oposición al VIII° Congreso) la tesis de que la guerra mundial puede ser evitada, la dirección del PCCh comete un grave error, tanto más grave por tratarse de uno de los problemas claves del desarrollo social contemporáneo.

Como se sabe, el XX° Congreso del PCUS, al examinar los cambios operados en el mundo en los últimos años, estableció que la guerra mundial no era ya inevitable, que si bien la tendencia natural del imperialismo era hacia la guerra, las fuerzas que se le oponen son hoy tan poderosas que podían atarle las manos.

No siempre ocurrió así. El proletariado internacional no pudo evitar por dos veces la guerra mundial. En 1914-1918 la clase obrera, pese a su heroica lucha antiguerrera, no tuvo fuerzas suficientes como para impedir la masacre imperialista. Más tarde, la acción denodada de los pueblos y de la Unión Soviética contra el fascismo y la guerra no alcanzaron para evitar la segunda guerra mundial. En los últimos años, muchas veces la paz se vio amenazada: en 1956, el impe-

---

(4) Recopilación de documentos del VIII° Congreso del PCCh. Tomo III, p. 352 de la edición francesa.

(5) V. I. Lenin. "La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo", edición citada, p. 433.

rialismo agredió a Egipto, en 1962, se lanzó sobre Cuba y sin embargo no sobrevino la tercera guerra, el proletariado mundial pudo evitarla. ¿Cómo no ver este cambio esencial? ¿Cómo puede hoy día afirmarse que

> "...no depende de nosotros que los imperialistas, en fin de cuentas, desencadenen la guerra, nosotros no somos los jefes del Estado Mayor de los imperialistas"(6).

Ni en Egipto ni en el Caribe prevaleció la voluntad de los jefes del Estado mayor de los imperialistas, sino la fuerza de los pueblos que hoy es superior a la de esos jefes, ante cuyo disminuido poder capitulan ideológicamente los dirigentes del PCCh.

Pero además, los dirigentes del PCCh parecen desconocer la tradición antiguerrera del movimiento revolucionario internacional. El proletariado luchó siempre contra la guerra si bien no pudo impedirla; lo hicieron ante todo los bolcheviques rusos que volvieron las armas contra sus opresores. La lucha contra la guerra es un legado de Lenin, un principio que figura en todos los programas del movimiento obrero. Y es un principio y no una táctica. No es sólo una bandera de propaganda para desenmascarar al imperialismo; persigue un objetivo concreto: impedir el estallido de la guerra mundial, atar las manos a los belicistas. Pero si eso era justo y necesario ayer, cuando no había armas atómicas y nucleares, ¿cómo no ha de serlo hoy, cuando existen esos monstruosos instrumentos de destrucción?

La definición de guerras justas (las que llevan a cabo los pueblos por su liberación) y guerras injustas (las que llevan a cabo los imperialistas para sojuzgar a los pueblos) mantiene toda su validez. No se trata de eso. Afirmamos sí, que las armas atómicas y termonucleares han introducido modificaciones que deben tenerse muy en cuenta. Tan erróneo es desconocerlo como pensar que tales armas han cambiado totalmente el significado de las guerras.

En 1960, la Declaración de los 81 Partidos Comunistas y Obreros, suscrita por el PCCh, afirmaba que la guerra mundial, con armas atómicas y nucleares

> "...puede causar inauditas destrucciones a países enteros y reducir a ruinas importantísimos centros de la producción y cultura mundiales"(7).

En el VI Congreso del Partido Socialista Unificado de Alemania, Jruschov señalaba que EE.UU. poseía un stock de 40 mil bombas y que la URSS también tenía una buena cantidad. Según cálculos de algunos científicos (Pauling entre otros) de estallar la guerra mundial, en las primeras semanas perecerían 800 millones de hombres (¡uno de cada tres habitantes de la tierra!). Los sobrevivientes sufrirían tanto a causa de las contaminaciones y radiaciones que envidiarían a los muertos. ¿Cómo puede el proletariado hacer abstracción de tan terribles amenazas para la humanidad? Una bomba atómica o termonuclear caída en Nueva York, Londres o París, alcanzaría a algunos imperialistas, reyes del petróleo o del acero, pero por cada uno de ellos perecerían millones de trabajadores, la flor de la clase obrera. ¿Es posible no tener todo esto en cuenta?

A propósito de las destrucciones que produciría una guerra mundial, un articulista de "Pekín Informa", Nº 17, pretende hacer un juego de palabras para confundir al lector. Apela al siguiente recurso: toma citas de Engels y de Lenin, en que éstos sostienen que el socialismo se construirá sobre las ruinas del capitalismo y del zarismo y entonces proclama a voz en cuello que Engels y Lenin emplean el término ruinas con el significado de que "la nueva sociedad será construida sobre las ruinas de la vieja". Esta cita es un fraude escandaloso. Las auténticas citas de Engels y Lenin se refieren a las ruinas del régimen, de la sociedad; pero ahora de lo que se habla es de las ruinas de la humanidad, no sólo de tal o cual estructura social o política, sino la ruina de la humanidad, de la destrucción de cientos de millones de hombres, de importantísimos centros de la civilización. Y no se puede poner un signo de igual, con el concepto justo,

---

(6) "Viva el leninismo". Ediciones en Lenguas Extranjeras. Pekín, 1960, p. 23.
(7) Edición de la Revista Estudios, 1961.

de que la nueva sociedad se construye siempre sobre las ruinas de la vieja. La utilización de tales recursos para una polémica en que está en juego la vida de cientos de millones de trabajadores, resulta una notoria irresponsabilidad.

¿A quién se acusa de capitulación?

Algo semejante ocurre con la afirmación de que denunciar los peligros de la guerra imperialista mundial, es sembrar la filosofía de la supervivencia, al decir de Liu Shao Chi, en un discurso pronunciado en Pyongyang (Corea) el 18 de setiembre. ¿Cómo se puede decir que denunciar los peligros de una guerra imperialista termonuclear, equivale a difundir una filosofía de capitulación, a pretexto de la supervivencia? Esta es una acusación antisoviética, mil veces injusta. ¿Por qué escupir ese insulto sobre los combatientes de la URSS que perecieron en España para defender la República, o sobre los 17 millones de soviéticos que murieron para salvar al mundo del nazismo y contribuir a la liberación de los pueblos, incluido el pueblo chino? ¿Por qué decir eso de los soldados de la URSS que estaban en Cuba en octubre de 1962, prestos a morir por la defensa de la revolución cubana? ¿Cómo afirmar tal cosa frente a la declaración de Malinovski, de que la URSS no abandonará nunca a la Cuba revolucionaria?

Fidel Castro cuenta que durante su visita a la URSS, al conversar con un pescador del Lago Baikal, éste expresaba que los soviéticos querían la paz, pero que si los enemigos les imponían una guerra o una agresión, "nosotros sabemos hacer eso también, lo sabemos hacer muy bien".

No se trata de ninguna filosofía cuyo fin es sobrevivir a costa de cualquier cosa. Hay una filosofía marxista-leninista —ajena a todo fatalismo— que proclama el internacionalismo proletario, principio al que el pueblo soviético supo ser invariablemente fiel en todas las condiciones. Lo que no contradice el empleo de la sagacidad política para impedir que el capitalismo pueda imponer al mundo una guerra que costaría la vida a millones de trabajadores ya que el proletariado no lucha por la muerte —lo repetimos— sino por la vida bajo el socialismo.

En el transcurso de la polémica se han dado a conocer opiniones formuladas por Mao Tse Tung en 1957. Según la Declaración del gobierno soviético de setiembre de 1963 en la conferencia de 1957 Mao Tse Tung dijo:

> **"¿Puede calcularse qué número de víctimas humanas puede causar la futura guerra? Posiblemente sea una tercera parte de los 2.700 millones de población de todo el mundo, es decir, únicamente 900 millones de personas. Considero que esto es poco aún, si efectivamente son lanzadas las bombas atómicas. Desde luego que esto es muy terrible. Pero tampoco sería tan malo si fuera la mitad. ¿Por qué? Pues porque no somos nosotros los que queremos eso, sino ellos, ellos son los que nos imponen la guerra. Si guerreamos, se emplearán las bombas atómicas y de hidrógeno. Personalmente pienso que todo el género humano sufrirá, que perecerá la mitad de la humanidad, posiblemente más de la mitad. Discutí esta cuestión con Nehru, que es mucho más pesimista que yo. Le dije que si es destruída la mitad de la humanidad queda la otra mitad, mientras que el imperialismo será aplastado por completo y en todo el mundo habrá solamente socialismo y en medio siglo o en un siglo entero la población aumentará de nuevo, en más de la mitad incluso"** (8).

Una declaración china emitida posteriormente no niega la esencia de esta manifestación, pero pretende atribuir distinto contenido a otra frase de Mao que según la versión china sería textualmente así: "En China, se lleva a cabo la construcción, deseamos la paz, sin embargo, en caso de que los imperialistas, a despecho de todo, nos impongan la guerra, tendremos que, rechinando los dientes, aplazar la construcción, volver a ella después de la guerra". Sin embargo, la declaración soviética transcribe otra versión del discurso de Mao, que habría dicho: "En China, aún no se ha desplegado como es debido la construcción. En caso que los imperialistas nos impongan la guerra, estamos dispuestos a parar la construcción: probemos primero las fuerzas y luego volveremos a construir".

---

(8) Suplemento Nº 39, 1963, de "Novedades de Moscú", edición española.

Naturalmente, la consigna "probemos primero las fuerzas" no puede menos que ser rechazada con toda vehemencia pues coloca en primer plano la alternativa de dirimir por las armas el antagonismo entre el capitalismo y el socialismo, es decir, excluye la posibilidad de atar las manos al imperialismo.

Pero atengámonos a la versión china del discurso de Mao. Ella no trasunta ningún afán de alentar a los pueblos sobre el peligro de la guerra termonuclear y sobre la posibilidad de impedirla, sino que revela un fatalismo empírico, ya que calcula fríamente las pérdidas de vidas humanas y la mayor o menor extensión del período de recuperación.

Las palabras de Mao muestran en el mejor de los casos, una considerable dosis de insensibilidad ante las terribles consecuencias que la guerra acarrearía a la humanidad y en primer término, al proletariado. Por otra parte, el comunismo es la sociedad de la abundancia, que pone al servicio del hombre todos los bienes que es capaz de crear una economía altamente desarrollada; el socialismo debe preparar las condiciones para el advenimiento de esa forma superior de sociedad. ¿Qué sociedad comunista o socialista podría ser edificada sobre las ruinas, la muerte, la destrucción de tantas y tantas riquezas? *El proletariado no aspira a morir, quiere vivir en el socialismo* y luchará sin retaceos para cerrar al imperialismo el camino de la guerra mundial.

¿Qué otra alternativa queda? Puesto que es posible evitar la guerra mundial, la alternativa es obligar al imperialismo a someterse a la emulación pacífica. En los 25 puntos se hace mofa de esta concepción. Se dice por ejemplo (punto 13) que "hay quienes exageran unilateralmente el papel de la emulación pacífica... y tratan de sustituir por la emulación pacífica la lucha revolucionaria de todos los pueblos y naciones oprimidas". Aquí se confunden dos problemas diferentes. Porque una cosa es la emulación pacífica con el capitalismo de los gobiernos socialistas (es decir, del proletariado en el poder) y otra cosa es la actitud revolucionaria de la clase obrera y los partidos en los países oprimidos.

La emulación pacífica es la alternativa que las naciones socialistas imponen al imperialismo, en contraposición a la tendencia imperialista a zanjar sus contradicciones con el socialismo por las armas. La emulación pacífica favorece la labor de ganar la conciencia de las masas explotadas por el capitalismo. Lenin dijo que el proletariado en el poder, debía ayudar el proceso universal revolucionario mediante el ejemplo, enfrentando al capitalismo que es explotación, guerra, fascismo y represión, con el socialismo que asegura al pueblo paz, felicidad, bienestar, progreso.

Pero es claro que la clase obrera y sus partidos en los países capitalistas caerían en el más grosero oportunismo si se sentaran a aguardar la caída del capitalismo por obra de la simple emulación pacífica.

Pero en ese caso, lo erróneo no sería la política seguida por los países socialistas, sino la actuación del proletariado y el partido en el país sometido. Cuando los 25 puntos entreveran ambos conceptos se acusa gratuitamente a los países socialistas de una culpa que no tienen. Por lo demás, ningún documento oficial del movimiento comunista afirma que los pueblos deban abandonar su lucha revolucionaria a pretexto de que para derrotar al imperialismo bastaría con la emulación pacífica.

Los "estímulos" a la revolución

En toda esta argumentación campea la tendencia a enfrentar porfiadamente la paz y la revolución como si ambas se contrapusieran. En el artículo "Apologistas del neo-colonialismo"[9], sus autores rechazan la aseveración contenida en la carta del PCUS de que "en una situación de coexistencia pacífica se lograron en los últimos años nuevas e importantes victorias en la lucha de clases del proletariado y en el combate de los pueblos por su libertad nacional, se desarrolla

(9) "Pekín Informa". Nº 18.

fructíferamente el proceso revolucionario mundial". La cita de esta frase en "Pekín Informa" sigue al subtítulo "Recetas para liquidar la revolución de las naciones oprimidas", parecería entonces que para los autores la coexistencia pacífica no sería una ayuda para la revolución de liberación nacional, sino una dificultad. ¿Se considera pues más favorable al desarrollo revolucionario el clima de la guerra fría o la guerra misma?

Valdría la pena apelar al respecto a la experiencia histórica. Lenin en 1924 debió enfrentar una polémica sobre la relación entre paz y revolución a propósito de una declaración de una organización partidaria de la URSS, cuyos autores admitían "en interés de la revolución mundial" "la pérdida posible del Poder soviético". Lenin respondió así:

> **"Quizá los autores suponen que los intereses de la revolución internacional exigen que se la estimule; y que tal estímulo no podría ser más que la guerra y de ninguna manera una paz capaz de producir en las masas la impresión de una especie de "consagración" del imperialismo? Semejante "teoría" estaría en completa contradicción con el marxismo, que siempre ha negado la posibilidad de "estimular" las revoluciones, que se desarrollan a medida que las contradicciones de clase que engendran las revoluciones, se van haciendo más agudas. Semejante teoría equivaldría a la idea de que la insurrección armada es siempre y en todas las condiciones, la forma obligada de lucha"(10).**

Para Lenin la paz no "consagra" al imperialismo, ni la revolución necesita "estímulos", ni la guerra puede ser ese "estímulo". La ayuda del proletariado en el poder, se expresa ante todo por el ejemplo de la construcción del socialismo y la construcción del socialismo está unida a la lucha por la emulación pacífica.

Así como un espejo cóncavo muestra la imagen deformada, los trotskistas muestran a qué absurdos puede conducir la no comprensión de la relación existente entre paz y revolución. En el prólogo al folleto en el cual los trotskistas editaron diversos documentos chinos, (pág. 22), se pregona abiertamente la necesidad de la guerra preventiva a pretexto de acelerar la revolución. Dicen:

> **"...la guerra preventiva no tiene sólo el sentido de un llamado a la revolución colonial, sino que toma también el sentido de que el estado obrero se lance primero a la guerra atómica".**

Aquí se dice pues, con todas las palabras: *guerra preventiva;* o sea: el estado obrero debe lanzarse primero a la guerra atómica. Así pueden hablar sólo contrarrevolucionarios que sirven de altavoces de los círculos más agresivos del imperialismo. No es casual que en la segunda guerra mundial pugnaran por la derrota de la URSS, y que ahora digan ("Frente Obrero" Nº 17, páginas centrales) que "en la URSS será seguramente necesaria una insurrección armada". El objetivo de los trotskistas ¿es el levantamiento contra el capitalismo? Nada de eso, luchan contra el socialismo, desearían la restauración del capitalismo.

El espejo cóncavo lleva al absurdo los errores de los que abandonan el marxismo-leninismo. Pero aquí, por contraste, se advierte claramente que sólo la unión dialéctica de la lucha por la paz y por la revolución, ayuda a asegurar el proceso revolucionario.

El tema de la paz, va unido al de la lucha por el desarme. También a este respecto los dirigentes del PCCh hacen a un lado los acuerdos del VIIIº Congreso de su Partido realizado en 1956.

Por ejemplo, Chen Yi aludía al apoyo de los pueblos a la lucha de los países socialistas "por la reducción general de los armamentos, la interdicción completa de las armas atómicas y nucleares, el cese inmediato de las experiencias con esas armas y las explosiones experimentales"(11).

---

(10) V. I. Lenin. "Peregrino y monstruoso". Tomo III, Obras Escogidas. Edición en Lenguas Extranjeras, 1943, pág. 286.

(11) Discurso de Chen Yi, pág. 352 del 2º Tomo de la recopilación de documentos del VIIIº Congreso. (Edición francesa).

Pero ahora se refieren al desarme como una utopía. ¿Es esto cierto? Nadie piensa que es fácil imponer el desarme al imperialismo ni que ello se logrará a corto plazo. Pero sí que es posible y necesario.

¿Qué dicen los hechos? Los imperialistas norteamericanos no se atrevieron a lanzar la bomba atómica durante la guerra de Corea por temor a las represalias pero también por temor a la reacción de los pueblos. La fuerza de la opinión mundial en favor del desarme fue un factor material que, en esa ocasión, ató de manos al gobierno Truman.

La lucha por el desarme además, es una línea tradicional del movimiento obrero mundial. En la Conferencia de Génova de 1922, la delegación soviética encabezada por el canciller Chicherin e inspirada directamente por Lenin, declaró:

> **"La delegación de Rusia abriga la intención de proponer en el curso de los debates de la conferencia, la reducción general de los armamentos y de apoyar todas las sugerencias que tengan por fin aliviar el fardo del militarismo mediante la reducción del Ejército de todos los países y la adición a las normas de la guerra de la prohibición total de sus formas más bárbaras, como los gases tóxicos, la guerra aérea y otros, y en particular el empleo de medios de destrucción contra la población civil" (12).**

¿Se equivocó acaso Lenin al postular en Génova el desarme? No, seguía fielmente la mejor tradición revolucionaria. Un publicista francés, Florimond Bonté, citaba ("France Nouvelle" del 11-17 de setiembre de 1963) opiniones de Engels contenidas en el 2º Tomo de las Obras de Marx y Engels, edición alemana. Engels se preguntaba en aquel período:

> **"¿No existe pues otra salida a este impasse que una guerra devastadora como jamás el mundo ha conocido?"**

Y respondía que había otra alternativa: el desarme. Al referirse a la reducción del tiempo de servicio militar, Engels escribía que había que luchar para que:

> **"...la proposición de reducción internacional del tiempo de servicio militar no sea sino el primer paso hacia la reducción sucesiva del tiempo de servicio".**

Y agregaba:

> **"Que la cosa se ponga en movimiento, esto es lo principal".**

Parece como si Engels hubiera escrito este concepto refiriéndose al tratado de prohibición parcial de las pruebas atómicas; también respecto a él debemos decir: que la cuestión se ponga en movimiento, esto es lo principal.

¿No es acaso en esta tradición pacifista que se inspira la URSS al suscribir el tratado de Moscú, que tanta grita desata en la prensa de Pekín?

En el documento de 25 puntos se arguye que el desarme conduce a debilitar la lucha de los pueblos oprimidos:

> **"Si se anula —dicen los 25 puntos— so pretexto del desarme, la lucha revolucionaria de los pueblos y naciones oprimidos, esto significa engañar deliberadamente a los pueblos del mundo y ayudar a los imperialistas a aplicar su política de agresión y guerra". (Punto 14).**

¿Quién, dónde y cuándo sostuvo la necesidad de anular la lucha revolucionaria de los pueblos a pretexto del desarme? En el VI Congreso del Partido Socialista Unificado de Alemania, el camarada Jruschov preguntó qué pueblo no había recibido ayuda en todos los terrenos, para luchar contra el imperialismo. Los combatientes de España, Yemen, Argelia, Cuba ¿de qué armas dispusieron si no de las enviadas por el sistema socialista —y en primer término de la URSS—

---

(12) L. Bezimenski y N. Matkovski. "Orígenes de la política de la coexistencia pacífica". "Tiempos Nuevos", Nº 11 del 14 de mayo de 1962.

para enfrentar y derrotar al imperialismo? ¿A qué pueblo no se le ha prestado ayuda a pretexto del desarme? El desarme es para desarmar al imperialismo agresor y no a los pueblos que se alzan contra él; es para detener la guerra mundial y no para obstaculizar la lucha de los pueblos que combaten —en todos los terrenos— al imperialismo.

Se reivindica una desviación perniciosa

Entre los 25 puntos, surge el tema del papel de Stalin y de la lucha contra el culto a la personalidad. Este es un planteo sorpresivo. ¿Qué se busca con él? ¿Se piensa acaso utilizar las incomprensiones de algunos o reflotar a los elementos antipartido cuyo dogmatismo ya fue superado por la vida y la experiencia del pueblo soviético? Si es así, los autores de los 25 puntos no han comprendido lo esencial del proceso iniciado en el XX° Congreso. Pero además (también en este caso) borran con el codo lo que escribieron con la mano en el VIII° Congreso del PCCh. Allí, Den Siao Pin declaró:

> **"El XX° Congreso del PCUS hizo aclaraciones convincentes acerca de la enorme importancia de la observación inquebrantable del principio de la dirección colectiva y de la lucha contra el culto a la personalidad. Estas aclaraciones ejercieron enorme influencia no solamente en el PCUS, sino en los demás Partidos Comunistas de todos los países del mundo. Es del todo evidente que las decisiones personales tomadas en las cuestiones importantes contradicen los principios constitutivos de los partidos políticos que luchan por el comunismo e inevitablemente conducen a error" (13).**

Ahora se pretende, empleando además un insufrible tono paternalista, que tales opiniones se habían formulado

> **"...en consideración a la difícil situación en que se encontraban los dirigentes del PCUS". ("El origen y desarrollo de las divergencias", editado en Pekín).**

En verdad, esto es incomprensible por dos razones: la primera, porque no era necesario ocultar en el VIII° Congreso el verdadero punto de vista; no iba a provocar en el PCUS ningún cisma como quedó demostrado en el caso de otros que intentaron atacar al PCUS por las decisiones del XX° Congreso y fracasaron estrepitosamente; y la segunda, porque un Congreso aprueba resoluciones y no acuerdos diplomáticos. Toda la historia del movimiento comunista, desde Marx, dice que los Congresos son reuniones para debatir y elaborar una política de principios. No se puede hacer de ellos, como parece desprenderse ahora de algunos documentos chinos, una tribuna de acuerdos diplomáticos, mientras se mantienen en reserva opiniones que no son expuestas ante el Congreso.

¿Qué se persigue, pues con este replanteo del tema del culto a la personalidad? ¿Defender como si fuera un principio marxista-leninista lo que es una perniciosa desviación? ¿O acaso apelar a fenómenos negativos, aún no superados para intentar crear fisuras entre el pueblo, el gobierno y el partido soviéticos? Esto sería, en realidad pueril y estaría condenado al más rotundo fracaso. En los 25 puntos se dice que "es tiempo de hacer una propaganda seria y completa de la teoría íntegra de Lenin sobre la relación entre jefes, partido, clase y masa". ¿Qué hizo, pues, el XX° Congreso, sino restablecer la "teoría íntegra" de Lenin sobre el papel del Partido y el de la personalidad? ¿Qué, sino restablecer los principios leninistas en la vida interna del Partido, del Estado, restablecer las normas de la dirección colectiva vulneradas en el período del culto a la personalidad? ¿Qué sino basarse en el principio leninista del Partido como fuerza dirigente de la revolución, por encima del cual nadie puede situarse? ¿Qué sino volver a la legalidad revolucionaria violada en ese período? ¿Cómo se puede decir que la lucha contra el culto a la personalidad denigró al Partido y a la dictadura del proletariado? ¿No es acaso al revés? El prestigio del PCUS desde

---

(13) Informe de Den Siao Pin sobre reforma de los Estatutos, editado en español por el secretariado del VIII° Congreso del PCCh.

el XX° Congreso no ha hecho sino crecer; ello demuestra que la desaparición del culto a la personalidad fortaleció mucho los lazos del PCUS con las amplias masas.

La concepción leninista sobre el Partido

Las pretensiones del PCCh, con su probada tozudez dogmática y sectaria, de imponer un curso distinto al movimiento comunista internacional, tergiversan otro principio esencial del marxismo-leninismo, más aún, toda la doctrina sobre el Partido. Sientan, por ejemplo, la tesis de que el Partido no es la materialización de la teoría, la encarnación del marxismo-leninismo, la expresión de la conciencia de la clase obrera. En la carta al Partido Comunista de los EE.UU., se alude a "los comunistas de fuera y de dentro del Partido". Esto es una innovación. Fuera del Partido no hay comunistas; el marxista-leninista actúa en el Partido por lo mismo que la teoría es inseparable de la práctica revolucionaria. Es imposible separar la doctrina de Lenin sobre el Partido del cuerpo vivo del marxismo-leninismo.

Y como quien siembra vientos, recoge tempestades, ahora en publicaciones chinas se encuentran declaraciones de grupos fraccionalistas, de expulsados, de renegados, de esa resaca que las olas van dejando siempre en la orilla. ¿Adónde van por ese camino? ¿Cómo es posible hablar de unidad, mientras se cobija a los renegados y enemigos del movimiento comunista?

La división de los partidos sólo puede favorecer a los enemigos del proletariado. De ello son portavoces los trotskistas; éstos proclaman abiertamente que su "futuro pasa por la lucha entre los chinos y los soviéticos" ("Frente Obrero", N° 261), es decir, que buscan medrar de la división del movimiento y de los partidos. En el folleto antes citado aconsejan: "Los camaradas chinos deben comprender que no deben temer a la división".

Las normas que deben regir las relaciones entre los partidos fueron elaboradas, sobre una base de principios, en la Conferencia de 1960. La inexistencia de un centro único, a partir de la disolución en 1943, de la Internacional Comunista, no supone el aislamiento nacionalista y exige, por el contrario, el más celoso mantenimiento de los vínculos de amistad y fraternidad en la lucha entre todos los partidos. Esa necesidad se desprende de la realidad. Las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad son de validez universal. Por ello, hay principios comunes a los movimientos revolucionarios de los diversos países. Por ello también, los partidos no deben luchar aislados, sino en forma conjunta. Lo esencial es que las relaciones entre los partidos tengan por base los principios del marxismo-leninismo, del internacionalismo proletario. Esas relaciones conjugan la soberanía de cada partido con la unidad del movimiento a escala mundial. La unidad no supone que no haya expresiones particulares de la línea general en su aplicación concreta a cada país. Pero no se debe ni exagerar la peculiaridad nacional ni tampoco negarla. La unidad de los PP.CC. está basada en una plataforma común: el marxismo-leninismo y su expresión programática, las resoluciones de 1957 y 1960.

En tales circunstancias, las entrevistas y contactos bilaterales entre los partidos son una forma esencial del intercambio de experiencias y de fraternal ayuda mutua. Y particularmente lo son las Conferencias de Partidos, en un ámbito superior, para encarar los lineamientos de la acción en grandes períodos históricos.

Como se sabe, la propia delegación del PCUS sostuvo que debía eliminarse toda fórmula que incluyese la definición del PCUS como vanguardia y de la URSS como cabeza del sistema socialista. Sin embargo, registrando un hecho histórico, una realidad palpable, la Declaración de 1960 estableció (con el voto de la delegación del PCCh):

"Los partidos comunistas y obreros declaran unánimemente que la vanguardia, por todos reconocida, del movimiento comunista mundial, ha sido y seguirá siendo el Partido Comunista de la Unión Soviética, el destacamento de mayor experiencia y más templado del movimiento comunista internacional".

No hay, entre los Partidos Comunistas, ningún bastón de mando; cada partido elabora su política mediante el análisis de la realidad concreta sobre la que actúa, a la luz del marxismo-leninismo. ¿Por qué ello va a obligar a negar el papel del Partido de Lenin, como la vanguardia de todo el movimiento? Y mucho más que eso, ¿Cómo explicar que la independencia de cada partido, sólo podría probarse a condición de practicar la diatriba antisoviética o el menosprecio de la experiencia del PCUS?

Lo que ocurre en verdad es que los 25 puntos, a pretexto de definir el papel del Partido, articulan una deleznable ristra de agravios contra los partidos comunistas; ofrecen de ellos una caricatura que lleva por fin desacreditar el movimiento comunista, aminorar la confianza de las masas en sus vanguardias políticas. De esa manera, los 25 puntos dan un cheque en blanco para rotular de partido de la clase obrera, a cualquier grupo fraccional y escisionista.

El documento aludido pinta a los partidos como simples peones de un centro dirigente, el PCUS; se apela a agravios tildándolos de seguidores de un presunto "bastón de mando" o se dice que los partidos copian "la experiencia ajena sin análisis". En la víspera electoral, Erro —aludido por Arismendi en el resumen del XVIII° Congreso— nos calificaba de "apéndices de Moscú" y de "cipayos de izquierda". La similitud de estos calificativos de Erro con los contenidos en los 25 puntos, habla de su raíz común: el nacionalismo burgués. La degeneración del concepto de "la integración con la práctica concreta", lleva a "la nacionalización" del marxismo. Tendríamos así un marxismo-leninismo ruso, otro chino, otro indonesio, otro uruguayo o argentino, es decir, el marxismo-leninismo no sería una doctrina universal; he aquí como se cae en el pantano del más crudo y primitivo nacionalismo(15). Es decir, en vez de la doctrina del Partido como expresión material del marxismo-leninismo, se proclama legítima la existencia de un partido con rótulos marxistas-leninistas pero con concepciones ajenas al marxismo-leninismo. Esto no tiene nada de común con el leninismo.

La base de la doctrina de Lenin radica en su definición de Partido de nuevo tipo.

"Las características nacionales y las condiciones de lucha esbozaron la fisonomía específica de cada Partido Comunista, pero siempre presentan rasgos comunes que los diferencian substancialmente de los partidos socialdemócratas".

"Lo principal de los partidos de nuevo tipo es su intransigencia frente al capitalismo. Los comunistas luchan enérgicamente para acabar con él, por la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista, y consideran que la condición obligatoria de esa transformación es la toma del poder político por la clase obrera y la implantación de la dictadura del proletariado. De aquí la intransigencia de los comunistas hacia el oportunismo de todo género, que en la práctica significa la acomodación al capitalismo".

"Los partidos comunistas no caminan a ciegas, sino que se guían por la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo, expresión científica de los intereses vitales de la clase obrera. El Partido es la unión libre de personas fundidas por una comunidad de ideas que se agrupan para dar vida a las concepciones marxistas, es decir, para llevar a cabo la misión histórica de la clase obrera"(16).

Alcanza comparar los 25 puntos con la maravillosa definición de Lenin: "el Partido es el cerebro, la conciencia y el honor de nuestra época", para medir la distancia que hay entre una concepción marxista-leninista y un "documento" en el cual el leninismo es pintarrajeado con los más deleznables afeites nacionalistas

(15) Después de la Conferencia de 1960, órganos de propaganda chinos difundieron la entrevista concedida en su tiempo a Anne Louise Strong por Liu Shao Chi, en la que éste dijo: "Marx y Lenin fueron europeos; ellos escribieron sobre la historia y los problemas de Europa, refiriéndose raramente a Asia o a China. Mao no sólo aplicó el marxismo a las nuevas condiciones, sino que lo desarrolló aún más. El creó la forma china o asiática del marxismo". (Citado por "El Comunista", de Moscú, Nº 15, segunda quincena de octubre de 1963).

(16) Otto Kuusinen. "Manual de marxismo-leninismo". Ed. Grijalbo, Méjico, p. 331.

burgueses. No es casual por ello, que en la literatura política china, no se menciona nunca a Valentina Tereshkova ni al heroico Julián Grimau, mientras se difunden los nombres de los renegados y traidores del comunismo.

Los 25 puntos contrarían abiertamente la Declaración de los 81 Partidos y no son un programa marxista-leninista. Es natural, por ello, que no hayan encontrado aceptación en el movimiento comunista internacional que se mantiene fiel a los principios marxista-leninistas. Esa firmeza del movimiento comunista es la condición del triunfo de las ideas justas sobre las erróneas, de los principios sobre las plataformas sectarias y dogmáticas.

En esta polémica, defendemos la unidad del movimiento comunista internacional. Y al procurar impedir el triunfo de una línea falsa, tenemos conciencia de que, cualesquiera sean las alternativas de la lucha, nadie permitirá que las discrepancias con los dirigentes chinos sean utilizadas por el imperialismo para meter su hocico en el campo de los países socialistas, como con razón dijo Jruschov en una alocución el 7 de noviembre en el Kremlin.

Los partidos comunistas tienen derecho, naturalmente, a exigir reflexión a la dirección del PCCh. El fracaso de su intento de sustituir la Declaración de 1960 por los 25 puntos no es la obra de ningún bastón de mando sino el fruto de la madurez ideológica del movimiento comunista que nadie tiene derecho a desconocer.

20 de noviembre 1963.

A. Butenko

EL ESTADO SOVIETICO DE TODO EL PUEBLO

Toda ciencia verdadera, incluida la social, es crítica por su naturaleza: el descubrimiento de nuevos fenómenos, la acumulación de hechos obligan una y otra vez a revisar las ideas formadas, a puntualizar las confusiones que se han arraigado, a desarrollar las características generales. Este sentido revolucionario y dinámico de la ciencia, que asusta al pensamiento dogmático y conservador, es perfectamente justificado y comprensible: la vida no es algo estático, sus cambios, sus nuevos fenómenos, no puede por menos de tenerlos en cuenta la ciencia. De palmario testimonio puede servir el desarrollo de la doctrina marxista-leninista sobre el Estado.

El Programa del PCUS nos permite, con mucha más plenitud y profundidad que antes, abarcar todo el camino histórico recorrido por el Estado soviético, tener una idea diáfana de las etapas concretas de su desarrollo en el tránsito de la sociedad del capitalismo al socialismo. Entre las nuevas tesis del Programa ocupa un lugar principalísimo la deducción de que el Estado socialista soviético tiene un carácter omnipopular.

Los partidos comunistas hermanos han valorado altamente el Programa del PCUS, sus nuevas tesis y conclusiones. En los congresos de los partidos marxistas-leninistas, en la prensa, los comunistas extranjeros han subrayado que el PCUS ha hecho un importante aporte creador al acervo de la teoría marxista-leninista al descubrir las leyes según las cuales el Estado de dictadura del proletariado se convierte en Estado de todo el pueblo, determinando cuál es su naturaleza y funciones y cuáles son las vías de conversión del sistema de poder de todo el pueblo en autogestión social comunista.

Sin embargo, ha habido personas que se denominan marxistas-leninistas, a las que han parecido peligrosas las conclusiones del marxismo creador relativas a la continua ampliación de la democracia socialista, sobre el desarrollo gradual del Estado socialista, que se ha convertido en nuestro país en organización de todo el pueblo. Difamando el Programa del PCUS los dirigentes chinos manifiestan que denominar al Estado socialista soviético "de todo el pueblo" supone sustituir la doctrina marxista-leninista sobre el Estado por la burguesa.

Examinemos la esencia de las conclusiones del Programa del PCUS acerca de las vías del desarrollo del Estado soviético y lo que se encierra en realidad tras los ataques de los dirigentes chinos a estas deducciones del marxismo creador.

I. Dos enfoques respecto al Estado: el marxista y el oportunista de izquierda

En la polémica, forzada por la dirección del PCCh ante el movimiento comunista internacional se presentan nitidamente dos enfoques en el análisis de los problemas prácticos y teóricos de la actualidad: el marxista, creador, y el oportunista de izquierda, dogmático. Estos dos enfoques se hallan presentes en las cuestiones de la teoría del Estado socialista.

El enfoque marxista, creador consiste en entender teóricamente, partiendo de los hechos de la vida, los procesos que se operan, analizar los cambios experimentados por el Estado socialista y formular las conclusiones prácticas para la política de la clase obrera. Precisamente este enfoque caracteriza al Programa del PCUS en conjunto, sus tesis sobre el desarrollo del Estado socialista en particular.

Engendrada por la revolución socialista, la dictadura del proletariado desempeñó un papel histórico-mundial, asegurando la victoria del socialismo en la URSS. Creado por la clase obrera, bajo la dirección de V. I. Lenin y del Partido Comunista, el Estado soviético se desarrolló junto con toda la sociedad, reflejando en su organización los profundos procesos que se operaban en la estructura social del país. Muchos rasgos de esta evolución del Estado socialista fueron previstos en las obras de Marx, Engels y Lenin. Pero naturalmente, no hubiera sido lógico esperar que los fundadores del marxismo-leninismo pudieran esclarecer minuciosamente cómo se modifica de manera concreta el Estado en las condiciones de la historia plena y definitiva del socialismo.

La respuesta a esta pregunta la ha dado la vida del pueblo soviético, el Programa del PCUS. El Estado socialista, surgiendo como Estado de la dictadura del proletariado, a medida que se construye el socialismo comienza gradualmente a convertirse en Estado de todo el pueblo. Precisamente como Estado de todo el pueblo, como exponente de los intereses y de la voluntad del mismo, resuelve las tareas de la edificación del comunismo en todo el frente y con ello prepara su propia transformación en autogestión social comunista.

El enfoque dogmático, oportunista de izquierda es opuesto al marxismo. El dogmático se separa de la vida por una muralla de citas, no desea estudiar la realidad. Para él todo el problema consiste sólo en elegir un montón de cifras, una lista de juicios, que confirman su posición sectaria de hoy. Precisamente este método caracteriza la carta del CC del PCCh del 14 de junio de 1963. Vistiéndose la toga de defensores de la doctrina de Marx y Lenin, jurando fidelidad a la "verdad general del marxismo-leninismo" y poniendo al mismo tiempo al descubierto que desconocen hechos elementales de la realidad soviética, los autores de la carta tratan de desacreditar el marxismo creador con el pretexto de su defensa. Declaran que "la idea fundamental de Marx y Lenin reside en lo siguiente: a lo largo de todo un período histórico, que separa el capitalismo del comunismo, o sea hasta la total eliminación de todas las diferencias de clase y la llegada a la sociedad sin clases, hasta la fase superior de la sociedad comunista es inevitable la existencia permanente de la dictadura del proletariado". ¿Qué tergiversan concretamente los autores de la carta del CC del PCCh, remitiéndose a la autoridad de Marx y Lenin?

La concepción marxista-leninista de la dictadura del proletariado

Como se sabe Marx empleó el término "comunismo" para designar las etapas inferior y superior de la sociedad comunista. En la "Crítica del Programa de Gotha" escribió: "Entre la sociedad capitalista y la comunista existe un período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición y el Estado de ese período no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*". Esta es una de las principales tesis de Marx que ahora mediante una interpretación falsa y dogmática utilizan los teóricos chinos para sustanciar puntos de vista erróneos.

Analizando la "Crítica del Programa de Gotha", V. I. Lenin en su obra "El Estado y la Revolución" emplea después de Marx el término "comunismo" como relativo también al socialismo y escribe: "La dictadura del proletariado, el período de transición al comunismo, aportará por vez primera la democracia para el pueblo, para la mayoría, a la par con la necesaria represión de la minoría, de los explotadores". Está perfectamente claro que en tanto se trata del aplastamiento de los explotadores, por tránsito al comunismo se tiene en cuenta el tránsito a su primera fase, el socialismo. En una serie de otros trabajos,

examinando el avance concreto del capitalismo al socialismo, Lenin define con precisión el marco de la dictadura proletaria ajustada a este período. Al afirmar que la dictadura del proletariado es necesaria para terminar con la explotación del hombre por el hombre, para crear la sociedad socialista, Lenin escribió: "Este objetivo no se puede realizar de golpe, exige un período de transición bastante prolongado del capitalismo al socialismo, y porque la reorganización de la producción es una cosa difícil, y porque es necesario tiempo para cambios radicales en todas las esferas de la vida, y porque la enorme fuerza de la costumbre a la administración burguesa y pequeñoburguesa puede ser superada sólo en una lucha larga y tenaz. Por ello Marx se refiere a todo el período de la dictadura del proletariado, como período de tránsito del capitalismo al socialismo". La última idea es especialmente importante: Lenin explicó con diáfana claridad que el "período político de transición" del capitalismo al socialismo a que se refería Marx hay que interpretarlo como un período de transición *del capitalismo al socialismo*, precisamente para este período es necesaria la dictadura del proletariado.

De este modo, Marx y Lenin partían en esencia en sus opiniones de que *la dictadura del proletariado es necesaria para el tránsito del capitalismo a la primera fase del comunismo, al socialismo*, aunque en Marx y en Lenin el tránsito precisamente al socialismo se denominaba frecuentemente tránsito al comunismo. Esta última circunstancia se utiliza por la dirección del CC del PCCh para dar a las opiniones de Marx y Lenin otro sentido: como si ellos hubieran considerado que la dictadura del proletariado es necesaria no sólo para edificar el socialismo, sino también para alcanzar la segunda fase de la sociedad comunista, para liquidar todas las diferencias de clase, o sea hasta la edificación completa del comunismo.

Las raíces de las tergiversaciones del P. C. de China sobre la teoría marxista del Estado

¿Cómo se explica el carácter de las falsificaciones de la doctrina marxista-leninista sobre el Estado por la dirección del PCCh? En semejantes casos V. I. Lenin exigía siempre, en primer lugar, llegar a las raíces social-económicas, de clases, que engendraban unas u otras líneas existentes de falsificación del marxismo en el movimiento comunista; en segundo lugar, hallar las fuentes teóricas de los errores, las erróneas tesis de partida que se colocan conscientemente como base de una u otra concepción seudomarxista.

Las líneas más perseverantes de falsificación del marxismo revolucionario en el movimiento comunista son dos: la del oportunismo de derecha y la del oportunismo de izquierda. La actual línea de dirección del PCCh interviene como oportunismo de izquierda: esto se pone de manifiesto en el menosprecio del capitalismo contemporáneo; en la actitud aventurera hacia los problemas de la guerra y la paz (tras la guerra vendrá "una civilización mil veces más elevada", "la bomba atómica es un tigre de papel"); en las esperanzas falsas de fundamento de "comunizar" de un salto la vida social; en la renuncia seudorrevolucionaria a los compromisos revolucionarios necesarios ("o todo, o nada"); en el empleo de frase vocinglera; exhortando a las aventuras en aras de "un futuro verdaderamente hermoso", con el que quieren "hacer felices a los pueblos" los dirigentes del PCCh. No es difícil observar que su tema principal es la tendencia seudorrevolucionaria izquierdista de "*empujar*" las transformaciones revolucionarias en el mundo contemporáneo, tanto dentro como fuera de China, el deseo de *saltar* a través de las fases inevitables del desarrollo histórico, lo que puede conducir solamente a desacreditar la idea misma del comunismo.

El marxismo exige dar una explicación materialista a las divergencias que surgen, ver la base objetiva de estas divergencias, que tienen su raíz en las condiciones económico-sociales del desarrollo de determinados países, de los partidos marxistas-leninistas. En un país campesino como China, con una gran cantidad de pequeña burguesía urbana, el Partido experimenta especialmente una fuerte presión de la ideología pequeñoburguesa, de los muchos millones de campesinos con sus bruscos saltos y extremismos, con sus buenos deseos y exigencias de un acelerado mejoramiento de la vida mediante el igualitarismo, con su arraigada fe en que el socialismo y el comunismo se pueden "implantar" por decreto "desde arriba", sin tener en cuenta las condiciones objetivas reales de un país carente todavía de un elevado desarrollo en el aspecto industrial. V. I. Lenin advirtió en más de una ocasión a los comunistas de este peligro.

Precisamente como resultado de la capitulación ante la presión de las ideas

pequeñoburguesas surgieron en los últimos años en China concepciones "especiales" en una serie de problemas cardinales de la actualidad, en particular alrededor de un problema central: el tránsito del capitalismo al comunismo. Precisamente en la forma de abordar el tránsito del capitalismo al comunismo están presentes las fuentes teóricas de los puntos de vista erróneos acerca del Estado socialista, y precisamente aquí se puede, hablando con palabras de Lenin, "hallar qué es lo que ha chiflado a las gentes que ofrecen con apariencias de marxismo algo increíblemente embrollado, confuso y reaccionario". Dicho de otro modo, en la base del enfoque oportunista del desarrollo del Estado se encuentra la concepción más amplia oportunista de izquierda del tránsito del capitalismo al comunismo.

Ya en 1960 el órgano del CC del PCCh, el periódico "Renmin Ribao", comenzó a propagar intensamente una interpretación "particular" del período de transición del capitalismo al comunismo, "su" enfoque del socialismo. Teniendo en cuenta la experiencia china, el periódico escribía: "La síntesis concienzuda de este análisis a base de la teoría del marxismo-leninismo sobre la construcción del socialismo, *el planteamiento de nuestra comprensión de las leyes que rigen el período de tránsito del capitalismo al comunismo...* constituye nuestra tarea actual" ("Renmin Ribao", 5|VIII|60).

La esencia de esta concepción, que responde por completo a las exigencias del "socialismo" pequeñoburgués, campesino, consiste en el salto aventurero de las etapas, en la negación del socialismo como una fase cualitativamente determinada del comunismo. Según esta concepción no marxista, el socialismo no es la primera fase de una nueva formación, que se confirma después del período de transición, sino el período de transición mismo que conduce directamente del capitalismo al comunismo. El periódico "Renmin Ribao" ha escrito lo siguiente: "La sociedad socialista, o sea todo el período de transición del capitalismo al comunismo..." De conformidad con esta afirmación, desde 1949 "el carácter social de la sociedad de nuestro país (en China, aclaración de A.B.) cabe decir que en lo fundamental era ya socialista". En realidad, la economía china de ese período tenía diversos estratos, la sociedad socialista solamente había empezado a crearse. ¿No es asombroso que haciendo pasar el período de transición del capitalismo al socialismo por "la sociedad socialista", los teóricos chinos descubran después que en semejante sociedad "socialista" hay elementos explotadores, hay capas contra las cuales es necesario emplear el poder proletario? De aquí se hace una deducción general: no sólo en China, donde se construye el socialismo, sino también en cualquier otro país donde el socialismo ha vencido plena y definitivamente, es inadmisible desechar la dictadura del proletariado; ésta debe conservarse mucho más tiempo, incluso hasta la victoria del comunismo. Precisamente para fundamentar esta concepción se eligen citas cercenadas de las obras marxistas.

Estos son dos enfoques de los problemas del Estado socialista. Veamos cómo se manifiesta concretamente la contraposición de los mismos en el análisis de la conversión del Estado de dictadura del proletariado en Estado de todo el pueblo y en la caracterización que se haga de la esencia del Estado de todo el pueblo.

II. La ley de transformación del Estado de dictadura del proletariado en Estado de todo el pueblo

Marx, Engels y Lenin establecieron las leyes básicas del desarrollo de la sociedad del capitalismo al comunismo; su deducción, corroborada por la práctica, se reduce a que en esta vía histórica al principio se realiza el tránsito de la sociedad del capitalismo al socialismo, que constituye la primera fase de la nueva formación económico-social, después se realiza el tránsito gradual del socialismo al comunismo, segunda parte de la nueva formación. La primera y la segunda fase del comunismo se crean en una situación social muy distinta, con una correlación de las fuerzas de clase completamente diferente; para su consecución es necesario resolver distintas tareas y por ello, inevitablemente, dan vida a establecimientos e instituciones distintos. La misión histórica de la clase obrera y de sus partidos marxistas-leninistas consiste teniendo en cuenta la complejidad de estas condiciones cambiantes, en emplear los correspondientes medios y métodos, conducir la sociedad del capitalismo al socialismo y del socialismo al comunismo.

La experiencia de la edificación socialista en la Unión Soviética y otros países ha confirmado el acierto con que el marxismo-leninismo concibe las leyes del desarrollo de la sociedad en el tránsito del capitalismo al comunismo. Esta experiencia ha permitido enri-

quecer la ciencia marxista con nuevas tesis. Una de estas tesis, que se apoya por completo en la práctica que existe de edificación socialista y comunista, es la deducción del Programa del PCUS sobre el destino de la dictadura del proletariado, acerca de las vías de desarrollo del Estado socialista. Esta nueva deducción del marxismo creador que abre el camino *del Estado* de dictadura del proletariado *a través* del Estado de todo el pueblo *hacia* la autogestión social comunista, corresponde plenamente a la concepción marxista-leninista de las leyes de desarrollo de la sociedad *desde* el capitalismo, *a través* del socialismo hacia el comunismo.

Los teóricos chinos, en oposición a los criterios de Marx, Engels y Lenin consideran todo el tránsito del capitalismo al comunismo como "revolución permanente", como "un período de tránsito íntegro". Con un enfoque del socialismo tan extraño al marxismo, como una sociedad sin explotados ni explotadores, desaparece, se borra en absoluto la diferencia substancial entre el tránsito del capitalismo al socialismo y el tránsito del socialismo al comunismo y la propia sociedad socialista aparece como una sociedad de lucha de clases. "Una vez que el paso del capitalismo al comunismo es todo un período de tránsito íntegro, y la lucha entre el comunismo creciente y el capitalismo que perece atraviesa todo este período como un hilo rojo, —escribía el "Renmin Ribao",— por consiguiente las contradicciones principales en la sociedad de este período no pueden dejar de ser contradicciones de clase o portadoras de carácter de clase". De acuerdo con esta concepción en la carta del CC del PCCh del 14 de junio de 1963 el funcionamiento de la dictadura del proletariado se prolonga hasta la construcción de la sociedad comunista.

Sin embargo la historia no es un caballo de carreras, que obedece a la voluntad de cualquier osado jinete; a la sociedad en desarrollo no se la puede obligar a saltar a través de las etapas que son necesarias por muy difíciles que sean las barreras para unos u otros dirigentes. Claro que se puede declarar socialismo al período de transición, se puede tratar de "comunizar" al país de un golpe, pero nadie ha conseguido nunca ni conseguirá engañar a la historia, eludir sus leyes ineluctables. Y estas leyes objetivas demuestran que del capitalismo la sociedad puede pasar directamente solamente al socialismo, y solamente entonces se puede realizar el tránsito del socialismo al comunismo; estos dos tránsitos se diferencian muy sustancialmente el uno del otro.

El socialismo, como primera fase de la nueva sociedad se crea a consecuencia de la transformación revolucionaria del capitalismo, en el transcurso de la resuelta ruptura de los pilares de la sociedad burguesa, en una situación de aguda lucha de clases, que se sostiene por los trabajadores, bajo la dirección de la clase obrera, contra los explotadores. Para destruir el capitalismo, liquidar los antagonismos de clase y edificar el socialismo es necesario por todas partes el poder estatal de la clase obrera, es necesaria la dictadura del proletariado.

La experiencia de la Unión Soviética y de otros países socialistas ha confirmado la justeza de la conclusión marxista-leninista de que el Estado socialista puede surgir solamente como Estado de la dictadura del proletariado. Cuando en octubre de 1917 la clase obrera creó el Estado socialista soviético y empezó a construir el camino hacia el futuro, Rusia era un país de múltiples estratos, en el que los elementos del socialismo naciente estaban rodeados por un mar de formas de vida burguesas, pequeñoburguesas y patriarcales; la sociedad soviética estaba compuesta de clases y grupos sociales antagónicos. En vísperas de la Revolución de Octubre las clases explotadoras: terratenientes, burguesía, comerciantes y kulaks con sus familias formaban el 16,3% de la población del país; del restante 83,7% de trabajadores la aplastante mayoría eran campesinos individuales y artesanos que no estaban integrados en cooperativas.

Para llevar el país al socialismo, la clase obrera debía, utilizando su dictadura, quebrar la resistencia de los explotadores, de las viejas tradiciones y costumbres, refundir todas las formas de producción social y de vida social en el socialismo. Por las condiciones del tránsito del capitalismo al socialismo como período de ruptura revolucionaria de los pilares de la sociedad capitalista, de aguda lucha de clases, se ha determinado también el funcionamiento del Estado socialista soviético como Estado de la dictadura del proletariado.

Los rasgos fundamentales del Estado de dictadura del proletariado fueron definidos por V. I. Lenin, quien demostró que los mismos estaban condicionados precisamente a la situación del período de transición del capitalismo al socialismo, al carácter antagónico de las

contradicciones sociales en ese período y a la encarnizada lucha de clases vinculada a ellas.

Ante todo V. I. Lenin señaló que el Estado de dictadura del proletariado es la dominación política de la clase obrera, que no comparte el poder con nadie. Apoyándose en el respaldo de todos los trabajadores, utiliza su poder para edificar el socialismo, liquidar la explotación del hombre por el hombre y reestructurar la economía campesina sobre una base socialista.

El Estado socialista soviético, como cualquier Estado de dictadura del proletariado en las condiciones del período de transición, ha liquidado la propiedad capitalista privada sobre los medios de producción, base de la explotación del hombre por el hombre, y con ello ha asegurado la liquidación de los explotadores. Ha actuado como un importantísimo instrumento para aplastar la resistencia de los explotadores, en lo que también se ha puesto de manifiesto la naturaleza de clase del Estado soviético. "Un rasgo necesario, condición obligatoria de la dictadura —escribió V. I. Lenin,— es el aplastamiento por la fuerza de los explotadores como clase..." Esto no fue motivado por venganza de clase, sino por el hecho de que los explotadores, a partir de Octubre y hasta mediados de los años 30, hicieron encarnizada resistencia a las transformaciones revolucionarias, tratando de impedir la victoria del socialismo.

Finalmente, el Estado soviético, en las condiciones de edificación del socialismo, garantizó a la clase obrera la dirección estatal del campesinado, sin lo cual no era posible lograr transformaciones socialistas en el campo. Sosteniendo una lucha de clases contra la burguesía, la clase obrera, en las condiciones del período de transición, se ha visto obligada también a luchar contra la fuerza de la costumbre de la administración pequeñoburguesa y burguesa, de que está saturada la actividad de la pequeña burguesía, del campesinado. Sólo se podía vencer esta tendencia mediante la reestructuración revolucionaria de toda la economía social, con el paso de la pequeña economía mercantil individual y aislada a la gran hacienda social. Para resolver esta tarea, escribió V. I. Lenin, "*el proletariado que ha vencido a la burguesía, debe mantener constantemente la siguiente línea fundamental de su política respecto del campesinado: el proletariado debe distinguir, deslindar al campesino trabajador del campesino propietario, al campesino que trabaja del campesino que comercia, al campesino laborioso del campesino especulador.*" En este deslinde estriba la esencia de la edificación del socialismo.

A consecuencia de la revolución socialista y de las transformaciones socialistas ya hacia 1928 el peso específico de los elementos explotadores disminuyó hasta el 4,6% (contra el 16,3% en 1913), además eran en lo fundamental kulaks, la última clase explotadora que existió en el país. El desarrollo de las transformaciones socialistas en la URSS, la victoria de las relaciones socialistas en la agricultura condujeron a que ya a mediados de los años 30 se liquidara también esta última clase explotadora. Para aquel entonces el socialismo obtuvo la victoria en la ciudad y en el campo. En la producción global de la industria, el peso específico de la economía socialista se elevó hasta el 99,8%, en la producción global de la agricultura (incluidas las haciendas auxiliares particulares de los koljosianos, obreros y empleados) hasta el 98,5%; en la circulación de mercancías al por menor de las empresas comerciales (incluida la alimentación pública) hasta el 100%; en la renta nacional (incluida la hacienda particular de obreros y empleados) hasta el 99,1%. Las transformaciones socialistas en la economía modificaron la estructura de clase de la sociedad; los obreros y empleados formaron el 45,7% de toda la población; el campesinado koljosiano y los artesanos agrupados en cooperativas el 48,8%; los campesinos individuales y los artesanos no agrupados en cooperativas el 5,5 %.

El país soviético se convirtió en una gran potencia socialista con una industria y una agricultura mecanizada desarrolladas. La guerra impuesta por los invasores causó enormes daños, pero el pueblo soviético, gracias al sistema socialista, no sólo restableció, sino que sobrepasó considerablemente el nivel de la producción de anteguerra. Como señaló el XXI Congreso del PCUS, el socialismo en la Unión Soviética triunfó plena y definitivamente. La sociedad socialista procedió inmediatamente a efectuar las transformaciones comunistas. Con ello la dictadura del proletariado ha cumplido en nuestro país las tareas para cuya misión fue establecida.

El tránsito hacia el comunismo y las funciones del Estado

El comunismo como segunda fase de la nueva sociedad, no surge como resultado de la ruptura revolucionaria de las bases socialistas ya formadas de la vida social, sino en el transcurso de su ulterior desarrollo y perfeccionamiento.

La conversión del socialismo en comunismo presupone la modificación regular del Estado socialista, que no puede por menos de reflejar cambios tan sustanciales en el carácter de las contradicciones sociales, en la estructura de clase de la sociedad. El sistema de dictadura del proletariado se convierte por la propia vida en sistema de poder de todo el pueblo.

Al efectuar la edificación del comunismo en todo el frente, el pueblo soviético se apoya en la economía socialista que domina indivisiblemente en la ciudad y en el campo; en nuestra sociedad no hay contradicciones antagónicas, el pueblo soviético constituye una comunidad de clases nunca vista con anterioridad, de grupos sociales agrupados por la unidad de intereses, de objetivos y concepciones. En 1962 los obreros y empleados formaban en la URSS el 73,6% de la población, el campesinado koljosiano y los artesanos agrupados en cooperativas el 26,3%, los campesinos individuales y artesanos no integrados en cooperativas el 0,1%.

Las principales características del Estado de todo el pueblo están descritas en el Programa del PCUS. Uno de sus rasgos esenciales consiste en que ya no es un arma política de dominación de una sola clase. "El Estado, que surgió como Estado de la dictadura del proletariado, —dice el Programa,— se ha convertido en la nueva etapa en la etapa contemporánea, en Estado de todo el pueblo, en órgano de expresión de los intereses y la voluntad de todo el pueblo". Antes, el Estado socialista soviético no podía representar los intereses de todas las clases de la sociedad: estaba dirigido contra las clases explotadoras y sólo representaba directamente los intereses de la clase obrera (en aquel entonces, única portadora del modo de producción socialista); los intereses dobles por su naturaleza del campesinado estaban representados exclusivamente como intereses de los trabajadores y no como intereses de los propietarios. En la sociedad soviética no existen actualmente explotadores, ha desaparecido el doble carácter del campesinado: la clase obrera y el campesinado koljosiano son ahora los portadores del modo socialista de producción, los intereses de todas las capas de la población marchan por una misma senda socialista, están representados por el Estado socialista de todo el pueblo.

El Estado socialista soviético, habiéndose convertido en Estado de todo el pueblo, dejó de ser Estado de la dictadura del proletariado. Por consiguiente, no es rasgo característico e indispensable del mismo el aplastamiento de la resistencia de la clase de los explotadores que es propio de la dictadura del proletariado. Esta función no ha sido abolida arbitrariamente, sino que ha dejado de existir como consecuencia del desarrollo según determinadas leyes del socialismo, debido a la liquidación de las clases explotadoras. No obstante, los autores de la carta del CC del PCCh proponen conservar la dictadura del proletariado y no suprimirla "a mitad de camino". Cabe preguntar: ¿Qué clase debe ser dominada por la clase obrera? "No se puede negar el hecho —se dice en la Carta Abierta del CC del PCUS,— que la actual sociedad soviética está constituida por dos clases fundamentales: los obreros y los campesinos, y también la intelectualidad, pero ninguna clase de la sociedad soviética ocupa una posición que le permita explotar a las demás clases. La dictadura es un concepto clasista; ¿sobre quién proponen ejercer la dictadura del proletariado en la Unión Soviética los camaradas chinos? ¿Sobre el campesinado koljosiano o sobre la intelectualidad popular?"

Después del triunfo del socialismo en el campo, la clase obrera no necesita de su dominación con objeto de reprimir las aspiraciones a la propiedad privada del campesinado como clase, ya que ahora el campesinado actúa como clase que ha unido su destino al socialismo. El conservar la dominación política de la clase obrera en tales circunstancias, significa dudar de la solidez de las transformaciones socialistas en el campo.

La principal función del Estado socialista es la función creadora. Pero el Estado socialista las cumple de manera distinta en circunstancias sociales diferentes. En el período de transición del capitalismo al socialismo, para crear las bases de la nueva vida, la clase obrera debe aplastar la resistencia de los explotadores, suprimir las aspiraciones nacidas de la propiedad privada de la pequeña burguesía, es decir, debe efectuar su propia dictadura, reorganizando la vida social de acuerdo con su ideología socialista.

En el período de transición del socialismo al comunismo, el Estado socia-

lista amplía todavía más su principal actividad creadora. Pero como ahora el comunismo crece partiendo del socialismo, en el cual no hay clases explotadoras, la clase obrera no necesita de su propia dominación sobre otras clases, ya que no hay explotadores, ni clases, ni tendencias clasistas que se resistan al desarrollo del socialismo. En una situación semejante, el Estado socialista no actúa en calidad de Estado de la dictadura del proletariado, ya que sus funciones como tal han desaparecido, sino que actúa como el representante de los intereses y la voluntad de toda la población, como Estado de todo el pueblo.

III. El Estado de todo el pueblo y la edificación del comunismo

El Estado soviético de todo el pueblo es la primera organización política del mundo, que gobierna una sociedad en la cual no hay explotadores ni explotados, en la que ha triunfado de manera completa y definitiva el socialismo y se ha iniciado la amplia edificación del comunismo. Su rasgo esencial estriba en que en dicho Estado están representados directamente los intereses de todos los grupos sociales de la sociedad, en que actúa como organización de todo el pueblo para la dirección de los asuntos sociales, como órgano de democracia política más amplia, que se halla en continuo desarrollo como el jalón más importante en la senda hasta que deja de existir completamente el Estado, hacia la transformación de éste en autogestión de la propia sociedad comunista.

La transformación del Estado de la dictadura del proletariado en Estado de todo el pueblo no es el reflejo pasivo de los procesos económico-sociales, sino que está íntimamente ligada a los cambios producidos en la misma estructura estatal. Cualquiera de los dominios de la actividad estatal soviética que citemos ya sea el de las actividades económicas, o culturales, el de la conservación del orden público o de la instrucción, veremos que se han producido en él grandes cambios en los últimos años: se renovaron los mismos Soviets, se tornó más dinámica su actividad, se fortaleció su ligazón con las masas; fue reestructurado el aparato estatal y algunas de sus funciones fueron transmitidas a las organizaciones sociales; se reforzó el control de las masas sobre la actividad de las instituciones estatales; creció el papel de la sociedad, etc... Todos estos cambios obedecen a la amplia edificación de la democracia socialista que se ensancha multilateralmente, dándole mayor participación activa a todos los ciudadanos en el gobierno del país.

A los dogmáticos, el mismo término "Estado de todo el pueblo", les parece inaceptable. Según su criterio: "mientras exista el Estado, éste no podrá ser «de todo el pueblo»".. En sus ataques citan frecuentemente a F. Engels, que criticó "el Estado libre de todo el pueblo". Ellos no comprenden que este lema de los social-demócratas alemanes de los años 70 del siglo XIX, fue enarbolado para las condiciones del capitalismo y por lo tanto, era, hasta la médula, oportunista, ya que significaba un enmascaramiento de la democracia burguesa que pretendía afirmar que "el Estado libre de todo el pueblo" puede ser establecido en el marco del capitalismo y en las condiciones de los antagonismos de clase. V. I. Lenin tenía en cuenta precisamente una situación parecida cuando siguiendo las huellas de F. Engels criticaba el tema del "Estado libre de todo el pueblo". Cuando el decía que "cualquier Estado representa «una fuerza especial para el aplastamiento» de la clase oprimida", se refería a *cualquier* Estado *no* libre, a cualquier Estado *no* popular." Es ridículo tratar de propagar esta fórmula leninista al Estado de sociedad socialista, como pretenden hacer los dogmáticos: la clase obrera no oprime a nadie, por consiguiente, aquí en términos generales, es imposible presentar al Estado como "fuerza especial para el aplastamiento" *de la clase oprimida.* Precisamente en una sociedad donde no hay explotadores ni explotados, opresores ni oprimidos, el Estado de todo el pueblo, no sólo es posible, como enseña la experiencia de la URSS, sino que es una realidad.

La vida misma refuta las tesis de los dirigentes del PCCH sobre el Estado de todo el pueblo

Pero la vida y la práctica no son argumentos para los dogmáticos. Pese a la realidad, los oportunistas de izquierda, los dogmáticos y los sectarios hablan sin cesar de la necesidad de conservar el Estado de la dictadura del proletariado en la URSS y de la imposibilidad "del Estado de todo el pueblo". Los autores de la carta del CC del PCCh sostienen con esta finalidad dos "argumentos": 1) La dictadura del proletariado debe ser conservada actualmente en la URSS, ya que allá existen todavía clases explotadoras; 2) la dictadura del

proletariado es necesaria de todas maneras para asegurar la alianza de la clase obrera con el campesinado.

Veamos cada uno de estos argumentos:

Tesis Primera: "Puede ser que alguien diga, —señaló la carta del CC del PCCh— que ellos disponen ya de una sociedad sin clases. Pero nosotros respondemos que no, y que en todos los países socialistas, sin excepción, existen clases y lucha de clases. Ello se debe a que allá hay todavía residuos de las viejas clases explotadoras que se empeñan en efectuar la restauración, porque allá siguen formándose nuevos elementos burgueses, porque allá existen todavía parásitos, especuladores, golfos, desfalcadores, etc... ¿Cómo se puede, entonces, proclamar, que allá no hay clases ni lucha de clases? ¿Cómo se puede proclamar que la dictadura del proletariado dejó de ser necesaria?"

En este caso se confunden tres cuestiones diferentes: a) ¿Existen clases en la URSS? Sí, existen, pero son clases amigas: los obreros y los campesinos. Por eso se polemiza con aquellos que afirman que en la URSS no existen clases. Eso equivale a decir un disparate. Entre los comunistas soviéticos ninguno afirma que en nuestro país exista ya una sociedad sin clases; crear una sociedad semejante significa culminar la edificación del comunismo; esta tarea está siendo aún resuelta por el pueblo soviético. b) ¿Acaso existen todavía en nuestra sociedad clases explotadoras que generan en ella "nuevos elementos burgueses"? No, no existen de ninguna manera. Cada colegial sabe que las clases explotadoras en la URSS fueron liquidadas en el curso de la construcción del socialismo. Empeñándose en demostrar de alguna manera que su concepción de la estructura social de la sociedad soviética es justa, los autores de la carta del CC del PCCh escriben sobre "el nacimiento de nuevos elementos burgueses", debido a que en la URSS todavia "existen parásitos, especuladores, golfos, desfalcadores, etc." En relación con esto, la prensa china comenzó a publicar falsificaciones sobre "la fiebre de especulación" en la URSS, sobre "la dilapidación masiva", etc. No hay necesidad de refutar semejantes aseveraciones: la deshonestidad de su carácter es evidente. Y en lo referente al intento de los teóricos chinos de presentar a delincuentes como "clase explotadora", no podemos dejar de decir que semejantes procedimientos están tan alejados del marxismo como la curandería lo está de las investigaciones científicas, ya que ni en la sociedad soviética ni en ninguna otra sociedad los delincuentes forman una clase social.

La propiedad socialista sobre los medios de producción elimina la posibilidad de que aparezcan explotadores; en nuestro país no existen las condiciones objetivas ni las bases económico-sociales capaces de convertirse en arma de explotación del hombre por el hombre: los medios privados de producción. Por eso lucen, cuando menos, como ridículas charlatanerías, las aseveraciones de los autores de la carta del CC del PCCh sobre la existencia en la URSS de clases enemigas. c) ¿Hay lucha de clases en la URSS? No. La existencia de clases no significa que subsista la lucha de clases. Para que en la sociedad tenga lugar la lucha de clases es necesario no solamente la existencia de varias clases, sino el choque de los intereses de las mismas entre sí, es decir, la divergencia, el antagonismo de los intereses de dichas clases, por lo cual, una u otra de las clases se vería obligada a movilizar todas sus fuerzas para la lucha contra su enemigo. Pero en la sociedad soviética sólo hay dos clases: la de los obreros y la de los campesinos, y después que el campesinado se convirtió en portador del modo socialista de producción, desaparecieron las causas de las contradicciones de clase entre estos dos grupos sociales.

En el curso de la construcción comunista se está alcanzando una homogeneidad social en la sociedad soviética cada vez mayor. Estando formada la sociedad soviética por grupos y clases que han unido su propio destino con el socialismo, no deja campo libre a la lucha de clases: los grupos principales y las clases de dicha sociedad no están separados por divergencias de principio, sino, al contrario, unidos por la finalidad común de la ideología comunista.

Los renegados y los elementos antisociales, como los falsificadores, golfos, especuladores, etc... sólo provocan con sus acciones la repulsa de los trabajadores, pero estos elementos antisociales, como se dijo anteriormente, no forman ninguna clase social, y por consiguiente, la lucha de la sociedad contra ellos no es una lucha de clases. El Estado de todo el pueblo es el eslabón principal en el camino hacia la desaparición del Estado, y por lo tanto, la necesidad del aplastamiento de una clase por otra y de la dictadura del proletariado en el Estado de todo el pueblo, *ya* han desaparecido, pero la necesidad de suprimir los excesos, de mantener el orden público no desaparece, sino que se conserva *aún*.

El hecho de que la dictadura del proletariado haya dejado de ser necesaria en la URSS no significa de ninguna manera que se hayan debilitado el orden público y la legalidad en el país. La lucha contra los elementos antisociales, como son los golfos y los tunantes, en las condiciones del Estado de todo el pueblo, se realiza con más efectividad, por la sencilla razón de que esta lucha se convierte en la causa de los propios trabajadores y de sus organizaciones sociales.

Segunda tesis de los autores de la carta del CC del PCCh: la dictadura del proletariado es necesaria en las condiciones de la edificación del comunismo en todo el frente, con la finalidad de dirigir al campesinado. Bajo tal enfoque resulta que la clase obrera sólo puede dirigir al campesinado y a todos los demás trabajadores mediante la dictadura del proletariado. De esta manera se refuta la diferencia que existe entre *la hegemonía* y *la dictadura* de la clase obrera, lo que es una grosera tergiversación del marxismo.

Como es sabido, la clase obrera puede efectuar su dirección con ayuda de la dictadura o sin ella: aún antes de la conquista del poder, y precisamente con objeto de apoderarse de éste, la clase obrera actúa como clase dirigente en la lucha revolucionaria, une y organiza a todos los trabajadores con vistas al derrocamiento de la burguesía. La unión de obreros y campesinos necesitaba de la dictadura del proletariado para la edificación del socialismo, para la transformación del carácter social del campesinado. Con la construcción del socialismo, las principales diferencias entre la clase obrera y el campesinado desaparecen, la sociedad se torna socialmente más homogénea. Por esa razón, aquí tampoco queda campo libre para manifestar el dominio de clase. "La clase obrera ejerce su misión dirigente, después del triunfo total y definitivo del socialismo, no ya mediante la dictadura del proletariado. La clase obrera continúa siendo la clase más avanzada de la sociedad también en las condiciones de la edificación desplegada del comunismo. Su papel de vanguardia está determinado tanto por su situación económica, por el hecho de hallarse vinculada directamente a la forma superior de propiedad socialista, como por el de poseer mayor experiencia revolucionaria, templada y elaborada en decenios de lucha de clases".

El Estado soviético de todo el pueblo es un arma importante de la edificación comunista. El Estado soviético, al expresar la voluntad y los intereses de todo el pueblo bajo la dirección del Partido Comunista, concentra todos sus esfuerzos en la creación de la base material y técnica del comunismo, en la transformación de las relaciones socialistas en comunistas, en la educación del nuevo individuo. El Estado soviético de todo el pueblo actúa como fuerza poderosa que garantiza la defensa y la seguridad no sólo del país soviético, sino de todos los países socialistas, como factor decisivo de la paz y del progreso social.

"Kommunist" Nº 13, 1963. Reproducido en español por "Novedades de Moscú". (Los subtítulos son de la Redacción de "ESTUDIOS").

UN TEMA FILOSOFICO

Pierre Vilar

MARXISMO E HISTORIA EN EL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS HUMANAS

"Para un debate metodológico", subtitula Pierre Vilar, el notable historiador marxista francés, esta contribución al examen de los más debatidos problemas contemporáneos en el campo de la investigación histórica y la sociología. Algunas de sus tesis, probablemente, pueden merecer desarrollos más circunstanciados y aun ser sometidas a correcciones parciales; pero el ensayo, en su conjunto, representa una efectiva mise au point, un ajuste de cuentas del marxismo con las diferentes corrientes que pretenden oponérsele en los territorios concretos de las ciencias humanas. Si nos hemos decidido a publicar este trabajo de Vilar, no obstante no tratarse de una producción recientísima, es porque sale al cruce de muchas de las inquietudes que preocupan a los jóvenes estudiantes de nuestras escuelas de sociología y economía, que a veces suponen que el marxismo sólo proporciona respuestas generales y no resuelve los problemas concretos de sus respectivas especialidades, por lo menos en el giro contemporáneo que esos mismos problemas asumen. Vilar, según podrá advertirse, desmonta muy cuidadosamente tales circunstancias, critica desde su interioridad a las corrientes burguesas (como lo prueba su desmenuzamiento de Raymond Arón, una de las estrellas de más brillo en nuestro cielo universitario) y formula una problemática de investigaciones y de ensanchamientos socio-históricos de altísimo interés en el actual debate ideológico. Estas preocupaciones de Vilar se vieron recientemente expuestas en el debate organizado por la revista Démocratie Nouvelle, dirigida por Jacques Duclos, acerca del tema "El historiador ante su tiempo", que inauguró otro eminente investigador marxista: Jean Brahat. (Nota de la Redacción de "Cuadernos de Cultura", Nº 62, 1963).

Como el juez, el historiador recusa el testimonio aislado. A sus ojos, sólo la frecuencia confiere al documento subjetivo su grado de significación objetiva. La historia espiritual de una sociedad no puede fundarse más que sobre el *texto en serie*. No es que la obra fuera de serie (y menos aún la obra maestra) esté fuera de la historia. Pero el desarrollo en el espacio social de un *tema* intelectual, el éxito que le reserva *un* público, las facilidades de difusión que se le ofrecen, miden la fuerza colectiva de una inquietud, de un interés, de una voluntad. Toda agrupación cronológica atenta de textos-serie, todo rastreo de afinidades en el caos de las publicaciones, forma parte, pues, de los buenos instrumentos de investigación histórica. Existe un análisis *coyuntural* de las producciones del espíritu.

Ahora bien, no es indiferente comprobar, desde este ángulo, que la coyuntura intelectual, desde hace una decena de años, está dominada por una discusión, implícita o explícita, del pensamiento marxista.

No aludo aquí, bajo el término honorable de "discusión", al trabajo ordinario de poner dique a corto plazo, a que se entrega por oficio la prensa periódica burguesa: barro cotidiano de calumnias, muretes semanales o mensuales de afirmaciones incontroladas e indignaciones fingidas. Por supuesto, que eso también tiene que ver con la historia, y no siempre el más mediocre papel polémico es el menos característico de los *textos-serie*. Pero pienso en construcciones más altas (o por lo menos más macizas), en esas cuyo armazón documental, filosófica o científica, revela pretensiones de más largo alcance.

Digamos a bulto, que la aceleración de la historia, y los éxitos del socialismo, desde Stalingrado a la Revolución China, parecen haber creado, en grupos intelectuales representativos, la obsesión —sensible desde hace más o menos tiempo según los países— de este problema fundamental: ¿ha quedado sometida a la experiencia, desde ahora, una teoría de las sociedades en evolución?, ¿era reversible la relación de dependencia del hombre a la historia?, ¿ha sido ya invertida?

Me contentaré aquí con evocar un período corto, y un sólo país. Me gustaría que otros historiadores intentaran la observación para otros lugares y otros períodos. Entre 1952 y 1957, la edición francesa ha propuesto, sobre el tema "el hombre y la historia" (sobreentendiendo, más o menos explícitamente, la discusión de la concepción marxista), *veinticinco títulos en menos de cinco años*. Se me concederá que no es un test "coyuntural" despreciable. Claro está que se trata de obras muy dispares, donde lo débil es vecino de lo brillante, lo superficial de lo serio, el ensayo rápido de la obra maciza, el esfuerzo original de la vulgarización de pensamientos ajenos ya antiguos. Lo interesante es que esta diversidad no llega a velar afinidades profundas, en las que se revelan, a la vez, la expectativa de un público y la voluntad de orientarle. Cito, sin pretender llegar al inventario exhaustivo, quedando bien entendido que me limito a Francia y que omito los innumerables artículos o desarrollos parciales:

VI Congreso de filósofos de la lengua francesa, *El hombre y la historia*, París, Presses Universitaires de France, 1952.
Pierre Vendryes, *De la probabilidad en historia*, París, A. Michel, 1952.
Lucien Goldmann, *Ciencias humanas e historia*, París, Presses Universitaires de France, 1952.
Pierre Auger, *El hombre microscópico*, París, Flammarión, 1952.
Henri Gouhier, *La historia y su filosofía*, París, Vrin, 1952.
Pierre Bigo, *Marxismo y humanismo*, París, Presses Universitaires de France, 1953.
Henri-Irénée Marrou, *Del conocimiento histórico*, París, Editions du Seuil, 1954.
Léo Strauss, *Derecho natural e historia*, París, Librairie Plon, 1954.
Pierre-Henri Simon, *El espíritu y la historia*, París, Librairie A. Colin, 1954.
Karl Jaspers, *Origen y meta de la historia*, París, Librairie Plon, 1954.
Marcel Lallemand, *Impotencia de la historia*, París, Riviere, 1955.
Felice-Battaglia, *El valor en la historia*, París, Aubier, 1955.
Hans Urs von Balthasar, *La teología de la historia*, París, Librairie Plon, 1955.
Max Scheler, *El hombre y la historia*, París, Aubier, 1955.
Georges Gurvitch, *Determinismos sociales y libertad humana*, París, Presses Universitaires de France, 1955.
Paul Ricoeur, *Historia y verdad*, París, Editions du Seuil, 1955.
Maurice Merlau-Ponty, *Las aventuras de la dialéctica*, París, Gallimard, 1955.
Henri Chambre, *El marxismo en la Unión Soviética*, París, Editions du Seuil, 1955.
Jean Marchal, *Dos ensayos sobre el marxismo*, París, Librairie de Médicis, 1955.
Jean-Yves Calvez, *El pensamiento de Carlos Marx*, París, Editions du Seuil, 1956.
Karl Popper, *Miseria del historicismo*, París, Librairie Plon, 1956.
Friedrich von Hayek, *Cientificismo y ciencias sociales*, París, Librairie Plon, 1956.
Pierre Vendryes, *Determinismo y autonomía*, París, Librairie A. Colin, 1956.
Centro Católico de Intelectuales, *Filosofías de la historia*, París, Librairie A. Fayard, 1956.
André Piettre, *Marx y el marxismo*, París, Presses Universitaires de France, 1957.

A tal punto, es una fascinación. Pero una fascinación, es preciso decirlo, de *la historia sobre los espíritus no historiadores*, y del marxismo sobre los antimarxistas. De forma que los historiadores de oficio y los marxistas militantes

apenas han entrado en la discusión, poco deseosos de dialogar en un lenguaje demasiado extraño a su experiencia viva. Este desdén se concibe, pero no carece de peligro. De hecho, ante un mismo y único desafío, *el marxismo y la historia como ciencia son solidarios*. El historiador que finge ignorar el ambiente de desconfianza contra la historia desarrollado por el antimarxismo, olvida que inspirará mañana el golpe dado a su disciplina en la pedagogía o en las verdades de su investigación. El marxista que se encoge de hombros ante la incontinencia verbal de los filósofos, olvida que no hay mejor reclamo para los espíritus jóvenes o atormentados que una pedantería suficientemente solemne.

Raymond Arón, que no se sumerge en los abismos del *Figaro* más que desde lo alto de las cimas de la filosofía alemana, para resurgir súbitamente en las playas académicas, lo ha comprendido bien. "Me falta tiempo", decía hace tres años en la Academia de Ciencias Morales, "me falta tiempo para desarrollar aquí la analítica de la causalidad histórica, que pienso haber esbozado en mis libros"(1). Pero el comentarista del *Monde* nos confía: "por muy elevada que sea, la comunicación de M. Arón se reduce principalmente a una crítica del marxismo, y a la demostración, con apoyo de la dialéctica, de que la victoria del socialismo no es, como tampoco la de la URSS, fatal"(2). Se concibe que los especialistas (o los aficionados) de "analíticas de la causalidad histórica", sean muy solicitados.

Raymond Arón siente, por otra parte, no sin cierto malhumor, que ya no está muy a la moda, ni siquiera muy "al día", tratar al marxismo de "filosofía primaria y contradictoria", o creer que la causalidad histórica se establece "entre elementos aislados, no entre unidades globales". Hoy se usa más descubrirse ante Marx y ante el análisis "macroestructural". Pero moda no es argumento y hagamos a Raymond Arón la justicia de que nuestros *textos-serie* se encuadran perfectamente entre su última comunicación académica y su *Introducción a la filosofía de la historia*. Es a esta obra, ya antigua, a la que él nos remite. A ella debe remontar nuestra crítica.

I. Raymond Arón y la "causalidad histórica"

Abramos el libro. Estamos en 1938(3). Olvidemos que España arde y que Hitler amenaza. Olvidemos Marx y *El Capital*, Engels y el *Antidühring*, Lenin y *El imperialismo*, Stalin y *La cuestión nacional*. Ya que Arón nos anuncia que los "sistemas" a la manera del siglo XIX están *pasados de moda*.

Por raro que sea este argumento de moda y de autoridad en el umbral de una obra "crítica", aceptemos colocarnos fuera de todo "sistema", y, puesto que es *toda* epistemología de la historia la que va a encontrarse sometida desde el punto de vista de sus límites y su legitimidad, al interrogatorio "crítico" o "trascendental", volvamos a ser historiador "puro", hombre de oficio, investigador en lucha con su investigación, estudiante (siempre se es estudiante) modesta, pero concienzudamente al corriente de los buenos instrumentos de su disciplina. Nuestros maestros se han llamado Gustav Glotz y Fernand Lot, Albert Nathiez y Henrich Nauser. Se ha ejercido sobre nosotros, todavía omnipotente, la influencia de Vidal de Lablache y de sus discípulos, la de las grandes tesis de Sión y Demangeón, de Lucien Febvre y Paul Mantoux. La actividad de Marx Bloch está en cumbre. Hace diez años que aparecen en París los "Annales d'histoire économique et sociale". *Los campesinos del norte durante la Revolución Francesa*, de Georges Lefebvre, tienen quince años. El *Esquema del movimiento de los precios y de las ventas en Francia en el siglo XVIII* de Ernest Labrousse tiene cinco.

Viejas glorias o jóvenes esperanzas brillan fuera los nombres de Pirenne, Dopsch, Meinecke, Tawney, Clapham, Postan, Rutkowski, Koth, Hamilton, Rafael Altamira, Sánchez Albornoz, Zavala. Los Congresos de Oslo y de Zurich, han planteado las grandes cuestiones del fundamento de las nacionalidades, de las estructuras agrarias, de las guerras de campesinos de la Edad Media.

Y, ahora, he aquí la historia, tal como la ve el filósofo Arón. Es "serie de acontecimientos y no orden inteligible". Es "asilo de nuestra ignorancia". Comien-

(1) Publicado en Arta, 20 de febrero de 1957.

(2) Le Monde, febrero de 1957.

(3) La primera edición de la "Introducción" es de esta fecha. La fecha de la reedición —1948— no es más indiferente en la historia del movimiento ideológico que señalamos.

za cuando se fija el interés en realidades individuales". Es "capaz de comprender directamente, no por el intermedio de leyes, una solución de hechos".

Tal es la "historia", incluso "natural". En cuanto a la historia "humana": "No necesitamos de ciencia, para reanimar el pasado humano, sino de documentos y de nuestra experiencia".

"El papel de la historia es restituir al pasado los caracteres de la realidad política actualmente vivida; juicios probables y relativos son suficientes para esta tarea positiva. La encuesta causal del historiador, tiene por objeto, no tanto trazar los grandes rasgos del relieve histórico como conservar o restituir al pasado la incertidumbre del porvenir".

"La ciencia histórica, resurrección de la política, se hace contemporánea de sus héroes".

"El historiador es experto, no físico. No busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, sino en el fósforo del fumador".

Digamos: la revolución del 48 en el tiroteo de los Capuchinos, y la conquista de Argel en el abanicazo del Bey.

Cuando Charles Seignobos, historiador positivista y escéptico, reducía la historia a la política y lo político a lo fáctico ["évenementiel" en el original] lo hacía al menos con algún humorismo. El desprecio total de Raymond Arón para la rebelión de los historiadores de su tiempo contra esta estrecha concepción, nos dio ganas, sobre todo, de cerrar su libro. Fue un error puesto que ese libro pasa todavía, y entre los que menos ignoran sus debilidades, por "el punto extremo del gran trabajo de crítica filosófica ante la historia"[4]. De hecho, ese "punto extremo", desde 1938, databa de veinte, cuarenta o sesenta años, según los capítulos, procedía de Weber, Rickert o Dilthey, más combinados que vueltos a pensar. Pero la presentación era singular. Para la Sorbona, la *Introducción* había sido acoplada, como se debía, a una justificación de sus fuentes. Al público, le fue ofrecida por Gallimard, sin referencias y *con el brillo de lo nuevo*. Las fuentes fueron publicadas por Vrin, para especialistas[5]. Con igual desdén, por otra parte, de los tiempos y de los lugares:

"Sin pertenecer a la misma generación, Dilthey, Rickert, Simmel y Weber son del mismo tiempo. No debemos tener en cuenta que nuestros autores sean alemanes. A partir del momento en que se decide a estudiar, a través de cuatro filósofos, un problema actual y necesario, la preocupación histórica debe ceder en favor del esfuerzo de comprensión interna"[6].

Así, cuando se explica al historiador (que lo sospechaba) que nunca el estudio histórico de un pensamiento bastará para entenderlo, que será necesario *también* el esfuerzo de comprensión interna[7], está prohibido objetar al filósofo que su esfuerzo de comprensión interna no será nunca suficiente y que será precisa *también* la "explicación" histórica. No. Para Arón, la "preocupación histórica" *debe desaparecer. Nos calificamos* como filósofos en la medida en que nos descalificamos como historiadores. Es contra la crítica histórica de la razón —es decir, contra la crítica de Marx— que se pretende edificar una "crítica de la razón histórica".

Pero la empresa, así concebida, exigiría una argumentación a su talla. ¿Es Napoleón la "causa" de la derrota de Waterloo? ¿No podía haber estallado en 1908 la guerra de 1914? Estos abismos de la "causalidad" difícilmente llegan a producirnos vértigo. Sin embargo, tal es el tipo de la "causalidad histórica" según Arón. Puesto que si el historiador abandonara los "acontecimientos" para interrogarse sobre las "regularidades", se le enviaría a la sección "sociología". ¿Vamos a desembocar en un conflicto de etiquetas? No habría que precipitarse a juzgarle pueril, puesto que la distinción escolástica entre "regularidades" y "acontecimientos", entre sociología e "historia", prepara, de hecho, una jugada de prestidigitación: permite edificar una "filosofía crítica de la historia" *sin citar*

---

(4) Ricoeur. Historia y verdad, p. 38.

(5) La filosofía crítica de la historia: ensayo sobre una teoría alemana de la historia. Vrin, 1938 (reedición: 1950).

(6) Op. cit. pp. 10, 11.

(7) R. Arón. Introducción, ed. 1948, p. 92. "El sentido de una filosofía política, a condición de admitir que tal filosofía tenga derecho a la existencia, está más allá de los incidentes biográficos y de las influencias sociales y literarias; exige, para ser comprendido, un esfuerzo de simpatía con el proceso de pensamiento". (Por extraño que parezca, el pasaje subrayado no lo ha sido por nosotros).

una obra valedera de historiador, y proclamar impensable una "historia" que se ha *definido* primeramente como el *residuo* inintegrable de las regularidades observadas.

En 1957, Arón no osó volver a esta definición. Sabe que toda historia quiere ser, en adelante, sociología. No invocó tampoco su pretendida "analítica de la causalidad histórica" para hacerse aplaudir con los fines que hemos visto. Por lo tanto, está bien significarle que su sofisma no ciega a todo el mundo, que la querida vieja batalla de Maratón de G. Simmel no ha hecho más que servir demasiado, y que una "epistemología" de la historia —"ciencia de las sociedades", decía Fustel— hubiera exigido, incluso en 1938, otros análisis.

Estos análisis, parecen prometerlos las primeras páginas de la *Introducción a la filosofía de la historia*. Justamente porque se trataba de una ciencia balbuciente, mal definida, proponían hacer de ella un estudio no "lógico", sino "descriptivo", "fenomenológico". Se esperaba, pues, ver al autor tomar él mismo un gran problema de historia, o seguir paso a paso, en sus iniciativas y sus rodeos, una gran obra de historiador. Acaso, quién sabe, *todas* las grandes obras de historiadores, para marcar las etapas —y la diversidad— del difícil enfrentamiento del pensamiento humano con la materia histórica[8]. En la prueba se está lejos de la cuenta. Arón huye ante los ejemplos, ignora las obras. Aparte Maratón, Waterloo, Sarajevo las cuestiones históricas planteadas por él son diez o doce, pero dos o tres sólo en más de media página. Si el filósofo responde que le importa poco la decepción del historiador, permítase preguntarle qué llama análisis "descriptivo" o "fenomenológico".

La *Introducción* nos deja tan lógicamente en plena "lógica" que un problema como la "grandeza y decadencia de España" está planteado en dos líneas y tratado en cinco. Habiendo emitido Cournot esta opinión: "La afluencia de oro permitió a España una hegemonía pasajera, pero la necesidad, que le asigna en Europa un papel de segundo plano, acabó por triunfar..." ¡Banalidad! exclama Arón. Ilegítima presuposición de un "orden que haría inteligible el caos que se ofrece primeramente al historiador". ¡Cómo si el papel de todo sabio no fuera precisamente hacer *pensable* lo que *primeramente* no era más que caos!

Ahora bien, la fórmula de Cournot contiene dos partes. Una, zanja demasiado rápidamente, es verdad, el papel de las permanencias geográficas en la jerarquía de las potencias —pero no son factores que se puedan olvidar. La otra, relativa al papel del oro (pidamos perdón a Cournot) es *una tontería*. Debería saberlo desde Cantillon. Y es sobre las dos páginas de Cantillon, analizando los efectos del parasitismo del oro sobre España, que nos hubiera gustado ver a Arón medir la fuerza de su crítica. Dos páginas que, ante un hecho histórico de esta talla, no son, bien entendido, más que una típica *hipótesis*. Pero una hipótesis tan apretada y constructiva que la moderna erudición puede juzgarla incompleta a veces, pero nunca la encuentra en falta. Eso es *historia*. Arón prefiere reprochar a Cournot (gran precursor, sin embargo), no su error, sino su comienzo de explicación. Porque *lo que le interesa es el caos*. "*Nos importaba* —dirá más adelante— mostrar en la historia el asilo de nuestra ignorancia". Así, como la lógica había sustituido al análisis fenomenológico prometido a la lógica, se sustituye ahora con la exigencia personal, "existencial": "Nos importaba!"

El olvido de las premisas establecidas, caracteriza, por otra parte, toda la obra. Descartando de ella cualquier consideración sobre el establecimiento de los hechos, sobre la crítica de los textos y sobre "la objetividad en el sentido vulgar", Arón ha pretendido elevarse de la metodología banal a la epistemología. La distinción era peligrosa para la historia. Puesto que *la historia no se repite, es desde* el establecimiento y la elección de los hechos, *en* el exacto conocimiento de las sucesiones temporales, *por* la medida de los espesores diversos, de la realidad histórica, como se compromete una concepción global de la ciencia.

Arón reprocha a M. Weber sus "vacilaciones" sobre las relaciones causales que ha bosquejado (por ejemplo, entre capitalismo y protestantismo). El historiador reprocha a Weber sus aproximaciones indebidas entre hechos dispares, las fuentes más que discutibles de su erudición, sus espantosos viajes a través de la cronología. Para el historiador, *la legitimidad del razonamiento depende de*

(8) Como lo hace, rápida, pero excelentemente, L. Meyerson, en su artículo "El tiempo, la memoria, la historia", "Journal de psychologie", set.-dic., 1956.

la calidad de la construcción. Arón, en cambio, "hace abstracción de la verdad o-de-la-falsedad-según-los-documentos de la teoría". Al comenzar, desde su segundo parágrafo, había afirmado ya: *"Consideramos, por decirlo así, al historiador ideal"*. Esperábamos que, por una vez, hubiera usado de un término en su sentido "vulgar". Ya que, en seguida, nos demuestra: 1º) que "el historiador está en la historia"; 2º) que sólo Dios y no Ranke, podía esperar saber "cómo habían pasado las cosas exactamente", *"wie es eigentlich geschehen"*. ¿Dónde está, pues, el "historiador ideal"? Arón olvida tanto que dialoga con él y critica las historias socialistas de la revolución francesa ¡por su "óptica de partidarios"!

Tal es la pureza epistemológica anunciada. El vocabulario abstracto vela el vacío de los análisis. La historia, según Arón, se revela cortada por el patrón más estrecho del positivismo.

¿Será tratada la sociología en forma más novedosa? De la escuela durkheimiana ¿escogerá Arón las obras históricamente fecundas, como *Los cuadros sociales de la memoria,* de Halbwachs? En manera alguna. Preferirá a ellas el caso del suicidio, es decir, del hecho histórico por excelencia, porque no puede, incluso en una sociedad en crisis muy grave, sobrepasar ciertos límites, tomar valor típico, convertirse en causa. Hecho marginal, regularidad-residuo, el suicidio, como la criminalidad, no entra entre las causas-efectos de la dialéctica histórica. Instintivamente, Arón ha buscado el ejemplo *insignificante.*

Más difícil le era escamotear a Simiand, promotor de un debate metodológico. La *Introducción* le consagra, pues, una decena de páginas, las más precisas, luego las mejores, pero todavía mezquinas, sin embargo, ante el tema, puesto que esta vez todavía la vida económica está en juego. He aquí las objeciones de Arón a Simiand y a su método:

1) Su concepción de la causa —"antecedente ligado al efecto de la relación más general"— por ser del tipo "expansión de los gases" y no "fósforo del fumador", parecería no tener nada que ver con la causalidad histórica.

2) Su "ordenación de dependencias", al hacer pensar más bien en una máquina o en un organismo (¿es preciso entender que, para Arón, máquina y organismo son equivalentes?) parecería no tener equivalencia en teoría física.

3) "Causalidad histórica y causalidad sociológica están sostenidas por una necesidad teórica que Simiand ha querido leer en los hechos, pero que, como todos los economistas, ha tenido que demostrar, en último análisis, utilizando cierto método conceptual".

¿Era entonces necesario que Simiand se contentara con ser "experto", que confundiera la historia con la física y leyera los hechos sin interpretar? Desgraciadamente, lo ha hecho excesivamente y en la misma medida en que se representaba la ciencia a la manera de Arón. Encerrándose en sus regularidades cifradas, ha excluido el "acontecimiento" en lugar de tratar de integrarlo en la historia; nostálgico de las "ciencias exactas" no ha buscado más que causalidad *mecánica, unilateral;* inductivista feroz, ha hecho intervenir *demasiado tarde* las definiciones necesarias de las categorías estudiadas, tanto que ha situado sus conclusiones monetarias en sus premisas, rehusando mirar más allá de los precios nominales. Arón, que le hace reproches diametralmente opuestos, olvida, en cambio, su gran mérito: el de haber establecido los principios de una econometría retrospectiva y haber hecho pasar por ahí, a la historia, del estadio de la *descripción* al de la *medida.*

Ahora bien, en 1938, esta etapa había sido franqueada; Arón no hubiera debido ignorarlo. En 1933, con el *Esquema del movimiento de los precios y las rentas en Francia en el siglo XVIII,* de H. Labrousse, había aparecido una historia *cuantitativamente fundada.* El movimiento de los precios —elemento sólidamente observable sobre datos continuos— seguía siendo, como en Simiand, la base primera. Pero era al servicio de una *dinámica histórica del antagonismo de clases,* reconstituida a partir del movimiento de sus rentas. Antagonismo *estructural,* desprendido de la naturaleza misma de estas rentas. Antagonismo *coyuntural* también: entendamos que una verdadera "Ley de las diferencias sociales" estadísticamente observable, el alza de los precios, a cada crisis de subsistencias, juega a expensas de los trabajadores más miserables, mientras que a largo plazo, se agrava sin cesar, a lo largo del siglo XVIII francés, "la oposición entre el salario y la renta, el salario y el impuesto, la renta compleja de la masa campesina y los derechos feudales". En 1789, muy especialmente de mayo a julio —tiempo de "soldadura" de estación— "el movimiento de las rentas reproduce

y agrava, en un atajo dramático, el movimiento de más de medio siglo". La rebelión de los campesinos empobrecidos y de los obreros sin pan, se une a la voluntad de poder de una burguesía cada vez más fuerte "contra los privilegiados comunes de la renta, el impuesto monárquico y el impuesto feudal".

Cierto es que, parecida demostración, que reposa sobre cifras de las que muchas resumen 20.000 cotizaciones, induce a tentación por su mismo éxito, e importa mucho señalar sus límites: 1) el haz de los movimientos *objetivos* que convergen hacia el *acontecimiento* del 89 es, sin duda, privilegiado; no queda dicho que será encontrado el equivalente para todas las grandes encrucijadas de la historia; 2) el movimiento de los precios, constatación de salida, debe, a su vez, explicarse por un conjunto de condiciones, nacionales e internacionales, en el orden de la producción y de la moneda; 3) entre la polarización a corto o largo plazo, de las rentas, cuantitativamente demostrada, y una oposición de clases políticamente traducida, quedan por reconstruir las adquisiciones de conciencia, las voluntades y los medios de combate. Dicho de otra manera, una demostración como el *Esquema* descalifica una "epistemología". Es chocante comprobar que, desde hace veinte años, las "críticas de la razón histórica", multiplicadas, han observado, con respecto a la obra de Labrousse, el mismo silencio.

Podríamos extrañarnos de encontrarlas menos tímidas ante Karl Marx. Pero era menos fácil fingir aquí la ignorancia. Era más fácil, por el contrario, discutir de segunda mano. El procedimiento es conocido. Marx es puesto de lado con todos los honores. Las objeciones van al "marxismo vulgar", es decir, a un Marx para estudiantes de primer año de derecho. Así procede Arón en dos páginas particularmente chatas en una tradición donde la chatura abunda. Tanto se da cuenta de ello que concluye así:

"En las páginas precedentes no hemos refutado al marxismo, por la buena razón de que no hemos examinado las ideas esenciales de la filosofía marxista, a saber, la dialéctica histórica: constitución de las totalidades a partir de las relaciones de producción, inteligibilidad de los lazos de una totalidad a otra, dialéctica —negación y negación de la negación— del movimiento histórico".

¿Y qué era necesario examinar entonces? ¡Un nuevo escamoteo intelectual! Luego de haber ignorado a los historiadores bajo pretexto de análisis filosófico, descarta a Marx como filósofo, bajo pretexto de que se estudia a los historiadores. La frase apunta, por otra parte, otra maniobra —a la cual Arón renuncia hoy por ataques menos matizados, pero que el padre Bigo ha puesto de moda: Marx (el "joven Marx" sobre todo) se convierte en un gran filósofo, genial y generoso creador de una "metaeconómica" existencial. Para una interpretación del mundo, se le otorgan todos los diplomas. Pero como son los *sabios* los que *cambian* el mundo, es preciso que el filósofo Marx no pueda ser llamado sabio. Si la economía es una ciencia, no contará como economista. Y la historia no será ciencia si hay que contar a Marx como historiador.

El mismo año que la *Introducción* de Arón, aparecía en "L'Année Sociologique" la comunicación de Robert Marjolín: *Racionalidad e irracionalidad en los movimientos económicos de larga duración.* Se encontraban ahí rasgos análogos: discusión de Simiand, ignorancia de Labrousse, escamoteo de Marx, fácil desprecio por el "marxismo vulgar", definición de lo "histórico" por lo "irracional". ¡Puesto que es "irracional" que Colón haya descubierto América! Desde ese momento *importaba*, como dice Arón, proclamar *incognoscible* la historia, aunque se debiera, para eso, *aislar*, en la obra inmensa de Vidal de Lablache, una sola frase: "Todo lo que toca al hombre está herido de contingencia..." y terminar un capítulo "citando la vieja fórmula: los hombres hacen su historia, pero no saben la historia que hacen" —lo que es, a la vez, citar a Marx sin nombrarlo y falsificarlo invocándolo; extraño método en una tesis universitaria[9].

Con tanta desenvoltura frente a los historiadores e igual desenvoltura hacia Marx, no podía Arón ser desdeñoso en un debate más clásico. ¿Determinismo? ¿Probabilismo? ¿Libertad? Obligadamente había de llegar a ello. Y llega, primeramente, a la manera de sus maestros alemanes, ahogando, bajo una oleada verbal en la que todo queda dicho, cada verdadera dificultad. Podrá afirmar, por las necesidades de una discusión que ha tenido en cuenta, en el curso de largos párrafos, jerarquías causales en sociología, o que ha reconocido en un incidente las posibilidades propias de la dialéctica. Pero las conclusiones que graba fuerte-

(9) La cita de Vidal está en exergo en el capítulo "Causas naturales", en la Introducción a la filosofía de la historia. La "vieja fórmula" citada en p. 187.

mente para uso del lector tienden a mostrar al espíritu —ese "espíritu" tan voluntariamente exaltado— impotente ante el caos de las cosas.

Sin embargo, no puede ignorar que Kant, Hegel, Cournot, M. Weber y toda la economía clásica han admitido por igual, aunque por vías diversas —suma de selecciones razonables o "astucia de la razón" —que las "regularidades" y las leyes de las sociedades humanas no eran *ni más ni menos cognoscibles* que las de la naturaleza. Pero si los críticos alemanes de la "razón histórica" han proclamado en seguida la impotencia del historiador como observador, "porque está en la historia", he aquí que los físicos han confesado, a su vez, "porque están en la física", una parecida interferencia entre el objeto observado y el observador, en el nivel de los determinismos microestructurales. Mas ese pretendido triunfo del indeterminismo (que no admitieron ni Langevin ni Einstein y que retrocede hoy) no ha puesto nunca en duda, sin embargo, que la física se hubiera constituido como física y hubiera triunfado. De forma que los pilares sacrosantos del antideterminismo de 1938 —ecuaciones de Heisenberg, probabilismo objetivo del mendelismo en biología— dejan a Arón muy molesto, desde el momento en que pueden servir también de argumento en favor de lo que le "importa" denegar: La *posibilidad práctica* de una ciencia y de una previsión *sociológica*. ¡No importa!, dice entonces: "La misma distancia de grandeza (invertida) que separa al físico del electrón, separa al historiador de su objeto. A medida que se eleva más alto, este último llega más difícilmente a aprehender lo real".

¡"Invertida" es verdaderamente admirable! Puesto que el físico ha tenido éxito en el nivel de las macroestructuras, importa, sin duda, una vez más, que únicamente las microestructuras sean accesibles al historiador. Lo que permitiría de un golpe —y aquí Arón no parece ni siquiera haber medido todo el alcance de su pirueta— salvar la economía política con fundamento subjetivista individual, inventar la microsociología y condenar al marxismo, teoría objetiva macroestructural.

A tantos años de distancia, esta tentativa desesperada para agarrarse a la vez a todos los determinismos y a todos los subjetivismos, *sea cual fuere su naturaleza*, se nos aparece como un estrepitoso fracaso. La interpretación estadística y probabilista de la ciencia, cada vez más de moda, ha cubierto, es verdad, toda clase de operaciones intelectuales muy discutibles. Pero, al menos, ha zapado la argumentación que pretendía establecer una separación absoluta entre conocimiento de las leyes físicas y conocimiento de las leyes sociológicas. Y la economía política, por su parte, ha vuelto, de buen grado o por fuerza, al terreno macroestructural. Piénsese lo que se piense de las discusiones actuales en este dominio, lo cierto es que las posiciones adoptadas por Arón en 1938 no podían ser mantenidas. Si valía la pena, no obstante, detenerse en ellas, es porque todavía ilusionan a veces, al menos entre aquellos en quienes satisfacen alguna exigencia "existencial".

Entre los libros recientes que hemos señalado, varios —y no los más despreciables— prestan su título al índice de la *Introducción a la filosofía de la historia* "El hombre y la historia", "Historia y verdad", "Del conocimiento histórico"...

Henri Marrou, al frente de este último libro, ha dibujado incluso un paisaje-símbolo en el que R. Arón forma un ruidoso Niágara sobre el río M. Weber, salido del torrente Dilthey, salido de la nube Kierkegaard, condensado en el flanco de la alta cima Kant; donde un raudal más modesto (aunque se llame Jaspers-Husserl-Heidegger) desciende de la tormenta Nietzsche; donde Simmel dispersa algunas gotas sobre Ortega, y Bergson un hilo de agua sobre Péguy. ¡Rocas! ¡Nieblas! ¡Aguaceros perdidos! El monte Hegel no nutre más que un arroyo Croce-Collingpood...[10]. Pero este detalle da súbitamente el sentido de la imagen. ¡Es *sobre la otra vertiente*, caramba que es preciso buscar el sol y toda la extensión de las tierras fértiles!

II. Para una historia de las ciencias humanas desde hace cien años

¿Quiere decir que hay que dar la razón a ese historiador belga que, creyendo así (muy erróneamente) rendir un homenaje a M. Bloch, escribió un día: "Será

(10) H. I. Marrou. Del conocimiento histórico. Frontispicio.

más tarde uno de los grandes asombros de quienes estudian la vida intelectual de los siglos XIX y XX el comprobar cuán indigente ha permanecido, al lado de la prodigiosa expansión que conocieron en esta época las ciencias históricas, la reflexión filosófica sobre la historia"?[11]

No. Porque es englobar demasiado rápidamente, en una visión demasiado sumaria, cualquier filosofía y cualquier "ciencia" en el curso de ciento cincuenta años de revoluciones. Es probable, al contrario, que lo que sorprenderá, en la historia intelectual de los años 1870-1930, será más bien la extraordinaria distancia, en el seno de lo que Joan Robinson llama púdicamente la "ciencia académica", entre el esfuerzo de *erudición* de los historiadores, el esfuerzo de *tipificación* de los sociólogos, el esfuerzo de *abstracción* de los economistas, de una parte, y, de la otra, la delgadez y la incoherencia de los resultados obtenidos. ¡Cuántos historiadores han gastado su vida en merecer la definición de Arón! ¡Qué extraño vacío en los potentes monumentos prometidos por un M. Weber o por un Durkheim! ¡Qué ruina, después de 1929, en las certidumbres y, más todavía, en las esperanzas y las previsiones de los economistas!

Que tantos trabajos —y talentos— hayan terminado en tan pocos puntos de vista comunes y orientaciones eficaces, constituye un argumento de peso en las manos de nuestros filósofos para negar el título de ciencias a estas interpretaciones subjetivas y a estos trabajos sin aplicación. Queda por preguntarse, en este dominio, si la "ciencia académica" ha coincidido con la "ciencia" y si no ha sufrido, en su desarrollo, las mismas inhibiciones y las mismas negativas que se esforzaba en sistematizar, paralelamente, la filosofía. Convendría, sobre todos estos puntos, volver a tomar el trabajo de Arón en la perspectiva exactamente opuesta, es decir, *sometiendo las filosofías de la historia a la crítica histórica*, ligándolas estrictamente a los hechos y lugares sobre los que nacieron, no separándolas del movimiento efectivo de las ciencias que pretenden juzgar y no despreciando ninguna de las formas que esas ciencias han tomado.

Todo ensayo de análisis ideológico de los últimos cien años debería someterse, por otra parte, a reglas del mismo género; no escindir artificialmente las ciencias humanas de la realidad histórica en que se insertan, respetar una minuciosa cronología, dar al marxismo, como teoría y como práctica, su definición y su lugar exactos. Olvidar estas reglas e inclusive una cualquiera de entre ellas, es exponerse a curiosos juicios sobre la historia espiritual de un siglo y hasta sobre su historia a secas.

Querríamos tomar un ejemplo en una obra todavía reciente, sólida y profunda, en que el error sobre las relaciones entre ciencia e historia no nos parece venir, como en Arón, de un prejuicio pasional, sino de una excesiva confianza del pensamiento en la especulación teórica y "académica". André Marchal, en *Método científico y ciencia económica*, expone en algunas páginas, como conclusión sobre "los conflictos de método", el lugar que asigna al marxismo en la evolución del pensamiento económico del siglo[12]. Nos parece que define bastante bien este lugar admitiendo que el mayor mérito de Marx está en una *renovación del método histórico* y citando la frase de Schumpeter: "Marx fue el primer economista de gran clase que reconoció y enseñó sistemáticamente cómo la teoría económica puede ser convertida en historia razonada".

Pero ¿Cómo se ha datado esta intervención fundamental?

1) *Antes de Marx*, se nos dice, los historiadores se habrían "limitado a describir cronológicamente hechos políticos, diplomáticos y militares", y los economistas "historistas" alemanes, amontonando monografías, habrían "terminado por comportarse como historiadores" —notemos al pasar, una vez más, la definición de historiador a los ojos del economista.

2) *El fracaso de este historismo* estrecho habría conducido a un materialismo más amplio, que habría culminado en la obra de Marx.

3) *Después de Marx*, he aquí cuál habría sido la suerte del marxismo —y aquí las conclusiones merecen ser citadas íntegramente:

"Podemos extrañarnos de que Marx haya aportado así un estimulante a sus adversarios, empujando a los clásicos sobre la vía del marginalismo y a los historistas sobre la de la interpretación económica de la historia, cuando parece ejercer sobre sus discípulos modernos un temor reverencial próximo a la parálisis.

---

(11) J. Stengers. Marc Bloch y la historia. "Annales E.S.C.", jul.-set. 1953, p. 329.

(12) A. Marchal. Método científico y ciencia económica. París, Lib. Médicis, 1952, 2 vols., cf. t. I, pp. 94-95.

"Mientras que la escuela clásica ha dado nacimiento al marginalismo y al neomarginalismo, seguidos del keynesianismo, completado y prolongado él mismo por las teorías del monopolio y del efecto de dominación, y por diversas teorías dinámicas, parece que, desde hace un siglo, los marxistas no hayan olvidado nada, pero nada aprendido tampoco. Lenin y Stalin han clarificado, sobre todo, exposiciones a veces oscuras y dado directivas políticas.

"Situación paradójica la de esta teoría del "aventajamiento", que termina en un bloqueo del pensamiento. Los jóvenes marxistas se dan cuenta confusamente de ello, pero gritan al escándalo cuando un no-marxista habla de aventajar al marxismo. ¿Es que no se aventajan ellos mismos?"

Así, cuando un economista eminente evoca, de un lado, a sus maestros —clásicos y marginalistas, neomarginalistas y keynesianos, teóricos del oligopolio y matemáticos neoclásicos, económetros y constructores de modelos, inventores de matrices y de tableros— y del otro, cien años de marxismo, es contra Lenin, Stalin y Mao Tse Tung contra quienes cree poder dar un diagnóstico de "parálisis". Y, ciertamente, Lenin, Stalin y Mao Tse Tung no han superado mucho su enfermedad "reverencial" más que para emprender la revolución en el imperio y edificar el sócialismo y hacer triunfar la revolución china. ¿Por qué no han preferido traducir en modelos cuidadosamente cerrados a la multitud los diversos capítulos de *El Capital*? ¿Por qué no han esperado el cerebro electrónico y las experiencias de laboratorio de Moreno para calcular las probabilidades de revolución a partir de la ecuación personal de los revolucionarios? ¿Cómo osó Lenin formular, *en 1916*, la teoría histórica del capital monopolista y del imperialismo, "directivas políticas" que trastornaron Asia y el mundo, cuando los economistas "académicos" reflexionaron sobre la concurrencia imperfecta sólo en 1933, y sobre "el efecto de dominación" sólo en 1950, trastornando, es cierto, el vocabulario de las lecciones de agregatura de la Facultad de Derecho, sin hacer ganar, no obstante, a Guy Mollet la guerra de Egipto! Se adivina que el historiador no puede situar en un mismo punto que el economista los "bloqueos" y las "parálisis". ¿Será que no habla de lo mismo? Hagamos entonces la pregunta: ¿de qué se trata?

¿De teoría? Pero una teoría científica es una visión global y provisional de la realidad, que se modifica, o más bien, *se enriquece, cuando ha agotado sus efectos por su avance práctico*, y cuando ha chocado, en lo real, *con un aspecto desconocido*. ¿Pueden aplicarse estas definiciones a las teorías económicas "modernas"? ¿Puede decirse (al menos hasta estos últimos tiempos) que hayan ni siquiera intentado intervenir, experimentar? De hecho ¿cuándo se han reemplazado —y más frecuentemente encabalgado— no es, sobre todo, por reconocimiento implícito de su incapacidad para *explicar* lo real, un real imaginado demasiado tiempo como un optimum, como un "equilibrio"?

Ahora, el marxismo. Volvamos a la definición de Schumpeter, que es incompleta, pero no inexacta: conversión de la teoría económica en *análisis histórico*, y de la exposición histórica en *historia razonada*. El *campo de experiencia* del marxismo, es, por tanto, *la historia* (la economía también, naturalmente, pero no una economía en sí, una materia aislada). Ahora bien, en este inmenso campo de lo histórico, el marxismo no solamente ha *explicado*. Ha *actuado*. Ha *intervenido*. Y, sobre todo, enfrentándose con lo real, se ha *modificado y enriquecido*, calificándose así, como teoría verdadera. Hasta el punto de que este pensamiento, pretendidamente "bloqueado", ha sido acusado sin cesar por sus adversarios de ir contra el espíritu de sus maestros, habiéndose invocado a Marx por los falsos marxistas contra la posibilidad de la revolución rusa y a Lenin contra la del socialismo en un solo país. Cada vez se ha podido ver de qué lado estaba la "parálisis", de qué lado el "aventajamiento", de qué lado la reverencia fingida hacia los fundadores, de qué lado la fidelidad a sus análisis. Que un excelente especialista del pensamiento económico contemporáneo pueda pasar cerca de estas evidencias sin percibirlas no carece de significación. Y en lo que toca a nuestro propósito, es justamente el parentesco objetivo el que liga, frente al marxismo y la historia a la vez, dos actitudes subjetivas muy diferentes: la tranquila seguridad del economista "moderno", la conciencia inquieta del filósofo "crítico". Una formación metodológica que corta la teoría de la acción, la economía de la historia, tiene los mismos efectos que la negativa existencial a observar y pensar históricamente. De hecho, casi siempre, entre los economistas que se hacen historiadores de la teoría (incluso en Schumpeter, hombre de acción, sin embargo, por largo tiempo, y prodigioso erudito), se prefiere la *clasificación* de los tipos de

ideas al estudio de su sucesión cronológica y dialéctica. Y si A. Marchal, tratando de situar el destino del marxismo en el siglo XX, ha cerrado los ojos sobre cuarenta años de revoluciones, es que había omitido primero, en su reconstitución de los "conflictos de método" del siglo XIX, criticar como historiador, es decir, por la cronología, el esquema de las filiaciones que tomaba de M. Teilhac.

¿Cómo decir, en efecto, que antes de Marx la historia no era más que crónica? ¿Y Guizot? ¿Y Thierry? ¿Y, en los demás países, los admirables historiadores "estructurales" de los tiempos de las luces? ¿Y la densa materia histórica manejada por los grandes economistas, de Petty a Smith, de Cantillon a Tooke? No. La síntesis histórico-económica de Marx concluye y corona tanto como innova, integra y sobrepasa tanto como contradice. La burguesía ascendente, en el tiempo en que se analizaba objetivamente, había abierto la ruta a ciencias humanas *verdaderas*, cuya herencia Marx reivindicó enteramente.

En cuanto a los "historistas" alemanes ¿cómo habría podido Marx reaccionar contra ellos, cuando pertenece a la misma generación que los más antiguos: Hildebrand, Roscher, Knies, de quienes ninguna obra fundamental es anterior al encuentro Marx-Engels ni al *Manifiesto*? La importancia de los años 1847-1857 en el nacimiento de la *Wirtschaftsgeschichte* (la palabra aparece en 1853) revela un fenómeno de la *coyuntura intelectual* en el sentido en que nosotros hemos definido esas palabras. Pero las humoradas del *Capital* contra "unser Roscher", si le acusan de enterrar bajo la erudición la verdadera economía política, atacan, sobre todo, el eclecticismo de sus definiciones. Eso no puede autorizar a poner en los orígenes del método de Marx una influencia, ni siquiera negativa, de la primera generación "historista".

Ahora bien, el segundo historicismo es posterior a 1870. El *Methodenstreit* entre teóricos e historistas, entre Menger y Schmoller, es contemporáneo de la muerte de Marx. Por otra parte, no está centrado, en principio, alrededor del marxismo. En realidad, marca dos maneras de desviarse de él, pronunciando el divorcio entre economía e historia. Más allá, Schmoller no cesa de disminuir sus preocupaciones teóricas. Sus discípulos fundan un *tercer* historismo: el de las monografías. En esta fecha, el mismo Engels ha muerto. ¿Cómo pretender que "el amontonamiento de monografías" haya desencadenado la necesidad de la síntesis del pensamiento marxista? Es exactamente lo contrario lo que ha pasado, como lo indica suficientemente la cronología. El brillante programa del *Manifiesto* ha podido jugar, incluso para la *Wirtschaftsgeschichte* burguesa, un papel excitante. Pero *El Capital*, elaborado a partir de todo el pensamiento económico-histórico desarrollado desde el siglo XVI, obligaba a la economía política *a contradecirse* y a condenar al capitalismo. No podía ser aceptado *como teoría* más que por la clase y los espíritus revolucionarios. Ante esta *historia razonada* los otros se dieron a la fuga. Fuga ante la historia: fue la teoría "pura". Fuga ante el razonamiento: fue el historismo monográfico o los ensayos de pura tipología. El primero de estos movimientos —el refugio en la teoría pura— es voluntariamente reconocido por los historiadores del pensamiento económico, como un contragolpe provocado por Marx. Esto es lo que A. Marchal llama el "estimulante" aportado por el marxismo al marginalismo.

En efecto, la publicación, en menos de dos años, 1871-1873, de las obras fundamentales de Jevons, Mengers y Walras, puede difícilmente parecer fortuita. Esta media vuelta simultánea de tres guías sobre la ruta por donde avanzaban, desde hace siglos, los economistas a la búsqueda del valor "objetivo" y justo cinco años después del primer libro de *El Capital*, no puede tener un sentido puramente individual ni puramente intelectual. Es la negativa de una interpretación de lo real por toda una clase. No hagamos, por supuesto, ni una reacción orquestada, ni una súbita iluminación (todo método tiene sus precursores). Pero ¿cómo no contestar a los que se niegan a ver en el marginalismo una apologética del capitalismo porque muchos marginalistas —y Walras a su frente— han preferido la abstracción a la propaganda y, personalmente, han querido ser socialistas, que el destino del marginalismo, en esas condiciones es todavía más significativo? Si los mejores fundadores han creído verdaderamente expresar, por el método deductivo-subjetivista, lo que "debería" pasar, sin creer que "eso pasa" realmente así ¿quién, si no, ha presentado durante tanto tiempo un instrumento de cálculo como la expresión de un modo existente de relaciones sociales?

Aquí, lo que más nos interesa históricamente es señalar cómo el marginalismo, en la medida en que se sabía irrealista, lejos de contradecir la filosofía alemana de la irracionalidad de la historia, se coordinaba con ella. En efecto, si

el cálculo no vale más que en la economía "pura", podemos dejar al historiador con su colección de hechos, al sociólogo con su colección de formas, al político con su eterna improvisación. La combinación del cálculo de equilibrio y de un socialismo empírico en Walras, expresa bien esta clase de "liberalismo desesperado" que desarrollaba, también al día siguiente del *Capital*, la sociología alemana.

"Liberalismo desesperado": así califica M. A. Salomon, en una página que dice más, ella sola, que toda la obra de Arón, la actitud negativa, ante el hegelianismo y el marxismo, de los que han fundado esta sociología alemana.

"En Alemania, el clima de opinión era un clima político que se oponía a todo lo que podía suscitar una sociedad independiente del Estado. La sociología vino a ser asunto de algunos sabios, que, a partir de sus diferentes dominios de investigaciones —historia, economía, filosofía— terminaron por desarrollar la sociología como teoría y como método...".

"Su primera experiencia fue el choque sufrido ante los gigantescos sistemas de determinismo propuestos por Hegel y Marx. Estos sociólogos se rebelaron contra doctrinas que pretendían conocer la significación del proceso social. Era una rebelión en el espíritu de las ciencias positivas, imbuidas de una profunda desconfianza *contra* la metafísica y de humildad en lo que concierne a la infinita variedad de las experiencias y de los acontecimientos. Admitían voluntariamente la unidad y el carácter sintético del proceso social. Querían, sin embargo, descubrir los instrumentos científicos que permitieran escapar a la necesidad ineluctable del determinismo radical"(13).

Estas frases son tanto más significativas cuanto que no parecen contener en su autor ninguna intención crítica hacia la sociología alemana, sino el simple reconocimiento de su inserción en la historia, de lo que Arón, por su exposición sistemáticamente acronológica, había eludido los molestos problemas.

Pero si la negativa metafísica de la metafísica señala bien el lugar de la sociología alemana sobre la ruta que va del positivismo del siglo XIX al neopositivismo de nuestro tiempo —más pretencioso—, tiene muy distintas implicaciones epistemológicas para las ciencias humanas que para las ciencias de la naturaleza. La visión mecanicista de la ciencia, en efecto, ha podido acomodarse durante mucho tiempo al espíritu positivista en la investigación. Pero ¿qué pensar de una sociología que, incapaz de discernir las vías abiertas por la dialéctica a la creación y a la libertad, prefiere buscar refugio, contra el "determinismo radical", en el "espíritu de las ciencias positivas" entendido como en el siglo XIX? Confesar que esa elección ha surgido de un "choque", de una "rebelión", es dar ya a la "humildad" científica de nuestros sociólogos un substrato curiosamente pasional. Y poco nos importa, por supuesto, el grado de las sinceridades individuales. Lo grave es la orientación *colectiva* dada a la epistemología por una *cristalización* de *actitudes* sobre la que la *cronología*, una vez más, no deja mucha duda. Cuanto más diversa, dispersa, desorganizada, fue la reacción contra Hegel, tanto más aparece la reacción contra Marx, entre la Comuna y la Gran Guerra, como el común denominador de todas las fracciones burguesas de una ciencia que acaba de romperse en varios trozos: ya que la abundancia de las sociologías críticas, subjetivistas, positivistas, místicas, corresponde a la etapa marginalista en economía, a la monografista en historia económica, a la "historizante" entre los historiadores.

¿Qué era de la "unidad y el carácter sintético del proceso social" en este estallido? De hecho, el marxismo solo, *sintético y práctico*, iba a revelarse capaz según el criterio de toda ciencia— de inscribir sus resultados en la acción. Las otras sociologías, *analíticas y teóricas*, iban a inscribir materiales y cálculos *en los libros*. Durante un tiempo, eso pudo crear la ilusión de una mayor riqueza intelectual. Pero ¿puede decirse, todo bien considerado, que una verdadera ciencia de las sociedades haya sido opuesta a la teoría marxista, entre 1875 y 1925, formulada ella misma *como conclusión de* y *no en contradicción con* los aportes anteriores de la investigación en materia de historia y economía? Al contrario, la *esterilidad práctica* de la economía y de la sociología no marxista es tan evidente en el curso de este medio siglo, que muchos espíritus han podido descubrir sinceramente una "era nueva" en ciertas formas "modernas" recientemente adoptadas por una u otra de las ciencias humanas, cuando se trata simplemente de

(13) La sociología en el siglo XIX. Presses Univ. de France, 1947, II, p. 598.

reconquistas penosas, parciales, condenadas todavía a los temores y contradicciones de las verdades de la ciencia clásica, tal como Marx la había coronado.

Bueno es, por eso mismo, volver un instante sobre las consecuencias epistemológicas de la reacción instintiva contra los "gigantescos sistemas" de Hegel y Marx, reacción que no podría ser limitada a la sociología únicamente.

1) *Una tendencia a escindir la realidad* ha condenado a la economía, a la sociología y a la historia a un perpetuo juego de escondite. La economía, a la búsqueda del equilibrio "puro", ha considerado al individuo fuera del grupo, lo económico fuera de lo social y la impulsión histórica como un factor "exógeno". En historia, la busca del "pequeño hecho verdadero" ha transformado el trabajo erudito, admirable y necesario, pero *instrumento* y no ciencia, *de medio en fin*. En sociología, M. Weber se ha esforzado en extraer de la materia histórica estas clases de formas a priori de la psicología social, llamadas *Idealtypen*, mientras que Durkheim creía descubrir una especificidad de lo social, un social "en sí", casi deificado, que hubiera permitido concebir, al lado de la economía "pura", una sociología "pura", consagrándose la historia "pura" al acontecimiento, en el extremo rigor a "la institución".

2) *Una concepción de la investigación* puramente *empírica* en historia, y puramente *conceptual* en economía, pudo entonces consagrar el divorcio entre las dos disciplinas. Por una asimilación totalmente incorrecta, el establecimiento de un hecho histórico, singular y temporal, fue asimilado, en historia, al establecimiento *del* hecho científico, elaborado por toda una tentativa del pensamiento a partir de la repetición experimental. Por una asimilación del pensamiento no menos incorrecta, el apriorismo fecundo de la teoría y de la hipótesis fue confundido con una falta de "objetividad" en la observación. Yo he podido todavía oír a C. Seignobos recomendar a sus discípulos de la Sorbona que eliminaran de sus proyectos de investigación ¡todo lo que despertara de antemano su interés! Este positivismo *de apariencia* científica, hacía la historia *impensable* (y la suponía implícitamente tal) bajo pretexto de someter el espíritu a la "infinita variedad de los acontecimientos" y al único dictado de los textos. Durante este tiempo, los economistas conceptuales, como les acusaba Simiand, hacían "de la ciencia su laboratorio", es decir, fuera de toda verificación sincera de las hipótesis *sobre un tiempo y un espacio bastante extensos.*

3) *Una concepción estética del hombre* estaba en el fondo de esta reacción intelectual. Una economía valedera para todos los tiempos y todos los lugares, supone una inquebrantable psicología. Una sociología que hace de la historia un repertorio de formas, traspone, sobre el plano social, la misma creencia en las estabilidades. Excelentes historiadores han tratado, por un instante, de aplicar a los diversos tiempos de la historia las concepciones durkheimianas: Piganiol, a los orígenes de Roma; Mathiez, a los cultos de la revolución francesa. Pero ¿quién cree todavía en la continuidad entre potlatch y nación, totem y culto decadal? No hay economía y sociología "eternas", ni economía y sociología "puras". *Es la historia la que es objeto de ciencia, porque la historia crea continuamente su objeto.* La historia ciencia del cambio, decía M. Bloch. La historia *ciencia de las sociedades en cambio,* y por eso mismo, rebelde a todo "estructuralismo" no dinámico, no tiene nada que hacer con las sociologías estáticas.

4) *Una concepción subjetivista de la ciencia* completaba esos rasgos dominantes de las ciencias humanas de anteayer. La historia diltheyana se envanecía de no existir más que como reflejo de la espiritualidad del historiador. El marginalismo renunciaba en economía a la noción de *valor objetivo,* gran conquista de los fundadores del pensamiento económico clásico. Ahora bien, edificar una teoría de la economía social sobre el comportamiento subjetivo del individuo, era partir de frágiles banalidades o de una observación "microscópica", al nivel de los individuos, tarea casi imposible. Era sacrificar varios siglos de reflexión en materia de "cuadros" macroestructurales y de investigación histórico-inductiva de Petty a Smith, de Quesnay a Marx.

Los marxistas tienen razón en decir, por tanto —y que, a veces, lo hayan dicho demasiado dogmáticamente no cambia nada en el fondo de la cuestión— que la reacción contra Marx, instintiva o sistemática, al inspirar después de 1871 a las ciencias "burguesas", las ha conducido, en realidad, fuera de la ciencia. Es verdad que hemos dicho ciencias humanas de "anteayer", no de "ayer", puesto que una historia profunda de este modo de pensamiento revelaría, por supuesto, en Europa occidental y en América, singulares transformaciones desde hace cin-

cuenta años. Un historiador no se asombrará en descubrir sus virajes hacia 1917-20, hacia 1929-33, hacia 1944-50. En un sentido, la primera victoria práctica del socialismo, recreando el gran miedo que sucedió a la Comuna y al primer libro del *Capital*, reforzó primeramente la corriente antimarxista e hizo más pesado el silencio alrededor de la herencia científica de Marx. La ligereza con la que la ciencia económica universitaria trató, entre 1920 y 1940, esta herencia, será objeto un día de las páginas más aflictivas en la historia intelectual de "Occidente".

Fue la crisis de 1929 la que en materia de economía quebrantó las primeras certidumbres, cuando en historia, desde hacía ya algún tiempo, algunos buenos espíritus habían comenzado a sacudir la insoportable dictadura del positivismo *de los acontecimientos*. Ciertamente, no se trataba en manera alguna de vertebrar todavía la investigación histórica en una "teoría general", Pero se trataba de una verdadera vuelta espontánea a la investigación de la unidad entre lo real y lo racional. La práctica de la historia, por su carácter global y necesariamente dinámico, atraía a los mejores de los que se consagraban a ella, a una inteligencia —si no todavía a una "ciencia"— de los lazos entre *la materia social y el tiempo*.

No creo inútil resumir aquí —como lo he hecho en otra parte y recordado al comienzo mismo de este artículo[14]— lo que un joven historiador francés, entre 1925 y 1939, pudo aprender de los verdaderos maestros de quienes seguía ejemplos y lecciones. El "combate por la historia" de L. Febvre y M. Bloch puede definirse: combate *contra* las barreras entre disciplinas, *por* un lazo orgánico entre historia, economía, geografía, etnología, sociología, por la unidad, pues, de la materia y la reflexión históricas; combate *contra* las barreras entre especialistas, *por* una historia comparada de los lugares y de los tiempos —sin *exceptuar el presente;* combate *contra* el aislamiento del investigador, *por* el trabajo colectivo; combate *contra* la investigación ciega en el caos de los hechos, *por* una investigación guiada por hipótesis y problemas; la tentativa de F. Simiand, *sociólogo* convertido en *economista* e *historiador* para edificar una "teoría experimental" del salario, que le condujo hacia los estudios a muy largo alcance de los precios, de las fluctuaciones económicas, de la moneda, afirmaba al mismo tiempo la unidad profunda de las tres disciplinas, Simiand cedió, sin embargo, en su concepción final de la moneda, a la influencia de sus orígenes, a la noción durkheimiana de una "magia" social. Pero, desde 1933, H. Labrousse, relevándole, hizo entrar plenamente el análisis inductivo económico en el corazón de la historia.

Tal vez sea precisamente la mayor conquista del último cuarto de siglo en historia, haber extendido la influencia más o menos directa, más o menos difusa, pero muy cierta, de Marx, de la obra de los historiadores especializados de la economía a la de los más cuidadosos de historia "total", según el "orden lógico": economía, clases sociales, mentalidades sociales, que H. Labrousse definió justamente como fundamento de las investigaciones y síntesis de G. Lefebvre[15]. Labrousse, sin embargo, quizo subrayar en esta ocasión que esta influencia marxista era la del marxismo "sociológico", que hay que separar, según Pareto, del "marxismo económico".

Pero ¿están las "ciencias económicas", en 1960, más cerca de Pareto que de Marx? Desde 1932-36 han trastornado singularmente sus métodos. Y puede decirse fundadamente que sus "revoluciones" —comenzando por la "revolución keynesiana"— han sido, sobre todo, los *redescubrimientos parciales* de verdades clásicas de las que Marx —y sólo él— había tenido el genio de elaborar la *teoría general*.

Hemos asistido a la reintroducción de las macroestructuras en el análisis y en la continuación de los cálculos económicos globales (lo que reduce el marginalismo de explicación universal a simple procedimiento de cálculo). Hemos visto la obsesión del equilibrio abandonada por la obsesión de la dinámica. Hemos conocido la renovación de las "teorías de la población" y del subempleo. Hemos oído reconocer que los "modernos", contrariamente a los clásicos, no sabían ya "pensar a largo alcance" y que los "primitivos" de la economía habían comprendido mejor la "naturaleza íntima" que los más brillantes analistas contemporáneos. Ante la evidente declinación del capitalismo de concurrencia, fue preciso elaborar las teorías del oligopolio y del monopolio, reconociendo de esa manera el triunfo del proceso de concentración. Fue preciso volver a encontrar, para la

(14) Comunicación al Coloquio francopolaco organizado en París en octubre de 1956, bajo los auspicios de la UNESCO.

(15) Cf. el artículo necrológico sobre G. Lefebvre, "Annales", 1960, p. 3.

época del imperialismo, el equivalente de los viejos análisis mercantilistas sobre las "economías dominantes", los "efectos de dominación", los "polos de desarrollo", los cambios onerosos, los desarrollos desiguales. El estudio econométrico a largo alcance de los diferentes productos nacionales condujo a escoger el tiempo de trabajo simple contenido en cada producto como criterio decisivo del desarrollo económico global. Por último, después de haber buscado largo tiempo la formulación en teoría para los procesos de crecimiento, se reconoce cada día más que sólo el análisis *histórico total* es capaz de dar cuenta de ellos en cada caso, y que sólo el "análisis causal", no el "análisis alternativo", puede revelar los lazos recíprocos —dialécticos— entre las estructuras y las "coyunturas"(16).

No hay uno solo de estos puntos que no hubiera perfectamente despejado y aclarado hace tiempo un conocimiento serio de Marx y, por supuesto también, de Lenin. Y un verdadero marxista —economista e historiador por definición y no lo uno o lo otro— podría contentarse con anotar puntos, ante tantos "descubrimientos", con una satisfacción teñida de ironía. Pero que tenga cuidado. Las negociaciones no meditadas, las afirmaciones orgullosas de los críticos o de los revisionistas del marxismo se desmoronan rápidamente. El orgullo subsiste y la irreflexión también. Puesto que hoy está de moda no analizar tres cuartos de siglo de fracasos del pensamiento sociológico, después del rechazo de Marx, tres cuartos de siglo de *tiempo perdido,* sino imputar al marxismo verdadero, es decir, al marxismo *activo, constructivo,* la insuficiencia de los desarrollos dados *en los libros.* A veces se saca argumento de la incoherencia de los resultados obtenidos por las ciencias económicas e históricas oficiales, para deducir la imposibilidad de una teoría general de la sociedad en evolución: es la posición de los filósofos "críticos". Pero se saca argumento también de la "fineza" de los modelos teóricos modernos o de lo "concreto" de las encuestas microsociológicas para afirmar la superioridad de las ciencias humanas "en formación" sobre el marxismo "rudo" y "vulgar". Lo único que se olvida es la formidable capacidad de presa sobre lo real que ha manifestado la entrada en acción del análisis marxista. Para decir verdad, se siente perfectamente que está ahí lo esencial. Sin lo cual, no se publicarían tantos volúmenes sobre "el hombre y la historia". El último —y más característico— ejemplo de esta mezcla de orgullo y humildad, nos fue dado por la carta de J. P. Sartre a R. Garaudy, que éste ha insertado en *Perspectivas del hombre*(17).

Se sabe que Sartre acepta hoy considerar al marxismo como única filosofía posible de nuestro tiempo. Pero lo considera, al mismo tiempo, como un terreno virgen, que se propone —y propone a los otros— como modesto pionero, roturar.

"En esta *no man's land* cultural que es hoy el marxismo —escribe— me parecería un poco presuntuoso, mi querido Garaudy, que nos esperárais con los brazos cargados de flores y la cabeza cargada de saber, como si fuéramos hijos pródigos. La verdad es que hemos elegido un sector de investigación, vosotros otro, que nuestro acuerdo formal es completo (así, no nos batiremos si nos encontramos por azar) y que, unos y otros, hemos tenido que roturar este árido arenal.

"Estoy, por mi parte, convencido de que únicamente las investigaciones concretas permitirán a la filosofía que produce todos nuestros pensamientos, enriquecerse y manifestar dialécticamente sus verdaderos problemas. Me parece, por lo demás, que, en este dominio, hemos tomado la delantera; nosotros nos ocupamos de los hombres y temo que vosotros los hayáis olvidado".

Exactamente como los fundadores de la sociología alemana, Sartre quiere buenamente reconocer (y esta vez bajo la invocación de Marx) "la unidad y el carácter sintético del proceso social". Pero se apresura a dividir cuidadosamente los sectores y los terrenos de investigación y a invitar a mil estudios concretos antes de confrontar la teoría con la acción. Esto es volver a empezar la gestión diltheyana. La humildad del "todo está por hacer" y el orgullo del "yo voy a enseñaros la ruta"... Y lo mismo que hace poco el economista hablaba de la "parálisis" de Lenin, oponiéndola al espíritu novador de Hicks o de Keynes, la filosofía de los tiempos modernos" piensa haberse ocupado más de los hombres que quienes han cambiado el destino de mil millones de ellos.

---

(16) He desarrollado estos puntos en el informe que presenté al Congreso de Ciencias Históricas de Estocolmo, en agosto de 1960.

(17) Roger Garaudy. Perspectivas del hombre. París, Presses Universitaires de France, 1960, pp. 111-118.

Hubo un tiempo en que los marxistas no tuvieron más que desprecio —injurias frecuentemente— por estas actitudes extrañamente ciegas de la "ciencia burguesa". Hoy se dan cuenta de que no significan necesariamente hipocresía o falta de inteligencia. Simplemente, forman parte de una representación del mundo en que la ciencia y la filosofía sociales han funcionado tanto tiempo en el vacío, que la noción —*cualitativamente* nueva después de todo— de *experiencia histórica* puede escapar todavía a los mejores espíritus. Por eso el diálogo entre marxistas y no marxistas —si se despoja de una y otra parte de toda soberbia— queda, para las futuras ciencias del hombre, como una esperanza y una necesidad. En este sentido, la carta de Sartre precisa una posible base de discusión cuando afirma:

"Entre los conocimientos sin fundamento del pensamiento burgués y el fundamento sin conocimiento en que ha quedado el materialismo histórico, nuestro siglo sigue siendo —puestas aparte las ciencias exactas— el siglo del no saber".

No soy bastante filósofo para decidir si se puede hablar con derecho (incluso en plural) de "conocimientos sin fundamento"; me parece poco probable que pueda hablarse (en singular esta vez) de "fundamento sin conocimiento". Pero no se trata, sin duda, más que de la formulación demasiado absoluta de una indicación útil. Creo, por haber reflexionado mucho en ello, que las ciencias económicas, históricas, sociológicas de estos treinta últimos años han podido constituirse *parcialmente* fuera del marxismo —pero en la medida en que se redescubrían sus posiciones *parciales*—. No son "conocimientos sin fundamento", sino conocimientos sin teoría general. Además, si el materialismo histórico hubiera sido ese "fundamento sin conocimiento" que Sartre imagina ¿cómo habría hecho presa sobre lo real? Sartre quiere reducir el marxismo del siglo XX —¡el leninismo!— a un "idealismo voluntarista". No se da cuenta de que, atribuyendo cuarenta años de revolución exitosa a un *no saber*, es él quien se define como "idealista voluntarista". Si, en efecto, no hubiera diferencia *cualitativa*, diferencia *de nivel histórico* entre la experiencia de Lenin y la de Robespierre, entre la de Stalin y la de Pedro el Grande, entre la de Mao Tse-tung y la de Sun Yat-sen, entre la de Jruschov y la de De Gaulle, podría hablarse de "idealismo voluntarista". Pero ¿quién, sino el mismo Sartre lo pretende?

Dicho esto, no es inexacto que el marxismo de acción haya tenido más fuerza en su fundamento que fineza en sus modos prácticos de aplicación. Sus éxitos *históricos* surgen de un justo *análisis histórico fundamental*, lo mismo que sus éxitos *económicos* (simple aspecto fragmentario de los precedentes) salen *de una estructura social cualitativamente superior*, y no de un cálculo económico *técnicamente* más sutil, al menos hasta estos últimos tiempos.

Pero los tanteos del socialismo —y sus errores, que ha tenido la fuerza de reconocer— han venido justamente de que los instrumentos de la experiencia eran —y no podían no serlo— instrumentos relativamente groseros. Reprochárselo, sería reprochar a la física del siglo XIX no haber esperado, para pasar a la prueba experimental de sus descubrimientos, los instrumentos del cálculo de la física cuántica, los cuales no podían elaborarse, en realidad, más que después del agotamiento de una teoría fundada en el nivel de las macroestructuras.

Cuando se objeta al marxismo —esto ha venido a ser de una banalidad descorazonadora— que sus cien años de existencia le descalifican como instrumento de análisis del mundo de 1960, se razona como si las grandes teorías científicas, en sus comienzos —y estamos al comienzo de la frase científica en sociología dinámica— se hubieran sucedido a un ritmo decenal y no secular, y como si Lenin y los planes quinquenales no hubieran añadido nada a los "fundamentos" de la teoría de Marx. Sartre justifica su tesis del "no saber" arguyendo que los "difíciles combates" de la clase obrera no le han dejado tiempo para desarrollar la teoría que era su bien. Es una manera curiosa de adherir a la filosofía de la "praxis". Es, sobre todo, una concepción muy libresca de la ciencia. Si la ciencia de la lucha contra el desarrollo se midiera por la longitud de la bibliografía anglosajona del crecimiento, el gran arranque se hubiera producido en otro lugar que en la China marxista.

Por lo demás, cada gran etapa de la física ha cabido en una memoria de algunas decenas de páginas: la talla del *Manifiesto*. Se nos dirá que *El Capital* es largo. Es, en efecto, un prodigio *único* por la amplitud de la información histórico-sociológica subyacente a la formación del modelo abstracto y a su crítica. Pero ¿quién hablaba entonces de "fundamento sin conocimiento"?

Marx, repitámoslo incansablemente, coronaba varios siglos de esfuerzo humano hacia la constitución de una sociología. Su pensamiento no es una *innovación* filosófica, es una *conclusión* científica. De ahí su duración. Puesto que una teoría no invalida, sino que engloba la recepción de la ciencia anterior. Por eso es por lo que Marx, desarrollado por Lenin, sigue siendo Marx. Por eso es también por lo que —y es en este primer sentido que puede aceptarse la frase de Sartre— todo conocimiento sociológico que, desde su punto de arranque, se niega a considerar al marxismo como teoría general *sin tener nada con que reemplazarle*, "carece de fundamento". Algunos antimarxistas contemporáneos lo han proclamado, por fin: W. W. Rostow busca en el marxismo "una alternativa". Está en su derecho. Pero la historia estructural y cuantitativa fundada hace una treintena de años o la sociología "hiperempírica", no han encontrado todavía ninguna categoría de reemplazo de las categorías de Marx: fuerzas, modos, relaciones de producción, sociedad feudal, sociedad capitalista, burguesía, proletariado. Ahora bien no hay obra científica sin definición. Y las categorías marxistas no son más "dogmáticas" o teológicas" que la noción de "átomo" en física, ni más inquebrantables, por otra parte. Igualmente, la ciencia económica moderna se bate en retirada, aceptando cada vez más lo que en otro tiempo la horrorizaba; pero negándose a franquear la última etapa —el retorno al valor objetivo— se condena a permanecer fragmentaria.

He ahí los puntos sobre los que la reflexión moderna debería insistir. Se trata, sin duda, sobre todo, de barreras intelectuales por franquear, de fórmulas completamente hechas por abandonar (el antimarxismo vive más de clichés que el marxismo más vulgar). Y sería absurdo dar a este reconocimiento el sentido de una capitulación intelectual.

¿La contrapartida? Está en la confesión, por parte de los marxistas (y tampoco es una capitulación), de que la fase de combate y construcción inicial de los años 1917-1956, no ha agotado, y sobre muchos puntos no ha podido comenzar, la gran obra de *creación cultural* prometida por el método universalista de sus fundadores. Bajo esta forma, que no implica ya la noción de "fundamento sin conocimiento", sino únicamente la de éxito *inacabado en el orden espiritual*, puede haber todavía un entendimiento con Sartre. Como puede concederse a los economistas que la etapa semiempírica de las planificaciones no ha creado más que medios todavía sumarios en la información y en el cálculo.

Que los economistas, historiadores, sociólogos occidentales hayan dispuesto de más tiempo, en el curso de los últimos decenios para amontonar más conocimientos, (particularmente en el orden estadístico) y para afinar procedimientos de cálculo (frecuentemente habiendo quedado sin objeto), no hay nada humillante en reconocerlo. Los marxistas parecen prontos hoy a despreciar menos de lo que lo hace Sartre estos "conocimientos sin fundamento". Solamente piden que los papeles vulgarizadores no triunfen demasiado rápidamente por el hecho de que los economistas soviéticos no vengan a inclinarse sobre las obras de los consejeros de la General Motors:

1) Porque ha quedado demostrado que en materia de utilización de los medios modernos (incluida la electrotécnica) la rapidez de los progresos socialistas es generalmente bastante grande:

2) Porque una "estrategia" económica al servicio de una *previsión concurrencial* no puede informar *más que técnicamente* (no "fundamentalmente") la "estrategia" planificadora, que, en los límites del comunismo, no puede ser llevada más que *contra la misma naturaleza;*

3) Porque la previsión económica no es todavía ¡ay! la estrategia única (ni siquiera la estrategia dominante) exigida del socialismo. *La historia* —la de las contradicciones *entre hombres, no entre hombres y naturaleza*— sigue siendo, acaso por mucho tiempo, el dominio de la "praxis". Así, la resistencia de las viejas estructuras, en el conjunto del mundo, no depende mucho de una estrategia matematizable. Ni el peligro de guerra que entraña. Sobre este punto podemos "ocuparnos de los hombres" de acuerdo plenamente con Sartre. Ya ha sido hecho.

Pero para traer, con los mínimos choques posibles, a los sabios de buena fe que han permanecido hostiles al marxismo, a volver a plantear el problema de los *fundamentos* de sus conocimientos; para traer a los marxistas, liberados de su propio complejo de desconfianza hacia *técnicas* mucho tiempo condenadas por ellos como manchadas de vicios originales, ¿qué otra cosa mejor que recomendar que un trabajo "concreto", según el deseo de Sartre, sobre la historia de las ciencias humanas desde hace un siglo?

Digamos: desde *El Capital*. Precisando que es necesario comenzar por ahí. No porque sea un texto "sagrado", sino porque es un texto "fundamental" (en el sentido en que se dice "ciencia fundamental"), y un texto históricamente, cronológicamente dirimente: determina una bifurcación metodológica decisiva. Demasiados marxistas no han tenido con él más que contactos superficiales. Demasiados economistas en Francia lo citan todavía según el padre Calvez, el padre Bigo o el padre Chambre (y que el cielo me guarde de pensar mal del papel de la Compañía de Jesús en la difusión de los textos marxistas, cuando únicamente las obras del padre Etcheverry me permitieron, en cuatro años de cautividad, referirme a ellos). ¿No haría falta pedir al mismo Sartre que no confunda, como hizo él recientemente, la "acumulación primitiva del capital" con la acumulación del capital en la fase primitiva de industrialismo?

Una vez bien conocido el "fundamento" sobre el que se entiende discutir, será preciso admitir que dos corrientes, después del primer libro del *Capital*, la Comuna y *La guerra civil en Francia*, merecen igualmente la atención, no solamente del historiador político, sino del historiador de la metodología científica: fundada una, a la vez, sobre la teoría de Marx y la experimentación revolucionaria; que inspira a la otra, oponiéndose a Marx por razones no menos sociales que intelectuales, trabajos de alta erudición y especulación, sin aplicación práctica. Esta dualidad escapa casi siempre a los interesados por la historia de las ciencias humanas. Alguna importancia se atribuye a la sucesión de las "escuelas" de economía teórica. Pocos estudios se consagran al destino de la sociología, menos aún al de la metodología histórica. En cuanto al marxismo, sus querellas son frecuentemente dadas por "formales", hasta "teológicas"; sus tácticas, como elementos de política clásica; su experiencia de planificación, como una simple técnica de economía dirigida. Desde entonces, no se percibe el salto cualitativo que representa, en la historia de la ciencia y en la historia a secas, la aparición de una primera *experimentación social fundada sobre una teoría general*.

He aquí, por ejemplo, cómo Joan Aakerman, uno de los economistas no marxistas más atormentados por las crisis que han agitado su disciplina en el curso del siglo XX, esquematizaba, en un artículo[18], la evolución del pensamiento económico-histórico de nuestro tiempo: hasta 1930 habrían reinado las teorías del equilibrio, con un gran interés, desde 1900, por la teoría de las crisis, mientras que, desde 1850, se desarrollaba una "historia económica" especializada; de 1930 hasta 1950 aproximadamente, la teoría estática se habría completado por una teoría dinámica del equilibrio, la de las crisis por una teoría del ciclo y el crecimiento en ligazón con las estructuras; habría aparecido una "historia" económica *y social* a la vez; desde 1950, en fin, la teoría microestructural se habría centrado, no ya sobre el individuo, sino sobre la empresa, y el estudio de las macroestructuras se habría dirigido hacia la economía de los planes; los economistas (Aakerman mismo) habrían emprendido "el análisis causal del industrialismo", los historiadores, la historia económica y social de los tiempos "preindustriales".

Un cuadro resume estos puntos de vista (en él M representa las macroestructuras, m las microestructuras, T el tiempo largo, t el tiempo corto, T_0, T_1, diversos plazos en el tiempo).

	1930	195...
	teoría estática $M = m$	teoría de la empresa (m)
1750: teorías del equilibrio $M = \Sigma$ de m	teoría dinámica del equilibrio $M = m$; $T = t$	economía política de los planes m tiende hacia M, T_0 hacia T_1, etc.
1900: teoría de las crisis	teoría de los ciclos de crecimiento y de las estructuras	análisis causal del industrialismo
1850: historia económica	historia económica y social	historia económica y social preindustrial

Puesto que un economista como Aakerman intenta, por las necesidades de una renovación de su disciplina, una síntesis de la evolución paralela de las investigaciones micro y macroeconómicas, históricas y teóricas, analíticas y planificadoras ¿no se le podría proponer un cuadro más amplio y matizado?

(18) J. Aakerman. El principio del dualismo en un estudio del crecimiento. "Economie appliquée", enero-marzo 1954.

He aquí el cuadro que me parecería convenir a los grandes capítulos de una historia de las ciencias humanas en los tiempos modernos:

I. *Del siglo XVI a 1857-1867*
Vía abstracta microeconómica: Petty, Smith, Ricardo, Marx.
Vía del cálculo macroeconómico: mercantilistas, Cantillon, Quesnay, Smith, Marx.
Vía de la historia estructural: escuelas del siglo XVIII, Thierry, Guizot, Marx.
Esta convergencia hacia Marx se compensa por una divergencia a partir de Marx.

	A. *Negativa de Marx*	B. *Herencia de Marx*
II.	1871-1873 a 1917-1925	
1.	*Economía*: abstracta, microeconómica, subjetiva.	1. Análisis "causal del desarrollo desigual del capitalismo, del imperialismo, del Estado, de la nación.
2.	*Historia*: monográfica (historia económica alemana). de acontecimientos (historia política francesa). subjetivista (historia cultural Dilthey).	2. Práctica: revolución de 1917, formación de la URSS.
3.	*Sociología*: tipificación descriptiva (Weber); del mito social (Durkheim). subjetivista (sociología alemana).	
III.	1927-1933 a 1940-1945	
1.	*Economía*: centrada sobre el ciclo coyuntural, redescubrimiento de la concurrencia imperfecta, del cálculo macroeconómico, del subempleo.	1. Análisis "causal" de la crisis general del capitalismo, teoría del socialismo en un solo país.
2.	*Sociología*: crítica de las sociologías globales, ensayo de "teoría experimental" coyuntural a largo alcance (Simiand).	2. Práctica de la planificación a corto alcance, semiempírica.
3.	*Historia*: crítica de la historia de hechos; la historia-problema (L. Febvre); nacimiento de la historia cuantitativa (H. Labrousse).	
IV.	*Desde 1945*	
1.	*Economía*: estudio de los "efectos de dominación"; estudios econométricos de largo alcance; investigación sobre las estructuras; cálculos sobre cuadros intersectoriales; preocupación por el "crecimiento".	1. Experiencias sobre la extensión espacial y temporal de la planificación, esquemas de teoría sobre la organización de los espacios y el tránsito al comunismo.
2.	*Historia*: investigaciones cuantitativas sobre la estructura social investigaciones sobre la duración de las estructuras (F. Braudel).	2. Experiencias de arranques a partir de fuertes densidades de población (China).
3.	*Sociología*: ensayos de microsociología práctica; técnica de las encuestas y sondeos.	

No propongo este cuadro ni como completo ni como definitivo; sobre muchos puntos expresa más una experiencia personal (de historiador francés particularmente) que una visión universal, siempre difícil de dominar. No obstante, tiene en cuenta una solidaridad entre las formas diversas de una misma ciencia, una solidaridad entre teoría y práctica, entre historia intelectual e historia a secas. Es un simple llamamiento a un estudio marxista, es decir, a un estudio *total* de la formación moderna de las ciencias humanas, que serán mañana responsables de la utilización de las otras ciencias. No me parece que pueda concluir en un "no saber".

Tres poesías de
ARIEL BADANO

BARRIO

Barrio simple, trago fuerte
de los pobres de mi tierra,
barrio dulce, milagrero,
trujamán de la miseria...

Me gusta tu cuesta arriba,
tu sombrerito de tejas,
tu zapato de rocío,
tu blusa de madreselva;

me gusta tu viento seco
y alegre de lavanderas,
tu Margarita en la tina,
tu corazón de vihuela:

barrio sin doble apellido
donde la vida es a medias,
donde es entera la muerte,
sueño en que ya no se sueña...

Barrio amargo, yo te llevo
como un tango entre las venas,
con tus gurises descalzos
y tu pan duro en las mesas,

con tu cielo de gorriones
y tu zorzal en la siesta
como gardel enjaulado
cantando que se libera...

Barrio simple, trago fuerte
de los pobres de mi tierra.

MARIA VILLAR

Las cosas que tiene
María Villar,
vecina del barrio
de Santo Lugar.
Lavando la ropa
se pone a cantar,
torciendo la ropa
se pone a reir,
colgando la ropa
se pone a bailar,
cantando y bailando
se pone a zurcir,
bailando y riendo
se pone a planchar.
—¿Qué tanta jarana
María Villar?
¿No es duro el trabajo
y amargo el vivir,
acaso es la vida
coser y cantar?
Me mira y se ríe
María Villar,
vecina del barrio
de Santo Lugar,
me mira y me dice
riendo a la par:
"el canto que canta
María Villar
no es canto al presente
que está por morir,
es canto al mañana
que está por llegar"

¡Las cosas que tiene
María Villar!

DOÑA JUANA

Aquí, doña Juana Paula,
con su canario en la jaula,
su maceta con aljabas,
y su expediente en la Caja...

—¡Cómo le va, doña Juana!
—¡Ya lo ve, doña vecina,
a pie, trajinando el alba!

Trajinando a pie juntillas
de la silla a la puntilla,
de la media a la comedia,
de la cuchara temprana
a la tacita orejana,
doña Juana...

Aquí, doña Juana Paula,
donde florece la aljaba,
donde la pena no escampa,
y el expediente no sale,
y el flautista de la jaula
ensaya en clave de hambre...

¿Será verdad que la vida
es una vela y se apaga,
es un canario y se apaga,
es un trámite y se apaga?

Ahí va, trajinando el alba,
doña Juana por las calles,
y su blanca cabellera
es como blanca bandera
de paz, sin paz, en el aire...

En torno a **PEDAGOGIA Y MARXISMO** (de Alcira Legaspi de Arismendi) y **Los problemas de la educación en nuestro tiempo.**

La importancia que ha adquirido en nuestro tiempo el estudio de la educación, está en relación con el agravamiento de las causas sociales y de la búsqueda de soluciones en este sentido. Es muy fácil, y corriente a la vez, culpar a la educación del estado social actual. Nosotros no discutimos tales tesis. Las tratamos de explicar científicamente: sí, es también culpable la educación burguesa de las causas de las sucesivas crisis sociales de su régimen, y su falta de solución correcta, en la medida del fracaso de su misión de colaborar en la transformación ideológica de la sociedad, y en cuanto es impotente para superar sus propias contradicciones. Contradicciones de concepto, de método y de prácticas dentro de las contradicciones sociales en donde la educación se desenvuelve y ejerce. Y, claro está, a la burguesía le es más fácil reconocer el fracaso de sus resortes que el de sus propias estructuras e ideología. Y también le es más fácil— y menos comprometedor, por sus consecuencias— abocarse al intrincado **juego** (que ésto la burguesía sabe resultará) de "reformas", "ajustamientos", "justos medios" vazferreirianos, como si con ello se pudiera resolver lo insoluble, con la educación, que a la solución de las verdaderas causas que hacen fracasar no sólo sus resortes, sino su régimen entero. Pero este mismo juego, por otra parte, lleva implícito su peligro: el de poner cada vez más al desnudo la sofistiquería de su andamiaje ideológico y la falibilidad de sus modos de desarrollar sus reformismos.

El erróneo (o intencionadamente erróneo) criterio burgués: que la educación es capaz de transformar la sociedad mediante sus ajustamientos educacionales para el desenvolvimiento y preparación del individuo, que ha sido pragmática de la burguesía desde la Revolución Francesa hasta nuestros días (y de cuya ilusión parece ya no curarse más), pone sobreaviso en forma constante, sin embargo, a sus propios especuladores, que se desviven por el mantenimiento del actual estado social, sobre la incapacidad que domina a la burguesía para solucionar sus contradicciones, por un lado; y por su temor a hacerlo, aun en la menor escala, por otro; por lo que cada una de sus nuevas soluciones lleva de negación en sí misma para su propio régimen, ante el paso "de la cosa a su contrario", que sucede en el desarrollo dialéctico natural de las cosas. Pues en su desencadenamiento sucesivo de negaciones, "el fenómeno nuevo recién aparecido contiene en sí nuevas contradicciones". La irrecusabilidad de este axioma dialéctico es lo que afirma, justamente, la lucha por los cambios, que promueve la masa. La burguesía si no sabe, huele, esta pendiente dialéctica, pero, sentenciada definitivamente a desaparecer por el inmisericordioso proceso histórico, no tiene más remedio que aceptar el peligroso juego, con el solo sentido de alargar su agonía ya que, fatalista aunque tal vez esperanzada, piense, que mientras hay vida hay esperanza...

La importancia creciente de los estudios e investigaciones educacionales, como la aparente preocupación por las soluciones materiales de los problemas y de su funcionamiento,

responde al círculo inexorable del planteo de Marx, ante el Consejo dirigente de la I Internacional, en 1869, con cuya síntesis termina Alcira Legaspi su importante aportación al esclarecimiento de las relaciones entre **Pedagogía y Marxismo** (título de su ensayo, recientemente aparecido en Ediciones Pueblos Unidos, octubre de 1963). Y esto para empezar por el final del libro, que resume nuestra afirmación del comienzo, con las palabras del "maestro de Tréveris": "Por una parte, para crear un sistema de enseñanza conveniente, es indispensable cambiar las condiciones sociales; por otra parte, para poder cambiar las condiciones sociales, es indispensable tener un conveniente sistema de enseñanza". Sabia afirmación de Marx que fueron norte en los procesos de los cambios revolucionarios hacia el socialismo, de las repúblicas que realizaron sus cambios: ayer con la Unión Soviética a la cabeza; en la actualidad, con el ejemplo de Cuba, envuelta en el turbión del cambio imprescindible y urgente. A probar esta conclusión, en esencia, mediante el análisis del problema social de la educación y su hecho teórico-práctico, la pedagogía, a través del proceso vivido por esta fundamentalmente ciencia, se dirige el ensayo de 256 páginas de Alcira Legaspi, pensado con cautela, respaldado por el pensamiento marxista más importante y escrito con claridad y corrección.

Pero antes de entrar al examen de su trabajo, queremos decir algunas palabras relacionadas con el lenguaje y el estilo de nuestros trabajos marxistas, que me parece serán de alguna utilidad en nuestra empresa. Es posible que las demasiado exigidas aportaciones de los creadores del marxismo en sus textos originales, que utiliza A. L., maestra uruguaya de grados, de actuación descollante dentro del magisterio batallador del Uruguay, quite cierta flexibilidad y gracia al trabajo, virtudes que asoman a menudo a través de sus enfoques, en donde la asimilación de los materiales evita la repetición y estilo y rompe la densidad simétrica, de a veces enrarecido oxígeno, de algunos de nuestros clásicos. Y esto dicho con todo el respeto por los maestros.

Los exégetas europeos, predominantemente los franceses e italianos, han sabido, a través de sus estilos aireados, sus citas impalpables y sus elaboraciones muy cuidadosas de no matar la gracia del ensayo, caminar por la verdad y la docencia marxista con sabrosura (virtud que le cupo a Aníbal Ponce, sin duda, también), de modo que no repugne al no versado y oficioso (por probidad y la máxima fidelidad y respeto por los textos), el conocimiento de la verdad y la cosecha de sabiduría nueva que proporcionan una ciencia social tan sorpresiva como pensamiento y método de conocer y actuar. Decimos esto de paso porque, en nuestro trabajo de clarificación, y en antecedente de lo "águilas" que suelen ser nuestras juventudes en críticas y estilos, no hay que obligarles al esfuerzo sin acuciarles el interés, entrando ya en materia pedagógica, como quien dice. Esta critiquilla se compartida por mucho mundo que a veces se detiene – les hemos visto detenerse— en las puertas del marxismo, un poco impresionados por la densidad de las exposiciones, lo reiterativo de los planteos (como si todo el mundo fuera un poco lento para entender), no siempre en el mejor de los estilos. Cosa que, por lo demás, y en otros aspectos de la docencia al menos que implica el conocimiento del marxismo desde este ángulo de la ideología y sus resultados teórico-prácticos, comienza a suceder en la propia Unión Soviética (en donde parecen ser más resistidos estos cambios), de donde soplan ya vientos favorables. Nos lo dicen su cine, su teatro; cierta ensayística última; la poesía, que ha digerido ya los tractores y los utensilios de la vida doméstica no siempre de alto lirismo, y se vuelca en formas y contenidos líricos si de sustancia político-social, ya realizada la total asimilación de lo transitorio y perecedero.

Sobre cómo A. L. trata de probar la conclusión final de su ensayo, mediante el análisis de cuáles aspectos del problema, vasto y complejísimo, como pensaba Makarenko de la ciencia educativa dentro de las ciencias sociales; con qué ejemplos, y en función de cuáles realidades, es lo que trataremos de ver en este artículo, por considerar el trabajo de esta nueva pedagoga que se incorpora, con buenas armas y por sus cabales, a las filas de la lucha ideológica continental, una eficaz colaboración esclarecedora, a la lucha del marxismo por crear conciencia científica en el mundo, en especial sobre el problema del hombre en sus relaciones sociales.

Desde esa especie de sintética definición valorativa —**categoría eterna**, llamó Lenin a la educación—, con la que el gran pensador y constructor de la realidad socialista actual, abrió el análisis de este problema para los estudiosos marxistas posteriores, hasta la última línea de su libro, A. L. endereza su polémica a poner un poco de orden en la concepción general sobre esta materia (no sólo entre los burgueses, sino mismo, por momentos, en nuestra propia casa). Pero como tal vez A. L. considera que no hay mejor manera de empezar su tarea, que desbrozando de tergiversaciones y erróneas o malintencionadas interpretaciones —lugar común en educadores, pedagogistas y aproximados que tratan la materia y el marxismo— así procede, tratando de poner en su exacto lugar el aspecto "material" de la realidad determinante de las ideas del individuo social, que ni es en forma ciega ni mecánico ni exclusiva, como se le quiere hacer aparecer por aquellos, a pesar de las aclaraciones de Marx y Engels, que han sostenido que el factor que "**en última instancia** determina la historia", es el económico. Que, por lo

tanto, el materialismo histórico no puede partir de tan burda tergiversación y que, por otra parte, la educación como todo también tiene su historia... y sus propias particularidades "que están en consonancia con el carácter del régimen económico-social imperante en cada época del desarrollo de la humanidad" (p. 10).

En una breve incursión a través del tiempo (con aportaciones de teóricos marxistas y el inexcusable libro de Aníbal Ponce), A. L. nos muestra los pasos y los rasgos de ese proceso en sus relaciones con las necesidades de cada período. Y nos va señalando al mismo tiempo las contradicciones que se van generando: así, por ejemplo, la separación del trabajo manual y el intelectual que ocurre junto a la división de clases y que fue un proceso necesario del desarrollo de la humanidad, y que "a pesar de su carácter profundamente antagónico, es decir, del costado negativo que le es consustancial, representó un papel progresista" (p. 15). Pero éste su carácter contradictorio condujo a que el trabajo intelectual, separado del físico, fuera monopolizado por las clases intelectuales dominantes, con lo cual "se posibilita que la realidad pueda ser tergiversada en la ideología"; y se niega que la actividad material (la que produce los bienes y valores) y quienes la realizan, ocupen otro lugar que uno secundario, mientras se presenta al trabajador intelectual como el esencial y determinante. Esta idea origina la consecuente: la del papel responsable de la actividad intelectual en la conducción del destino social, convirtiéndose el trabajador intelectual (político, sacerdote, mago, filósofo) en el monopolizador, a pesar de constituir una ínfima minoría. Esa era la famosa "democracia" griega en la que una minoría selecta y ociosa se instruía y filosofaba sobre las espaldas de una inmensa mayoría de ilotas y pericecos esclavos. Esta minoría, en consecuencia, era quien imponía su ideología, su moral, sus métodos y prácticas a la totalidad, en nombre de sus intereses y necesidad de continuidad dominadora en el tiempo. Y su escuela, "la propia de una época y de una sociedad determinada", responsable "de asegurar la realización de intereses sociales de la clase dominante", que "estampa un sello indeleble a lo largo de todos los sistemas de enseñanza" y es parte "de una historia basada justamente en la lucha de clases antagónicas" (p. 18).

Pero A. L., no es una marxista que esquematice el planteo (con lo cual demuestra que es marxista en el único sentido que se **debe** y **puede** ser), al extremo de conformarse con esa verdad insobornable. Porque sabe, precisamente, que la lucha de las negaciones (contradicciones antagónicas y no antagónicas), en todo tiempo genera siempre el avance del conocimiento científico y de la técnica y por tanto se van produciendo concepciones pedagógicas progresistas, que van integrando una **herencia cultural** y que, como señalan nuestros clásicos, la educación —tanto para **lo que se enseña**, como para **cómo se enseña**— "se integra también en ésta y es, de cierta manera, su polea de trasmisión" (p. 18), de donde vemos el acierto de **categoría eterna** con que Lenin definiera a la educación.

Vehículo de continuidad histórica o instrumento modelador, como señala A. L., de un tipo de hombre, en cada sociedad no será más que uno de los elementos de dominación social que usará la clase rectora, aunque haya acumulado grandes bienes culturales, cuya desaparición a veces en forma violenta, apena a los Hubert (p. 27). El estudio de una tal ciencia así, no es cosa simple, y debe hacerse históricamente "por lo que aportaron de avance en su tiempo, pero también como teorías y métodos **que pueden y deben superarse y**, en muchos casos, hasta colocarse **sobre los pies**" (p. 30). Ese es el caso del concepto y la práctica de la **actividad**, especie de **puédelotodo** de la pedagogía vitalista. El análisis histórico de A. L. en este capítulo, nos lleva a la conclusión, de que si grande fue la acción del capitalismo para rescatar a las ciencias de las telarañas medievales y abordar las teorías materialistas, hasta casi nuestros días, impotente ha sido para hacer culminar el proceso de la educación, aun desde el puro aspecto material, siendo incapaz su régimen, como hemos sostenido reiteradas veces, para resolver en la práctica la universalización de la cultura en manifestaciones mínimas como la alfabetización. De otro modo, en una sola etapa de la vida —la niñez— no mantendría en la ceguera mental a más de doscientos millones de niños, como sucede, ahora, en el mundo.

Pero si este analfabetismo existe en la tierra —como dice A. L.— el irracionalismo y pragmatismo, privan mientras tanto en "el ciclo de la ideología" (p. 49). El examen que A. L. realiza a este aspecto, respaldado por excelentes trabajos como el de Snyders, a Dewey, Gesell, Kilpatrick y seguidores, es inapelable y desnuda en forma limpia los objetivos de esta pedadogía del imperialismo, que nosotros ya hemos examinado muchos años atrás: pedagogía que tiende por sobre todas otras preocupaciones de profundizar y universalizar conocimientos al servicio de la humanidad, a la satisfacción individual del hombre para su realización utilitaria inmediata, dotándole de destrezas y técnicas mínimas, fincándolo en la experiencia práctica por toda otra escuela, que le resuelva, por sobre todo su "ganarse la vida", como señala Snyders.

Todo el pregonado revolucionarismo de sus: libertad, democratismo, igualdad de posibilidades, etc., de esta pedagogía pragmatista que tiene por su Papa a Dewey, que A. L. sintetiza, para contraponerlo con la concepción comunista de la educación, queda sepultado por esta afirmación de Dewey, que A. L. transcribe: "El mundo en que vivimos es un mundo en el que

cada uno tiene una función y una ocupación, algo que hacer, **algunos son dirigentes y otros subordinados.** Pero lo importante para unos y otros es **que cada uno reciba la educación que le permita ver dentro de su trabajo diario lo que éste tiene de amplia y humana significación"** (p. 63). Traducido, como lo hace A. L.: la sociedad se divide en clases; la escuela, por lo tanto, debe preparar a unos para obreros y a otros para millonarios. Aunque los millonarios de EE.UU. no van a la escuela pública y reciben su preparación intelectual de dirigentes, en instituciones especiales para su clase, cosa que hemos comprobado personalmente, visitando algunos de sus famosos colegios para millonarios.

Al limitado pragmatismo gnoseológico de Dewey y continuadores, A. L. contrapone su examen "a una sociedad altamente organizada de trabajadores libres y conscientes" (Cap. III), producto de una educación socialista basada en el materialismo histórico y dialéctico. Este análisis del hombre y sus necesidades, de la necesidad que al hacerse conciencia conquista su libertad, del desarrollo de las capacidades en la etapa socialista y de cómo en el comunismo se revela "la naturaleza auténticamente humana del individuo", antecede el análisis del ejemplo concreto sobre este ideal que se empieza a cumplir exitosamente: la Unión Soviética. Prolijo —sin ser oneroso— es el examen del proceso de la instrucción pública en la URSS, desde el proceso de su acelerada alfabetización (que asombrara al mundo), hasta las etapas posteriores a la reforma de 1958, que convirtió su educación en "universal, laboral, politécnica y especializada" (Cap. IV); de los conceptos de escuela "tradicional" y "activa" en relación a la soviética, en donde A. L. insiste, de nuevo, sobre las tergiversaciones, poniéndonos sobreaviso en cuanto a lo nuevo que puede ser viejo, lo que se cree revolucionario, y es reaccionario (Kerschensteiner, Gentile, etc.), lo que se cree **tradicional** (y que lo es: "racionalismo abstracto", "métodos verbalistas", "intelectualismo metafísico") y es la antítesis, en la escuela soviética, porque ésta reivindica el papel del maestro, la escuela y los programas, y rechaza "tanto el formalismo de la enseñanza clásica, como de la superficialidad de los métodos que rebajan los fines de la escuela a un pragmatismo estrecho, porque considera que esta concepción del proceso de la educación empequeñece y desdeña la formación del conocimiento serio y profundo y, como consecuencia, el pleno desenvolvimiento del individuo" (p. 137).

Otro de los capítulos que A. L. trata de dilucidar a la luz del marxismo, es el relacionado con el concepto sobre la pedagogía: "ciencia o arte", "ciencia del espíritu" o ciencia social (Cap. V), analizando las concepciones idealistas, irracionalistas (Dilthey y sus seguidores), positivistas (Lay), pesimista e irracionalista (Spranger), demostrando cómo en el fondo, "en todas estas corrientes se encuentran siempre una gnoseología idealista o agnóstica, que se apoya en una psicología abiertamente mecanicista" (p. 149), que se satisfacen con la intuición o con la vida (así en abstracto), o con la experiencia humana, "entendida como un complejo de vivencias subjetivas, como un proceso anímico", en virtud de que entienden que "la razón es un instrumento pobre e insuficiente para conocer **la vida"** (p. 149). Y, en consecuencia, buscan acoger su defendida pedagogía, en un estilo personal, con algo de inspirado que es el **arte** para enseñar, o bajo una denominación con algo de misterio y más allá: "ciencia del espíritu" (y aquí **espíritu**, sólo Dios sabe con cuáles y cuántas de sus acepciones...), antes que en el de su verdadera funcionalidad, **ciencia**, como así lo demuestra y la trata la pedagogía marxista, superando "la artificiosidad polémica". Lo cual no quiere decir, por supuesto, que desdeñe el aporte creador en la práctica escolar, sino por el contrario, lo estimula y valora, como se prueba con el caso de Makarenko, entre otros. En una palabra, dice A. L., "no se niega, pues, el fenómeno. Se difiere en su categorización, en la forma y el método de abordarlo" (p. 153).

Con este planteo se demuestra, además, que no hay nada que no pueda ser positivo en un proceso educativo, si le coloca en sus pies, como decía A. L. anteriormente. Pero que no se trata de adecuaciones externas sino de planteamientos de fondo, que revisen sus raíces y de ellas partan hacia un replanteo dialéctico marxista. Por todo lo cual "la pedagogía del materialismo dialéctico —señala A. L.— corresponde a una etapa superior, cualitativamente nueva, en el desarrollo de esta ciencia" (p. 161) y de formación constante y progresiva, en donde la investigación está muy lejos de tener la última palabra en ningún problema: ni "la generalización teórica de tantas experiencias particulares que van llegando a importantes conclusiones", agotadas.

Es, pues, una ciencia nueva, la pedagogía marxista, que sale al paso del mecanicismo pragmatista, del idealismo irracional: ciencia que parte del principio "de que la cognición en la enseñanza es un proceso en virtud del cual se refleja en la conciencia del educando el mundo objetivo" (p. 164). Y que en la compenetración profunda del "qué y cómo se debe enseñar", se encuentra la respuesta a la formación de la mentalidad del hombre históricamente, "con la experiencia y el trabajo productivo y que las sensaciones son el vínculo de la conciencia con el mundo exterior" (p. 164). Este sencillo descubrimiento (que viene ya desde las comunidades primitivas y que hace más de cuatrocientos años Leonardo ya lo denunciara y casi doscientos más adelante, Comenio lo pusiera en práctica con su **Orbis Pictus**), no obstante, marca el punto de arranque que diferencia las concepciones biologistas (Gesell), del marxismo, y

sirve de asiento científico a la pedagogía marxista. "Para el materialista —recoge A. L., de Lenin— el **éxito** de la práctica humana demuestra la concordancia de nuestras representaciones con la naturaleza objetiva de las cosas que percibimos" (p. 167).

Para desmenuzar al pragmatismo deweyniano, A. L. utiliza una astilla del mismo palo (M. Cornforth en su excelente trabajo **Ciencia versus Idealismo**, que publicó Lautaro), que prefirió cambiar de madera eligiendo la verdad, investigador graduado en el Trinity College de Cambridge, que reduce el falso cientifismo y el falso materialismo deweyniano a polvo, y que A. L. utiliza muy bien para demostrar lo retrógrado de sus leyes de adaptación (directamente de Spencer), en lo que no queremos detenernos, pero sí sacar las conclusiones para el problema que nos atañe, el pedagógico en lo que a metodología se refiere. En tal sentido, A. L. se detiene largamente en demostrar que tal metodología —la que surge de una tal concepción— "no despierta la **actividad** ("trabajo material e intelectual de la sociedad") (p. 172-73); resorte éste de la actividad que quiere ser casi mágico en estas pedagogías tan vitalistas. En definitiva, hemos expresado ya en muchos trabajos nuestros reparos a esta actividad poco activa, que A. L. define desde un punto de vista marxista: "Los postulados de estas escuelas activas forman un sistema en el que, en esencia los conocimientos teóricos no se entrelazan a la actividad sensorial y manual: ignoran la relación dialéctica de la teoría y la práctica y, como consecuencia, la ligazón entre el sistema de conocimientos y el sistema de la actividad, así como el papel del conocimiento activo y de la conciencia, en el desarrollo mental del niño y del adolescente" (p. 173). Otra cosa, por el contrario es "el concepto de actividad que está en la base de la pedagogía del materialismo dialéctico, y por lo tanto, el propio papel asignado a las sensaciones y percepciones en su didáctica, es mucho más rico que aquel a que llegan las distintas variedades de escuelas activas de la época del capitalismo" (id.). En nuestra posibilidad en el medio burgués, siempre le agregamos a la actividad un señuelo impugnable: la **actualidad**...

El reflejo inmediato de estas limitaciones que venimos estudiando en la pedagogía capitalista, se descubre —como lo hace a continuación, A. L.— en los efectos sobre cómo actúan las causas exteriores a través de las condiciones internas, que no otra cosa es la formación de la **personalidad**, que se reduce, como señala Rubinstein, "al de la determinación de los fenómenos psíquicos" (p. 174). La persona (individuo más medio; de **prosón** que en griego es la máscara que se le prestaba al autor para representar una personalidad), o con la expresión marxista, las condiciones internas más las causas externas, recién encuentra en el marxismo su perfecta adecuación, pues "este reflejo de la realidad objetiva constituye una unidad dialéctica, indisoluble, de lo objetivo y lo subjetivo" (p. 176). Descontado está, pues, que una correcta determinación de los fenómenos psíquicos equivale al buen encauzamiento de la personalidad, a la modificación de las tendencias negativas y al encuentro de caminos para forjar la mejor personalidad...

Hemos señalado muy reiterativamente, en nuestros trabajos, que "la actividad no siempre es el movimiento" en pedagogía; que el hecho de una tal ocupación práctica puede ser, como el trabajo rutinario que realiza hasta dormido el artesano, lo menos activo del mundo. Rubinstein señala que "la forma básica de existencia de lo psíquico, estriba en su existencia como proceso, como actividad" (p. 177), lo que A. L. coloca en su correcto lugar. Sin tensión entre el individuo y el mundo exterior, no hay actividad. De este modo, a todas las formas mecanicistas del **estímulo-reacción**, la dialéctica marxista responde que "el mundo exterior influye sobre el individuo, como corriente ininterrumpida de estímulos"; que "éste responde con sus acciones, y cada acción se halla sujeta a condiciones internas formadas en dependencia de las influencias externas que determinan la historia del individuo dado" (p. 178), como así explica Rubinstein. Esta justeza de su concepto es la que hace que la actividad adquiera su sentido natural, justo, con el materialismo dialéctico y libere a la psicología "de una obligación desagradable, como es la de estudiar un objeto completamente ficticio" (p. 179). Trasladada la actividad del campo psicológico a la educación, se entiende, como dice A. L. que "la educación así no puede quedar limitada a la acumulación de datos sensibles de la realidad...", sino que entronca en las actividades por las cuales el hombre ha venido a parar en esta personalidad **consciente y creadora**...

Pero es necesario aclarar aún que mediante un trabajo que no conviertan los procesos que identifican lo interior con lo externo, en mera repetición de procesos, porque, entonces, no nos diferenciaríamos en nada de lo que criticamos, ya que la complementación de los trabajos —el intelectual con el físico— ha sido casi natural en el desarrollo de muchas etapas de la evolución humana, sino el trabajo como una **actividad intelectual**, justamente (p. 183). Por esa misma razón, para la educación en el régimen socialista, no existe separación entre **educar** e **instruir**, la que no es más que artificial. Sino que se complementan y funden, porque en el proceso del conocer se trata de que la realidad reflejada en imágenes se traduzca de inmediato por medio del pensamiento, lo que nos muestra la diferencia esencial que existe, entonces, en el sentido de **el pensar**, para el pragmatismo y el marxismo. Los primeros lo definen en virtud "del efecto a que da lugar"; los segundos, no como situación problemática, sino como

"un proceso de cognición que lleva a resolver los problemas que surgen ante el hombre y a alcanzar los objetivos que éste se propone" (p. 184).

Esta conducta es fundamental para la escuela socialista superar el problema de la objetivación hacia la abstracción, gran preocupación entonces: enseñar a pensar a los niños. Este hábito (o que lo llegará a ser, aunque de forma activa sin duda) le pone en "posesión de una reserva suficiente de representaciones conscientes y sólidamente asimiladas", que le faculta para desarrollar el pensamiento abstracto, "lo que les permite entrar en conocimiento de los fundamentos de las leyes del desarrollo de la naturaleza, de la sociedad humana y del pensar" (p. 189).

En el campo de la experiencia práctica, A. L. se detiene a revisar los conceptos de Sujomlinsky, el experimentador de Pavlish, en Ucrania, desde 1946, a quien conocimos y con el cual mucho trabajamos en Cuba, autor de numerosos ensayos y obras en relación con la actividad y el trabajo. Es en la correcta e inexcusable complementación del trabajo, pues, en donde se lleva a cabo el papel activo del alumno y del maestro. En el análisis de los conceptos de Sujomlinsky, A. L. da correcta respuesta a su planteo (ps. de 194 a 203) y a la que remito al lector para una más amplia información. La conclusión en este sentido es la lógica que se puede extraer de la pedagogía en el sistema socialista: **una efectiva educación para la vida.**

Como comentario a esa afirmación, señala el proceso de la educación soviética luego de la reforma del 58, sintetizándola, en grandes rasgos, en: incorporación de conocimientos de física, en las clases de química y biología; inclusión en los programas de Teoría de las máquinas y electrotécnica, por considerarlas accesibles a los jóvenes; inclusión, como experiencia, en algunas escuelas, de fundamentos de matemática superior en los diez y once años escolares, con horas complementarias para estudios sobre la estructura del átomo, concepto sobre el "plasma" y otros conocimientos. De igual modo, la cibernética y la electrónica empiezan a entrar en la preparación de los jóvenes en función de un aprendizaje superior; y los programas estimulan clases en fábricas, museos, exposiciones, centrales eléctricas y empresas, procurando, en una palabra, como dice A. L., "sumergir verdaderamente a los alumnos en la vida, en una vida limpia, generosa y de actividad creadora" (p. 205).

Su personalidad entonces estará empapada por tales valores éticos, que se les incorpora desde pequeños con las formas de actividad laborales, que estén en armonía con sus fuerzas y gustos. Trabajo que no es sólo como tal que incorpora la escuela de la sociedad burguesa, de espaldas al desentrañamiento de las contradicciones dialécticas que las complejidades de tal proceso educativo puede ir produciendo, sino que este trabajo de la escuela socialista debe entrar "a formar parte de la vida espiritual de los alumnos, penetrar en su pensamiento, manifestarse como la unión de los esfuerzos de la mente y de las manos, en la labor creadora del hombre" (ps. 205-206). Y entonces, más que actividad en sí, lo que los maestros procuran es formar en los alumnos "**sistemas de conocimientos activos,** que garanticen la interpenetración de los conocimientos y de la práctica en todos los grados..." (p. 208).

Pero como en la educación socialista el sistema de instrucción es unificado y arranca de la educación pre-escolar (de 3 a 7 años), A. L. dedica su Cap. VII a analizar, en forma descriptiva las actividades básicas de esta etapa, que A. L. conoce bien por haber dedicado sus mejores años de docencia a ella. Estudia así, las formas y escalas metodológicas de esta rama en cuanto al aula y a los diversos **rincones** (como se denominan en la URSS, las particularidades de este trabajo): **el de los juegos,** de lugar preponderante y que tampoco evolucionan de unos a otros, pasivamente; los que, en general, son colectivos y a los que se les emplea como medio de dirigir su conducta en forma consciente (p. 221); el **de manualidades:** modelado, construcción, dibujo, actividades que se las estimula cuando en el niño se resumen como experiencia cognoscitiva: un conocimiento a través de una imagen que le recuerda un objeto real (p. 222); **de la naturaleza,** que tiende a despertar en el niño las relaciones de los fenómenos reales y cuya orientación se encamina a que el niño procure "respuestas por sí mismo, hasta donde le sea posible"; **de las lecturas,** presididos por un retrato de Pushkin, en donde se inicia el desarrollo de la imaginación, que en el niño felizmente no presenta las heridas que en los del mundo capitalista ocasionadas por las nauseantes y viles historietas que dignifican al pistolero, al ladrón; que enseñan la mentira, la mezquindad, despiertan el egoísmo, el **superman,** y que en nuestro medio a veces ya más nunca se la puede superar; así como el desarrollo del lenguaje, cuyo asombroso vocabulario (3.500 palabras en un niño de 4 años, contra 3.330 de un niño de 7 1/2 años, de medio acomodado en nuestra sociedad, según la tabla de Vermeylen) es el mejor barómetro del nivel de su escuela y medios sociales.

Y en el capítulo final, A. L., con ánimo de ampliar y ejemplarizar los cambios operados en el sistema educativo soviético del 58 en adelante (que estudió en el Cap. III), se detiene a informarnos con cierta precisión sobre ellos, materia ya más conocida y tratada, y sobre lo que no abundaremos. Finaliza su libro con las palabras de Marx con que iniciamos nuestro trabajo, las que han encontrado en la Revolución el más perfecto corolario a su tesis. Derribado "el edificio milenario de la opresión de clases se agiganta el papel y la incidencia del plan educati-

vo en el proceso de alumbramiento de la nueva humanidad", escribe A. L., quien agrega: "el sistema de enseñanza se integra como uno de los ingredientes básicos de la revolución cultural; ahora como una herramienta para edificar la formación económico-social comunista. Por lo tanto, debe transformarse, a su vez, según las fases obligatorias del desarrollo del nuevo orden histórico" (p. 255). En eso está ya la Unión Soviética, mientras los que salen, Cuba por ejemplo, comienzan a elaborar, convenientemente, luego de sus cambios sociales, el sistema para construir el socialismo, tal como señala Marx. En una palabra, que sólo en tales condiciones, se podrá lograr el cambio fundamental, integral, racional y científico, que hace de la educación el extraordinario instrumento de elevación social y de desarrollo de la personalidad humana a sus más altas cumbres.

Alcira Legaspi, cauta y modesta, sin alharacas, con profundo sentido de su responsabilidad y conciencia revolucionaria, con su libro **Pedagogía y Marxismo**, ha aportado una valiosa arma a sus compañeros maestros, para la lucha por una sociedad nueva, y a su pueblo, una inmensa contribución para el cercano logro de sus ideales. Y será agradecida. — **J.**

Juan Carlos Legido

MONTEVIDEO AL SUR

Montevideo, Aquí Poesía, 1963, 37 págs.

Desde el primigenio **Ancla y espiga** editado hace ya quince años, Legido no había publicado poesía en libro. Ahora nos ofrece **Montevideo al Sur**. Entre tanto, el **morbus iheatralis** parecía haberlo arrebatado a la creación poética. Cuatro obras estrenadas y una en puerta; la docencia de la literatura; otras tareas de esas eufemísticamente llamadas de "ganarse la vida" (que en nuestra sociedad burguesa es el mejor modo de perderla); viajes súbitos y zigzagueantes, y una azogada inquietud por todo y por todos, nos hizo temer que aquel volumen de versos podía ser sólo el tributo lírico que todo adolescente rinde o pensó rendir al arte y a la vida. Pero todo no fue sino una larga pausa lírica aparente. El poeta crecía por dentro, sin premuras formales, nutriéndose soterrañamente por las mil raicillas de su experiencia vital, por las dramáticas y deslumbrantes peripecias de este mundo y de este tiempo.

Y ahora vuelve al verso para contarnos y cantarnos su Montevideo, su Barrio Sur, el de una infancia de "madreselva y senderos de nostalgia del treinta". Su Montevideo de una infancia feliz, cuando "el aire se afinaba entre muros de hiedra / y al venir de la escuela / me esperaba la casa crujiente de pan fresco".

Pero, trascendiendo la imprescriptible melancolía de toda evocación de infancia y de barrio, este libro es un **carmen secular** de todo nuestro Montevideo, el de entonces y el de ahora, aprehendido con viril ternura en sus seres elementales y verdaderos, sin mitologías, sin caer en el patetismo cursilón ni en el costumbrismo pintoresquista, tan difíciles de soslayar en temas como éstos. Pero Legido siente nuestras cosas con amor, y su amor es lúcido y sabe recatarse en la medida exacta.

Alguien dijo, no ha mucho, que Montevideo "es una ciudad en la que no pasa nada, gris, chata y que, por lo tanto no es asunto de poesía". Este era un desarraigado de sí mismo, por desamor, por miopía del corazón. Bien sabemos cuántas cosas pasan en Montevideo. Pasa la vida, el amor, el odio, la lucha. Bien lo sabe y lo siente Legido.

Sus temas no son de "prestigio", de bravura lírica. Tampoco son temas menores. No hay temas menores ni mayores en poesía. Hay poetas menores —que por serlo ya no son poetas—, y simplemente poetas. Legido es simplemente poeta. De ahí que estos versos tengan la elementalidad sustancial de un trozo de pan, de ahí que estos versos se nos metan subrepticiamente por los hondones del alma.

Y quizás ese inquieto peregrinar de Legido por lejanos ultramares, le hizo sentirse más profundamente enraizado en nuestra ciudad: "Cuántas veces el alba perfiló entre sus luces / ciudades legendarias terriblemente ajenas. / Yo fui aquel peregrino / de encrucijadas múltiples / que cortó alucinado las viñas del paisaje. / Pero siempre volví".

Muchas veces Legido nos descubre cosas, gentes, hechos que, diluídos en lo cotidiano, nos pasan inadvertidos y de repente se nos revelan como recién nacidos, así cuando canta en **Los plátanos**: "La pobreza se viste / con el color del viento / que verdea al pasar por tu follaje". Y como a este poeta tampoco nada de lo humano le es ajeno, convierte en legítimo tema lírico cosas al parecer "imposibles", según la

poesía de estética aséptica, como, por ejemplo, **El perro muerto** y **Teatro independiente.**

Como ama a Montevideo, es decir, sus gentes, los pobres de verdad y la verdad de los pobres, también sabe que "no lejos de los Bancos crecen los conventillos", y en el otro extremo / de la ciudad orgullosa / nueva historia de sangre cruza los cantegriles".

En poesías como **El Cerro** y **Nocturno de la Ciudad Vieja,** sin estridencia tribunicia, con el mismo sofrenado "tempo" moroso que informa todo el libro, se adensan los contrastes sociales, y su voz se hace mordiente, denunciadora, de tonos que rozan lo épico: "Esta es la Ciudad Vieja de paredes patricias, / ciudad del usurero, / ciudad de los cambistas / sin embargo hay un cielo, un río que la acunan, / desde la península se ven pasar los barcos, / sobre las escolleras sueñan los pescadores".

Debemos agradecerle a Legido este manojo de poesías que nos redescubren nuestra ciudad a la que cada vez queremos más, no sólo por nacidos en ella, sino porque la adoptamos con lucidez, con responsabilidad, porque nos da lo que somos y lo que queremos ser, porque entre tantas cosas entrañables, a nosotros como a Legido,

Montevideo al sur me dio los camaradas
para sentir la recia hermandad de los hombres.
Montevideo al sur me dio por fin la clave
para saber que el amor es plena residencia.

M. G. P.

Walter González Penelas

EL URUGUAY Y SU SOMBRA

Montevideo, 222 págs.

Hemos leído con emoción el libro de González Penelas, el que se inscribe entre los que podríamos llamar de denuncia militante. Porque más allá de la pintura escandalosa del régimen por dentro —burocracia, intereses— está el optimismo claro y lúcido de quien sabe que entre aquella denuncia y las soluciones está la lucha.

Más allá de la estigmatización viva y dolorosa del latifundio está claramente planteada la necesidad de los cambios profundos, la destrucción de la actual estructura agraria del país.

W. González Penelas, hace un serio intento por llegar al fondo del problema agrario de nuestro país: su experiencia práctica le da materiales que le permiten plantear el centro del problema en su verdadera ubicación: la tierra y los hombres, con sus desgracias y derivar de ahí quiénes son los que se benefician con el actual estado de cosas. No plantea G. P. el problema al margen de la vida, sino que partiendo de un conocimiento profundo de nuestro campo, de los intereses que en él se mueven analiza, se desespera, y se esperanza, porque esa misma realidad le da la respuesta a la pregunta de cómo y con qué seres es posible modificar esa situación.

Para W. González Penelas la solución es la reforma agraria y el protagonista el pueblo.

"El órgano rector de una Reforma Agraria —dice—, exige mucho más de lo que es el actual Instituto de Colonización. No tanto por su ley sino por su puesto en la estructura general.

La Reforma Agraria es empresa del pueblo. El órgano que la rija, cualquiera sea su nombre, tiene que tener el sólido respaldo popular como principio, la conexión con todos los órganos del Estado como medio y la decisión planificada de avanzar, como fin" (página 217).

Pero este libro es además un estudio serio sobre la política agraria de las clases dominantes y que sirve a la actual estructura. "El Instituto Nacional de Colonización fue creado para resolver en la paz un problema que se mantiene en la más sorda de las guerras. Porque las actuales formas de división, tenencia y explotación de la tierra son el fundamento de un sistema rural urbano de clases que, en un puñado de familias de gran preeminencia, concentran alrededor del 55 % del territorio nacional y más altos porcentajes de los valores de la industria y la banca" (página 207).

En la página 203, González Penelas analiza el defecto o las trabas mejor dicho, principales de esta Ley, cuando establece que el artículo 1º de la creación del Instituto, deja a la mitad del camino la solución de este problema al no tener en cuenta nada más que en forma harto insuficiente medios para adquirir tierras; demuestra que una reforma agraria digna de llamarse tal debe encarar no sólo el problema de la división de la tierra y de su adjudicación, sino también de la organización técnica y económica de la producción.

El autor denuncia al latifundio como el gran usurero de la economía del país como la "sombra que se va extendiendo" y va poco a poco agotando

nuestra economía, sumiendo en la miseria a nuestro pueblo trabajador; proclama la necesidad de una Reforma Agraria que destruya en forma definitiva el latifundio, que posibilite que la tierra deje de ser un medio de riquezas particular y pase a jugar el papel social que le corresponde.

"Mi pensamiento sobre la Reforma Agraria puede caber en el esquema de una definición siempre perfectible.

La Reforma Agraria es el proceso de cambio que lleva en forma creciente a consagrar la función social de la tierra y de los medios de producción dentro de un sistema integral de desarrollo que asegure el incremento productivo y una distribución de la renta nacional en función del trabajo y las necesidades.

Se rechaza aquí el simple concepto subdivisionista y local al margen de las propias estructuras nacionales" (página 216).

Al final del libro suena un canto de esperanzas ciertas del triunfo de la justicia y de la felicidad y esa esperanza se acrecienta porque W. G. P. confía en su pueblo, en ese pueblo que él defiende y eleva por sobre la calumnia de una prédica interesada y que hoy está en camino de encontrar, como el propio autor lo reconoce, el amplio aunque difícil sendero de su definitiva liberación.

"El Uruguay y su sombra" es en realidad un documento conmovedor y real, dolorido pero optimista que merece un atento estudio por parte de todo aquél que, en nuestro país, vive la causa del pueblo.

O. A. y R. R.

Cipriano S. Vitureira

LA POESIA DE JORGE DE LIMA

Montevideo, AUDIR, 1963, 65 págs.

Poeta y crítico, Vitureira es, además, un acendrado estudioso de la literatura brasileña y uno de sus más calificados traductores.

Se da en él esta conjunción feliz y poco común para traducir a otros poetas. Es ya ley, que las mejores traducciones de poesía han sido, casi siempre, obra de poetas con sentido crítico.

Ya Vitureira nos había dado fehaciente muestra de competencia en este arte tan difícil, con su obra **M. Bandeira, C. Meireles y C. Drummond de Andrade. Tres edades en la poesía brasileña actual**, de 1952. Es indudable, por otra parte, que su cabal conocimiento del arte del país hermano, concurre a profundizar esta labor de traslación poética, como lo pudimos apreciar en su monografía **Sentido humanista de la pintura brasileña contemporánea**, publicada en 1947, y en su estudio **Cándido Portinari en Montevideo**, que vio la luz dos años después.

Como señala acertadamente José Pereira Rodríguez, "Vitureira, poeta y crítico a la vez, reúne por tal condición de su quehacer intelectual, la aptitud indispensable para esclarecer los caminos líricos. Le gusta ir a **la base de las cosas y de los hombres**, que da tanto como enderezar hacia lo hondo del pensamiento y escarbar las raíces de la vida individual y social. Por esto, sus análisis literarios muestran sagacidad interpretativa, comprensión inteligente y espíritu lúcido".

Hoy, en plena madurez vital y creadora, con media docena de obras poéticas publicadas (y no sabemos cuántas más inéditas), y una docena de ensayos éditos, Vitureira acomete con pleno éxito, el dar en nuestra lengua el sentido y el canto de un autor tan singular y complejo como el brasileño Jorge de Lima.

De Lima nació en las tierras calcinadas y alucinantes del noreste en 1893 y falleció hace exactamente diez años. Médico de pobres, pintor, escultor, pianista, pedagogo, amaba entrañablemente a los humildes, tenía la vocación del sacrificio y la pasión de la poesía. A ambas entregó su vida y, cuando fue necesario, con la auténtica modestia que signó todo lo que hacía, fue ferviente luchador antifascista.

Cultivó, por otra parte, con enjundia el ensayo sobre temas literarios, históricos y sociales pero siempre la poesía fue su quehacer más ahincado. Más de mil prietas páginas de versos lo certifican. Neoparnasiano en sus comienzos, pasó por casi todos los ismos que proliferaron en lo que va del siglo hasta alcanzar en su última y más señera producción, **Invención de Orfeo**, su voz propia, intransferible, una de las más originales del Continente.

El folklorismo inspirará muchos de sus versos, sin hacer, sin embargo, concesiones a la sensiblería ni a la facilidad, puesto que, como afirma Vitureira, para Jorge de Lima "el pueblo no era un espectáculo. Era él mismo". Algunas de sus composiciones alcanzan un neto perfil político-social, acompañadas de un alto nivel estético. Su religiosidad pascual, cósmica, panteísta, tiene la ingenuidad de las creencias populares.

Pero es con **Invención de Orfeo**, que Jorge de Lima alcanza su mayor estatura lírica, al punto que Vitureira afirma: "(obra) que alguna vez relacionamos —porque puede parangonársele altamente y para escándalo de los excesivamente limitados— con el poderoso y lúcido Neruda del **Canto General**. Ambos líricos son cíclicos, totales, ardorosos, sueltos, alocados, de un dramatismo épico único en el territorio latinoamericano. Y ello por distintos caminos: uno, Neruda, "que baja a los infiernos por la felicidad terrestre", y otro, de Lima, "que la trasciende hacia una ensoñación definitiva".

Ya nos referimos al estilo sutil, complejo, rebosante de hallazgos expresivos y sintácticos de esta poesía de Jorge de Lima, casi intraducibles. Pero Vitureira buceó tan hondo en la obra de este autor, se consustanció tan medularmente con ella, que supo verterla a nuestra lengua por dentro y por fuera, con una alada soltura que importa, sin traición, toda una re-creación. La verdad es que, en el fondo, hay mucho de común entre el poeta y el traductor-poeta: la misma ternura ensoñada, la misma dramática procuración de la belleza, del pan, del amor y de la justicia como testimonio del hombre sobre la tierra, la misma sinceridad humana y creadora, hasta el mismo pudor y la misma leve melancolía pánica.

Y aunque cada uno cante con la voz que tiene, esta identidad sustancial los muestra, entre tantos otros ejemplos que podrían darse, estos versos de Jorge de Lima:

Los campesinos habían segado
[el monte de las chimeneas
para ver a sus hermanos pro-
[letarios,
para ver en medio de ellos
al de siete años -Vladimir Ilich-,
[el hemano del ahorcado,
para ver el Volga,
para ver Kazán,
para ver religiosamente Sim-
[birks,
para ver la hermana de Ulianov
cosiendo al lado del hermano
[que lee,
que lee todas las comas de
[Marx (...)
Oferta.
Perdón Vladimir,
tu hermana se lastimó un dedo.
Para mí todos los dolores tienen
[tamaño.
Prueba tú si mis manos son
[leves
como para hacer curaciones.

Sí, para Jorge de Lima y para Vitureira todos los dolores tienen tamaño, y la poesía, también.

M. G. P.

Alberto Altesor

¿CUALES SON LAS TAREAS DE LOS SECRETARIOS DE ORGANIZACION?

(Ediciones de la Comisión Nal. de Organización).

Desde el XVI Congreso del Partido la autoconstrucción, el fortalecimiento y el desarrollo del mismo como una organización política de masas de carácter nacional se integra en la política del Partido como una necesidad para desenvolver exitosamente el proceso revolucionario en nuestro país. El marxismo-leninismo enseña que un gran Partido Comunista no es sólo el resultado, sino la condición del desarrollo revolucionario.

De etapa en etapa, de Congreso a Congreso, se ha ido elevando la preocupación por forjar este gran Partido marxista-leninista, cuya construcción integra dialécticamente el movimiento de masas, la unidad de acción de la clase obrera y el pueblo, las alianzas de las clases y las capas sociales y de sus organizaciones políticas llamadas a participar en la revolución agraria antiimperialista.

El trabajo de A. Altesor analiza con diáfana claridad estos problemas, los ubica en la realidad nacional e internacional, partiendo de la concepción leninista de que "la revolución sólo puede ser llevada a feliz término, y avanzar de inmediato a la etapa siguiente, a la construcción del socialismo, si la clase obrera ejerce su papel de dirección". Este papel de vanguardia de la clase obrera sólo puede ser ejercido por el Partido político de esta clase, el Partido Comunista.

El XVIII Congreso fijó como objetivo, partiendo de la conclusión de que estamos en un período de acumulación de fuerzas caracterizado por el desarrollo pujante de la unidad y de la conciencia de las masas obreras y populares de nuestro país, conquistar ideológicamente a la mayoría de la clase obrera. Esto significa ganar a la mayoría de la clase obrera para nuestro programa y para las soluciones políticas postuladas por nuestro Partido.

PARTIDO DE MASAS Y DE CUADROS

Esta definición emana de la necesidad y posibilidad de construir un Partido numéricamente grande, que cuente con de-

cenas de miles de militantes y penetre cada vez más en las masas fusionando el marxismo-leninismo con el movimiento obrero de masas, pero a la vez de un Partido de cuadros, de "un compacto, sólido, bien preparado y homogéneo núcleo de cuadros", que conjugue el tamaño numérico del Partido y su firmeza ideológica, su capacidad teórica, política y organizativa.

Altesor esboza en su folleto las ideas y las condiciones básicas para el cumplimiento del 4º Plan de Construcción del Partido como instrumento de combate para superar rápidamente las insuficiencias, los defectos y las inarmonías señalados en el XVIIIº Congreso. El 4º Plan no es —afirma Altesor— para mejorar algunos aspectos parciales, sino para elevar el conjunto de la actividad del Partido. El 4º Plan se basa en sus antecesores que permitieron avanzar considerablemente en la construcción del Partido. Pero hoy, ante la magnitud de las tareas emanadas del XVIIIº Congreso, se impone la superación de las inarmonías que son estudiadas por A. Altesor.

LA AGRUPACION: CENTRO DEL TRABAJO

La agrupación es el fundamento del criterio leninista de organización, es ella el principal vehículo de vinculación de las masas con la dirección del Partido. En el centro del 4º Plan están las tareas de las agrupaciones, especialmente las de empresas, su crecimiento cuantitativo y cualitativo, su condición de combatiente político por la aplicación de la línea del Partido en su lugar de actuación. Altesor analiza la actividad múltiple de la agrupación de acuerdo al art. 39 de los Estatutos del Partido y señala la necesidad del estudio permanente de los problemas orgánicos del funcionamiento de la agrupación, de la asimilación y el reclutamiento, por las comisiones de organización.

El desarrollo del Partido y la concreción de medidas políticas y organizativas para mejorar el trabajo debe hacerse siempre en medio de la lucha de masas, en medio de la propia experiencia de los trabajadores. "La segunda condición indispensable —señala el trabajo de Altesor— es que el Partido, cada una de sus organizaciones, desarrollen una gran campaña política, apoyando las justas reclamaciones de las masas, explicando las causas de la crisis, cuáles son los responsables y cuáles son los caminos de salida. El lema de esta campaña debe ser la unidad, pues sin unidad de todas las fuerzas obreras y populares, avanzadas y antiimperialistas, no habrá salidas."

LAS TAREAS DE LOS SECRETARIOS DE ORGANIZACION

La mitad del folleto de A. Altesor abarca una explicita y detallada exposición sobre las tareas de los secretarios de organización que es una valiosa ayuda para centenares de cuadros nuevos llamados a desempeñar estos importantes cargos en las diferentes instancias partidarias. Se establecen en 14 puntos las tareas de los secretarios de organización seccionales y departamentales, es el estudio de dichos puntos que hará avanzar la eficacia de éstos. Se establecen claras indicaciones sobre el trabajo de organización de las agrupaciones y los medios auxiliares de control: EL CUADERNO DE ORGANIZACION.

A. Altesor dedica un capítulo a la política de cuadros, como una de las cuestiones principales del frente de organización, y establece responsabilidad respecto a la selección, distribución y promoción de los cuadros. "Lo principal —dice A. Altesor— es velar por el desarrollo ideológico y político de los cuadros, estimulando el estudio individual; asegurando el cumplimiento de los planes de educación, la realización de cursos, reuniones especiales para discutir temas ideológicos, políticos y de organización."

Los cuadros se forman en la lucha. "Para nosotros —dice A. Altesor— la idea de un cuadro, no es la de un hombre al margen de la lucha, sino la de un combatiente al frente de las luchas, conduciendo a las masas al combate contra el enemigo de clase y que en medio de esas luchas se ingenie para elevar la conciencia política de las masas, para introducir las ideas del Partido, para ganar al comunismo a los mejores luchadores."

El folleto de A. Altesor es profundo en el planteamiento y didáctico y sencillo en la forma, en su exposición. Ambas cualidades unidas al espíritu crítico y autocrítico que trasunta convierten a este trabajo en un calificado elemento de ayuda para el cumplimiento de las resoluciones del XVIIIº Congreso y del 4º Plan de construcción del Partido.

G. I.

Rita Ibarburu

DOS MUNDOS SEPARADOS POR UN MURO

Montevideo, Ediciones de la Revista "Estudios", 1963, 46 pgs.

No es fácil reunir en un folleto de apenas 45 pequeñas páginas, tal acopio de datos, información minuciosamente documentada y seriamente analizada y, además, hacerlo en una forma fluída, cronológicamente ordenada, que estimula el interés y el deseo de adentrarse en

el conocimiento de un problema tan esencial del momento histórico que vivimos, como el problema alemán y sus implicaciones, como lo hace la compañera Rita Ibarburu, en su serio y enjundioso trabajo titulado Dos mundos separados por un muro.

El llamado problema alemán es uno de los más graves y agudos que afronta el mundo en la hora actual. Y no exageramos nada al darle implicancia universal, puesto que el mismo está en el filo de paz o guerra y ésta es una cuestión —en esta hora atómica— que afecta a toda la población del planeta que, por ahora, es el único que la humanidad habita.

Alemania fue la causante principal de dos guerras mundiales, afirma la autora en las palabras liminares de su trabajo. Y demuestra acabadamente que el gravísimo riesgo de una nueva hecatombe, esta vez con el uso de las armas de destrucción masiva como son las nucleares, está nuevamente en la Alemania Federal, heredera actual de las de Bismarck, el Kaiser y Hitler, y en su política revanchista y agresiva.

Con toda deliberación ha sido presentado el llamado problema alemán, por parte de los grupos más agresivos y guerreristas internacionales, como un problema engorroso, complicado y de muy difícil solución. Esto persigue el doble objetivo de escamotear a la comprensión de las masas populares sus lógicas soluciones, y además ocultar la verdadera gravedad del mismo, esperando las favorables circunstancias que permitan crear en algún momento el "clima" y la "tensión" mundial necesarios para presentar ante el mundo el hecho irreversible de una guerra inevitable.

El esclarecimiento de este problema es uno de los méritos —y no el menor— del trabajo que comentamos.

Hoy no se puede hablar de "Alemania". Existen dos Alemanias. Se podrá lamentar el hecho desde distintos ángulos y puntos de vista. Pero lo peor que puede ocurrir es pretender negar esta realidad que ya tiene 18 años de existencia.

El conocimiento del proceso histórico que condujo a esta realidad —partiendo desde la iniciación de la fase imperialista del capitalismo alemán a fines del siglo pasado— es fundamental para su cabal comprensión actual. Y esta tarea emprende R. I. en forma apretada y concisa. Analiza las causas de la primera guerra mundial, la derrota militar alemana subsiguiente, la paz de Versailles dictada por los vencedores que dejó intactas las bases económicas, políticas e incluso militares del imperialismo alemán.

Historia luego el proceso posterior —con la existencia ya en la sexta parte del mundo del nuevo régimen socialista impuesto revolucionariamente por los obreros y campesinos rusos— del imperialismo alemán y de su hijo dilecto, Hitler, hechura de los monopolios, en la preparación revanchista de la segunda guerra mundial, las causas que la hicieron posible y la derrota inevitable, a manos de la coalición antihitleriana, en la que jugó la Unión Soviética, su poderoso Ejército Rojo, su economía socialista y el heroísmo inigualado de su pueblo, el papel decisivo.

La derrota del hitlerismo hubiera permitido poner fin al imperialismo alemán, principal causante de las dos guerras. Pero la victoria de las fuerzas aliadas, aunque asestó un demoledor golpe al imperialismo en su conjunto, por el principal papel de la Unión Soviética, por su misión esencialmente liberadora de pueblos, por el inmenso prestigio que ganó ante los pueblos del mundo, que permitió y facilitó la posterior creación del sistema socialista mundial con la segregación del mundo capitalista de la mitad oriental de Europa y el resquebrajamiento y hundimiento del mundo colonial, supuso también el mantenimiento de varias potencias imperialistas, como Inglaterra y Francia y particularmente, Estados Unidos que fue el gran mercader de la segunda guerra.

Los círculos imperialistas internacionales querían otra cosa. Fracasados por la sabia política soviética sus afanes de coaligarse contra el país del socialismo, habiendo tenido que participar en la guerra divididos en los dos campos, una vez terminada ésta, retomaron desde el principio mismo su camino y sus objetivos antisoviéticos, antipopulares, contra el socialismo y por la dominación mundial.

Los acuerdos de Postdam establecieron la conducta a que debían ajustarse los vencedores y fijaron la política y obligaciones a cumplir con la Alemania hitlerista derrotada.

El trabajo que comentamos analiza a fondo la política llevada a cabo por las potencias imperialistas al respecto, la división de Alemania operada por ella, la sistematización de una propaganda destinada a engañar al mundo pretendiendo achacar a la URSS la responsabilidad de este crimen y el fortalecimiento de la Alemania Federal revanchista, agresiva, constituida en una nueva y fundamental base de provocaciones y crímenes.

Todo el proceso que arranca de la violación de los acuerdos de Postdam hasta el establecimiento del muro de Berlín, verdadero freno que sujetó las provocaciones diarias y abiertas —económicas, políticas y bélicas— está documentadamente expuesto. El encumbramiento de destacadas figuras del nazismo hitleriano en los principales puestos gubernamentales, militares, económicos, sindicales, judiciales, etc. operado por imperialistas occidentales —muy particularmente por los de Estados Unidos— ocupa varios capítulos del folleto y prueba fehacientemente la falsedad y lo vacuo de todo el palabrerío acerca de la "democracia" gastado por los hombres de los monopolios y sus asalariados panegiristas.

El "milagro alemán" ha hecho correr ríos de tinta fácil y abundantemente pagada. En su trabajo R. I. desmenuza el verdadero sentido de este "milagro" de explotación obrera inigualado, el papel jugado por los dólares americanos y sus verdaderos alcances, encontradamente opuestos a la pretendida "estabilidad" capitalista que los imperialistas intentan vender a los pueblos con el frustrado ejemplo alemán. Los hechos actuales están mostrando la verdadera cara del "milagro" alemán, con su decrecimiento de la producción, aumento de la desocupación, rebaja de salarios por la pérdida incesante de su valor adquisitivo, etc.

Pero hay dos Alemanias. Al lado de la Alemania Federal, agresora y revanchista, que habla el lenguaje de la guerra que alientan desde Occidente, está la Alemania Democrática, la heredera única de las mejores tradiciones del pueblo alemán, que quiere y lucha por la paz y por el engrandecimiento pacífico de su tierra y de su pueblo.

"Existe una Alemania Socialista", dice la autora en la parte final de su trabajo, sustancial y densamente documentada, que prueba la justeza del camino socialista y el desarrollo sin pausas del fortalecimiento económico, social, industrial, cultural de la RDA.

Dos mundos separados por un muro. Si en alguna parte del planeta la competencia de dos sistemas sociales adquiere dramático relieve, es en Alemania. Dos mundos en pugna. Uno entregado a su labor pacífica, constructiva, de aumentar incesantemente el bienestar de su pueblo en todos los órdenes, dirigido por la clase obrera, los campesinos y los intelectuales, con la orientación marxista-leninista de su vanguardia revolucionaria, el Partido Socialista Unificado de Alemania.

El otro, bajo la dirección de los monopolios del carbón y del acero, con la orientación revanchista alentada por los consorcios imperialistas internacionales, no preocupados en lo mínimo por los intereses del pueblo, sino en la medida que acrecienten sus ganancias y favorezcan sus planes.

Todos estos aspectos del candente problema alemán estudia, analiza, explica, el denso trabajo que nos ocupa.

No puede dejarse de lado para estar verdaderamente informado a su respecto. Entendemos que debe ser leído y estudiado no solamente por los comunistas, sino por todas las personas de cualquier militancia, que deseen una ajustada visión de lo que ocurre hoy en Alemania. O mejor dicho, en las dos Alemanias.

Creemos que el mejor elogio a este trabajo, es decir que se constituye en un imprescindible elemento de estudio y de consulta.

J. C. U.